LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

BOOKSTACKS

2 4

Obras que se hallan de venta en la librería de Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, Madrid.

ENSAYO SOBRE LA OPINION PÚBLICA,

escrito por Arcadio Roda y Rivas; un tomo, 4.º 12 rs.

EL ESPIRITUALISMO.

Curso de filosofía, por D. Nicomedes Martin Mateos; 4 tomos, 4.º, 80 rs.

ESTUDIOS HISTÓRICOS,

por el vizconde de Chateaubriand; 2 tomos, 20 rs.

EXÁMEN HISTÓRICO-CRÍTICO

del reinado de D. Pedro de Castilla, por D. Antonio Ferrer del Rio: obra premiada por la Academia Española, tercera edicion; un tomo, 8.º, de más de 300 páginas, 10 rs.

BACON.

Ensayos de moral y de política, traducidos por Arcadio Roda y Rivas; un tomo, 4.º, 12 rs.

SINÓNIMOS CASTELLANOS,

por D. Roque Bárcia: segunda edicion; dos tomos en 4.º de cerca de 500 páginas cada uno: precio, 32 rs. en Madrid y 36 en provincias, franco de porte.

POESÍAS DE HORACIO,

traducidas en verso castellano, por D. J. de Búrgos; 4 tomos, 4.º, 100 rs.

DEL ORÍGEN DE LAS SOCIEDADES

sobre la soberanía, los poderes, la formacion de los pueblos y sobre la libertad, por el abate Thorel: tercera edicion; 3 tomos, 4.º, 60 rs.

ALBUM ESPAÑOL Y EXTRANJERO.

Corona científica, literaria, artística y política en honor á la buena memoria del ínsigne caballero aragonés Azara. Obra escrita en parte y dirigida en lo demas por D. Basilio Sebastian Castellanos.

Contiene, entre otras cosas, cartas y poesias escritas en las lenguas, idiomas y dialectos siguientes: Aleman.—Arabe erudito.—Arabe vulgar.—Arabe aljamiado.— Arabe cufico.— Asturiano.—Austriaco.—Bable.—Belga.— Caractéres ibero ó celtíbero, griego arcaico.— Chino.—Dinamarqués.— Escandinavo.— Euskaro.— Fenicio.— Flamenco.—Francés.—Gallego.— Griego.—Hebreo.—Holandés.—Ibero.— Inglés.— Irlandés.—Italiano.—Labortano.—Latin.—Lemosin.—Mallorquin.—Navarro.— Noruego.—Patois.—Portugués.—Prusiano.—Ruso. Sajon.—Slavo ó antiguo ruso.—Sueco.— Souletino.—Turco.—Vasco Navarro.— Vascongado Labortano.—Vascuence.—La mayor parte tienen su traduccion al pié; y los que lo requieren están escritos en sus propios caractéres; un tomo casi fólio, con multitud de láminas litografiadas y figura: su precio, 120 rs., y se dá en 60.

ORACIONES ESCOGIDAS

DE

DEMÓSTENES.

Es propiedad del traductor.

IMPRENTA DE J. M. PEREZ, MISERICORDIA, 2.

ORACIONES ESCOGIDAS

DE

DEMÓSTENES.

traducidas al castellano

por

ARCADIO RODA.

ADMINISTRACION:
Librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

1872.

881
D3. X. SPr

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Durante mucho tiempo, las dedicatorias de los libros fueron solicitudes de proteccion, muy necesaria para que se publicasen y leyesen. Ya las obras no han menester más apoyo que el de su mérito, cuya falta no puede suplirse con nada ante el tribunal de la opinion pública; pero los autores siguen la costumbre de las dedicatorias, acaso porque necesitan ocasiones de ofrecer testimonios de amistad, de agradecimiento, de consideracion ó de respeto.

Esta costumbre me proporciona la honra de dedicar á Vd. este libro, aunque solo sea como humilde traductor.

Mi trabajo es insignificante, pero el nombre de Demóstenes es tan alto y glorioso, que no dudo, á pesar de los títulos que como literato, como historiador, camo orador parlamentario y como hombre de gobierno, puede usted presentar, hoy á sus contemporáneos y mañana á la posteridad, no dudo, repito, que se dignará poner una mirada condescendiente y benévola en este pequeño fruto de mi amor al arte de la palabra y á los grandes modelos de elocuencia que nos han dejado los antiguos.

Tal es, por lo menos, la grata esperanza que abriga su constante servidor y sincero amigo Q. B. S. M.

Arcadio Roda.

Madrid 1.º de Enero de 1872.

Gen. Rec. Afranil

PRÓLOGO.

En los tiempos modernos, en que la palabra decide las discusiones y las discusiones son árbitras del poder, el estudio de la elocuencia es una necesidad para cuantos se dedican á las tareas del foro, y más principalmente á las luchas agitadas de la tribuna.

Pero ¿dónde puede hacerse con provecho el verdadero aprendizaje de la elocuencia, sino en los grandes modelos que nos ha trasmitido la antigüedad? ¿Y cuál, entre ellos, puede aventajarse á Demóstenes? Este célebre ateniense, considerado por antiguos y modernos como el más elocuente orador que se ha conocido; considerado por el mismo Ciceron, no como el más perfecto que puede imaginarse, pero sí como el que más se acerca á la realizacion de su ideal, es un maestro que ofrece, en sus obras inmortales, lecciones de elocuencia al mismo tiempo que del más puro y acendrado patriotismo.

Luchando siempre, unas veces contra sus tutores que querian arrebatarle su patrimonio; otras contra

la naturaleza que le habia privado de todas las facultades físicas indispensables al orador; más tarde, cuando tomó parte en los negocios públicos, contra los enemigos interiores de su patria, y sobre todo contra el espíritu apático y envilecido del pueblo ateniense, y contra el génio guerrero y conquistador de Filipo, nos ofrece el espectáculo, no de un héroe que inmola su vida por su deber en un momento de entusiasmo, sino de un patriota incorruptible y perseverante que levanta la bandera de la justicia y de la independencia nacional, y abrazándose á ella, sacrifica su reposo, gasta su fortuna, compromete su cabeza y su reputacion en el noble intento de salvarla, consiguiendo al menos retardar una caida que estaba decretada por el destino. La historia presenta pocas figuras tan simpáticas como la de Demóstenes: tiene su vida algunos actos reprensibles ó dudosos; pero desaparecen ante el brillo de sus eminentes virtudes cívicas, y ante la fama que alcanzó como orador, que fué para su patria un título de gloria.

La Grecia habia producido muchos grandes varones. Aun no haciendo mencion de los que florecieron en las artes de la guerra, la poesía, las leyes, la historia, la filosofía y las artes nobles, fueron cultivadas con un éxito que no alcanzaron las edades siguientes, y que en parte envidian todavía los siglos modernos. Pero entre los monumentos que Atenas legaba á la posteridad, faltaba uno que hiciese imperecedera su tribuna; este se debió á Demóstenes. Nadie crea que la distancia de más de veinte siglos que nos separa del tiempo en que vivió, hace infecundo el estudio de sus obras. No cometería mayor

locura el poeta que despreciase á Homero, ó el escultor que, teniendo á su vista una estátua de Fidias, le volviese la espalda desdeñoso de contemplarla. Hablaba por la patria, la justicia y la libertad; ¿y cuándo la patria, la justicia y la libertad no serán bienes indispensables para los pueblos, y amados con entusiasmo por los hombres?

Como fuente histórica, en todas sus oraciones se encuentran noticias interesantes y curiosas sobre las costumbres, las leyes, el espíritu de la época, y el estado de los partidos en Atenas; sobre las relaciones de los pueblos de la Grecia entre sí y con el Monarca macedonio, y sobre la política seguida por este y por las Repúblicas griegas, en la prolongada lucha que sostuvieron hasta la batalla de Queronea y la destruccion de Tebas.

Y bajo el punto de vista esencialmente literario y artístico, ¿habrá alguien en nuestra patria, sin escluir á los hombres que gozan reputacion de eminentes oradores, que no pueda aprender mucho en las Filípicas y en los discursos por la Embajada y la Corona? Para comprender toda la seguridad con que hacemos esta pregunta, es necesario haber leido con avidez, ó presenciado atentamente las sesiones de nuestras Córtes, y haber buscado despues en Demóstenes las diferencias que lo separan de nuestros oradores parlamentarios.

Es cierto que hay algunos que hablan con pureza la lengua castellana, y que ordenan sus pensamientos con método y claridad, mereciendo el título de buenos pensadores y hablistas; es igualmente cierto que otros tienen una locucion rápida y armo-

niosa, y una brillantez de formas que puede fascinar á los oyentes con sus resplandores, sin abrasarlos con su fuego; pero todos ellos carecen de ese conjunto estraordinario de facultades del entendimiento, de la imaginacion y del cuerpo, indispensable para apoderarse de un auditorio y grabar en su ánimo, con profundos caractéres, una opinion determinada. No es estraño verlos fatigados en prolijos discursos, que por su misma extension no pueden ser buenos para el ataque ni para la defensa, ó verlos estraviarse en digresiones y perder el norte de su camino, como un viajero entre la espesura de una selva que solo ha visto desde lejos; porque suben á la tribuna sin tiempo para meditar, ó ignorando las fuerzas de la meditacion, y hasta sin haber educado su voz, su ademan y su gesto con asíduos ejercicios, ni haber impreso á sus ideas una forma que las preste energía y belleza, fruto tambien de trabajos anteriores. Un arte como el de la palabra, que Ciceron cultivó siempre, porque nunca creyó poseerlo suficientemente, y que Demóstenes solo pudo alcanzar con la perseverancia más infatigable, no es estraño que falte á los que apenas han intentado adquirirlo.

Cuando tan imperfectos modelos contiene el repertorio de nuestros contemporáneos, creemos que los discursos de Demóstenes, aun mal traducidos, podrán ser útiles á cuantos quieran conocer la verdadera elocuencia, y especialmente á los jóvenes que abriguen la noble aspiracion de poseerla. No hay en estos discursos profusion de figuras de palabra, y antes al contrario, el orador parece desdeñarse de usar estas armas lujosas, que no sirven para el com-

bate. En las pocas comparaciones que emplea, busca la fuerza y claridad mas bien que el adorno del discurso, y en las demas figuras de pensamiento sigue la misma marcha. Sus formas, dice La Harpe, son simples, y algunas veces familiares; pero tienen esa familiaridad decente y en cierto modo elevada, que con la precision, la pureza y la rapidez de la diccion, componian lo que los antiguos llamaban aticismo. El mismo Demóstenes menosprecia, en su discurso por la Corona, la escesiva pulcritud en la eleccion de las palabras, y sin embargo, se sabe que limaba su lenguaje, hasta dejarle limpio y correcto completamente, y que escribia sus arengas con anticipacion y las confiaba á la memoria, de lo cual tomaron pretesto sus enemigos para decir que olian *al aceite de la lámpara*.

Pero el mérito de su lenguaje no puede ser conocido ni utilizado por los que estudian una traduccion, sin duda imperfecta. De su estilo puede asegurarse que debe la fuerza á la concision, y tambien al órden de los razonamientos. En estos es admirable Demóstenes, y superior á toda alabanza. Dá principio á su discurso, y desde el exordio comienza á remover obstáculos; sigue descargando golpes incesantes en la razon de su auditorio; la estrecha, la acosa, la persigue hasta sus últimas trincheras; la sujeta con los nudos inquebrantables de su lógica, y le arranca el asentimiento despues de haber hecho que el error se declare en derrota. Para persuadir, para apoderarse del corazon, se vale de todas las pasiones en que puede hallar influjo sobre la voluntad. Se trata, por ejemplo, de conceder algun socorro?

La conveniencia ó el cumplimiento de los tratados, irán seguidos de la gratitud, del orgullo, de la generosidad, del ódio á los enemigos, del amor á la gloria, del respeto á la justicia, y de cuanto pueda agitarse en el pecho de sus oyentes. ¿Se trata de combatir á Filipo? Muestra la urgencia de emprender las hostilidades y los medios de proseguirlas con fruto, y en seguida, con acentos inspirados por el patriotismo, pone á los atenienses en la alternativa de elegir entre la deshonra y la gloria, entre las cadenas de la esclavitud y los laureles del triunfo. ¿Lucha contra Esquines en combate singular? Entonces relaciona su causa á la causa de la patria; identifica los sentimientos del auditorio con los suyos; lo irrita contra su adversario; presenta á este en pugna abierta con la razon y la justicia; lo despoja de las apariencias que cubrian sus maldades, y en una completa y vergonzosa desnudez, lo arroja como una presa á sus oyentes, despues de haberle reducido al silencio y arrancádole así su propia condenacion. Siempre que habla se olvida de sí mismo, hasta el punto de desafiar el enojo del auditorío con severas reconvenciones: jamás orador alguno ha tenido tanta audacia para censurar á sus jueces. No hace nada por agradar, ni por obtener los aplausos de la multitud; pero no omite ningun esfuerzo por convencer y persuadir.

Nosotros presentamos en esta traduccion todos sus discursos principales, de los pertenecientes al género deliberativo, que son los que le han inmortalizado. Las Filípicas son otras tantas batallas libradas contra el enemigo comun de la Grecia, las

cuales han inspirado á nuestro inimitable Espronceda la idea de referirse á Demóstenes, diciendo que se lo figuraba en su fantasía,

. . . . . la bandera
Contra el tirano macedonio alzando
Y al espantado pueblo arrebatando.

El discurso que pronunció en el proceso por la Embajada, participa del género deliberativo y judicial, y aunque apenas mencionado por algunos críticos, puede sostener ventajosamente, segun una opinion respetable, el paralelo con sus demas discursos políticos. El mismo escritor á quien nos referimos, añade, que acaso es el discurso donde desenvuelve con mayor éxito el arte que le era propio, de triunfar de la aridez natural del asunto, y de convertir en un grupo luminoso de pruebas las presunciones inciertas ó poco concluyentes.

La arenga por la Corona es la obra maestra del orador ateniense, el mayor monumento de elocuencia que existe. De ella decimos lo mismo que Demóstenes dice en uno de los períodos de este magnífico discurso, hablando de los hechos gloriosos de los antiguos griegos: «¡Todo elogio es pequeño para tanta grandeza!» Para completar este volúmen, hemos añadido dos de las cartas que escribió al Pueblo desde su destierro pidiendo la vuelta á la patria.

Hemos seguido en este trabajo la sexta edicion frencesa de J. F. Estievenart, decano de la facultad de Letras de Dijon, comparando su texto con el de otros críticos, por lo menos en los pasajes principales y en cuanto lo han permitido los pocos libros que

manejamos, y conservando algunas veces sus notas y el todo ó parte de sus introducciones. Para terminar este prólogo nos falta manifestar que no creemos exenta de defectos esta traduccion; pero que al ver las obras de Demóstenes vertidas á casi todos los idiomas europeos; al ver que la Francia tiene veintidos traducciones, más ó menos completas, pero diferentes; y al ver, en fin, que en nuestra lengua solo podíamos leer la oracion por la Corona, de la cual están tan escasos los ejemplares, que ni en la misma Biblioteca Nacional se encuentran; al ver todo esto, repetimos, no pudimos resistir al deseo de dar al público una traduccion que podrá servir, por lo menos, hasta que otra mejor se publique.

A. Roda.

ORACIONES ESCOGIDAS DE DEMÓSTENES.

PRIMERA FILÍPICA.

Introduccion.

Rechazado Filipo cuando quiso apoderarse del paso de las Termópilas, Atenas dió gracias á los dioses como si hubiese ganado una gran victoria. Sin embargo, un resto de temor parecia disponer á unos ciudadanos á la desconfianza y á otros al desaliento. Demóstenes, que desde la primera tentativa del conquistador habia adivinado el objeto de sus aspiraciones, corrió entonces á la tribuna.

Muchas proposiciones se habian presentado, pero ninguna le satisfacía. Conoce que en aquella situacion se prometerá mucho y se ejecutará poco. Pide solo lo que cree poder obtener, y reclama ante todo el armamento de los ciudadanos, cosa que la indolencia de los atenienses elude sin cesar.

Tres proposiciones principales abraza el conjunto de este vivo y rápido discurso:

1.ª Los atenienses pueden vencer á Filipo.

2.ª ¿Cómo pueden vencerlo? Detalle de los medios y de todos los preparativos necesarios.

3.ª Deben intentar esta empresa: proposicion hábilmente fundada en las dos primeras.

Discurso.

Si se hubiese anunciado la discusion de un asunto nuevo, ¡oh atenienses! aguardaría que muchos de los oradores que frecuentan esta tribuna hubiesen hablado, para guardar silencio si aprobaba alguno de sus dictámenes, é

intentar, en el caso contrario, la exposicion de mis ideas. Pero toda vez que la cuestion que hoy se presenta á exámen es la misma que tantas veces han tratado, aguardo que se me perdonará ser el primero en levantarme, cuando, por otra parte, si en lo que mira al pasado, sus consejos hubiesen correspondido á vuestras necesidades, no os veríais obligados á deliberar de nuevo.

Comenzad, ciudadanos de Atenas, por no desesperar de vuestra situacion, no obstante su tristísima apariencia; porque la causa misma de vuestras desgracias anteriores es el mejor motivo de esperanza para el porvenir. ¿Sabeis por qué? Porque solo vuestra estremada negligencia, ¡oh atenienses! ha producido vuestros males. Si hubieran sobrevenido, á pesar del cumplimiento de todos vuestros deberes, entonces solamente debería perderse la esperanza de mejorar de suerte. Pero pensad, puesto que lo sabeis por referencias de otros ó porque lo habeís presenciado, pensad en la noble actitud de Atenas contra los lacedemonios, cuando más grande era su poder; en el respeto que inspiraba vuestra propia gloria, á lo cual debísteis que se os encargase posteriormente del peso de la guerra, para defender contra Esparta los derechos de la Grecia. Pero, ¿para qué os cito este ejemplo? Para mostraros claramente, ¡oh atenienses! que si vigilais no tendreis que temer ningun peligro, y que vuestra incuria es, por el contrario, la causa de que no se cumplan vuestros deseos. Yo atestiguo esto con Lacedemonia, cuyo imperio fué vencido por vuestra actividad, y con el insolente que nos perturba hoy, porque rehusamos á los asuntos públicos los cuidados que necesitan.

Quizá alguno de vosotros, pensando en el numeroso ejército de que Filipo dispone, y en todas las fortalezas que ha usurpado á la República, lo creerá difícil de vencer; esto es cierto. Pero que considere, sin embargo, que otras veces Atenas tenia bajo su obediencia á Pidna, Po-

tidea, Medona y el resto entero de esta comarca; que la mayor parte de los pueblos ahora sometidos á Filipo eran libres, autónomos, y preferian nuestra alianza á la suya. Si entonces Filipo se hubiese detenido en este razonamiento: «Solo, sin aliados, no puedo atacar á los atenienses, cuyas numerosas fortalezas dominan mis fronteras;» entonces, repito, lo que ahora ha hecho no lo hubiese jamás intentado; no, no se hubiera engrandecido tanto. Pero él sabia bien que las plazas fuertes son recompensas espuestas á la suerte de los combates; que naturalmente los ausentes son desposeidos por los presentes, y los tímidos y perezosos por los hombres atrevidos é infatigables. Realizando esta máxima, todo lo ha subyugado, todo lo ha invadido, en unas partes por derecho de conquista, en otras con el titulo de amigo y de aliado, que siempre se desea obtener, de aquellos á quienes se vé con las armas en la mano y dispuestos á herir donde conviene. Si pues ahora, ¡oh atenienses! quereis á vuestra vez, ya que no lo habeis hecho antes, arreglar vuestra conducta por este mismo principio; si cada uno, despreciando todo subterfugio, se apresura á contribuir á las necesidades públicas segun sus medios, los ricos con sus donativos y los jóvenes empuñando las armas; en una palabra, si estais resueltos á no depender sino de vosotros mismos; si cada ciudadano alimenta su esperanza en su propia actividad, verá que todos trabajan como él; y entonces, con la ayuda de los dioses, recobrareis vuestras posesiones; entonces repararéis las desgracias producidas por vuestro descuido y castigareis á ese hombre ambicioso. Porque no creais que Filipo es como una divinidad, que lleva en sus manos la fortuna: es objeto de ódio, de temor y de envidia, aun para algunos de los que cree que le están más consagrados. ¡Oh! ¿Cómo no suponer en los que le rodean todas las pasiones de los demás hombres? Pero carecen de auxiliares y se hallan timidamente detenidos ante esta lentitud, ante

esta inercia que es indispensable, yo lo repito, que sacudais desde hoy mismo. Ved, en efecto, ¡oh atenienses! hasta dónde se ha desbordado la audacia de ese hombre: ya no os permite vacilar entre la accion y el reposo; os amenaza; profiere, segun se dice, palabras insolentes; incapaz de contentarse con las usurpaciones que ha cometido, se rodea cada dia de nuevas conquistas; y mientras que nosotros temporizamos inmóviles, nos cerca y nos estrecha por todas partes.

¿Cuándo, pues, ¡oh atenienses! cuándo cumplireis vuestro deber? ¿A qué aguardais para moveros? ¿A que os obliguen los acontecimientos ó la necesidad? Pero, ¿qué otra idea puede formarse de lo que sucede? No conozco necesidad más apremiante, para hombres libres, que la de evitar su deshonra. ¿Quereis andar siempre por la plaza pública, preguntando de un lado para otro: «Se dice algo de nuevo?» ¡Oh! ¿Qué mayor novedad que un macedonio vencedor de Atenas y dominador de la Grecia? «¿Ha muerto Filipo?» pregunta uno. «No ha muerto, pero está enfermo,» responde otro. Muerto ó enfermo, ¿qué os importa? Si pereciese y vuestra vigilancia continuase tan descuidada como ahora, vosotros mismos produciríais otro Filipo; porque este debe su engrandecimiento á vuestro abandono más bien que á sus propias fuerzas. Y si la fortuna nos librase de él, si más cuidadosa de nosotros que nosotros mismos nos secundase y destruyese su obra, no dudo que estando cerca de los paises descontentos y sorprendiéndolos en el desórden de una revolucion general lo someteríais todo á vuestro dominio; pero en vuestra situacion actual, aunque la fortuna os abriese las puertas de Anfípolis, no podríais entrar en una ciudad de la cual vuestros armamentos y vuestros proyectos os mantienen tan apartados.

Desplegar una voluntad enérgica y un celo infatigable en el cumplimiento de vuestro deber, es una necesidad de

que os creo penetrados, y no insistiré más sobre ella. Pero, ¿cuáles son los preparativos necesarios para libraros de tan grandes embarazos? ¿Cuál debe ser la cantidad de vuestras fuerzas? ¿Cuál la suma de los subsidios? ¿Qué medidas me parecen las más prontas y eficaces? Hé aquí lo que intento esponer, despues de pediros una sola cosa. Antes de fijar vuestra opinion, escuchadlo todo, y no prejuzgueis nada; y si me veis proponer nuevos aprestos, no vayais á creer que retardo los resultados. El grito de: *¡pronto, desde hoy mismo!* no es el consejo más oportuno, puesto que no podríamos, con recursos obtenidos instantáneamente, cambiar en nada la faz de los acontecimientos: creo serviros mejor esponiendo los preparativos necesarios, su cantidad, el medio de realizarlos y hacerlos permanentes hasta que nos convenga renunciar á las hostilidades, ó hasta que hayamos vencido al enemigo. Esta actitud solamente nos pondrá al abrigo de todo insulto. Tales son las cuestiones de que creo deber ocuparme, sin impedir por esto á nadie que haga aquí otras promesas. La mia es muy grande, pero el resultado la justificará, y vosotros pronunciareis.

Digo, pues, ¡oh atenienses! que es necesario armar desde luego cincuenta triremes, y que os dispongais á tripularlos en persona cuando la necesidad lo exija. Pido tambien que se equipe, para la mitad de la caballería, un número suficiente de buques de carga y de trasporte. Hé aquí, á lo que yo creo, los medios de defensa que debeis oponer á esas escursiones súbitas que el Macedonio hace á las Termópilas, al Quersoneso, á Olinto y á los demas puntos que le conviene atacar. Es necesario hacerle concebir la idea de que, despertados de vuestro letargo, podreis precipitaros sobre él tan impetuosamente como en vuestra antigua espedicion de Haliarte, como en la Eubea y como más recientemente en las Termópilas. Aun cuando no ejecutáseis nada más que una parte del plan que os

propongo, no dejariais de obtener buenos resultados. Perfectamente instruido Filipo de vuestros aprestos, por los espías que tiene entre nosotros, ó intimidado se detendrá, ó, si no hace caso de nuestra actitud, le sorprendereis sin defensa, puesto que, en la primera ocasion, podreis verificar un desembarco sobre sus costas. Tal es el proyecto para el cual reclamo vuestra unánime aprobacion; tales son los preparativos que es necesario ordenar al instante.

Creo tambien, atenienses, que debeis tener preparadas fuerzas para atacar sin descanso y fatigar al enemigo. No me hableis de diez mil ni de veinte mil estranjeros, ni de esos grandes ejércitos que solo existen en el papel. Quiero tropas que pertenezcan á la pátria; que cualesquiera que sean el número y las personas de los generales que elijais, los obedezcan y los sigan. Pero tambien es necesario que cuideis de su subsistencia. ¿Qué tropas serán estas? ¿Cuál será su número? ¿Cuáles los recursos para sostenerlas? ¿Cómo ejecutar las medidas que se requieren? Responderé á todo por su órden.

En cuanto á los mercenarios estranjeros, no hagais ahora lo que frecuentemente os ha perjudicado. Traspasando los límites de lo necesario, vuestros proyectos son magníficos en vuestros decretos; pero cuando se trata de obrar, se encuentra que es nula la ejecucion. Comenzad por pequeños preparativos, y aumentadlos progresivamente si reconoceis su insuficiencia. Pido, pues, en junto, dos mil infantes, de los cuales quinientos serán atenienses, fijando vosotros de antemano su edad y la duracion del servicio, que deberá ser bastante corta para que puedan relevarse sucesivamente. El resto de esta fuerza se compondrá de estranjeros. Tened tambien doscientos soldados de caballería, entre los cuales haya, lo menos, cincuenta de Atenas, que sirvan en las mismas condiciones que los de á pié. Proveedles de buques de trasporte. Todo eso está bien, me direis, ¿qué mas se necesita? Diez trire-

mes ligeros; pues si Filipo tiene una marina, nosotros tenemos necesidad de galeras rápidas para asegurar los movimientos de nuestros soldados. Pero á estos soldados, ¿cómo les haremos subsistir? Voy á decíroslo, despues de haber esplicado por qué creo esas fuerzas suficientes, y por qué exijo de los ciudadanos el servicio personal.

Esas tropas bastan, ¡oh atenienses! vista la imposibilidad de levantar ahora un ejército que aventure, contra Filipo, una batalla decisiva. Fuerza será que empecemos limitándonos á las correrías y al pillaje. Pero para este género de guerra, nuestras tropas no deben ser muy considerables, porque se verian faltas de sueldo y de víveres, ni muy poco numerosas. Deseo que los ciudadanos formen en sus filas y se embarquen con ellas, porque veo que otras veces nuestra ciudad sostenia en Corinto un cuerpo de estranjeros mandados por Polistrato, Ificrates, Cabrias y otros jefes; que vosotros mismos acudísteis bajo aquellas banderas, y que confundidos ciudadanos y estranjeros, vencísteis á los lacedemonios. Sucede que cuando vuestra soldadesca asalariada sostiene sola la campaña, no triunfa más que de vuestros amigos y aliados; el enemigo aumenta sus recursos, y despues de haber dirigido una mirada indiferente sobre la guerra emprendida por Atenas, el mercenario se embarca, y vá á ofrecer sus servicios á Artabaces ó á cualquiera otro amo. Su general le sigue; ¿es esto asombroso? Tan pronto como deja de pagar, deja de ser obedecido.

¿Qué es, pues, lo que deseo? Lo que deseo es quitar al jefe y á los soldados todo pretesto de descontento, asegurando la paga y colocando en las filas soldados ciudadanos que vigilen la conducta de los generales. Hoy dia es, en efecto, nuestra política muy risible. Que se os pregunte si estais en paz. «¡No! esclamareis; ¡no, por Júpiter, estamos en guerra con Filipo!» Esto es evidente, puesto que elegís entre vosotros diez texiarcas, diez estrátegos, diez tribu-

nos y dos hiparcas. ¿Pero qué hacen estos hombres? Aparte de uno solo que enviais á la guerra, todos los demas se ocupan en maniobrar en vuestras procesiones con los inspectores de los sacrificios. Semejantes á alfareros, fabricais texiarcas y tribunos para adorno y no para la guerra. Para que vuestro ejército fuese realmente el ejército de Atenas, ¿no seria necesario confiar el mando á texiarcas y á hiparcas atenienses? Pero no, ¡es preciso que sea ciudadano el que se manda como hiparca á Lemnos, mientras que la caballeria que proteje las posesiones de la República recibe las órdenes de Menelao! No tengo nada que censurar en este jefe; pero digo que cualquiera que sea el que ocupe su puesto, debe ser elegido de entre vosotros.

Quizá, si considerais fundadas estas observaciones, estareis impacientes por conocer los gastos necesarios y el modo de sufragarlos. Voy á satisfaceros. El costo total de víveres y municiones, pasará un poco de noventa talentos, cuya inversion es la siguiente: cuarenta talentos en los diez buques de trasporte, á razon de veinte minas mensuales para cada buque; otro tanto á los dos mil infantes, calculando á diez dracmas por cabeza al mes; y, en fin, á los doscientos soldados de caballería, doce talentos, pagándoles á razon de treinta dracmas mensuales á cada uno. Y no creais que es muy poco el atender solamente á la subsistencia del soldado. Concedido esto, estoy seguro de que la guerra le proporcionará lo demás, y que sin robar á griegos ni aliados completará su sueldo. Yo mismo, embarcado como voluntario, respondería con mi cabeza de lo que digo. Pero los fondos que se necesitan, ¿de qué modo se han de procurar? Hélo aquí. *(La lectura de los medios que proponia el orador para arbitrar recursos, se hizo por un secretario. Demóstenes continuó:)*

Tales son, ¡oh atenienses! los recursos que podemos encontrar. Despues que una opinion haya obtenido mayoría, que la ejecucion de las medidas adoptadas se vote

tambien, á fin de no guerrear más contra Filipo á golpes de decretos y mensajes, sino con la espada en la mano.

Pero me parece que vuestra deliberacion sobre esta campaña y sobre el conjunto de sus preparativos será más acertada, si os representais en vuestro pensamiento la comarca que ha de ser teatro de vuestros combates, y si reflexionais que Filipo se aprovecha de los vientos y las estaciones para adelantarse á vosotros y asegurarse un buen éxito, y que solo ataca despues que han vuelto los vientos etesios ó de invierno, en cuya época nos sería imposible aguardarle. Penetrados de esta consideracion, cesad de oponerle alistamientos instantáneos, que nunca nos permiten llegar á tiempo, y que vuestros preparativos y vuestro ejército sean permanentes. Teneis para hacerle invernar, á Lemnos, Thasos, Sciathe y otras islas de este archipiélago, donde se encuentran puertos, víveres y todo lo necesario á tropas en campaña. Durante la época que permite recorrer las costas y confiarse á los vientos, nuestras naves se acercarán fácilmente al pais enemigo, y bloquearán los puertos de las ciudades de comercio.

Sobre la manera y la ocasion de hostilizar con el ejército, dejad que el general colocado por vosotros á su cabeza tome consejo de las circunstancias. Vuestro objeto inmediato debe reducirse á ejecutar lo que he propuesto en mi proyecto. Si comenzais ¡oh atenienses! facilitando los subsidios que he pedido; si despues de haberlo preparado todo, buques, infantería y caballería, obligais por una ley al ejército entero á no separarse de sus banderas; si, en fin, os haceis tesoreros y administradores de vuestros fondos y exigís cuentas de la campaña al general, no prolongareis, sobre esta misma materia, unas discusiones sin término y sin fruto. Otra ventaja os indicaré aun: arrebatareis á Filipo la mas pingüe de sus rentas. ¿Sabeis cuál es? Los despojos apresados en el mar á los aliados de Atenas, que él emplea en combatir á nuestra ciudad. ¿Qué

otros beneficios lograreis? Vosotros mismos os vereis libres de sus piraterías; no se atreverá á volver á Lemnos y á Imbros para encadenar á vuestros conciudadanos y arrastrarlos tras sí; Geræstos no lo verá en lo sucesivo envolver y asaltar vuestras naves y apoderarse de sumas inmensas; no descenderá más hasta Maraton, como hace poco, para llevarse el trireme sagrado; correrías y latrocinio que no pudísteis impedir, porque vuestros medios improvisados no llegan nunca en el momento oportuno. ¿Sabeis, ¡oh atenienses! por qué las Panateneas y las Dionisiacas se solemnizan siempre en la época prescrita, cualesquiera que sean la habilidad ó la impericia de los encargados de estas dos fiestas, en las cuales gastais mas oro que en una espedicion naval, y cuyo tumultuoso aparato no tiene ejemplo, á lo que yo creo, mientras que todas vuestras escuadras llegan tarde á Methon, á Pagases y á Potidea? Pues consiste en que en estas funciones todo está ordenado por la ley; en que cada uno conoce, con mucho tiempo de anticipacion, el corega, el gimnasiarca de su tríbu, lo que debe hacer, cuándo, por qué manos y qué suma ha de recibir, sin que haya nada imprevisto, indeciso ni olvidado; en tanto que para la guerra y los armamentos, no se tiene ningun órden, ninguna regla ni precision. A la primera alarma nombramos los trierarcas, procedemos á los alistamientos y acudimos á los recursos pecuniarios. Terminados estos preliminares, decretamos el embarque del estranjero domiciliado, despues el de los manumisos, y por último el de los ciudadanos que los han de relevar. Las dilaciones se prolongan y perdemos las plazas hácia las cuales debíamos correr, porque el tiempo de obrar lo consumimos en preparativos. La ocasion no se cuida de aguardar el fin de nuestras dilaciones y las fuerzas que creemos tener armadas por nosotros, en este intérvalo, se convencen de su impotencia en el momento decisivo. Así Filipo lleva su insolencia hasta el

punto de escribir á los eubeos cartas concebidas en estos términos: *(Lectura de una carta de Filipo, en la cual aconsejaba á los eubeos que no confiasen en la alianza de Atenas, puesto que esta República era incapaz de cuidar de su propia defensa.)*

La mayor parte de las cosas que se acaban de leer son muy ciertas, aunque no tenga nada de agradable el escucharlas. Suprimirlas por temor de disgustaros, ¿sería quitarlas de los asuntos? Vuestro placer sería entonces la regla del orador. Pero si la elocuencia empleada fuera de tiempo conduce solo á vuestro mal, ¡qué mayor vergüenza, oh mis conciudadanos, que la de lisonjear vuestros deseos, la de rechazar toda empresa desagradable, la de tener que conduciros engañados á todas las operaciones, la de no poder convenceros de que para dirigir bien una guerra, es necesario no ir detrás de los sucesos, sino precederlos, y de que, semejante al general cuyo puesto está en las primeras filas de su ejército, un pueblo sábio en política, debe marchar delante de los asuntos, á fin de ejecutar lo que ha resuelto, y no arrastrarse como esclavo á la zaga de los acontecimientos! Vosotros, ¡oh atenienses! aunque disponeis de las fuerzas mas poderosas de la Grecia, tanto en buques como en infantería, caballería y riqueza, es lo cierto que hasta ahora, á pesar de todos vuestros movimientos, no habeis aprovechado ninguna de estas ventajas. El pugilato de los bárbaros es vuestra rutina de guerra contra Filipo. ¿Recibe un golpe uno de estos atletas? En seguida acude á repararlo con la mano. ¿Recibe otro? Sus manos se dirigen de nuevo á la parte lastimada; pero observad fijamente al antagonista y vereis que no le estrecha cuerpo á cuerpo, que no se atreve á atacarle. De igual modo procedeis vosotros. ¿Llega la noticia de que Filipo está en el Quersoneso? Decreto en seguida para socorrer el Quersoneso. ¿De que está en las Termópilas? Decreto para acudir á las Termópilas. ¿De que está en cual-

quiera otra parte? Correis precipitadamente á su encuentro. Sí; no haceis más que maniobrar bajo sus órdenes, no ejecutando por vuestra propia inspiracion ninguna medida militar importante; no preveyendo absolutamente nada; aguardando cada dia la nueva de algun desastre. Otras veces acaso podríais impunemente obrar así; pero la crísis se aproxima y es menester variar de conducta.

¿No será, quizá, un dios, ¡oh atenienses! quien avergonzado de que nuestra República sufra tantas afrentas, ha puesto en el corazon de Filipo esa inquieta actividad? Si saciado de conquistas, hechas siempre en vuestro daño, se detuviese en sus proyectos, creo ver á más de un ciudadano resignarse á sufrir las pérdidas que atestiguan nuestra cobardía y que condenarían la nacion á la deshonra. Pero siempre agresor, siempre codicioso de poderío, él os despertará, si es que descansais todavía sobre alguna esperanza. Por mi parte, me admiro, atenienses, de ver que no produce en ninguno de vosotros reflexion ni cólera, una guerra comenzada para castigar á Filipo, y que ha degenerado en guerra defensiva contra Filipo. Pero es evidente que no se detendrá si no se le ataja el camino. ¿Y es esto lo que siempre hemos de aguardar? Por haber dado órdenes sobre galeras vacías y haber confiado en las esperanzas de algun temerario, ¿creereis que todo marcha satisfactoriamente? ¿No tendremos ya que embarcarnos? ¿No saldremos en persona, reuniendo una parte de soldados ciudadanos, puesto que antes no lo hemos hecho? ¿No correremos hácia las fronteras del enemigo? Pero, ¿á dónde dirigirnos? se nos preguntará. Ataquemos por cualquier punto, ¡oh atenienses! y la guerra misma descubrirá la úlcera gangrenada de nuestro adversario. Pero si permanecemos en nuestros hogares, oyentes ociosos de oradores que se acusan y se destrozan á porfía, jamás ejecutaremos una sola medida provechosa. Sobre cualquier punto á que se dirija una espedicion naval, concertada por una parte

siquiera de los ciudadanos, los dioses propicios de la fortuna combatirán por nosotros. Muy por el contrario, todo lo que confieis á un general sin soldados, á un decreto sin fuerza y á quiméricas promesas de tribuno, fracasará sin remedio. Objeto de burla para vuestros enemigos, tales preparativos son la muerte y la pérdida de vuestros aliados. Es imposible, en efecto, es imposible que un solo jefe pueda con la enorme carga que echais sobre él: hacer promesas, pagar con palabras y culpar á otro de los desastres, es todo cuanto puede; pero esto mismo produce nuestra ruina. Un general conduce á la guerra infelices estranjeros sin sueldo; hombres lijeros acuden á esta tribuna para calumniar lo que ha hecho á gran distancia de nosotros; sobre los rumores inciertos de que se hacen eco, vosotros, jueces tambien lijeros, lanzais al acaso una condenacion: ¿á qué, pues, hay que atenerse?

Pero el remedio de estos males consiste en designar ciudadanos, que sean á la vez soldados, vigilantes de vuestros generales, y sus jueces despues de haber regresado de la campaña. De este modo conocereis vuestros asuntos mejor que por simples referencias; y presentes en el lugar de los sucesos, os enterareis de ellos por vosotros mismos. Actualmente, ¡oh colmo de ignominia! todos vuestros generales se esponen á perecer por vuestras sentencias, y ninguno tiene el valor de comprometer su vida en un solo combate. Prefieren la muerte de los salteadores y asesinos á la de los guerreros; deben, sí, morir los malhechores por una sentencia que los condene; pero un general solo debe sucumbir con la espada en la mano y con el rostro frente al enemigo.

Algunos de entre vosotros llegan cargados de noticias y afirman que Filipo trama con Lacedemonia la ruina de Tebas y el desmembramiento de nuestras democracias; otros dicen que envia embajadas al gran Rey, y hay quien le vé fortificar las plazas de Iliria: cada uno inventa su

fábula y la circula por todas partes. En cuanto á mí, creo, atenienses, que este hombre está embriagado con sus magníficas hazañas; creo que mil sueños brillantes acaricia en su imaginacion, porque no vé ninguna barrera que lo detenga, y que está envanecido con sus triunfos. Pero yo os aseguro, por Júpiter, que no combina sus proyectos de modo que puedan ser penetrados por esos simples rebuscadores de noticias. Si, dejándoles sus desvaríos, consideramos que Filipo es nuestro enemigo y nuestro espoliador; que desde hace mucho tiempo nos ultraja; que todos los socorros con que contábamos se han vuelto contra nosotros; que en adelante nuestros recursos están en nosotros solos; que negarnos ahora á llevar la guerra á su pais equivaldria, infaliblemente, á imponernos la fatal necesidad de sostenerla á las puertas de Atenas; si consideramos, repito, todo esto como cierto, conoceremos cuanto importa saber, y podremos rechazar inverosímiles conjeturas. Vuestra obligacion no consiste en penetrar hasta el fondo del porvenir, sino en ver las desgracias que este porvenir ocasionará si no sacudís vuestra vergonzosa desidia: esto es lo que conviene mirar de frente.

Por mi parte, yo que nunca he propuesto, por agradaros, nada que mi conviccion haya creido contrario á vuestros intereses, hoy tambien acabo de esplicarme con libertad, con sencillez, con franqueza. ¡Dichoso si estuviese cierto de que es tan útil al orador el ofreceros los mejores consejos, como á vosotros el seguirlos! ¡Cuánto más dulce habria sido mi tarea! ¡Ignoro las consecuencias que me traerán los que os he dado; pero, no importa! Persuadido de que vuestro provecho está en seguirlos, no he vacilado en hablar. ¡Ojalá prevalezca la opinion que deba salvarnos á todos!

DISCURSO POR LA LIBERTAD DE LOS RODIOS.

Introduccion.

Se cree que las primeras proposiciones de Demóstenes contra Filipo no obtuvieron resultado. Mientras los atenienses no fueron personalmente atacados, apartaron la vista de los progresos del conquistador.

El año siguiente, segundo de la Olimpiada 107 y 351 antes de Jesucristo, el orador no emprendió de nuevo su lucha contra el Monarca sin haber abogado primero en favor de los de Rodas. Mediante el apoyo del rey de Persia y la presencia de una guarnicion enviada por la reina Artemisa, el partido oligárquico de esta poderosa isla, acababa de arrebatar el mando á la democracia, y se entregaba sin freno á satisfacer su ambicion y su venganza. Los oprimidos acudieron á Atenas, su protectora natural, y reclamaron su apoyo.

El resultado del discurso que con este motivo pronunció Demóstenes para apoyarlos es desconocido. Segun Bartelemy, el pueblo de Rodas solicitó en vano el favor de los atenienses; pero el traductor aleman Jacobs y los demas que le precedieron, no se atreven á afirmar nada.

Discurso.

Creo, atenienses, que al discutir sobre tan graves asuntos, debeis conceder á los oradores una completa libertad. Por mi parte, siempre he creido difícil, no el demostraros el partido más ventajoso, pues me parece, sin que en esto

haya lisonja, que venís aquí conociéndolo de antemano, sino el determinaros á ejecutarlo. Se vé, en efecto, que despues de acordada una medida y redactado su decreto, estais tan lejos de realizarla como antes.

Uno de los sucesos por los cuales se debe, en mi opinion, dar gracias á los dioses, es el que nos ofrece un pueblo cuyo insolente orgullo le hizo armarse no há mucho contra vosotros, y que hoy funda en vosotros únicamente todas sus esperanzas de salvacion. Sí; esta circunstancia debe complaceros, porque si adoptais la resolucion que aconseja, justificareis con sus gloriosos resultados á la República, de los reproches ofensivos de sus calumniadores. Bizancio y Rodas nos han acusado de tramar su ruina, y de aquí su coalicion reciente para hacernos la guerra. Se verá, pues, que el instigador, el jefe de la sedicion, ese Mausolo que se decia amigo de los rodios, les ha despojado de su libertad; que los pueblos de Chios y de Bizancio, sus aliados, no los han socorrido al verlos en la desgracia, y que vosotros solos, á quienes únicamente temian, habeis sido sus salvadores. Con este espectáculo presentado á la faz del mundo, enseñareis al partido democrático de cada República, á ver en vuestra amistad la garantía de su independencia. Pero vuestra mayor dicha consistiría en que obtendríais espontáneamente, en toda la Grecia, la aprobacion más unánime.

Me asombro de ver que, los mismos oradores que por favorecer á los egipcios aconsejaban á la República oponerse al rey de Persia, temen ahora á este mismo príncipe, cuando se trata del pueblo de Rodas. ¿Quién no sabe que este pueblo es griego y que Artajerjes cuenta el Egipto como una de sus provincias? Muchos de vosotros recordarán, sin duda, que en vuestras deliberaciones sobre las empresas del Rey, subí á la tribuna, hablé el primero, y solo, ó casi solo dije: «Obraríais con prudencia si en vez de fundar vuestro armamento en el ódio que el persa os

inspira, alegárais como pretesto la necesidad de combatir á vuestros otros enemigos, disponiéndoos para rechazar á este en el caso de una tentativa injusta de su parte.» Tal fué mi dictámen, que aprobásteis y que recibió vuestra sancion. Pues bien, mi lenguaje de hoy, es una consecuencia del que empleé entonces. Cerca del Rey, y admitido á su consejo, le exhortaria, como os exhorto, á combatir por sus posesiones si los griegos le atacasen; pero tambien á no ambicionar nada absolutamente de lo que no le pertenece. Así, pues, ¿estais resueltos, ¡oh atenienses! á dejarle todo lo que haya podido avasallar por su diligencia ó por la seduccion de los jefes de algunas repúblicas? El resolver esto no seria, en mi juicio, nada generoso. ¿Pero no creeis en la necesidad de combatir por los derechos de los pueblos y de arrostrar por defenderlos, en caso necesario, los mayores peligros? Tanto menos obligados estareis á hacerlo, cuanto más firmemente lo hayais decidido; y sea de esto lo que quiera, habríais manifestado sentimientos conformes á vuestros deberes.

Para convenceros de que no hacemos nada nuevo, yo al daros el consejo de libertar á los ródios y vosotros al seguirlo, voy á recordaros una antigua empresa que os fué ventajosa. En otro tiempo enviásteis á Timoteo al socorro de Ariobarzanes, y vuestro decreto contenia esta cláusula: «No romperá el tratado convenido con el Rey.» Viendo el general, por una parte al Sátrapa en rebelion abierta contra su Soberano, y por la otra á Samos, ocupada por las tropas de Ciprothemis, colocado allí por Tigranes, lugarteniente del Monarca, renunció á sostener á Ariobarzanes, se aproximó á esta ciudad, la socorrió y la libertó. Hasta ahora, esta conducta no os ha ocasionado ninguna guerra. Esto consiste en que, para conquistar, no se combate nunca con tanto ardor como para defenderse. ¿Hay que reparar alguna pérdida? En seguida se reunen todas las fuerzas. ¿Se trata de engrandecerse? No se vuel-

ve á desplegar la misma intrepidez. El ambicioso prospera mientras nadie le detiene; pero al primer obstáculo que encuentra, recuerda que la agresion no procede de su adversario.

No creo que despues de haber intentado la libertad de los ródios, Atenas vea sus esfuerzos detenidos por Artemisa: escuchadme un momento, y juzgad si mis conjeturas son fundadas. Si el Rey terminase felizmente la campaña de Egipto, estoy persuadido de que Artemisa haría todo lo posible por ponerle en posesion de Rodas, no por buena voluntad, sino por el deseo de colocar este señalado servicio como un testimonio de afecto en el corazon de un vecino poderoso y de ganar sus simpatías. Pero, si como se dice ha fracasado su empresa, ella piensa que la isla, inútil en este caso al Monarca, amenazaría sus propios Estados, como una ciudadela, entorpeciendo todos sus movimientos. Me parece, pues, que la Reina preferiría cedérosla, siempre que la cesion quedase oculta, más bien que verla en poder de Artajerjes; y que, por consecuencia, no secundará los designios de este, ó le prestará á lo sumo un socorro débil é insignificante. En cuanto al Príncipe, sin duda que no puedo considerarme enterado de sus proyectos; pero ¿sabemos si se apropiará ó no, la ciudad de Rodas? Yo sostengo que interesa á la República ver esta cuestion resuelta; porque si ocupa la ciudad, no hay que tratar únicamente de la suerte de los ródios, sino tambien de la nuestra, y aun de los destinos de la Grecia entera.

Sin embargo, en el caso mismo de que los ródios, señores actuales de la ciudad, dispusieran de poder bastante, no os aconsejaría abrazar su causa, aun cuando prometiesen hacer por vosotros igual sacrificio; porque veo que, para destruir la democrácia, han comenzado por atraerse algunos ciudadanos, á los cuales han perseguido despues que la obra estuvo terminada. ¿Podría creer yo

que hombres infieles á entrambos partidos llegasen á ser vuestros seguros aliados?

No usaría este lenguaje si lo creyese solo útil al pueblo ródio, pues ningunos lazos públicos ni privados me unen á él; y aun, en el caso contrario, tampoco habría hablado si vuestro interés no me lo ordenase. Más diré aun: si fuese permitido cuando se trata de salvarlos, yo confesaría que me alegro con vosotros de que, por envidiaros vuestro bien, los ródios hayan perdido la libertad, y de que pudiendo obtener, en igualdad de condiciones, la alianza de Grecia y la de Atenas, tan superior á Rodas, obedezcan á los bárbaros, y sean esclavos de los esclavos que han recibido en sus fortalezas. Sí, si estais dispuestos á socorrerlos, diré que casi son dichosos en su desgracia misma. Dudo que la prosperidad hubiese enseñado á los ródios la sabiduría; pero gracias á las lecciones de la esperiencia, han visto el abismo en que la imprudencia precipita á los pueblos, y quizá, si la suerte lo permite, sean más cuerdos en el porvenir, lo cual será para ellos una ventaja no pequeña. Os estimulo, pues, á que trabajeis por sacarles de la opresion, y á que penseis, dejando á un lado todo rencor político, que no creeríais merecer castigo porque más de una vez os hayan engañado consejeros pérfidos.

Recordad, tambien, que habeis sostenido una multitud de guerras contra los gobiernos democráticos y oligárquicos; bien lo sabeis todos. Pero los motivos que os han armado contra estos diferentes pueblos, es quizá el punto que ninguno de vosotros trata de profundizar. ¿Cuáles son, pues, estos motivos? Con las democrácias habeis combatido por querellas particulares que el Estado no habia podido terminar, por una porcion de territorio, por causa de los límites, ó por la gloria y la preponderancia; con las oligárquias, ¡qué diferencia! por el mantenimiento de las leyes y la libertad. Así, pues, yo me atreveré á

decir que os convendría más tener por enemigos á todos los Estados populares de la Grecia, que á todos los otros por amigos. Os sería fácil hacer la paz, cuando quisiérais, con los pueblos libres, mientras que no podríais fiaros de la amistad de los gobiernos aristocráticos. ¿Puede haber jamás acuerdo y buena fé entre los individuos de una oligárquia y un pueblo soberano, entre la pasion de dominar y la igualdad cívica?

Me asombro de ver que ninguno de vosotros considera, que si Chios, Mitilena y casi toda la Grecia se sometiesen al yugo oligárquico, nuestro Gobierno recibiria un golpe terrible, y que si todos los pueblos adoptan este régimen, no es posible que dejen subsistir entre nosotros la democrácia. Sí, persuadidos de que Atenas sola es capaz de restablecer la libertad, querrán destruir á Atenas, como á un enemigo cuyos golpes son temibles. De ordinario sucede que el ofensor es solo enemigo del ofendido; pero los que destruyen la democrácia para elevar la oligárquia sobre sus ruinas, son hostiles á todos los amigos de la libertad. Por otra parte, atenienses, es justo que un pueblo libre como vosotros, abrigue, por las desgracias de todo pueblo libre, los mismos sentimientos que desearíais inspirarle, si, lo que no permitan los dioses, vuestra suerte se trocase en la suya. Vanamente se dirá que los ródios merecen su infortunio, y en todo caso, no sería esta la ocasion oportuna de alegrarnos. Es necesario mostrar siempre, en la prosperidad, una gran benevolencia con los desgraciados, puesto que nadie sabe lo que le tendrá reservado el porvenir.

Oigo repetir aquí frecuentemente, que en los desastres de nuestra democrácia, los pueblos votaron por su conservacion. Solo dirigiré á los Argivos una rápida mirada. Yo querría que Atenas, conocida porque tomó la defensa de todos los oprimidos, no apareciese vencida por Argos en generosidad; por este pueblo que no obstante ser vecino

de Esparta, á la cual veia dominando en la tierra y en los mares, manifestó sin miedo ni vacilacion su simpatía hácia vosotros, y decretó que los diputados lacedemonios enviados, segun se dice, para reclamar algunos de vuestros proscriptos, serian tratados como enemigos si no se retiraban antes de la puesta del sol. ¡Qué vergüenza para vosotros, oh mis conciudadanos! Si mientras que el pueblo argivo no temió el poder lacedemonio en tiempo de su mayor grandeza, vosotros, hijos de Atenas, tembláseis ante un bárbaro, ó más bien ante una mujer. Sin embargo, los argivos habrian podido escusarse, con los numerosos reveses que les habian hecho sufrir los espartanos; pero vosotros, vencedores frecuentemente del Gran Rey, vosotros no habeis sido derrotados ni una sola vez por sus esclavos ni por él mismo. Sus ventajas pasajeras sobre Atenas no las debió más que á su oro, que le proporcionó traidores entre los más pérfidos de los helenos. ¡Estéril victoria! Porque al mismo tiempo que este Príncipe debilitaba nuestra República bajo los golpes de Lacedemonia, él era casi destronado por Clearco y por Ciro. Solo venció con el fraude, y el fraude ocasionó su ruina. Veo á muchos de vosotros despreciar á Filipo como á un adversario indigno de vuestro ódio, y temer á Artajerjes como á un enemigo fuerte y peligroso. Pero si despreciamos al uno por muy débil, y lo cedemos todo al otro por muy temible, ¿contra quién, atenienses, empuñaremos las armas?

Hay aquí oradores muy ardientes, que sostienen ante vosotros los derechos de los demas pueblos: tengo una palabra que advertirles, una sola palabra. Que procuren defender cerca de los otros pueblos los derechos de Atenas, á fin de dar ejemplo de una alta imparcialidad. No está bien que venga á daros lecciones de equidad el que no la practica por sí mismo; y yo creo que hay injusticia en la conducta del ciudadano que está siempre dispuesto á acusaros y jamás á defendederos. Por el cielo os pido

que considereis bien esto: ¿por qué en Bizancio nadie querría aconsejar al pueblo que no se apoderase de Calcedonia, que pertenecía á vosotros antes de ser del rey de Persia, y sobre la cual los bizantinos no tienen ningun derecho; que no hiciese tributaria á Selymbria, ciudad que otras veces era nuestra aliada, y que no redujese su territorio, faltando á los juramentos y á los tratados que declaran á estas dos ciudades independientes? ¿Por qué nadie ha aconsejado á Mausolo cuando vivía, y despues de su muerte á Artemisa, no someter á Cos, Rodas y otras ciudades griegas, que el Gran Rey, de quien estos Príncipes dependen, cedió á los helenos segun consta en los tratados, y por las cuales los helenos han desafiado otras veces numerosos peligros y sostenido gloriosos combates? Que se atreva alguien á proponer esto ante la Reina y los bizantinos, y probablemente no encontrará un auditorio muy dócil.

Por mi parte, creo justo restablecer la democrácia ródia; y aunque no lo fuese, la conducta de los otros pueblos me impondria el deber de aconsejar este restablecimiento. ¿Sabeis por qué? Porque si todos ¡oh atenienses! fuesen íntegros observadores del derecho, sería vergonzoso apartarnos solos de su senda; pero toda vez que la política universal no es otra cosa que el arte de ser injusto impunemente, el ser los únicos que alegan la equidad para no emprender nada, deja de ser justicia para convertirse en cobardía. En todas partes la estension de los derechos se mide por la magnitud de la fuerza, de lo cual puedo presentaros una prueba muy conocida. Existen dos tratados entre los helenos y el Rey: el uno, obra de nuestra República, es generalmente celebrado; el otro, hecho por los lacedemonios, es generalmente reprobado. El límite del derecho no es el mismo en estos dos convenios. Esto consiste en que las leyes en una República, llaman á la participacion de los mismos derechos á los grandes y

á los pequeños, como sucede en el derecho público de la Grecia, en que el más fuerte cede una parte al más débil. Así, puesto que estais determinados á obrar en nombre del derecho, es necesario conseguir los medios de establecerlo; pero solo habreis logrado esto, cuando todos los pueblos vean en vosotros los defensores de su independencia.

No me sorprendo de que os cueste tanto trabajo el hacer lo que debeis. Los demas pueblos solo tienen que combatir con enemigos declarados, y despues de haber vencido, nadie les impide gozar de sus victorias. Pero vosotros ¡oh atenienses! ademas de este combate, comun á todos, teneis que sostener antes otro más encarnizado. Es necesario que triunfeis en vuestras deliberaciones, de los ciudados que por sistema atacan los intereses de la República, pues como nada útil puede efectuarse sin esta lucha, es menester terminarla para que no fracasen necesariamente muchas empresas. Si tantos atenienses han seguido en la administracion esta conducta, sin duda que el oro de quien los corrompia ha sido la principal causa; pero tambien vuestro oro puede inducir á la inmoralidad. Vosotros, atenienses, habeis debido establecer en el órden político la misma disciplina que haceis observar en el ejército. En este, deshonorais, privais de todos los derechos cívicos al soldado que abandona el puesto designado por el general. Pues bien, que el ciudadano desertor del cargo político establecido por nuestros abuelos, que el fautor de la oligárquia pierda el honor de aconsejaros. Pero lejos de proceder así, vosotros, que medís la adhesion de vuestros aliados, por sus juramentos de no tener más enemigos ni más amigos que los vuestros; vosotros, repito, creeis en la completa lealtad de los oradores influyentes, que sabeis de cierto que están vendidos á los enemigos del Estado.

Despues de todo, la acusacion contra estos hombres, la censura contra vosotros mismos, no son difíciles de justi-

ficar; pero lo que conviene decir y lo que conviene hacer para reformar los abusos reinantes, es lo único digno de una investigacion laboriosa. Quizá no ha llegado el momento oportuno de decirlo todo; pero si pudiéseis confirmar vuestras resoluciones con alguna empresa útil, todo obtendria despues mejoras sucesivas. Opino, pues, porque tomeis con energía la defensa de los ródios; porque os conduzcais de una manera digna de Atenas. Observo que oís con placer el elogio de vuestros antepasados y que contemplais con gozo sus hazañas y sus trofeos. Pero pensad que han erigido estos trofeos para inspiraros, no una admiracion estéril, sino el deseo de imitar las virtudes de los héroes.

SEGUNDA FILÍPICA Ó PRIMERA OLINTIANA.

Introduccion.

Despues que con un reposo fingido de dos años engañó Filipo á los griegos, volvió á tomar las armas y obtuvo algunas ventajas en las costas de Laconia; tomó la ciudad de Pharos á los tesalios, hizo un desembarco en la Eubea, de cuyo punto fué rechazado por Focion, y para reparar este revés, se dirigió al Helesponto, donde se apoderó de los fuertes de Gera, Stagira, patria de Aristóteles, de Miciberna y de Torone. Para acabar de cubrir sus fronteras, solo le faltaba ocupar á Olinto.

Amenazada de un sitio por Filipo, esta ciudad envió una embajada á pedir socorro á los atenienses. Ocurrió esto el año 348 antes de Jesucristo, ó sea el cuarto de la Olimpiada 107. Es de presumir que en esta importante ocasion se pronunciasen numerosos discursos. Démades rechazó con todas sus fuerzas la peticion de los embajadores de Olinto, y mas de una vez, Demóstenes, aunque no le nombra, se ocupa de refutarle.

Discurso.

Si los dioses os han dispensado mil veces su bondad, ¡oh atenienses! hoy más que nunca os la manifiestan. Que Filipo haya vuelto contra él las armas de un pueblo limítrofe, temible por su poder, y lo que es más importante aun, que está convencido de que en esta guerra, toda reconciliacion con el Monarca sería un perjurio y una ruina para la patria, son cosas que llevan el sello de una divina

disposicion. Desde este instante, ciudadanos de Atenas, guardémonos de mostrarnos menos favorables á nosotros mismos, que el concurso de los acontecimientos. Sería una vergüenza, seria una infamia que despues de que los pueblos nos han visto abandonar ciudades y comarcas sometidas otras veces á nuestro dominio, nos viesen tambien rechazar á los aliados y perder las grandes ocasiones que nos proporciona la fortuna.

Enumerar las fuerzas de Filipo y sacar de aquí motivo para estimularos á cumplir vuestros deberes, es cosa que no puedo aprobar. ¿Sabeis por qué? Porque todo lo que se hable con semejante objeto, es, en mi juicio, un elogio lisonjero de este hombre, y una condenacion severa de vuestra conducta. Cuanto más se ponderen sus hazañas, más digno parecerá de admiracion; y cuanto menor sea el partido que habeis sacado de vuestros asuntos, más os condenais á la vergüenza. Dejemos, pues, atenienses, estas vanas declamaciones. Interroguemos á la verdad, y ella responderá que Filipo debe á Atenas su engrandecimiento, y no á su propio génio. Así, pues, para hablar de sus ventajas, objeto de su gratitud hácia nuestros gobernantes, que más que sus amigos deberian ser los ejecutores de vuestra venganza, no ha llegado el momento oportuno todavía. Pero lo que no tiene relacion con su fortuna, lo que será útil que todos conozcáis, ¡oh mis conciudadanos! lo que ante todo juez imparcial lo cubrirá de oprobio, eso es cabalmente lo que voy á intentar manifestaros.

Tratar á Filipo de perjuro y de hombre de mala fé, sin esponer primero los hechos, es lanzar invectivas al aire. Pero para recorrer todas sus acciones y para confundirle con el unánime testimonio de ellas, pocas palabras se necesitan, y voy á pronunciarlas porque las creo útiles por dos razones: porque es necesario poner de manifiesto toda su perversidad, y porque las personas que se espantan de su poder y que lo creen invencible, sepan que ya ha apu-

rado las fraudulentas maniobras á las cuales debe su grandeza y que su prosperidad toca á su término.

Yo tambien, atenienses, creeria á Filipo destinado para inspirar el terror y la admiracion, si le hubiese visto elevarse por medios legítimos. Pero con la vista fija en sus movimientos, le he visto, desde el instante en que algunos facciosos rechazaron de aquí á los olintios, venidos para tratar con nosotros, engañar nuestra simplicidad con los ofrecimientos de devolvernos á Anfípolis y de cumplir este convenio que fué un secreto para el público; mas tarde le he visto tambien conciliarse la voluntad de Olinto, dándole á Potidea que acababa de usurpar con mengua de nosotros, que éramos sus antiguos compañeros de armas; y últimamente, ha seducido á los tesalios comprometiéndose á devolverles la ciudad de Magnesia, y encargándose de la guerra de Focida. Todo, en fin, el que trataba con este infame, caia en sus lazos. El secreto de su engrandecimiento ha consistido siempre en atraer, con el cebo de falsas promesas, á los pueblos bastante ilusos para no conocerle y aprisionarlos despues en sus redes. Pero, como cada uno de los que han contribuido á elevarle con sus esfuerzos piensa obtener por sus trabajos alguna gran recompensa, convencidos de que solo ha obrado por satisfacer su egoismo, será al fin derribado por sus mismos auxiliares. Esta es, ¡oh atenienses! la situacion de Filipo. Nadie que suba á esta tribuna será capaz de negarlo. Que se os demuestre si no que los pueblos de que Filipo se ha burlado creerán aun en su palabra; que se os pruebe que los tesalios, tan indignamente subyugados, no romperian con gozo sus cadenas.

Quizá alguno de vosotros, viendo á Filipo en esta crísis, piense que mantendrá su dominacion por medio de la violencia, puesto que se ha apresurado á ocupar plazas, puestos y posiciones militares; este es un error. Solamente cuando las armas están unidas por la justicia y por la

utilidad comun, consienten los coaligados en participar de las fatigas, en sufrir y perseverar. Pero cuando hay uno de ellos, como sucede aquí, que por una insaciable ambicion quiere someterlo todo á su poder, al primer revés que sufre, al menor pretesto, todas las cabezas se alzan sacudiéndose, y las cadenas quedan rotas. No, no puede fundarse un poder duradero sobre la iniquidad, el perjurio y la mentira: estos indignos medios se sostendrán, por acaso, una vez, un momento y hasta prometerán el porvenir más floreciente; pero el tiempo los detiene en sus furtivos progresos, y al fin se desploman y aplastan por sí mismos. Como en un edificio ó en un buque las partes inferiores deben ser las más sólidas, así la justicia y la verdad deben ser el fundamento de la política. Pero hasta el presente, esta base ha faltado á todas las empresas de Filipo.

Es necesario, pues, socorrer á Olinto; y por mi parte aprobaré tanto más los medios que se propongan, cuanto sean más rápidos y eficaces. Es necesario, igualmente, enviar una embajada á Tesalia, para que entere á unos de vuestra resolucion y despierte en otros el ódio, ahora que han decretado reclamar á Pagases y hacer valer sus derechos sobre Magnesia. Pero pensad, atenienses, en que vuestros diputados lleven algo más que palabras; corred á la guerra con una diligencia digna de Atenas, para que tambien puedan presentarles vuestro ejemplo. Si la palabra sin los hechos parece un vano ruido, nunca lo es tanto como cuando se pronuncia en nombre de nuestra República; y cuanto mayor es la maestría con que la manejamos, tanto más escita la desconfianza general. Mostremos, pues, una variacion completa por nuestro celo en contribuir, en trabajar y en hacerlo todo por la patria, y aun es posible que se nos escuche.

Cumplid solamente los deberes que os imponen el honor y la necesidad, y entonces, ¡oh atenienses! vereis cuán poco aumentan el poder de Filipo sus aliados; más

diré aun, descubrireis su debilidad y los desórdenes interiores de su reino. Sin duda que el imperio Macedonio, puesto en la balanza como por suplemento, gravita sobre ella con algun peso. Así lo vemos en tiempo de Timoteo, cuando se unió á nosotros contra Olinto; así lo vemos más tarde cuando coaligado con Olinto, en contra de Potidea, apareció como una potencia; y así acaba de sostener, contra una familia de tiranos, á la Tesalia agitada por la fiebre de las discordias civiles. Pero la Macedonia por sí misma, es débil y está devorada por males interiores; porque su déspota, á fuerza de guerras y de espediciones que, acaso en el concepto de algunos, lo hacen un grande hombre, ha quebrantado su propio imperio, ya vacilante. ¡Oh! No creais, atenienses, que las mismas pasiones animan á Filipo y á sus súbditos. El solo ambiciona la gloria; á través de mil trabajos y peligros la busca con ardor, prefiriendo á la seguridad de la vida, el orgullo de haber realizado lo que ningun Monarca macedonio se atrevió á intentar jamás. Pero sus vasallos no participan de este furor de reputacion guerrera. Fatigados por las marchas y contramarchas de sus espediciones interminables, arrastran una insoportable cadena de dolores y de miserias, y no pueden ni cultivar sus campos, ni ocuparse de sus intereses domésticos, ni traficar con los despojos arrebatados por tan diversos medios, puesto que la guerra ha cerrado sus mercados marítimos. De este estado al descontento de la mayor parte de los macedonios contra su Rey, no hay más que un solo paso.

En cuanto á esos mercenarios de fama que le rodean, se dice que están sometidos á una disciplina admirable. Sin embargo, un macedonio mismo, incapaz de mentir, me aseguraba que ninguna ventaja tienen estos sobre los demas. «¿Hay alguno entre ellos que se distingue en una campaña ó en un combate? Pues el envidioso Filipo se deshace de él para que todo se crea obra suya; porque la más

ardiente envidia corona los vicios de este hombre.» El mismo sugeto añadía, que cuando hay alguno que es amante de la temperancia y la justicia, é incapaz de soportar sus desórdenes cotidianos, su embriaguez y sus infames diversiones, tiene que sufrir su desden y que lo escluya de todo empleo. Así marcha rodeado de una escolta de bandidos, de aduladores y de miserables, bastante depravados para entregarse en sus orgías á escenas que yo me sonrojaría de nombrar ante vosotros. Testimonio de esta incontestable verdad, atenienses, son esos infames espulsados por vosotros, en acuerdo unánime, por haber favorecido la desvergüenza impúdica de los juglares; un Calais, un esclavo público y sus dignos compañeros; esos bufones, esos forjadores de unos chistes abominables que lanzan contra los familiares del Príncipe para divertirle; ¡tales son sus gustos predilectos; tal es la córte que asíduamente le rodea!

Pero preguntareis, ¿qué nos importan á nosotros esas repugnantes torpezas? Atenienses, esas torpezas son, para las personas previsoras, un claro testimonio del pensamiento de este hombre y del génio que le estravía. Sus prosperidades las ocultan hoy bajo su sombra, porque la victoria es apropósito para borrar y encubrir tales infamias; pero al menor revés, todas sus manchas se pondrán de manifiesto. Dentro de algun tiempo, ¡oh mis conciudadanos! él ofrecerá al mundo esta leccion, si tal es la voluntad de los dioses y la vuestra. Del mismo modo que en el cuerpo humano el orígen de los sufrimientos pasados parece estinguirse tanto más, cuanto más se goza de la salud; pero que, sin embargo de esto, cuando sobreviene una enfermedad se reproducen los achaques de todo género, de igual modo, mientras la guerra se mantiene en el esterior, los males que se ocultan en el seno de una República ó de una Monarquía, se escapan á la vista del vulgo; pero tan luego como se enciende en

las fronteras, todo queda completamente descubierto.

Si alguno de vosotros, ¡oh atenienses! testigo de la buena suerte de Filipo, juzgase sus armas temibles, sin duda que discurriria con acierto, puesto que la fortuna es de un gran peso, ó mejor dicho, puesto que lo es todo en las cosas humanas. Si me fuese dado escoger entre la fortuna de Filipo y la de Atenas, escogeria la de nuestra patria, con tal que cumpliérais algo los deberes que os impone; porque teneis más títulos que él á la proteccion de los inmortales. Pero, si no me engaño, estamos dormidos. ¡Y qué! El indolente que no puede ordenar á sus amigos que le ayuden, ¿exigirá esto de los dioses? Ciertamente no me estraña que Filipo, general y soldado, esponiendo su persona, animándolo todo con su presencia, no perdiendo una ocasion ni un instante, triunfe de hombres que no salen de dilaciones, de decretos y conjeturas. Grande, por el contrario, seria mi sorpresa, si nosotros, que no ejecutamos nada de lo que pide la guerra, venciésemos al que lo pone todo en movimiento. Pero lo que me confunde es que vosotros, atenienses, que en tiempos pasados os levantásteis contra Lacedemonia para defender el derecho de los helenos; vosotros, que tantas veces dueños de aumentar vuestra dominacion y vuestros tesoros, no habeis querido hacerlo, y que para asegurar á las demas ciudades el goce de sus bienes legítimos prodigais los vuestros y correis los primeros á los peligros, hoy que se trata de vuestras propias posesiones, vacilais en contribuir y temblais de abandonar vuestros hogares. Salvadores de la Grecia entera, libertadores de cada uno de sus pueblos en particular, perdeis vuestros dominios y no despertais de vuestro letargo. Esto es lo que me asombra.

Me admiro tambien, ¡oh atenienses! de que ninguno de vosotros quiera examinar en qué habeis empleado el tiempo desde que estais en guerra con Filipo. Yo os lo diré: lo habeis perdido por completo en buscar efugios y

pretestos dilatorios; en esperar que otros hagan lo que á vosotros corresponde; en denunciaros mútuamente; en condenaros; en resucitar vuestras desavenencias; en hacer, poco más ó menos, lo que haceis hoy mismo. ¡Oh colmo de locura! Pues qué, con esta conducta que ha arruinado á Atenas floreciente, ¿os prometeis levantar á Atenas abatida? Esto no lo aprueban ni la razon ni la naturaleza; pues la naturaleza ha queaido que sea mucho más fácil conservar todos sus bienes que adquirirlos. Pero lo cierto es que la guerra no nos ha dejado nada que conservar, y que todo hay que reconquistarlo. Esta es ahora vuestra tarea.

Hé aquí, pues, lo que os digo: ¡reunid vuestras fuerzas, partid en seguida, apresuráos! Que toda acusacion se suspenda hasta que os hayais elevado de nuevo por la victoria. Entonces, juzgando á cada uno segun sus obras, recompensad á los ciudadanos dignos de elogio y castigad á los prevaricadores; pero quitadles tambien todo subterfugio, todo pretesto fundado en vosotros. Sería inícuo examinar inexorablemente la conducta de otro, cuando nosotros mismos hemos sido los primeros en faltar á nuestros deberes. Y despues de todo, ¿qué motivo, atenienses, induce á vuestros generales á abandonar vuestra guerra y á buscar combates por su propia cuenta. Si conviene tambien en este asunto manifestar la verdad, yo diré que esto consiste en que, peleando por vosotros, el premio de la victoria es para vosotros solos. ¿Qué haríais si se reconquistase á Amfipolis? Al instante dispondríais de esta ciudad, y los peligros serian únicamente la recompensa de los capitanes. Pero procediendo como yo aconsejo, con menos peligros, jefes y soldados tendrian por botin á Lampsaco y Sigeo y los buques que apresasen. De otro modo, cada uno se encamina hácia donde su interés le llama. Sin embargo de esto, cuando vuestras miradas se fijan en el deplorable estado de vuestros asuntos públicos,

acusais y perseguís á los generales; ellos os esponen libremente su fatal situacion y los declarais exhonerados. Despues de esto, solo se os vé desaveniros y conspirar porque prevalezca esta ó la otra opinion, y entre tanto, ¡la patria está plagada de males!

Otras veces, atenienses, contribuíais por clases, y hoy es por clases como gobernais. Cada partido tiene por jefe á un orador, á las órdenes del cual hay un general con los trescientos y sus vociferaciones, y á los restantes se os distribuye bajo estas dos banderas. ¡Salgamos, salgamos pronto de esta anarquía! Volved en vosotros, y que todos participeis de la palabra, el consejo y la accion. Si dejais que unos os gobiernen como déspotas; si otros son obligados á armar buques y á prodigar su fortuna y su sangre; y si otros, en fin, tienen el privilegio de lanzar decretos sobre los contribuyentes sin participar de sus sacrificios, nunca los recursos necesarios se obtendrán con bastante prontitud. La parte oprimida se arruinará inútilmente, y entonces, ¿sobre quién descargarán los golpes que debiais asestar á vuestros enemigos? ¡Sobre vuestros mismos conciudadanos!

Resumiré, pidiendo que todos contribuyamos á los gastos públicos, en justa proporcion de nuestras facultades; que todos tomemos las armas por turno hasta que no quede ninguno que no haya peleado por la patria; que todo ciudadano que se presente en la tribuna obtenga la palabra; que entre las diversas opiniones emitidas, se adopten las más acertadas, sin tener en cuenta las personas que las hayan presentado. Si obrais de este modo, aplaudireis en el momento al orador, y sobre todo, os aplaudireis vosotros mismos más tarde, por los beneficios proporcionados á la patria.

TERCERA FILÍPICA, Ó SEGUNDA OLINTIANA.

Introduccion.

Los atenienses hicieron partir á Cares para Olinto, con treinta galeras y tres mil mercenarios. Este general dispersó en la costa de Palene un cuerpo de ochocientos hombres que se conocia por *los predilectos de Filipo*. «A la nueva de esta pequeña y fácil victoria, dice Libanius, el pueblo ateniense se embriaga de gozo, y los oradores le exhortan á destruir á Filipo con un golpe decisivo. Pero Demóstenes temía que, ciego por sus ilusiones y creyendo haber socorrido bastante á Olinto, este pueblo ligero se cuidase poco de lo que todavía quedaba por hacer. Sube á la tribuna, reprende una alegría tan inmoderada, y procura reducir sus conciudadanos á la circunspeccion y la prudencia.» «¡Tratais ahora, dice, de castigar á Filipo! Pensad más bien en salvar á vuestros aliados.» Olinto, amenazado más de cerca por el rey de Macedonia, pedia, en efecto, en el mismo año, nuevos socorros á los atenienses.

Discurso.

No puedo menos de sorprenderme, ¡oh atenienses! cuando comparo nuestra situacion con los discursos que aquí oigo. ¡Solo se os habla de castigar á Filipo! y yo os veo reducidos á la necesidad de discurrir primero el modo de poneros á cubierto de sus insultos. Así, pues, los que usan tal lenguaje, no hacen, en mi juicio, nada más que

estraviarse apartando vuestra deliberacion de su verdadero objeto. Ciertamente que Atenas ha podido otras veces tener su imperio al abrigo de todo peligro y castigar á Filipo: tengo la certidumbre de ello, porque no ha trascurrido mucho tiempo desde entonces, y recuerdo la época en que se hallaba en situacion de hacerlo así. Pero estoy convencido de que en la actualidad es bastante para nosotros el defender á nuestros aliados. Conseguido este primer objeto, podremos descubrir en seguida los medios de asegurar nuestra venganza; pues mientras que el principio no está sólidamente asegurado, es inútil, á lo que yo pienso, ocuparse del fin.

Si alguna deliberacion merece una atencion invariable y profunda, y una prudencia consumada, es, atenienses, esta que nos ocupa. No porque crea muy difícil indagar lo más conveniente en esta ocasion, sino porque ignoro, ¡oh mis conciudadanos! la manera de presentarlo ante vosotros. Me he convencido por mí mismo y por los demas oradores, de que la fortuna os ha vuelto la espalda, por no haber querido cumplir con vuestros deberes, más frecuentemente que por no haberlos comprendido. Si algunas veces he hablado con atrevimiento, creed que es digno de que me lo dispenseis, y de que únicamente considereis si es la verdad lo que os digo, y si mi objeto no consiste en hacer vuestro porvenir más próspero. Habeis visto que las adulaciones de algunos oradores han abierto el abismo en que vá á hundirse la República. Pero ante todo, es indispensable recordaros algunos hechos anteriores.

Hareis memoria, atenienses, de que hace tres ó cuatro años, se os anunció que Filipo asediaba en Tracia el fuerte de Hereum: era por los meses de Setiembre y Octubre. Despues de largos y borrascosos debates, decretásteis armar cuarenta triremes, el embarque de los ciudadanos hasta la edad de cuarenta y cinco años, y una contribucion de sesenta talentos. Sin embargo de esto, trascurrió

aquel año y llegaron los meses de Agosto y Setiembre del siguiente, en cuya época, con gran trabajo y despues de la celebracion de los Misterios, hicísteis partir á Caridemo con diez naves vacías y cinco talentos de plata. Esto consistió en que, apenas supísteis la enfermedad y la muerte de Filipo, (pues ambas noticias circularon) creísteis supérfluo todo socorro y dejásteis las armas. Aquel era, sin embargo, el instante propicio; y si hubiésemos corrido al campo del combate con el ardor que anunciaba vuestro decreto, hoy ya no sentiríamos ningun cuidado por ese Filipo que entonces se salvó. Este suceso es, sin disputa, inolvidable; pero habiendo llegado el momento oportuno de otra guerra, si os recuerdo aquella falta, es para que no volvais ahora á cometerla. ¿Cómo, pues, atenienses, procederemos en las circunstancias que la fortuna nos ofrece? ¡Oh, si no socorreis á Olinto con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro poder, pensad que solo habreis tomado las armas en servicio del Macedonio!

Olinto habia venido á ser una potencia, y por un efecto de su posicion política, Filipo y ella se observaban con una recíproca desconfianza. La paz se negoció entre nosotros y los olintios. Era para el Macedonio un contratiempo y un disgusto cruel el que una importante ciudad, dispuesta á atacarle, se hubiese reconciliado con Atenas. Pensamos entonces que era indispensable armar á sus habitantes contra el Príncipe. Pues bien, lo que todos pedísteis á gritos, hélo aquí realizado, sin que importe cómo. ¿Qué falta, pues, que hacer, ¡oh atenienses! si no enviar vuestros socorros con valor y ardimiento? Sin hablar del oprobio que nos cubrirá si hacemos traicion á semejantes intereses, no puedo entrever el porvenir sin sobresalto. Veo á los tebanos que nos acechan; á los focidenses empobrecidos y arruinados, y á Filipo, una vez destruida Olinto, libre de los obstáculos que le impidan arrojarse sobre el Atica. El ateniense que aguarde esto para cumplir con

su deber, quiere llamar sobre su patria las calamidades de que solo debia sentir un eco lejano; quiere verse precisado á mendigar protectores para sí mismo, cuando desde el presente podria ser el protector de muchos pueblos. ¡Oh! ¿Quién de nosotros ignora que este será nuestro destino si despreciamos hoy la fortuna?

Sí, se dirá, todos sabemos que son indispensables los socorros, y estos socorros serán decretados; pero, ¿y los medios de adquirirlos? Esto es lo que deseamos que nos indiques. No os sorprendais, ¡oh atenienses! si emito un parecer estraño para la mayor parte de vosotros: nombrad revisores de las leyes: con esto no estableceréis ninguna nueva, pues yo creo que teneis demasiadas, pero las que hoy os perjudiquen pueden derogarse. Nombraré sin rodeos las leyes teatrales y las leyes militares, que son las que en vanos espectáculos sacrifican el sueldo del ejército, á los ociosos que quedan en sus casas; las que aseguran la impunidad al soldado refractario y desaniman, por esto solo, al soldado fiel. Romped esas ligaduras para que la voz del bien público pueda levantarse sin miedo al castigo, y pedid un promotor para los decretos cuya utilidad sea por todos vosotros reconocida. Sin esto no busqueis un orador que por serviros se condene á perecer á vuestras manos; no lo encontrareis, porque lejos de procurar un beneficio á la patria, el autor de una proposicion de esta índole, solo conseguiría atraer la persecucion sobre su cabeza y hacer más temible en lo sucesivo el papel, ya peligroso, de leal consejero del pueblo. ¿Deben encargarse de suspender estas leyes funestas, ¡oh atenienses! los mismos que las han introducido? No, no, no es justo que un privilegio, precio estraño de tantas heridas hechas á la pátria, pertenezca á estos culpables legisladores, mientras que, una medida que podría curarlas, llamará el castigo sobre el ciudadano que os dirija palabras de salud. Pero, antes de acordar esta reforma, persuadios bien de

que ninguno entre vosotros es bastante poderoso para atacar con impunidad semejantes leyes, ni bastante insensato para arrojarse en un precipicio que sus ojos ven abierto bajo sus piés.

Guardaos tambien, atenienses, de desconocer la verdad de que un decreto no es nada sin la resolucion firme de cumplir con energía lo que dispone. Ciertamente que si los decretos tuviesen la virtud de encadenaros á vuestros deberes ó de ejecutar lo que en ellos se prescribe, no los hubiéseis prodigado tanto para hacer tan poco, ó mejor dicho, para no hacer nada, y Filipo no hubiera repetido sus ultrajes por espacio de tantos años; pues hace mucho tiempo que vuestros decretos le hubiesen aplicado su castigo. Pero, ¡cuán de otro modo ha sucedido! Posterior en el órden de los tiempos á las deliberaciones y á los acuerdos, la ejecucion es en realidad la primera en el órden de la importancia y la eficácia. Ella sola nos falta; tratemos pues de adquirirla. Hay entre vosotros ciudadanos capaces de aconsejaros dignamente, y para juzgar de sus palabras, vosotros sois, ¡oh atenienses! los más perspicaces de los hombres. Si sois cuerdos, tambien el poder de la accion se encuentra hoy en vuestras manos. ¡Oh! ¿Qué momento más favorable podreis esperar? Si no es al presente, ¿cuándo hareis lo que os conviene? ¿Creeis acaso que el usurpador no es dueño ya de todos los baluartes de la República? Dejarlo aun que subyugue á Olinto seria condenarnos á la infamia. Aquellos á quienes juramos salvar si él los atacaba alguna vez, ¿no han sido ya atacados? ¿No es el agresor nuestro enemigo? ¿No es nuestro espoliador? ¿No es un bárbaro? ¿Quién será capaz de decir todos los males que nos ha causado? ¡Oh dioses! ¡Despues de habérselo cedido todo, nosotros, cómplices de sus triunfos, preguntaremos quién es la causa de nuestra ruina! Porque yo sé demasiado que nos guardaremos muy bien de confesar que somos los culpables. En el peligro del combate,

¿quién es el fugitivo que condena su propia cobardía? Acusa á su general y á su camarada; lo acusa todo menos á sí mismo, y sin embargo, la pérdida de la batalla se debe á todos los fugitivos juntos. Cada uno dice á los demás que podian haberse mantenido firmes, y si todos lo hubieran hecho se habría vencido. Así pues, ¿se presenta un dictámen poco acertado? Que otro se levante á combatirlo sin inculpar al preopinante. ¿Son las opiniones más sábias y prudentes las que se esponen? Seguidlas, bajo la égida de vuestra buena fortuna. Pero no tienen, me direis, nada de agradable. Eso no es culpa del orador. ¡Oh! ¡Es muy fácil, atenienses, presentar en pocas palabras todos los objetos de nuestros deseos! Pero escoger un partido en las deliberaciones públicas, hé aquí lo que es más difícil. Cuando todo no puede obtenerse, prefiramos al menos lo que nos sirve á lo que nos agrada.

Pero si alguno, direis, sin tocar á nuestros fondos teatrales, encontrase para el ejército otros recursos, ¿no sería esto preferible? Que se demuestre que esto puede ser, y me confieso vencido. Pero sería un prodigio que no se ha visto ni se verá jamás, el de un hombre que despues de haber disipado en futilezas su fortuna, estuviese aun para los gastos necesarios, rico de unos bienes que dejó de poseer. Vuestros propios deseos dan vida á semejantes esperanzas: ¡tan cierto es que el hombre se engaña fácilmente á si mismo! ¡Tan cierto es que se persuade pronto de lo que desea! Pero con frecuencia la realidad desmiente nuestras quimeras.

Fijad, pues, los ojos, ¡oh atenienses! en vuestros verdaderos recursos, y vereis cómo es posible marchar sin que falte el sueldo. Descuidar, por no tener dinero, los preparativos militares y sufrir voluntariamente las más crueles afrentas; correr á las armas para oponerse á los griegos de Megara y de Corinto, y abandonar despues las ciudades de los helenos á las garras de un bárbaro, por no

tener pan para el soldado, no son cosas dignas de un pueblo prudente, ni de un pueblo magnánimo.

Con estas tristes verdades, no busco gratuitamente enemigos entre vosotros, no; yo no soy tan insensato ni tan desdichado que provoque un ódio que sería inútil á mi pátria. Pero pienso que el deber del buen ciudadano es hacer oir la palabra que salva y no la palabra que lisonjea. Hé aquí los principios por los cuales se condujeron un Arístides, un Nicias, un Pericles y aquel cuyo nombre llevo. (1) Tales eran tambien, vosotros lo sabeis lo mismo que yo, los oradores de nuestros antepasados, cuya conducta se alaba en esta tribuna, sin que nadie trate de imitarla. Pero desde que se han visto aparecer esos oradores que os preguntan: *¿cuáles son vuestros deseos*; *con qué proposicion puedo complaceros*? desde entonces sucede que por su interés particular, por vuestro placer de un momento, apuran la copa de la fortuna pública; la desgracia acude, ellos prosperan, y consiguen engrandecerse á costa de vuestra honra. Pero comparad, en sus puntos principales, vuestra conducta con la de vuestros padres. Este paralelo será corto y comprensible para todos; porque sin recurrir á modelos estranjeros, los grandes recuerdos de Atenas bastarán para manifestar su fortuna. Pues bien, estos hombres que no eran adulados por sus oradores, y que no eran tan tiernamente queridos de ellos como vosotros lo sois de los vuestros, gobernaron cuarenta y cinco años á la Grecia voluntariamente sumisa; depositaron más de diez mil talentos en la ciudadela, y ejercieron sobre el rey de Macedonia el imperio que corresponde á los griegos sobre un bárbaro; vencedores en persona por mar y por tierra, erigieron numerosos y magníficos trofeos; y fueron, en fin, los únicos entre todos los mortales que de-

(1) Demóstenes, famoso capitan griego, que representó un papel principal en la guerra del Peloponeso.

jaron en sus obras una gloria superior á los golpes de la envidia. Esto hicieron puestos á la cabeza de los helenos: pero vedlos además en su pátria como hombres públicos y simples ciudadanos. Para el Estado construyeron tan hermosos edificios, adornaron con tanta magnificencia un gran número de templos, y consagraron en sus santuarios tan nobles ofrendas, que no han dejado nada en que pueda sobrepujarles la posteridad. Para sí mismos fueron tan moderados, tan amantes de las virtudes republicanas, que cualquiera de vosotros que conociese las casas de Arístides, de Milciades ó de sus ilustres contemporáneos, las encontraría tan modestas como todas las demás. No era por elevarse á la opulencia por lo que dirigian el Estado, sino para aumentar la grandeza de la pátria. Leales con los pueblos de la Grecia, religiosos con los dioses, fieles al régimen de igualdad cívica, se elevaron por una senda segura á la cima de la prosperidad.

Ved cuál fué la suerte de vuestros padres bajo los jefes que acabo de nombrar. ¿Cuál es la que debeis ahora á vuestros complacientes gobernantes? ¿Es acaso la misma? ¿Ha cambiado poco? ¡Cuántas cosas pueden decirse sobre esto! Pero yo me limitaré á una. Solos, sin rivales, estando Esparta abatida, Tebas ocupada en otra empresa, sin ningun poder capaz de disputarnos el primer puesto, pudiendo, en fin, pacíficos poseedores de nuestros dominios, ser los árbitros de las naciones, ¿qué es, sin embargo lo que hemos hecho? Hemos perdido nuestras propias provincias y disipado sin ningun fruto más de mil quinientos talentos; la guerra nos habia unido á nuestros aliados, y vuestros consejeros os han privado de ellos con la paz; y nosotros, nosotros mismos hemos aguerrido á nuestro temible adversario. Si alguien lo niega, que comparezca aquí y me diga de dónde ha sacado su fuerza Filipo, sino que del seno mismo de Atenas. Concedido, se dirá; pero si nos debilitamos en el esterior, la administracion interior es

más floreciente. ¿Qué podrá citarse en apoyo de esto? Almenas blanqueadas de nuevo, caminos reparados, fuentes reconstruidas y otras bagatelas. Dirigid, dirigid vuestras miradas á los administradores de estas futilezas; unos han pasado de la miseria á la opulencia; otros de la oscuridad al esplendor, y alguno ha llegado á fabricarse suntuosos palacios que insultan á los edificios del Estado. En fin, cuanto más ha descendido la fortuna pública, más se ha elevado la de ellos. ¿Cuál es, pues, la razon de estos contrastes? ¿Por qué todo prosperaba otras veces, mientras que todo peligra hoy? Esto consiste en que el pueblo, haciendo la guerra por sí mismo, era el señor de sus gobernantes, el soberano dispensador de todas las gracias; en que gustaba á los ciudadanos recibir del pueblo los honores, las magistraturas y toda clase de beneficios. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! Las gracias están en manos de los que gobiernan; todo se hace por ellos, y vosotros, ¡pueblo! enervados, mutilados en vuestras riquezas, sin aliados, permaneceis como inferiores ó como sirvientes; ¡muy dichosos si estos dignos jefes os distribuyen los fondos del teatro, ó si os arrojan una menguada racion de comida! ¡Y para colmo de bajeza, besais la mano que os dá, como por generosidad, lo que solo á vosotros pertenece! Ellos os aprisionan en vuestros propios muros, os entretienen con promesas, os amansan y habituan á su capricho. Pero jamás el entusiasmo juvenil, jamás las valerosas resoluciones se inflaman en hombres sometidos á costumbres viles y miserables, porque la vida es necesariamente la imágen del corazon. Y os digo, ¡por Céres! que no me sorprenderia ver que la pintura de estos desórdenes atrajese vuestros golpes sobre mí más bien que sobre sus culpables autores. El hablar con franqueza no siempre ha sido posible ante vosotros, y nada me admira tanto como que ahora lo sufrais.

Si al menos hoy, apartándoos de esas costumbres des-

honrosas quisiéseis empuñar las armas, llevarlas de una manera digna de vosotros, y emplear vuestros recursos interiores en reconquistar vuestras provincias, quizá, ciudadanos de Atenas, quizá conseguiríais una grande y decisiva ventaja. Rechazaríais esas miserables gratificaciones, débiles remedios que el médico administra al enfermo, igualmente ineficaces para volverle las fuerzas que para dejarle morir. De igual modo, los fondos que se os distribuyen, demasiado escasos para cubrir todas vuestras necesidades y demasiado abundantes para despreciarlos y dedicaros á útiles trabajos, solo sirven para prolongar vuestra inaccion. ¿Se pregunta que si quiero aplicarlos á los gastos de la guerra? Quiero, en seguida, una regla, ¡oh atenienses! igual y comun para todos vosotros. Quiero que todo ciudadano que reciba su parte de los fondos públicos, vuele á donde el servicio público le llame. Pero ¿y cuando estemos en paz? Entonces debe darse al sedentario lo bastante para librarle de las bajezas que impone la miseria. ¿Y si sobreviene una crísis como la de hoy? Soldado, responderé: tu deber es combatir por la pátria, y estas mismas liberalidades serán tu paga. ¡Pero mis años, dirá alguno, me dispensan del servicio! Pues bien, lo que recibes ilícitamente y sin fruto para el Estado, recíbelo legalmente á título de empleado en cualquier servicio de la administracion. En una palabra, sin añadir ni quitar casi nada, destruyo los abusos y restablezco el órden, sometiendo á una medida uniforme á todos los que paga la República, lo mismo soldados y jueces, que ciudadanos empleados segun su edad y las circunstancias. En cuanto á los holgazanes, nunca diré: «Distribuidles el salario de los servidores de la patria; y en la ociosidad y la miseria, limitémonos á preguntar qué jefes y qué soldados mercenarios han vencido;» porque esto es lo que se hace ahora. Lejos de mí el censurar á los que os satisfacen una parte de lo que mereceis; pero pido que vuestras obras os hagan

dignos de las recompensas que dais á los demás; pido que no abandoneis, ¡oh atenienses! ese puesto de virtud, noble herencia conquistada por la gloria y los peligros de vuestros antepasados.

Tales son, en mi juicio, los consejos que os convienen. ¡Que vuestra decision favorezca los intereses de cada ciudadano y los de la pátria!

CUARTA FILÍPICA, Ó TERCERA OLINTIANA.

Introduccion.

Diez y ocho triremes, cuatro mil soldados estranjeros y ciento cincuenta caballos fueron enviados á la Calcidica bajo las órdenes de Caridemo de Oreos. Despues de haber asolado la península de Palene y la Bottica, este jefe entró en Olinto, donde se señaló por su intemperancia y sus desórdenes. Los olintios, oprimidos mas bien que socorridos, pidieron en el mismo año por medio de una tercera embajada, tropas compuestas de ciudadanos atenienses. En esta ocasion fué cuando rechazando Demóstenes, más enérgicamente aun, la opinion de Eúbulo y Démades, que consideraban esta guerra como estraña á la República, habló por última vez en favor de Olinto.

Discurso.

Yo creo, ¡oh atenienses! que más bien que grandes riquezas, preferiríais conocer claramente el partido más útil á la República, en medio de los acontecimientos que llaman vuestra atencion. Animados de este deseo, debeis sentiros ávidos de oir á los que quieren aconsejaros; porque si alguno os revelase pensamientos acertados, no solamente los aprovecharía todo el auditorio, sino, lo que es mayor fortuna para vosotros, muchos improvisarían entonces consejos oportunos, y el bien público, esclarecido por su concurso, haría que vuestra eleccion fuese fácil.

La ocasion presente parece elevar la voz y gritar: «Atenienses, si estimais vuestra seguridad, disponeos á conservarla por vosotros mismos!» Y por vuestra parte... ¡no puedo entrever, sobre este asunto, vuestro pensamiento! Hé aquí el mio: decretar al instante la defensa de Olinto, disponer rápidamente los preparativos, hacer partir los socorros de la ciudad misma de Atenas, y no sufrir más lo que anteriormente hemos sufrido. Que una embajada vaya á anunciar estas medidas, y que todo lo vigile en los lugares mismos de las operaciones. Temed, temed sobre todo que este Monarca insidioso, demasiado hábil para aprovecharse de las coyunturas favorables, cediendo cuando se vea obligado á ello, amenazando otras veces (en cuyos casos parecerá digno de fé) y calumniando, en fin, nuestra conducta y nuestra ausencia, saque un gran partido de la confederacion helénica. ¡Cosa estraña, atenienses! lo que parece hacer inespugnable la posicion de Filipo, es precisamente vuestro más firme apoyo. Ser dueño absoluto de todas sus operaciones públicas y secretas; reunir en su persona el tesorero, el general y el déspota, y encontrarse siempre á la cabeza del ejército, son los medios de hacer una espedicion militar más rápida y segura; pero al mismo tiempo, ¡cuántos obstáculos no le impiden esa reconciliacion que ansía jurar á los olintios! Les ha hecho ver claramente que combaten hoy, no por la gloria, ni por una parte del territorio, sino por evitar su espulsion y la esclavitud de su pátria. Ellos saben lo que hizo con los anfipolitanos que le entregaron su ciudad, y con los de Pydna que lo habian acojido como amigo; porque, para decirlo todo en una palabra, la tiranía, que es siempre sospechosa á las Repúblicas, lo es más aún cuando toca á sus fronteras.

Vosotros, pues, ¡oh atenienses! que conoceis estos peligros y estais animados de nobles sentimientos, sabed que si alguna vez debeis, con voluntad firme, animaros,

consagraros á la guerra, contribuir á ella con vuestros bienes y personas, y hacerlo todo por vosotros mismos, es en la ocasion presente ó nunca. Ya no os queda motivo ni pretesto para eludir el cumplimiento de vuestro deber. Todos decíais unánimes: «Armemos á los olintios contra Filipo.» Pues bien, ellos se arman por sí mismos, proporcionándonos una gran ventaja. Porque si hubiesen emprendido esta guerra por acceder á vuestras peticiones, procediendo como versátiles aliados, la conformidad de sus sentimientos con los vuestros habria sido pasajera; pero aborrecen á Filipo por los atentados que en ellos ha cometido, y no dudeis que un ódio causado por males que se temen, por males que se padecen, es un ódio inestinguible.

Guardaos, pues, ¡oh atenienses, de desperdiciar la ocasion afortunada que se os presenta, y de volver á incurrir en la falta que tantas veces habeis cometido. Si cuando regresamos de socorrer la Eubea; cuando Estratocles y Hierat de Anfípolis os exhortaban desde esta tribuna á que enviáseis vuestra escuadra á recibir su ciudad bajo vuestras leyes, hubiésemos tenido por nosotros mismos el celo ardiente que nos hizo salvar á los eubeos, Anfípolis estaría con nosotros y os habríais librado de todos los inconvenientes que siguieron á su pérdida. Del mismo modo tambien, si cuando supísteis el asedio de Pidna, Potidea, Medona, Pagases y de otras muchas plazas que seria largo enumerar, hubiésemos volado, al primer ataque, para rechazarlo de una manera digna de la República, tendríamos ahora un Filipo más humilde y más fácil de vencer. Pero lejos de obrar así, descuidando sin cesar el presente y aguardando que el porvenir mejore, sin poner nada de nuestra parte, el curso de los acontecimientos, hemos engrandecido á Filipo hasta un grado que jamás alcanzó ningun Rey de Macedonia. Pero hoy la fortuna vuelve de nuevo hácia vosotros. ¿Preguntais cómo? Arrojando á

Olinto en vuestros brazos y concediéndoos así una ventaja superior á cuantas las ocasiones precedentes os han ofrecido.

Someted, atenienses, á un exámen escrupuloso todos los favores que hemos recibido de los inmortales, por más que casi siempre los hayamos convertido en nuestro daño, y sentireis hácia el cielo un justo y profundo reconocimiento. ¿Contestareis á esto que habeis sufrido numerosas pérdidas en la guerra? ¡Oh! ¿Quién no conocerá que dependen solo de nuestra incuria? Pero la dicha de no haberlas esperimentado más pronto, la ocasion de una alianza capaz de repararlo todo, siempre que os aprovecheis de ella, son, en mi juicio, pruebas seguras de la benéfica proteccion de los dioses. Sucede en esto lo que con los bienes: por todos los tesoros reunidos y conservados se esperimenta hácia la fortuna una viva gratitud; pero si se disipan locamente, con ellos desaparece el recuerdo de los favores á que se deben. Así es como juzgamos la marcha de los asuntos. ¿Fracasan nuestros proyectos en el instante decisivo? Pues todo lo que han hecho los dioses en nuestro favor se olvida en seguida. ¡Tan cierto es que el último suceso es la regla ordinaria de nuestros juicios sobre los hechos anteriores!

Fijemos, pues, detenidamente la atencion sobre lo que poseemos aún, para que levantándolo de sus ruinas borremos la vergüenza del pasado. Pero si ahora tambien rechazamos á estos hombres (1) y el Macedonio destruye á Olinto, ¿qué obstáculo le detendrá en lo sucesivo? ¿Hay alguno entre vosotros, ¡oh atenienses! que conozca todos los grados por los cuales, débil Filipo en su orígen, se ha elevado á tanta altura? Toma primero á Anfipolis, en segida á Pidna, despues á Potidea, más tarde á Medona, y al

(1) El orador indicaria, sin duda, con el gesto y el ademan á los embajadores de Olinto.

fin se arroja sobre la Tesalia; destruye á Pharos, Pagases y Magnesia, y para coronar su obra se precipita sobre la Tracia. Allí, despues de haber destronado y coronado reyes, cae enfermo. ¿Creeis que la convalecencia le inclinará al reposo? Lejos de esto vuela á atacar á los olintios. Dejemos sus campañas contra los ilirios, contra los paonienses, contra Arimbas y contra otros mil. ¿A qué conduce este cuadro? se preguntará. Atenienses, conduce á haceros sentir los funestos efectos del abandono sucesivo de todas vuestras ventajas, y á haceros conocer esa ambicion infatigable, alma y vida de Filipo, que le arma contra todos los Estados, que despierta en él una sed insaciable de conquistas y que le hace el reposo imposible. Pero si él se propone ejecutar sin dilacion los más vastos designios, y vosotros continuais sin emprender nada con vigor, temed, atenienses, el éxito que este contraste prepara á vuestro porvenir..... ¡Oh cielos! ¿Quién de vosotros será tan ciego que no vea que la guerra pasará de Olinto á Atenas si la descuidamos? ¡Ah! Si tales son nuestros destinos, tiemblo de que, semejantes á esos imprudentes que despues de buscar en la usura una opulencia pasajera, se ven al fin despojados de su patrimonio, nosotros aparezcamos tambien pagando muy cara nuestra cobarde pereza; y tiemblo asimismo de que, por conservar á toda costa este agradable descanso, nos veamos reducidos á la necesidad imperiosa de ejecutar con dolor mil empresas antes rechazadas, y de que pongamos en peligro nuestra misma pátria.

La censura, se dirá, es cosa fácil y comun; pero lo que corresponde á un consejero del pueblo es trazar la conducta que piden las circunstancias presentes. Ya lo sé, atenienses; pero sé tambien que si el suceso no corresponde á vuestras esperanzas, no descargareis vuestra cólera sobre los verdaderos culpables, sino sobre los últimos oradores que os hayan hablado. Lejos de mí, sin embargo, el callar lo que me parece ventajoso para vosotros, aunque

obrando así comprometa mi seguridad. Digo, pues, que se necesita un doble esfuerzo para salvar las ciudades olintianas enviándoles tropas encargadas de su defensa, y para devastar los Estados de Filipo con vuestra escuadra y otro ejército. Si omitís uno de estos medios, temo que vuestra espedicion sea infructuosa. ¿Os limitareis á asolar el territorio enemigo? Filipo impasible tomará á Olinto, y se vengará fácilmente á su vuelta. ¿Creeis hacerb bastante con socorrer á los olintios? Tranquilo entonces por sus dominios, se irritará contra su presa, la rodeará de emboscadas, y con el tiempo se apoderará de ella. Es necesario, pues, un esfuerzo poderoso, un esfuerzo duplicado. Tal es mi parecer.

Respecto de los recursos pecuniarios, vosotros, ¡oh atenienses! teneis para la guerra más fondos que ningun otro pueblo; pero distraeis su inversion obedeciendo á caprichosos deseos. Si los destinais únicamente al ejército, bastarán para sostenerlo; si no, no tendreis bastante, ó mejor dicho, no tendreis nada. ¡Qué! se me dirá, ¿propones un decreto para aplicar estos fondos á los gastos de la guerra? No, de ninguna manera; ¡pongo por testigos á los dioses! Pienso solamente que es necesario armar soldados, que es indispensable un tesoro militar, y que ha llegado el tiempo de subordinar las prodigalidades públicas al servicio de la pátria. Vosotros, al contrario, ociosos ciudadanos, ¡disipais las riquezas públicas en fiestas y diversiones! No queda, pues, más remedio que contribuir todos con un crecido impuesto, si es necesario, ó con un pequeño subsidio si no es menester más. Porque lo cierto es que hace falta dinero, y que sin dinero no saldreis jamás de los apuros presentes. Otros medios se os proponen tambien: elegid entre todos; pero mientras es tiempo todavía, poned manos á la obra.

Una cosa que es necesario examinar y reducir á su justo valor es la posicion actual de Filipo. No es tan brillante ni afortunada como podria creer cualquiera que no

la haya observado de cerca. Jamás el Macedonio habría motivado esta guerra si hubiera previsto que habia de verse obligado á desenvainar la espada. Al arrojarse sobre su presa, esperaba devorarla por completo en un momento; pero se ha visto burlado. El suceso que ha engañado sus esperanzas le desconcierta y desanima. Añadid á esto el movimiento de los tesalios. Esta raza, pérfida siempre con todos, se aplica á engañarle á su vez. Han reclamado á Pagases por un decreto y le han impedido fortificar á Magnesia. He sabido tambien por muchos de ellos, que en lo sucesivo no le dejarán percibir los derechos sobre sus mercados y sus puertos, porque los destinan á las necesidades de su confederacion y no á la rapacidad de Filipo. Desprovisto de estos recursos, se verá en la mayor angustia para pagar á sus mercenarios. Creed tambien, creed que para el Paoniense y para el Ilirio, la libertad tendrá muchos más encantos que la servidumbre. No están aun acostumbrados al yugo, y dicen que este hombre acompaña el mando con el ultraje. ¡Por Júpiter! es preciso creerlos; porque la prosperidad, colocada indignamente sobre una cabeza insensata, produce en ella la soberbia y el error; y en esto consiste que, frecuentemente, parezca más difícil conservar que adquirir.

Comprendiendo, pues, ¡oh atenienses! que los descontentos de vuestro enemigo son una buena fortuna para vosotros, unid prontamente vuestra causa á la de los demás pueblos. Enviemos diputados á todas partes donde su presencia sea necesaria, marchemos nosotros mismos é inflamemos la Grecia. ¡Ah! Si Filipo encontrase contra nosotros una ocasion tan propicia; si la guerra se encendiese en nuestras fronteras, ¡qué ávidamente se precipitaría sobre Atenas! Y sin embargo, vosotros á quienes la ocasion llama, ¡no os avergonzareis de evitarle los males que os haría sufrir si estuviese en vuestro caso! Sobre todo, no pongais en duda, ¡oh atenienses! que ha llegado el dia de

escojer entre llevar la guerra al pais enemigo ó sufrirla en el vuestro. Si Olinto resiste, entonces podreis combatir; y mientras devastáis los dominios del bárbaro, vuestras tierras y vuestra pátria estarán seguras. Pero si Filipo se apodera de la ciudad, ¿quién le detendrá en su marcha sobre Atenas? ¿Los tebanos? ¡Oh! si este juicio no es muy severo, creo que ellos se lanzarían unidos á él contra vosotros. ¿Los focidenses? Sin vuestro socorro no pueden guardar su pátria. ¿Qué otro pueblo, pues? Pero, se dirá, que Filipo no tiene este pensamiento. En este caso, ofrecería el absurdo de no ejecutar, en ocasion segura, una empresa que es el objeto actual de sus ambiciones, reveladas por su palabrería indiscreta. Entre tanto, cuán grande no es, para vosotros, la diferencia entre combatir dentro ó fuera de vuestro territorio! Una sola prueba lo demuestra. Si os fuese necesario acampar fuera de los muros solamente un mes, y hacer subsistir un ejército á costa de la Atica, aun en el caso de que estuviese libre de enemigos, las cargas que pesarían sobre los cultivadores de vuestros campos escederian á los gastos de la guerra precedente. Pero si la guerra viene aquí por sí misma, ¿en cuánto calculareis sus estragos? Añadid, para completarlos, el ultraje y el oprobio, azote el más cruel y temible, á lo menos para los hombres de honor.

Convencidos de estas verdades, socorramos á Olinto; llevemos la guerra á Macedonia; los ricos, para conservar con un ligero sacrificio el pacífico goce de los grandes bienes que poseen; los ciudadanos jóvenes, para hacer el aprendizaje de las armas en el pais de Filipo, y preparar temibles defensores á la inviolabilidad de vuestro territorio; vuestros oradores, en fin, para aligerar el peso de su responsabilidad, pues segun sea el resultado de los asuntos, así será vuestro juicio sobre su administracion. ¡Ojalá esto pueda realizarse por el concurso de todos!

QUINTA FILÍPICA, Ó DISCURSO SOBRE LA PAZ.

Introduccion.

Los esfuerzos de Demóstenes solo habian conseguido retardar un poco la caida de Olinto. Antes de la llegada de un último esfuerzo ateniense, el astuto Monarca se habia hecho abrir, á fuerza de oro, las puertas de la capital de la Calcídica. Se puede decir que Filipo compraba la Grecia más bien que la vencia.

Sin embargo, todos los viajeros que llegaban al Atica, procedentes de Macedonia, hablaban del amor de Filipo por la paz. Esta quedó convenida despues de lentas negociaciones, y Filipo fué nombrado miembro del Cuerpo anfictiónico, que era una especie de Dieta federal de la Grecia, y terminó la guerra sagrada con la destruccion de la Fócida. Pidió con instancia á Atenas que ratificase su nuevo título, y fué convocado el pueblo para deliberar sobre este importante asunto. (Año 3 de la Olimpiada 108; 346 antes de Jesucristo.)

Esta vez, Demóstenes no vaciló en pedir una solucion favorable al mantenimiento de la paz. No tenemos, quizá, una arenga, donde su destreza esté mejor ejercitada, por más que apenas se haga sentir.

Hácia este mismo tiempo, Isocrates, octogenario, dirigió al Rey de Macedonia un discurso, donde le exhortaba á establecer la union en la Grecia, proponiéndole los medios de conseguirlo. «Bastará, decia, hacer entrar en la confederacion á Atenas, Esparta, Tebas y Argos. Muchos griegos, añadia, os pintan como un Príncipe artificioso que solo desea invadir y tiranizar; pero, ¿cómo el que se gloría de descender de Hércules, del libertador de la Grecia, pensará en

hacerse su tirano? ¡Oh! Más bien ambicionará pacificarla, pues esto merece un título más glorioso que el de conquistador.»

Discurso.

Conozco, ¡oh atenienses! cuán difíciles y embarazosas se han hecho las circunstancias, tanto por las muchas pérdidas que debemos á nuestra negligencia, como por la inutilidad de adoptar ya prudentes consejos; y más principalmente, porque lejos de discurrir unánimes en un solo medio de conservar lo que nos queda, nos hallamos divididos por nuestras opiniones. A estas dificultades de que está erizada la deliberacion, añadís vosotros, atenienses, otras nuevas dificultades: mientras que todos los demás pueblos toman sus acuerdos antes de verificarse los acontecimientos, vosotros aguardais á que los acontecimientos se hayan verificado. Por esto sucede (y lo he observado siempre) que aplaudís al orador que os reprende vuestras faltas, y sin embargo dejais perderse los asuntos, aunque sean aquellos mismos que se ponen á discusion. Pues bien, á pesar de tantos obstáculos, me he levantado con la esperanza de que, si pidiendo una tregua al tumulto y á los resentimientos, consentís en escucharme con la calma propia de un pueblo que delibera sobre la suerte de esta ciudad y de tan altos intereses, mis palabras os indicarán los medios de mejorar vuestra situacion y de reparar vuestras pérdidas.

Harto sé, atenienses, que recordar los consejos que se os han dado y hablaros de sí mismo, fué siempre la senda del buen éxito para quien se arma de audácia; pero esto es para mí una carga tan pesada, que retrocedo ante la evidente necesidad de echarla sobre mis hombros. Pienso, sin embargo, que apreciareis más las reflexiones que voy á presentaros, si dirijo vuestros recuerdos hácia algunas de mis palabras anteriores.

Desde luego haré notar que durante los trastornos de

la Eubea, y cuando ciertos oradores os aconsejaban socorrer á Plutarco y encargaros de una guerra dispendiosa y sin gloria, fuí el primero, fuí el único que corrió á la tribuna para oponerse á sus opiniones, y faltó poco para que me hicieran pedazos esos pérfidos que por un vil salario os precipitaron á cometer mil faltas enormes. Pocos dias habian trascurrido, y cubiertos de nueva vergüenza, abrumados de ultrajes, tales como jamás los ha inferido pueblo alguno de los que habia llamado en su defensa, reconocisteis unánimemente que los infames os habian engañado, y que el defensor de vuestros intereses era yo.

En otra ocasion, observando que Neptolemo, (1) gracias al privilegio de los cómicos de la legua, se habia revestido de la impunidad y que dirigia á la República golpes mortales y os gobernaba como si fuese un magistrado puesto por Filipo y consagrado á su servicio, me presenté de nuevo, hablé, y el resultado probó que no me habia movido ningun motivo de ódio ni de resentimientos personales. No creais que acusaré á los defensores de Neptolemo, pues no hubo ninguno; os acusaré á vosotros mismos. Sí; aunque hubiéseis asistido á los espectáculos de las fiestas de Baco, en lugar de venir á deliberar sobre la salud de Atenas, sobre la suerte de vuestra pátria, no habríais podido escucharnos, á él con más gusto, ni á mí con más enojo. Sin embargo, son hechos conocidos, segun creo, por todos vosotros, el que este hombre que hizo entonces un viaje al pais enemigo, so pretesto de traer de Macedonia el oro que le debian (estas eran sus palabras) para consagrarlo al servicio del Estado; el que este hombre que frecuentemente esclamaba: «¡Acusar á un ciudadano porque saca sus recursos del estranjero para traerlos á su pais, es un acto de tiranía!» el que este mismo hombre, alentado por la paz, realizó la fortuna inmoviliaria

(1) Neptolemo era á la vez buen poeta trágico y buen actor. Fué nombrado uno de los diez embajadores para ajustar la paz.

que aquí poseia, y con ella se retiró á la córte del Macedonio. Ciertamente que estos dos hechos anunciados por mí y presentados con sus verdaderos colores, atestiguan altamente la rectitud y la sinceridad de mis palabras.

Indicaré aún, atenienses, una tercera circunstancia: será la última, y pasaré en seguida á ocuparme del objeto que me trae á esta tribuna. Al regreso de la embajada que se nos confió para recibir los juramentos de la paz, algunos de mis compañeros os prometieron que se repoblaría Tespias y Platea; que Filipo perdonaría á los focidenses despues de haberlos sometido, y dispersaría los habitantes de Tebas; que Oropos se os devolvería, y que la Eubea nos sería dada en recompensa de Anfípolis; y seducidos vosotros por estas frívolas esperanzas, por estas mentiras seductoras, hicísteis traicion á vuestros intereses, á la justicia y al honor, y entregásteis la Focida. Pues bien, estraño á estas decepciones, los denuncié á todos, declaré de antemano (y bien sé que no lo habeis olvidado) declaré que tales promesas me eran desconocidas, que no creia en ellas, y que tenia el convencimiento de que el orador os alimentaba de quimeras.

Aunque es indudable que sobre estos particulares he previsto mejor que los demás el porvenir, no creais que se despierta mi vanidad, ni que lo atribuyo á una penetracion profunda. En dos causas solo, ¡oh atenienses! hago recaer todo el honor del acierto de mis presagios. La primera es la fortuna, más poderosa á mis ojos que todo el saber humano y que todos los esfuerzos del génio; la segunda, ese desinterés con el cual juzgo y reflexiono sobre todo. No, nadie podrá indicar un solo regalo que haya recompensado mis acciones ó mis palabras en el Gobierno. A esto se debe que las determinaciones importantes, que son la consecuencia natural del estado de nuestros asuntos, aparezcan siempre á mi vista sin nubes que las oculten ó desfiguren. Pero cuando por un lado ó por otro el

orador, semejante á una balanza, ha recibido dinero, este peso precipita y arrastra toda su lógica en un sentido, y desde entonces desaparecen la verdad de sus cálculos y la justicia de sus razonamientos.

Esto establecido, os preguntaréis: ¿quereis proporcionar á la República fondos, aliados y otros recursos? Pues ante todo, no rompais la paz actual; no porque yo admire sus ventajas ó la crea digna de vosotros; sino porque aunque nunca se debiera hacer, una vez ajustada, es necesario conservarla. Hemos perdido, en efecto, tan grandes elementos, que si los tuviésemos ahora, seria para nosotros la guerra el partido más fácil y seguro. En segundo lugar, ¡oh atenienses! debeis procurar que esos pueblos que componen el Congreso; que esos mal llamados anfictiones no se vean obligados, ni tengan siquiera el pretesto de atacaros todos de concierto. Desde luego que si la guerra se encendiese entre nosotros y Filipo, ya por Anfípolis ó por cualquier agravio personal en el cual no entrasen la Tesalia, ni Argos, ni Tebas, no creo que ninguno de estos pueblos se armase contra nosotros..... (¡escuchad en vez de interrumpir!) y los tebanos menos que los demas. No porque sean nuestros amigos ó estén poco deseosos de ganarse la voluntad de Filipo, sino porque, á pesar de la estupidez que se les supone, saben muy bien si se comprometen en una lucha contra Atenas, los golpes serán para ellos, mientras que el atleta se quedará espiando los instantes y los laureles de la victoria. No se lanzarán, pues, en una guerra semejante, á menos que el orígen y la causa fuesen comunes. De igual modo, si tuviésemos desavenencia con los tebanos por la ciudad de Oropos ó por cualquier motivo privado, tampoco creo que tendríamos ninguna intervencion que temer. En efecto, una guerra de invasion entre Tebas y Atenas, solo determinaría á los griegos auxiliares á tomar parte en ella, y aun esto, únicamente para su propia defensa. Y hé aquí el carácter de

las confederaciones; hé aquí sus consecuencias naturales, que solo se conocen cuando se examinan á fondo. Las cuestiones de existencia y supremacía de Atenas y de Tebas, no interesan igualmente á todos los pueblos de la Grecia; y si desean la conservacion de ambas es por su propio interés: ¿habian, pues, de permitir que la victoria de una de estas Repúblicas sobre la otra les preparase sus cadenas? ¡Jamás!

Así, ¿qué debe temerse de ellos y qué debemos evitar? En mi juicio, que la guerra que sobrevenga sea motivada por un pretesto comun, por una queja general que arme á toda la Grecia contra nosotros. Porque si Argos, Mesena, Megalópolis y todas las ciudades del Peloponeso que siguen la misma política, nos amenazan con su enemistad por una negociacion entablada con Lacedemonia, y porque se figuran que queremos suplantarlas; si Tebas, cuyo ódio hácia nosotros conoceis, debe odiarnos más aún porque acojimos á sus desterrados y las prodigamos pruebas de nuestra mala voluntad; si debe suceder lo mismo á la Tesalia, porque abrimos los brazos á los focidenses proscriptos, y si Filipo, en fin, se encuentra en igual caso porque Atenas le rehusa un asiento en el consejo general de la Grecia, tiemblo de que, apoyándose estas naciones en decretos anfictiónicos, y animadas por resentimientos particulares, echen sobre nosotros el peso de una guerra federal, y de que cada pueblo corra á las armas, arrastrado, como sucedió á la Fócida, contra su propio interés. Porque no ignorais que los tebanos, que los tesalios y Filipo, aunque divididos en cuanto al objeto principal, concurren todos al mismo resultado. Así los tebanos no pudieron impedir que Filipo penetrase hasta las Termópilas y las ocupase, y menos aún puede robárseles la gloria de los penosos trabajos que por él sufrieron en su última espedicion. Han adquirido posesiones, pero han perdido la honra, pues sin la invasion macedónica no tendrian nada. Sin

embargo de esto, no la deseaban; pero ávidos é incapaces al mismo tiempo de reconquistar á Orcomeno y Queronea, sufrieron esta invasion con todas sus consecuencias. Algunas personas, es cierto, confiesan que Filipo no tenía intencion de entregar estas dos ciudades á los tebanos, y aseguran que se vió obligado á ello. ¡Cuánto los protege el cielo! Yo sé que en todo esto no habia más mira de parte de él que apoderarse del desfiladero, usurpar la gloria de la guerra focidense aparentando haberla terminado, y presidir los juegos píticos. Esto es lo que ambicionaba más particularmente. En cuanto á los tesalios, desde luego que no quieren el engrandecimiento de Tebas ni de Filipo, porque lo creen igualmente perjudicial á sus intereses; pero desearian ardientemente reconquistar la anfictionia y su doble prerogativa en Delfos; y estimulados por estas miras ambiciosas, prestaron sus brazos al Monarca. Veis, pues, á cada uno de estos pueblos empujados por el egoismo, obrando contra sus deseos. Advertidos por estos ejemplos, velemos, ¡oh atenienses! sobre nosotros mismos.

¿Deberemos, pues, se me preguntará, deberemos sufrir que se nos imponga la ley? ¿Es este tu consejo? No; semejante cosa está lejos de mi pensamiento. Pero creo que nuestro deber consiste en evitar la guerra sin hacer nada que sea indigno de Atenas, en mostrar á todos los pueblos nuestra prudencia y la equidad de nuestra respuesta.

A los ciudadanos que, con los ojos cerrados sobre la guerra, piensan que es necesario afrontar intrépidamente todas las vicisitudes de la fortuna, les opondré este argumento: dejamos la ciudad de Oropos á los tebanos, y si se nos precisa á declarar el motivo, diremos que para evitar la guerra. Acabamos de ceder, por un tratado, Anfípolis á Filipo; sufrimos que Cardia sea separada del Quersoneso; que los Cariatos se apoderen de Chios, de Cos y de Rodas, y que los bizantinos apresen nuestras naves; y

todo ¿por qué? Sin duda porque encontramos más ventaas en permanecer en el seno de la paz, que en provocar coaliciones y contiendas por semejantes causas. Pues bien, nosotros, que hasta aquí sacrificamos á cada una de estas naciones nuestras diferencias, cuando se trataba de nuestro patrimonio y de lo que nos era más necesario, ¿no incurriríamos ahora en el más imperdonable desacierto si fuésemos á sacar la espada, contra todos juntos, para combatir por la sombra de un privilegio?

SESTA FILÍPICA.

Introduccion.

Aunque no existe ningun testimonio evidente que lo acredite, no se puede negar que los atenienses siguieron el consejo de Demóstenes, y que no elevaron ninguna reclamacion contra el título de Anfiction concedido á Filipo.

«En una nueva arenga, dice Libanius, Demóstenes advirtió á los atenienses que debian ver en Filipo un enemigo encubierto, y no abandonarse á un completo descuido confiados en la paz. Les estimula á despertar de su letargo, á ocuparse con celo de los asuntos públicos, y tenerlo todo dispuesto para combatir. Acusa á Filipo de tramar sordamente la pérdida de Atenas y de toda la Grecia, y atestigua sus palabras con las acciones del Príncipe. Los atenienses no saben qué respuesta dar á los embajadores que acaban de recibir: Demóstenes se encarga de responder por sí mismo, y formula estas dos preguntas: ¿de dónde vienen estos embajadores? ¿Qué asunto los trae? Estas cuestiones no están aclaradas en el discurso; pero puede encontrarse su solucion en las historias de Filipo. En ellas se lee que, por esta época, el Rey de Macedonia envió una embajada á Atenas para quejarse de las acusaciones que se hacian contra él ante los griegos, suponiendo falsamente que se habia comprometido á cumplirles importantes y numerosas promesas, y que habia faltado á su palabra. Negaba estas promesas y esta falta de fé, y pedia que se presentasen las pruebas que en su contra hubiera. Argos y Mesena habian enviado, al mismo tiempo que Filipo, otra embajada á los atenienses. Estas dos ciudades tenian tambien sus quejas. ¿Por qué, decian, Atenas favorece á los lacedemonios, tiranos del Peloponeso? ¿Por qué se opone á los mesenios y á los argivos que

combaten por la libertad? Los atenienses se veian muy embarazados para responder á Filipo y á estas dos Repúblicas. Partidarios de Lacedemonia, sienten aversion y desconfianza hácia la liga de los argivos y mesenios con el Rey de Macedonia, y sin embargo, no pueden reconocer como justa la conducta de los lacedemonios. Por parte de Filipo, sus esperanzas están defraudadas; pero este Príncipe habia salvado al menos las apariencias. En efecto, no se habia comprometido á nada en sus escritos ni por medio de sus embajadores, y solamente algunos atenienses habian halagado al pueblo, prometiéndole que salvaría la Fócida y que reprimiría la violencia de los tebanos. En estas circunstancias, Demóstenes presenta las respuestas que deben darse, y se ofrece á presentarlas en nombre de Atenas. Añade que es justo pedir esplicaciones á los que han suscitado estos embarazos, á los hombres, dice, que han engañado al pueblo y abierto á Filipo el paso de las Termópilas. Esto hace alusion á Esquines, contra el cual Demóstenes prepara, así, la acusacion de haber faltado al mandato que se le habia confiado en una embajada: anticipaba un momento, ante los atenienses, el proceso que más tarde intentó formalmente.»

Se cree pronunciado este discurso el primer año de la Olimpiada 109, correspondiente al 344 antes de la era cristiana.

Discurso.

Cuando se os habla, ¡oh atenienses! de las intrigas de Filipo y de sus contínuos atentados contra la paz, los discursos en que se hace vuestra alabanza, os parece, yo lo veo, evidentemente dictados por la virtud y la justicia; y las invectivas contra Filipo tienen siempre á vuestros ojos el mérito de la oportunidad. Pero entretanto, ¿qué es lo que haceis? Nada, yo me atreveré á decirlo: nada que corresponda al entusiasmo con que oís á vuestros oradores. Así, todos los sucesos se encuentran ya tan adelantados, que cuanto más se os muestra claramente á este Príncipe, tan pronto violando la paz ajustada con vosotros, tan pronto preparando la esclavitud de toda la Grecia, tanto más difícil se hace el aconsejaros las medidas necesarias. ¿En qué consiste esto? En que para detener en su marcha á un usurpador, se necesitan, atenienses, acciones y no pala-

bras. Y sin embargo, en esta tribuna nos separamos del objeto interesante y temblamos de redactar un decreto y de apoyarlo; ¡tanto es el miedo que nos infunde vuestra desgracia! Pasamos revista á todos los crímenes de Filipo, medimos toda su deformidad; y ¿qué hay, en fin, que no digamos? Por vuestra parte, tranquilamente sentados, si se trata de esponer sólidas razones ó de aceptar las que se os presentan, llevais desde luego ventajas sobre Filipo; pero ¿se trata de hacer que fracasen sus empresas actuales? Entonces continuais sumidos en la inaccion. De aquí que, por una consecuencia tan natural como inevitable, vosotros y este Príncipe sobresalís, él por la accion y vosotros por la palabra. Si, pues, hoy todavía os basta con hablar del derecho, esta tarea no exigirá un grande esfuerzo; pero si conviene meditar sobre los medios de imprimir otro curso á los asuntos públicos, de detener los progresos insensibles de un mal siempre creciente, las amenazas de un poder colosal contra el cual la lucha se haría más tarde imposible, preciso es que cambiemos de método en nuestras deliberaciones: todos de concierto, oradores y oyentes, prefiramos las medidas eficaces y salvadoras, á las fáciles declamaciones que nos encantan.

Y desde luego que si alguno de vosotros, ¡oh atenienses! vé en toda su magnitud los inmensos progresos de la dominacion de Filipo, y no encuentra en ellos ningun peligro para la pátria, ninguna tempestad que se está fraguando sobre nuestras cabezas, yo admiro su manera de ver las cosas; pero os conjuro á todos á que escucheis, en pocas palabras, las razones que me inducen á pensar lo contrario, á ver siempre un enemigo en el Macedonio. Si me juzgais más previsor que los demás, seguireis mis consejos; si el porvenir os parece mejor presentido por los que descansan intrépidamente sobre la fé de este Príncipe, á tiempo estareis de seguir los suyos.

Empiezo considerando, atenienses, las invasiones he-

chas por Filipo, tan pronto como se ajustó la paz. Dueño de las Termópilas, se apoderó de la Focida. ¿Qué hizo en seguida? ¿Cómo usó de sus ventajas? Quiso mejor servir los intereses de los tebanos que los de Atenas. ¿Y por qué procedió así? Porque dirigiéndose todas sus miras, no á la paz, no á la tranquilidad, no á la justicia, sino al furor de engrandecerse y subyugarlo todo, ha comprendido perfectamente, en vista de la política de Atenas y de su noble carácter, que jamás promesas pomposas ni servicios de ninguna clase, os arrastrarán á sacrificarle, por un miserable egoismo, ninguno de los pueblos de la Grecia; y que si por el contrario, osára atacarles, el celo de la justicia, el temor de un oprobio indeleble y la prevision de todos los resultados, os lanzarían contra él con tanto ardor como si la guerra se hubiese encendido de nuevo. En cuanto á los tebanos, contaba con que, unidos á él por el agradecimiento, lo abandonarían todo á su capricho, y lejos de entorpecer su marcha, á la primera señal que les hiciese irían á engruesar su ejército. Hoy aun trata como amigo á los mesenios y á los argivos, porque ha concebido de ellos la misma idea, lo cual es, ¡oh atenienses! vuestro más cumplido elogio. Estos hechos os juzgan, proclamándoos los únicos, entre todos los pueblos, que sois incapaces de vender la libertad de la Grecia, y de cambiar por ningun favor ni servicio, la gloria de ser su baluarte.

Pero esta opinion tan alta de Atenas y tan deshonrosa de Argos y de Tebas, la encuentra Filipo apoyada en la razon, en el espectáculo del presente y en las reflexíones que nacen del pasado. Sin duda la historia y la fama le han hecho conocer que, pudiendo vuestros antepasados adquirir el imperio de la Grecia á condicion de librarla del gran Rey, lejos de aceptar esta oferta hecha por Alejandro, uno de sus antepasados, que fué instrumento de esta negociacion, abandonaron su ciudad, despreciaron todos los peligros, y en seguida ejecutaron aquellos hechos he-

róicos que todos se complacen en referir y que nadie ha referido tan dignamente como su grandeza merece. Así, pues, yo guardaré silencio ante una gloria que la palabra humana no sabria celebrar. En cuanto á los antepasados de los tebanos y los argivos, Filipo sabe que ayudaron al Bárbaro, los unos con su espada y los otros con su neutralidad. Ha comprendido, pues, que satisfechos estos dos pueblos con cuidarse de su propio interés, no estiman en nada los intereses comunes de la Grecia. De aquí concluye que ligarse á vosotros por los lazos de la amistad, seria ligarse á la justicia; y que la union con los argivos y tebanos, le proporcionará brazos para la obra de sus usurpaciones. Tal es el motivo de la preferencia que les ha dispensado y que todavía les dispensa sobre vosotros. Además no vé en ellos, considerados separadamente, fuerzas navales superiores á las vuestras; ese imperio que el continente le ha ofrecido, no aparta su pensamiento del imperio de los mares y de las plazas marítimas, y no olvida, por último, las protestas y las promesas que le ha sido necesario hacer para conseguir de vosotros la paz.

Filipo, se dirá, sabia todo esto; pero es indudable que ni la ambicion ni ninguno de los motivos que le supones, dirigieron entonces su conducta; lo que únicamente hay aquí es que creyó las pretensiones de los tebanos más justas que las nuestras. Atenienses, entre todos los pretestos, este es el único que no puede alegar hoy. ¡Qué! El que ordena á los lacedemonios no inquietar á Mesena, ¿pretenderá haber obrado solo por un principio de equidad cuando entrega á los tebanos Orcomeno y Coronea?

¡Pero se vió obligado á ello! (último recurso de sus apologistas); pero entregó estas dos plazas sorprendido, rodeado por la caballería tesalia y la gruesa infantería de Tebas. Muy bien. Se dice en consecuencia que los tebanos se le van á hacer sospechosos; se inventa y se publica por todas partes que debe muy pronto fortificar á Elatea. Todo

esto se halla en el porvenir, y podeis creer que allí permanecerá largo tiempo. Pero la reunion de sus fuerzas con las de Argos y Mesena para caer sobre los lacedemonios, es cosa que pertenece al presente. Ya hace partir sus tropas estranjeras, envia fondos y se le aguarda en persona á la cabeza de un poderoso ejército. Así, pues, se propone destruir á Esparta porque es enemiga de los tebanos; y á esa Fócida que no há mucho subyugó, ahora la levanta de su abatimiento. ¿Quién lo creería jamás? Por mi parte, creo que si Filipo hubiese favorecido á los tebanos obligado por la fuerza, no se encarnizaría tan obstinadamente contra los enemigos de estos. Pero su conducta actual atestigua claramente que entonces sus acciones fueron libres y calculadas. Además, una mirada dirigida á toda su política, basta para descubrir las laboriosas intrigas con que procura enderezar todos sus tiros contra Atenas; y afirmo que ahora tiene, para hacerlo así, una especie de necesidad. Reflexionemos en efecto: aspira á dominar y no encuentra, en esta carrera, más adversario que vosotros. Desde hace mucho tiempo insulta vuestros derechos, y en el fondo de su corazon lo siente, puesto que nuestras antiguas plazas, que hoy tiene en su poder, cubren todas sus demás posesiones. Si perdiese á Anfípolis y Potidea, ¿se creeria seguro en su propio reino? Dos cosas son pues indudables: la una que os tiende lazos, y la otra que vosotros los conoceis; pero aunque vé vuestra prudencia, presume que le teneis un ódio merecido, y el suyo se irrita ante el peligro de un golpe funesto que puede partir oportunamente de vuestras manos si no se apresura á herir el primero. Penetrado de esta idea, vela en el punto desde el cual amenaza á Atenas, y halaga á los tebanos y á sus cómplices del Peloponeso, juzgándolos demasiado dispuestos á venderse para que no se contenten con el interés del momento, y demasiado estúpidos para preveer y temer los males del porvenir. Y sin embargo, con un poco

de juicio se pueden observar ejemplos sorprendentes, que tuve ocasion de esponer á los mesenios y á los argivos, y que quizá sea más útil todavía el presentarlos ante vosotros:

«Pueblo de Mesena, decia yo, ¿con qué indignacion no habría oido Olinto á cualquiera que hubiere hablado, dentro de sus muros, contra Filipo, cuando este le entregaba la plaza de Antemonte, tan estimada por todos los Reyes sus predecesores; cuando le donaba á Potidea despues de haber desalojado la colonia de Atenas, y cuando dominado por su ódio contra nosotros le cedía la posesion de esta comarca? ¿Temería sufrir tantas desgracias? ¿Habría dado crédito á las palabras de quien se las hubiese anunciado? No; vosotros no podeis suponerlo. Y sin embargo, despues de haber gozado un poco tiempo del bien ajeno, ved á los olintios para mucho tiempo despojados por Filipo de sus bienes propios; vedles abatidos, deshonrados, vencidos, ¿qué digo vencidos? acusados y vendidos los unos por los otros. ¡Tan peligroso es á las Repúblicas el familiarizarse con los déspotas! Y los tesalios, por su parte, ¿podrian temer, cuando Filipo los libraba de sus tiranos y les cedía las ciudades de Nicea y Magnesia; podrian temer el verse sometidos á tetrarcas, como hoy se encuentran, ó que el mismo que los restablecía en sus derechos de anfictiones les recojiese sus propias rentas? Hé aquí, no obstante, lo que se ha hecho á los ojos de toda la Grecia! Ya veis cómo desempeña Filipo el papel de protector desinteresado y justo. Haced votos por no conocer jamás á este hombre, que con sus pérfidos manejos ha engañado muchos pueblos. Para la guarda y conservacion de las ciudades, les seguia diciendo, el arte ha multiplicado los medios de defensa, tales como empalizadas, murallas, fosos y otras mil fortificaciones, que todas exigen muchos brazos y gastos inmensos. En el corazon de los hombres prudentes, la naturaleza levanta tambien un baluarte: en

él la salud de todos está asegurada; en él las Repúblicas, especialmente, encuentran una defensa inespugnable contra los tiranos. ¿Sabeis qué baluarte es este? La desconfianza. Que sea vuestra compañera, que sea vuestra égida, y mientras logreis conservarla, la desgracia se mantendrá lejos de vosotros. Y por otra parte, ¿no es tambien la libertad lo que buscais? ¡Oh! ¿pero no veis que los títulos mismos de Filipo la combaten? Sí, todo Rey, todo déspota, es enemigo nato de la libertad, enemigo de las leyes. ¡Al procurar libraros de la guerra, temed no caigais en las manos de un amo!»

Despues de haber reconocido con ruidosas aclamaciones la verdad de estas palabras; despues de haber oido muchas veces el mismo lenguaje de boca de otros diputados, en mi presencia y probablemente despues de mi partida, estos pueblos no siguieron menos ligados á la amistad y á las promesas de Filipo. Sin que nadie se sorprendiese, los mesenios y gentes del Peloponeso influyeron contra el partido que se les demostró ser el más conveniente; pero vosotros, atenienses, que descubrís por vuestras propias luces y por mis palabras los mil lazos de que se os rodea, ¿caereis, vendidos por vuestra indolencia, en el abismo que veo abierto á vuestros piés? ¡Es necesario no sacrificar al reposo y al placer del momento la suerte del porvenir!

Respecto de las medidas que hay que adoptar, obrareis sábiamente deliberando más tarde sobre ellas. Pero hoy, ¿qué respuestas conviene decretar? Hélas aquí:

(Lectura de un proyecto de decreto.)

Seria justo, atenienses, denunciar en este decreto los portadores de promesas que os indujeron á concluir la paz. Yo mismo no habría podido resolverme á aceptar la embajada, y estoy cierto de que vosotros tampoco habríais depuesto las armas si os hubiéseis figurado cuál habia de ser la conducta de Filipo despues de hecho el convenio.

Entre esta conducta y aquellas promesas ¡qué diferencia existe! Hay otros hombres á quienes tambien es preciso denunciar. Me refiero á aquellos que despues de la conclusion de la paz, á mi vuelta de la segunda embajada para el cambio de los juramentos, y cuando viendo á mi pátria fascinada protesté contra la traicion y me opuse al abandono de las Termópilas y de la Fócida, decian que Demóstenes, bebedor de agua, debía ser un hombre de carácter áspero y fatalista; que Filipo, despues de haber franqueado el Paso, no tendria más voluntad que la vuestra, fortificaría á Tespias y Platea, reprimiría la insolencia tebana, abriría un camino á su costa en el Quersoneso, y os entregería á Oropos y la Eubea en equivalencia de Anfípolis. Sí, todo esto se os dijo aquí, en esta tribuna; y sin duda que lo recordais, aunque sea flaca vuestra memoria respecto de los traidores; y para colmo de ignominia, vuestro decreto mata las esperanzas de vuestros descendientes, ligándolos á esta paz: ¡tan completo fué el dolo con que se hizo!

Pero, ¿para qué recordar ahora aquellos discursos? ¿Para qué pedir la acusacion de aquellos hombres? Voy á contestar sin embozo ni doblez; ¡el cielo es testigo de ello! No quiero bajarme hasta la injuria, porque la provocaría en justa recompensa contra mí; no quiero proporcionar, á los que desde el principio me han perseguido, un nuevo motivo para que Filipo les abone un suplemento de salario; no quiero, en fin, entretenerme en vanas declamaciones; pero veo que en el porvenir los atentados de Filipo van á causaros más vivas inquietudes que en la actualidad. Sí, los progresos del mal saltan á mi vista. ¡Ojalá sean falsas mis conjeturas! Pero tiemblo ante la idea de que ya estemos tocando un término fatal. Cuando no os sea posible desentenderos de los acontecimientos, cuando sepais, no por las palabras de Demóstenes ni de ningun otro orador, sino por el testimonio de vuestros ojos, por la

evidencia de los hechos, que se trama vuestra ruina, entonces la cólera sin duda os hará correr á la venganza. Pero temo que, habiendo vuestros embajadores ocultado en el silencio todo lo que su conciencia les denunciaba como encaminado á la obra de su corrupcion, vuestro enojo caiga sobre los ciudadanos que se esfuerzan en reparar una parte de los males que esa misma corrupcion ha producido. Porque veo entre vosotros más de uno que se halla pronto á descargar su furor, no sobre el culpable, sino sobre la primera víctima que alcance su mano.

Así, mientras que la tempestad se forma sin estallar todavía; mientras que tomamos consejo los unos de los otros, yo quiero, á pesar de la notoriedad pública, recordar á todos los ciudadanos el hombre cuyas sugestiones os hicieron abandonar la Fócida y las Termópilas: resolucion funesta que abriendo al Macedonio los caminos de Atenas y del Peloponeso, os ha reducido á deliberar, no sobre los derechos de la Grecia, ni sobre los asuntos del esterior, sino sobre vuestro propio territorio y sobre la guerra contra el Atica; guerra cuyas calamidades no se tocarán hasta que haya empezado la lucha, pero que datan del dia de la traicion; porque si desde entonces no hubiéseis sido pérfidamente engañados, Atenas no tendría ahora nada que temer. Demasiado débil por mar para intentar un desembarco en el Atica, y por tierra para apoderarse con las armas de las Termópilas y de la Fócida, ó Filipo inmóvil habría respetado la justicia y renunciado á la guerra, ó habría permanecido con las armas en la mano en las mismas posiciones que le habian obligado antes á desear la paz.

He dicho lo suficiente para despertar vuestros recuerdos. ¡Libradnos, dioses inmortales, de la prueba más evidente de tantas perfidias! ¡No, contra ningun culpable, aunque mereciese la muerte, provocaría yo un castigo comprado á costa del peligro de todos, á costa de la ruina de Atenas!

OCTAVA FILÍPICA Ó DISCURSO SOBRE EL QUERSONESO.

Introduccion.

Se acababa de llevar al rey de Macedonia una copia de la sesta Filípica. «Yo habria dado mi voto á Demóstenes para hacerme declarar la guerra, dijo despues de leerla, y le habría nombrado general.» (1) Animados por esta elocuencia, los atenienses iban á unirse con los lacedemonios. Filipo, que no queria tener á su frente dos enemigos tan poderosos, aparentó renunciar á su empresa sobre el Peloponeso, y dirigió sus armas hácia la alta Tracia, donde hizo muchas conquistas.

El general ateniense Diófito y las acusaciones que se le dirigian por algunos de sus compatriotas, con el objeto de la arenga siguiente: (Olimpiada 109, año 3, correspondiente al 342 antes de Jesucristo.) «Desde muchos años, dice Libanius, los atenienses poseian el Quersoneso de Tracia, á donde en tiempo de Filipo habian enviado una colonia. Había la antigua costumbre de que los ciudadanos pobres, que no tenian nada en el Atica, fuesen trasladados á las ciudades que la República poseia fuera de su territorio, armados y costeados por el Tesoro público. Así, en las circunstancias de que hablamos, se enviaron colonos al Quersoneso, puestos á las órdenes del general Diófito. Bien acogidos por los antiguos habitantes, recibieron tierras y casas; pero fueron rechazados por los cardienses que pretendian que era suyo aquel territorio y no de Atenas. Atacados por Diófito, buscan un apoyo en Filipo, el cual escribe á los atenienses pidiendo que no hicieran violencia á sus amigos, y que reclamaran

(1) ¡Demóstones general! El mismo protestó en Queronea contra este voto de confianza. Otra frase de Filipo, referida por Plutarco, nos indica que este dicho debe tomarse en sério. «Los discursos de Isócrates, decia, huelen á la espada; los de Demóstenes respiran la guerra. (Nota de Stievenart.)

contra ellos si se creian ofendidos; pero contando con la negativa del Pueblo, envió socorros á los cardienses. Entonces Diófito indignado, aprovechándose de la ausencia del Príncipe, que estaba en la alta Tracia haciendo la guerra al Rey de los Odrisos, cae sobre la Tracia marítima que dependia de Macedonia. La asola, y antes de que vuelva Filipo se replega sobre el Quersoneso y se pone al abrigo de todo ataque. En la impotencia de vengarse por medio de las armas, el Monarca dirige á los atenienses una nueva queja, y acusa á su general de una violacion flagrante de la paz. Los oradores *filipistas* se desencadenan contra Diófito, y piden su castigo; pero Demóstenes se levanta para combatirles y establece la defensa sobre estos puntos: 1.º La conducta de Diófito no tiene nada de injusta. Filipo ha sido el primero en romper las hostilidades y faltar á la paz, por su comportamiento inícuo con una ciudad que depende de Atenas. 2.º Es contrario á los intereses de la República el castigar á su general y licenciar un ejército que mantiene á Filipo detenido á la entrada del Quersoneso. El orador exhorta á los atenienses á la guerra y acusa con energía al Macedonio de ultrajar la justicia y la fé de los tratados y de conspirar sordamente contra Atenas y la Grecia.»

Discurso.

Convendría, ¡oh atenienses! sobre todo cuando deliberais sobre un asunto de la más alta importancia, que vuestros oradores se abstuviesen de toda frase parcial ó apasionada, y que espusieran simplemente la opinion que les pareciese más saludable. Pero puesto que muchos de ellos suben á la tribuna para sostener altercados hijos de la envidia ó de otros motivos personales, á ti, Pueblo, toca rechazar todas esas cuestiones injuriosas, y decretar y cumplir lo que juzgues útil al Estado.

¿De qué se trata hoy? Del Quersoneso y de la espedicion que desde hace cerca de once meses verificaba Filipo en la Tracia. ¿Qué asunto han tratado casi todos los oradores? Las operaciones y los proyectos de Diófito. Pero creo que, cuando se acusa á uno de vuestros generales, que podreis castigar siempre en nombre de la ley, ya sea un poco antes ya un poco despues; creo, repito, que no

puede haber urgencia, y no comprendo por qué hemos de luchar hasta el último estremo sobre este asunto. Lo que Filipo, nuestro enemigo, se esfuerza y se apresura por arrebatarnos, puesto á la cabeza de un ejército poderoso que costea el Helesponto; lo que perderemos de seguro si nos toma la delantera, es lo que debe llamar hoy nuestra atencion y sobre lo que interesa tomar medidas prontas, sin que os distraigan de este objeto debates estraños á él, ni turbulentas recriminaciones.

Atenienses; frecuentemente se manifiestan aquí proposiciones que me asombran; pero nada me ha sorprendido tanto como oir afirmar últimamente en el Consejo, que los oradores debian opinar resueltamente por la guerra ó por la paz. Sí, sin disputa; si Filipo permanece tranquilo, si no viola los tratados, si no se apodera de ninguna de nuestras posesiones y si no arma todos los demás pueblos contra nosotros, conviene cerrar la discusion, conviene no romper las hostilidades: de vuestra parte no veo ningun obstáculo que lo impida. Pero si las condiciones de la paz jurada están en nuestra memoria y descansan en nuestros archivos; si es notorio que aun antes de la partida de Diófito y de la colonia que se acusa de haber encendido la guerra, Filipo habia ocupado inícuamente muchas plazas atenienses; si contra sus atentados son vuestros propios decretos una protesta enérgica; si desde entonces siempre ha tenido preparados á los griegos y á los bárbaros para hacerles estallar de pronto contra nosotros, ¿qué se pretende al decir que es necesario declararse por la guerra ó por la paz? ¡Oh! ya no es posible la eleccion: un solo partido nos queda, eminentemente justo y necesario, que es el mismo de que se procura alejarnos. ¿Qué partido es este? El de rechazar al agresor; á menos que los oradores á quienes impugno digan que Filipo no insulta á Atenas ni nos hace la guerra, mientras que no toque al Atica ni al Pireo. Si de este modo fijan los límites de la

justicia, si así ensanchan el horizonte de la paz, ciertamente que el carácter impío, escandaloso y aun amenazador de sus máximas indignará todos los corazones. Hay más aun: semejante lenguaje en su boca, refuta las acusaciones que dirigen contra Diófito. Porque, ¿cómo permitimos á Filipo hacerlo todo, con tal que no invada la Atica, si no es permitido á Diófito socorrer á los tracios sin acusarle de haber renovado la guerra? Pero, ¡por Júpiter! dicen los acusadores, se han cometido crueldades por nuestras tropas estranjeras que asolaban el Helesponto; Diófito asaltó las naves, faltando al derecho de gentes, y nuestro deber es reprimir estos desórdenes. Suscribo á ello. Veo que solo el interés de la justicia ha dictado este consejo; pero hé aquí mi opinion: abogais por la disolucion de nuestro ejército, difamando aquí al general que ha encontrado los medios de sostenerlo. ¡Pues bien! probad que Filipo tambien licenciará sus tropas, si la República acepta vuestro dictámen. Si mis adversarios no prueban esto, ved atenienses, que nos colocarán de nuevo en la situacion que hasta ahora ha perdido todos nuestros asuntos. Ya lo sabeis, nada ha procurado á Filipo más ventajas sobre nosotros que su diligencia en tomarnos siempre la delantera. Constantemente á la cabeza de un ejército en pié de guerra, sin apartar la vista de su proyecto, se lanza de improviso sobre el enemigo que ha escojido: nosotros, al contrario, no empezamos nuestros tumultuosos preparativos hasta despues de haber recibido la nueva de las invasiones. Así, ¿qué es lo que sucede? Que Filipo queda pacífico poseedor de lo que ha ocupado, y nosotros, que llegamos demasiado tarde, perdemos nuestros gastos, y solo conseguimos mostrar al enemigo nuestro ódio y nuestro deseo de rechazarle: ¡fatal lentitud que nos arruina y nos deshonra!

Abrid, pues, los ojos, ¡oh atenienses! Cuanto hoy se os dice es vana y fingida palabrería: se conspira para que,

estando ociosos dentro, y desarmados fuera, dejeis á Filipo en plena seguridad de arreglarlo todo á su capricho. Examinad lo que sucede ahora. Este Príncipe está en la Tracia á la cabeza de un poderoso ejército, y si hemos de creer á testigos oculares, pide grandes refuerzos de la Macedonia y la Tesalia. Si despues de haber aguardado los vientos etesios cae sobre Bizancio y la asedia, ¿pensais que los bizantinos persistirán en su ceguedad no llamándoos ni solicitando vuestro apoyo? Por mi parte no puedo creerlo. Lejos de esto, aunque se tratase de un pueblo que les inspirase más desconfianza que nosotros, los recibirian en su ciudad, á menos que una pronta reduccion se lo impidiera, más bien que entregarla al tirano. Tan luego, pues, como nuestras naves no puedan salir del puerto, ni tengamos socorros prontos á marchar, no habrá nada que pueda preservarles de su ruina. ¡No, por el cielo! se dirá; ahora tambien, estraviadas por un génio funesto, esas gentes llevarán su locura más allá de todo límite. Estamos de acuerdo; ¡pero no es menos cierto que es preciso salvar á esos insensatos porque vá en ello la salud de Atenas!

Por otra parte, ¿quién nos dice que Filipo no se dirigirá sobre el Quersoneso? Leed de nuevo la carta que os ha escrito y vereis cómo habla de vengarse de este pais. Ahora nuestro ejército podrá defenderlo y atacar sus Estados; pero desorganizado y disuelto, ¿qué haremos si marcha contra la Península? Pues á pesar de todo, se añadirá, hemos de juzgar á Diófito. Pero considerad, responderé, que los sucesos están muy adelantados. Haremos partir socorros de Atenas. ¿Y si los vientos hacen la navegacion imposible? Pero aunque asi sea, Filipo no se atreverá á atacar. ¿Quién os responde de ello?

¿Veis, atenienses, á principios de qué estacion se os aconseja evacuar el Helesponto y dejarlo abandonado al Príncipe? Pues hay más todavía: si á su vuelta de Tracia

deja el camino de Bizancio y el Quersonero, (calculad aun esta contingencia) y se dirige á atacar á Calais ó Megara, y en último término la ciudad de Oreos, ¿qué os parece mejor, tener que combatirle en estos puntos dejando así que la guerra que se aproxime al Atica, ó distraerle á gran distancia de nosotros? Por mí, abrazo este último partido.

Conocidos estos hechos y estas reflexiones, lejos de esforzaros en denigrar y disolver el ejército que Diófito se afana por conservar á la República, debeis, por el contrario, proporcionarle nuevas tropas, dinero y municiones: Que se pregunte á Filipo: «Entre que las tropas mandadas por Diófito, cualesquiera que sean, (pues esto no lo disputo aquí) se presenten vigorosas, elogiadas, reforzadas y socorridas por Atenas, ó que sean al contrario desmembradas y disueltas por ceder á las calumnias de algunos delatores, ¿qué preferis? Opto, responderá sin vacilar, opto por su desmembramiento.» ¡Así, lo que Filipo pediria al cielo con afan, hay aquí hombres que se lo preparan! ¡Y todavía buscais lo que ha arruinado todos vuestros asuntos!.... Pues bien; orador independiente, voy á hacer esta indagacion sobre el estado de la pátria; voy á pasar revista á nuestras acciones y á nuestra conducta con nosotros mismos.

No tenemos ni la voluntad de pagar, ni el valor de combatir, ni la fuerza de renunciar á las gratificaciones del tesoro para proporcionar fondos á Diófito; en vez de aplaudir los recursos que se ha creado, lo desacreditamos con una inquisicion odiosa de los medios que empleará, de las operaciones que prepara, y de todo, en fin, cuanto le concierne. Dispuestos de este modo, abandonamos la carga de nuestros propios negocios; pródigos de palabras, alabamos á los ciudadanos que elevan su acento por el honor de la pátria; pero en seguida que se trata de hacer algo, corremos á engruesar las filas de nuestros adversarios. En todas las deliberaciones se os vé preguntar al

orador que sube á la tribuna: *¿Qué es necesario hacer?* Yo os preguntare á mi vez: *¿Qué es necesario decir?* Porque si no ayudais al Estado con vuestras personas ni con vuestro dinero; si no cesais de disponer para vosotros de los fondos públicos y de rehusar á Diófito las subvenciones legales y la facultad de recurrir á otros medios; si, por último, no quereis cuidar de vuestros intereses, no puedo hacer más que reducirme al silencio. ¿Hay algun consejo posible cuando dais rienda suelta á la delacion, á la calumnia, hasta el punto de oir acusaciones anticipadas contra lo que se presume que hará vuestro general? Pero ¿qué resultados nacerán de esta conducta? ¡Oh! preciso es revelarlos á algunos de vosotros. Nada encadenará mi lengua; la disimulacion me es imposible.

Todos los generales que salen de vuestros puertos (lo garantizo con mi cabeza) reciben dinero de Chios y de Eritrea, y de todos los griegos del Asia que se prestan á dárselo. La contribucion es proporcionada al número de las naves que envian; pero sea grande ó pequeña, ¿pensais que es gratuita? No, estos pueblos no son tan insensatos; con ella compran la libertad, la seguridad de su comercio marítimo, el derecho de hacer escoltar sus buques y otras diversas ventajas; pero si se les oye, hacen estos donativos por pura amistad; llaman regalos á sus liberalidades interesadas. Pues bien, viendo hoy á Diófito á la cabeza de un ejército, todos le pagarán los subsidios, nada hay más seguro. Porque si no recibe nada de nosotros y si no puede por sí mismo sostener el ejército, ¿de dónde quereis que saque para la manutencion del soldado? ¿Del cielo? ¡Es cosa imposible! Vive, pues, de lo que toma, de lo que mendiga ó de lo que pide prestado. Así, acusarlo ante vosotros, es decir á todos los pueblos: «No proporcioneis nada á un general que vá á ser castigado por las operaciones pasadas, de que fué autor ó cómplice, ó por sus hechos futuros.» De aquí todas esas voces de: *¡Vá á tender un lazo!*

¡Vá á hacer traicion á los griegos! ¿Dónde están esos atenienses de corazon tan tierno para los griegos asiáticos? Ciertamente que es más viva su solicitud por el estranjero que por la pátria. De aquí tambien esa proposicion de enviar otro jefe al Helesponto. ¡Oh! si Diófito comete violencias, si asalta los buques, ¿por qué medios debereis contenerle? La ley ordena perseguir jurídicamente al prevaricador, y de ningun modo armar contra él escuadras á costa de grandes sumas: esto sería el colmo de la locura. Contra nuestros enemigos, á los cuales no alcanza la accion de nuestras leyes, es contra quien se necesita sostener tropas, enviar buques é imponer subsidios; á ello obliga la necesidad. Pero, contra uno de nuestros ciudadanos, basta un decreto, una acusacion ó la galera paraliana: es lo único digno de un pueblo prudente; y los que os hablan de otro modo quieren vuestra ruina.

Es deplorable que haya en Atenas semejantes consejeros, pero no es esto lo peor. Vosotros, los que ocupais esos bancos, os hallais animados de las disposiciones más funestas. Cuando uno de estos arengadores sube á la tribuna y hace recaer todas nuestras calamidades sobre Diófito, Cares, Aristofonte, ó sobre cualquiera otro general, al instante estallan vuestros tumultuosos clamores gritando: *¡Tiene razon!* Pero que un ciudadano verídico se aproxime y os diga: «No penseis tal cosa, atenienses; el único autor de todas vuestras desgracias, de todos vuestros males, es Filipo; si permaneciese quieto, Atenas estaría tranquila;» y aunque no podeis desconocer esta verdad, ¡cuánto os había de pesar el oirla! creeríais ver en quien tal os dijese á vuestro asesino. Pero hé aquí la causa de esto: os pido, ¡por el cielo! que me permitais decirlo todo: solo hablo para salvaros.

Desde hace mucho tiempo, gran número de vuestros ministros os han inducido á mostraros temibles y desconfiados en la Asamblea nacional, flojos y desprevenidos en

vuestros armamentos. ¿Se imputan las desgracias de la pátria á alguno de vosotros que sabeis está al alcance de vuestra mano? Aprobais la acusacion y saciais en él vuestra injusta venganza. Pero que se os denuncie un enemigo estranjero, al cual sea necesario vencerlo para castigarlo, y en seguida os sentís desconcertados: esta conviccion os irrita. Seria menester al contrario, atenienses, que vuestros ministros os enseñasen á ser humanos en vuestras deliberaciones, donde solo teneis que tratar con ciudadanos y aliados; y terribles é imponentes en vuestros preparativos de guerra, puesto que en este caso se emprende la lucha contra rivales y enemigos. Pero gracias á las serviles complacencias de esos demagogos, traeis aquí el hábito de ser lisonjeados, y solo prestais atencion á su dulce lenguaje, en tanto que vuestros asuntos y los sucesos del dia os colocan al borde de un abismo. ¡Oh! ¡Pongo por testigo á los dioses! ¿Qué responderíais si los helenos os pidiesen cuenta de tantas ocasiones perdidas por vuestra indolencia y os dijesen: «Pueblo de Atenas, tú nos envias embajada tras embajada; tú repites que Filipo trama perfidias contra nosotros, contra la Grecia entera; tú prodigas los consejos y advertencias y clamas que es preciso defendernos del usurpador?» ¿No tendríamos que asentir puesto que tal es nuestra conducta? Tambien podrían decirnos: «¡Oh el más cobarde de los pueblos! Mientras este hombre ha permanecido diez meses enteros lejos de la Grecia, detenido por la enfermedad, por el invierno, por la guerra, sin poder regresar á sus fronteras, ¿qué es lo que has hecho? ¿Has roto las cadenas de la Eubea? ¡No te atreves á penetrar en ninguna de tus mismas posesiones! Y él, á tu vista, estando tú ocioso y gozando de salud, (si es que merece este nombre al letargo que os consume) él ha puesto dos tiranos en la Eubea, situando el uno como un centinela contra el Atica, y el otro contra Esciatos. ¡Ah! lejos de atreverte siquiera á re-

primir estos atentados, tú evidentemente se lo has permitido todo, todo se lo has abandonado; tú has dicho que debe morir cien veces, y no has dado ni un solo paso para hacerle perecer. ¿Para qué son, pues, tantas embajadas y tantas acusaciones? ¿Para qué, pues, importunarnos con tantas inquietudes?» Y bien, atenienses, ¿se os ocurre alguna refutacion á estos cargos? Yo por mí no encuentro ninguna.

Hay gentes que piensan confundir á un orador con esta pregunta: «¿qué es necesario hacer?» Nada, les diria yo con tanta justicia como verdad; nada de lo que habeis hecho hasta el presente. Voy, sin embargo, á ocuparme de todos los detalles, ¡y ojalá esos hombres tan prontos para preguntar no fuesen menos ligeros para ejecutar!

Comenzad, atenienses, por reconocer, como un hecho incontestable, que Filipo ha roto los tratados y que os hace la guerra; y sobre este punto no acusais más vuestra conducta. Sí, es el enemigo mortal de toda Atenas, de su suelo, de todos sus habitantes, y aun de aquellos mismos que más se alaban de merecer sus favores. Si lo dudan, que dirijan su vista á Eutícrates y Lastenes, ambos olintios, que se contaban en el número de sus mejores amigos, y que sin embargo perecieron tan miserablemente, despues de haberle vendido su pátria. Pero á nada se encamina tanto su guerra como á combatir nuestra democrácia; todos sus lazos, todos sus proyectos tienden á destruirla. En esto puede decirse que procede consecuentemente. Él sabe muy bien que en el caso mismo de que hubiese subyugado todo el resto de la Grecia, no podria contar con nada mientras subsistiera vuestra democrácia; sabe que si sufre uno de esos reveses que tan frecuentemente sobrevienen á los hombres, todas las naciones que la violencia tiene reunidas bajo su yugo acudirán á arrojarse en vuestros brazos. Esto consiste en que vuestro carácter nacional no os induce á engrandeceros usurpando la domina-

cion, sino que, por el contrario, sabeis detener á los demás en este camino y abatir á los usurpadores. ¿Se trata, en efecto, de contener al que aspira á la tiranía? ¿Se trata de libertar algun pueblo? Pues siempre estais dispuestos á ello. Así es que Filipo no quiere que la libertad ateniense espíe sus adversidades; no lo quiere de ninguna manera, y preciso es confesar que sus reflexiones son en esto juiciosas y fundadas. Debeis, por consiguiente, ver en él un irreconciliable enemigo de nuestra democrácia; porque si esta verdad no se graba en vuestros corazones, solo atendereis al cuidado de vuestros negocios con un celo insuficiente. Tambien podeis tener por cierto que es contra Atenas contra quien dirige todos sus movimientos, y que en todas partes donde se le combata se trabaja por vuestra defensa. ¿Quién de vosotros cometerá la simpleza de creer que este Príncipe, capaz de ambicionar miserables bicocas de la Tracia, tales como Drongile, Kabila, Mastise y otras que asedia y somete igualmente dignas de este calificativo; capaz de desafiar por tales conquistas trabajos, inclemencias y peligros de todo género, no codiciará los puertos de Atenas, sus arsenales marítimos, sus escuadras, sus minas de plata y sus inmensas rentas, y que os dejará la pacífica posesion de todos estos bienes; él que para sacar el centeno y el mijo de los subterráneos de la Tracia arrostra todos los rigores del invierno? No, no podeis imaginarlo; con esta espedicion y con todas las que emprende, se vá abriendo un camino hácia vosotros.

¿Y qué deben hacer los hombres prudentes una vez convencidos de estas verdades? Sacudir su fatal letargo, contribuir con sus bienes, hacer que contribuyan sus aliados, trabajar por conservar las tropas que están aun sobre las armas, á fin de que si Filipo tiene un ejército dispuesto á atacar á todos los griegos y á subyugarlos, vosotros tengais tambien otro dispuesto á socorrerlés y salvarlos. Es imposible, en efecto, hacer nada importante con reclu-

tas temporeros. Se necesita un ejército organizado, medios de sostenerse, administradores y agentes públicos; se necesita poner á la vista de la caja militar, inspectores que vigilen; se necesita pedir cuenta al general de las operaciones de la campaña, y á los intendentes, de su gestion. Ejecutad este plan con una voluntad decidida, y obligareis á Filipo á respetar la paz y á encerrarse en su Macedonia, lo cual sería una ventaja inapreciable; y en último caso, le combatiríais por lo menos con fuerzas iguales.

Se vá á decir que estas resoluciones exigen grandes gastos, rudos trabajos, contínuos movimientos. Convengo en ello; pero considerad los peligros que os amenazan si no adoptais este partido, y hallareis preferible el abrazarlo en seguida. En efecto, aunque un dios os diese una garantía suficiente de todos vuestros grandes intereses; aunque os respondiese de que, no obstante permanecer siempre inmóviles y siempre desamparando á los demás pueblos, no habiais de ser atacados por Filipo, sería vergonzoso, ¡por Júpiter y por todos los inmortales! sería indigno de vosotros, de la gloria nacional y de los triunfos de vuestros mayores, sacrificar á una indolencia egoista la libertad de la Grecia entera. ¡Prefiero morir á que salga de mis lábios un consejo semejante! Si algun otro os lo dá y os persuade de su conveniencia, no procureis defenderos, ¡dejadlo todo abandonado! Pero si rechazais esta idea, y si todos conocemos que cuanto más hayamos dejado engrandecerse á Filipo tanto más encontraremos en él un enemigo poderoso y temible, ¿cuál será nuestro refugio? ¿A qué pueden conducir estas dilaciones? ¿Qué aguardamos, ¡oh atenienses! para cumplir con nuestro deber? ¡La necesidad sin duda! Pero la necesidad de los hombres libres ha llegado ya, ¿qué digo ya? hace mucho tiempo que llegó. En cuanto á aquella necesidad que mueve al esclavo, pedid al cielo que os preserve de ella. ¿Qué diferencia existe entre ambas? Que para el hombre libre el temor de la deshonra

es una necesidad de hacer lo que debe, sin que haya, en efecto, ninguna más imperiosa; mientras que para el esclavo los golpes, los castigos corporales..... ¡Oh! no conozcais nunca estos estímulos, su nombre solo mancha esta tribuna.

Descubriría con gusto todos los artificios que ciertos políticos emplean con vosotros; pero solo citaré uno. ¿Se acaba de hablar de Filipo? En seguida uno de ellos se levanta y dice: *¡Qué más rico tesoro que la paz! ¡Qué carga más pesada que sostener un ejército! ¡Lo que se quiere es la disipacion de nuestras rentas!* Con estas palabras os detienen, y proporcionan al Príncipe ocasiones tranquilas para realizar sus proyectos. De aquí resultan vuestro reposo y vuestra inaccion, placeres que temo mucho os parezcan algun dia muy caramente pagados, mientras que ellos gozarán de vuestras mercedes y del salario de sus intrigas. Creo que no es á vosotros, ya tan pacíficos, á quien hay que persuadir la paz, sino á aquel que os hace la guerra. Si él consintiese en ella, os veria dispuestos á aceptarla. Despues es necesario mirar como una carga, no lo que gastamos para nuestra seguridad, sino los males que nos aguardan si no queremos gastar nada. En cuanto á la malversion de nuestras rentas, evitémosla por medio de una vigilancia activa y saludable, y no por el abandono completo de nuestros intereses. Atenienses, el disgusto que causa á algunos de vosotros la idea de estos robos, tan fáciles de impedir y castigar, es precisamente lo que me irrita; porque veo que los mismos que piensan así, ven con indiferencia el latrocinio de Filipo que vá saqueando la Grecia entera, y que obra de este modo para asaltarnos al fin.

Los pueblos ven á este Príncipe desplegar sus banderas, atropellar la justicia, apoderarse de nuestras ciudades, y ninguno de estos á quienes me refiero reclama contra sus atentados y sus hostilidades. Otros oradores os aconsejan no sufrirlas y velar por vuestras posesiones, y

á estos los acusan de querer encender la guerra. ¿Cuál es, pues, la causa de semejante conducta? Héla aquí. Si la guerra ocasiona algun accidente, (¿y qué guerra no vá acompañada de muchos inevitables?) quieren dirigir vuestro enojo contra los autores de los consejos más provechosos; quieren que, ocupados en juzgarlos, dejeis el campo libre á Filipo; quieren, en fin, desempeñar el papel de acusadores, para sustraerse á la pena de su traicion. Esto es lo que significan en su boca estas palabras: «*En medio de vosotros es donde se provoca la guerra*;» frase que dá orígen á tantos debates. Por lo que toca á mí, estoy seguro de que antes de que ningun ateniense propusiera la guerra, Filipo habia invadido muchas de nuestras plazas, y más recientemente aun, ha puesto un refuerzo en Cardia. Si á pesar de esto nos obstinamos en no reconocer que ha sacado la espada, sería el más insensato de los hombres el que se empeñase en convencernos de lo contrario. Pero, ¿qué diremos cuando marche contra Atenas? Sin duda protestará que tampoco nos hace la guerra. ¿No ha respondido esto á los oritanos cuando sus tropas acampaban en su pais; á los habitantes de Pharos cuando iba á derribar sus murallas, y á los olintios hasta el momento de entrar en su territorio á la cabeza de un ejército? ¿Se repetirá entonces que aconsejar la defensa es encender de nuevo la guerra? Pues bien, suframos el yugo de la tiranía, puesto que es la única eleccion posible entre no defenderse y estar siempre sobresaltados.

El peligro es mayor para vosotros que para los demás pueblos. Someter á Atenas sería muy poco para Filipo, y aspira á destruirla. Vosotros no quereis obedecer, y él sabe que aunque quisiérais no podríais hacerlo, porque estais habituados á mandar. No ignora tampoco que en la primera ocasion podríais ocasionarle más desastres que todos los demás pueblos reunidos. Reconoced, pues, que para vosotros se trata de evitar vuestra ruina completa. Abor-

reced, enviad al suplicio á los ciudadanos vendidos á este hombre, porque es imposible, absolutamente imposible, destruir al enemigo estranjero, si no se castiga antes al enemigo doméstico, su celoso servidor. Si no se hace esto, chocareis contra el escollo del uno, siendo inevitablemente sobrepujados por el otro.

¿Por qué, segun vemos todos, Filipo no hace otra cosa que lanzar ultrajes contra Atenas? ¿Por qué emplea la seduccion y los beneficios con los demás pueblos, y con vosotros solo las amenazas? Ved cuántas concesiones ha hecho á los tesalios para llevarlos insensiblemente á la servidumbre; contad, si podeis, las insidiosas liberalidades que ha prodigado á los olintios, á Potidea y á otras muchas plazas; vedlo ahora arrojando la Beocia á los tebanos, como una presa, y librándolos de una guerra larga y penosa. De todos estos pueblos, los unos no han sufrido las desgracias que conocemos, ni los otros sufrirán las que les prepara el porvenir, hasta despues de haber recojido algunos frutos de su codicia. Pero á vosotros, y sin que hable de las pérdidas esperimentadas en la guerra, ¿cuánto no os ha engañado y despojado, aun durante las negociaciones de la paz? ¿No se ha apoderado de la Focida, de las Termópilas, de las fortalezas de Thrace, Serrhium y Doriskos, y aun de la persona misma de Kersobleptes? ¿No es ahora dueño de Cardía? ¿No lo confiesa él mismo? ¿De dónde nacen, pues, procedimientos tan diferentes? De que nuestra ciudad es la única donde el enemigo tiene, sin riesgo alguno, partidarios declarados; la única donde los traidores enriquecidos defiendan con seguridad la causa del espoliador de la República. En Olinto no se hablaba impunemente por Filipo, antes de que hubiese cedido Potidea á este pueblo; ni en Tesalia, mientras que no sorprendió el reconocimiento de la multitud espulsando á sus tiranos y tomando asiento en el Consejo de la Grecia; ni en Tebas, antes de haber pagado el servicio de la Beocia

devuelta y de la Fócida destruida. Pero despues que Filipo nos ha usurpado á Anfípolis, á Cardia y sus dependencias; despues que ha hecho de la Eubea una vasta y amenazante ciudadela; despues que emprende su marcha contra Bizancio, ¡todavía se puede, en Atenas, hablar sin peligro por Filipo! Así no es estraño que hombres pobres y sin reputacion se hayan hecho ricos y principales de repente, mientras que vosotros habeis bajado del esplendor á la humillacion, de la opulencia á la miseria. Porque yo hago consistir la riqueza de una República en sus aliados y en el celo y la confianza de sus pueblos, cosas ambas de que estais desprovistos. Pero mientras que vuestra apatía os deja arrebatar estos bienes, él se hace grande, afortunado, temible á la Grecia entera y á los bárbaros. Atenas está sumida entre tanto en el desprecio y el abandono; porque si es verdad que se halla próspera por la abundancia de sus mercados, tambien lo es que la falta de provisiones esenciales la tienen en una ridícula indigencia.

Observo tambien que ciertos oradores os dan unos consejos, y que ellos siguen otros muy distintos: os dicen que debeis permanecer en reposo aunque seais atacados, mientras que por su parte no pueden quedar aquí, aunque nadie les inquieta. Además de esto, el primero que sube á la tribuna, me grita: «*¡Y qué! ¡No quieres esponerte al peligro de proponer el decre to de guerra! ¡Qué timidez! ¡Qué cobardía!*» No; temerario, impudente, descarado, no lo soy ni sabría serlo; pero sin embargo, me considero mucho más animoso que todos estos intrépidos hombres de Estado. Juzgar, confiscar, recompensar, acusar sin cuidarse para nada de los intereses de la pátria, son cosas que no exigen ningun valor. Cuando se tiene por salvaguardia la costumbre de halagaros en la tribuna y en la administracion, la osadía no ofrece ningun peligro. Pero luchar por vuestro bien, luchar frecuentemente contra vuestros deseos, no adularos jamás, serviros siempre, abrazar la car-

rera política donde los resultados dependen más de la fortuna que de los cálculos, y constituirse responsable de los caprichos de esta misma fortuna, ¡hé aquí la conducta del hombre de corazon! ¡hé aquí la conducta del verdadero ciudadano! En nada se parece á la de esos aduladores que han sacrificado los más grandes recursos del Estado á vuestras complacencias de un dia. Estoy tan lejos de tomarlos por modelos, tan lejos de mirarlos como dignos atenienses, que si se me preguntase qué beneficio he hecho por la pátria, no citaría los buques armados á mis espensas, ni mis funciones de corega, ni mis donativos, ni los prisioneros que he rescatado, ni otros servicios de esta índole; respondería en dos palabras: Mi administracion no se parece en nada á la de estos hombres. Pudiendo como tantos otros acusar, demandar, pedir recompensas para este y confiscaciones para aquel, jamás he descendido á hacerlo, jamás el interés ó la ambicion me llevaron á este terreno. Por el contrario, insisto en los consejos que, dejándome por bajo de muchos ciudadanos, os elevarian, si los siguiéseis, por encima de todos los pueblos. Creo poder espresarme de este modo sin despertar la envidia. No; no puedo conciliar el carácter del verdadero patriota, con un sistema político que me colocaría rápidamente en el puesto más elevado, y á vosotros en el último de la Grecia. La administracion de los oradores leales debe engrandecer la pátria, y el deber de todos consiste en proponer siempre, no la medida más fácil, sino la más saludable; para marchar hácia la primera bastaría el instinto, mientras que para ser impulsado hácia la segunda, se necesitan las poderosas razones de un orador consagrado al bien público.

Oigo decir, últimamente: «Los consejos de Demóstenes son siempre los más acertados; pero despues de todo, ¿qué ofrece á la pátria? Solo palabras, y se necesitan acciones.» Atenienses, responderé con franqueza. La mision del consejero del Pueblo consiste en emitir sábias opiniones; no

tiene que ir más allá en sus actos. La prueba de esto me parece fácil. Sabreis, sin duda, que en otro tiempo el célebre Timoteo habló al pueblo sobre la necesidad de socorrer la Eubea y librarla del yugo tebano. «¡Y qué! dijo entonces, los tebanos están en la isla vecina y vosotros deliberais? ¿No cubrís el mar con vuestras naves? ¿No volais desde esta ciudad al Pireo? ¿No dirigís hácia el enemigo todas vuestras proas?» Tales fueron, sobre poco más ó menos, sus palabras: vosotros, atenienses, os pusísteis en movimiento, y por este concurso la obra se vió terminada. Pero si mientras Timoteo proponia la medida más saludable, hubiese la pereza cerrado vuestros oidos, ¿habría obtenido Atenas los resultados que tanto la honraron entonces? ¡No, ni uno siquiera! Pues bien, esto mismo debe suceder hoy con mis palabras y con las de cualquiera otro: exigid del orador el talento del buen consejo; pero la ejecucion no la pidais sino que á vosotros mismos.

Voy á resumir y á dejar la tribuna. Imponed contribuciones; asegurad la existencia de vuestro ejército; corregid los abusos que veais en él, pero no lo licencieis por acceder á las acusaciones del primero que llega; enviad por todas partes diputados que instruyan, que adviertan, que sirvan al Estado con todas sus fuerzas; haced más aun, castigad á los oradores asalariados para perderos; en todo tiempo y en todo lugar, perseguidlos con vuestro ódio, á fin de demostrar que, por sus buenos consejos, los oradores virtuosos é íntegros han merecido bien de sus conciudadanos y de ellos mismos. Si os gobernais de esta suerte, si no volveis á dejarlo todo en abandono, acaso atenienses, acaso en el porvenir tomen los acontecimientos un curso más venturoso. Pero si, siempre inactivos, limitais vuestro celo á aplaudir tumultuosamente; si retrocedeis cuando es necesario obrar, no hay elocuencia que, sin el cumplimiento de vuestro deber, pueda salvar la pátria.

PROCESO DE LA EMBAJADA.

Introduccion.

Demóstenes no olvidaba un instante su proyecto de venganza pública y privada contra Esquines; pero varias causas habian contribuido á retardar este proceso. Era imposible complicar á todos sus compañeros de embajada, porque unos estaban ausentes, y otros, tales como Dercilos é Jatrocles eran mucho menos culpables. Por otra parte, la malignidad pública parecia satisfacerse con la acusacion que habia intentado Hiperides contra el diputado Filócrates, hombre igualmente despreciado de todos los partidos. Eúbulo, del cual Esquines habia sido secretario, y que parece hostil á Demóstenes, trataba de evitar el proceso, y realmente, la impresion producida por tantas desgracias públicas, resultado de la traicion, se habia debilitado mucho. Demóstenes, sin embargo, anunció esta grande acusacion al terminar su sesta filípica. Parecia que la voz de Mirabeau habia sido el eco de la suya, cuando pronunciaba estas palabras en la Asamblea nacional: «¡Conozco los pérfidos consejeros de estos atentados contra la libertad, y por el honor de mi pátria, juro denunciarlos algun dia!» (1)

Demóstenes mismo estableció el carácter de este proceso: no era una acusacion formal de alta traicion; pero sí un perseguimiento para obligar á Esquines á que rindiese cuentas. De aquí nacen, sin duda, las conclusiones un poco vagas del acusador y el que se muestre indeciso ante el castigo que debe aplicarse, por más que la pena de muerte esté indicada con frecuencia.

Este discurso de Demóstenes puede sostener, ventajosamente, un paralelo con sus demás discursos políticos. Quizá sea aquí donde

(1) Discurso sobre el proceso del Chatelet.

el orador desplega, con más maestría, el arte que le era propio de triunfar de la avidez del asunto, y de convertir en un grupo luminoso de pruebas las presunciones débiles ó poco concluyentes que la materia le presentaba.

La arenga de Esquines tiene menos fuerza y elevacion, pero más ingénio y agudeza, más órden y rapidez en los hechos. Recuerda seguidamente toda la historia de la paz ajustada con Filipo; pero aunque contradice con frecuencia á Demóstenes, lo refuta pocas veces.

En cuanto á las particularidades poco honrosas que estos dos discursos nos revelan respecto á la conducta de sus autores, carecemos de noticias suficientes para apreciarlas con imparcialidad. Asombra el descarado atrevimiento con que se dirigen el uno al otro el epíteto de *cómplice de Filócrates*; pero este asombro cesa cuando se recuerda la ligereza indolente de los atenienses, tan propensos á olvidar el pasado, y sobre todo la posicion actual del mismo Filócrates. Denunciado por Hipérides habia abandonado á Atenas, donde no podia volver sin esponerse á sufrir la muerte. Estos dos discursos datan del año 3 de la Olimpiada 109, correspondiente al 342 antes de Jesucristo, el mismo en que Isócrates pronunció públicamente el *elogio de Atenas*. Plutarco duda si este proceso se verificó realmente, porque Esquines y Demóstenes no hacen referencia á él en sus oraciones sobre la Corona. Pero muy bien pudo suceder, dice Auger, que guardasen silencio ambos, el uno porque el juicio no le habia sido favorable, y el otro porque acaso no estaba seguro de unas sospechas poco honrosas que temeria despertar de nuevo. Por otra parte, muchos pasajes del discurso de Esquines prueban que el proceso tuvo lugar.

Acusacion pronunciada por Demóstenes.

Sin duda que casi todos habreis reconocido, ¡oh atenienses, el calor de las intrigas facciosas de que se ha rodeado este debate, viendo, hace pocos instantes, á los que os asediaban con sus importunidades mientras que la suerte proclamaba vuestros nombres. Por mi parte solo exigiré de vosotros aquello que concede la equidad aunque se pida sin ruego: no pospongais á ninguna consideracion la justicia y el juramento que cada uno de vosotros ha prestado antes de entrar aquí; considerad ambas cosas como

vuestra salvaguardia, como la salvaguardia de la República entera, y esas activas súplicas de los protectores del acusado, como el sostenimiento de algunas ambiciones privadas, que las leyes, al reuniros, os ordenan reprimir, lejos de mandaros que cedais á su influencia para aliviar la suerte de los culpables.

Ved á todos los que han administrado con integridad, estar siempre dispuestos á reproducir las cuentas que han rendido. Esquines se conduce muy diferentemente. Antes de venir á vuestra presencia, antes de justificar su conducta, ha hecho desaparecer uno de los ciudadanos que lo perseguian; vá por todas partes amenazando á los demás, é introduce en el Gobierno el más escandaloso y el más funesto de los abusos. Porque si el ateniense que ha tomado alguna parte en los asuntos públicos aleja á los acusadores, no por su inocencia, sino por el terror que inspira su persona, comete una usurpacion de vuestra autoridad.

Convencer á este hombre de delitos numerosos y de crímenes enormes; presentarlo digno del último suplicio, es tarea cuyo cumplimiento tengo la íntima confianza de poder conseguir. Diré, sin embargo, con franqueza, que esta persuasion me deja una inquietud. Todas las causas sometidas á vuestro tribunal, me parece, ¡oh atenienses! que dependen de las circunstancias del momento tanto como de los hechos, y temo que el dilatado período de tiempo que ha trascurrido desde la época de la embajada hasta el presente, os haya ocasionado el olvido ó la indiferencia de tantas prevaricaciones. Teneis, empero, un medio de enteraros y fallar conforme á la justicia: este medio consiste en examinar por vosotros mismos, ¡oh jueces! y enumerar los puntos sobre que la República debe exigir cuentas á su embajador: primeramente, las noticias que ha traido; en seguida, los consejos que ha dado; despues, las órdenes que ha recibido; en cuarto lugar, el em-

pleo del tiempo, y en último término y sobre todos estos particulares, su desinterés ó su venalidad. ¿Y para qué, se preguntará, un exámen tan detallado? Hélo aquí. Las noticias dadas por los diputados forman la verdadera base de vuestras deliberaciones; tomais un buen acuerdo si son exactas, y uno malo si son falsas. Dais tambien más crédito á los consejos de un embajador, porque lo escuchais como á un hombre muy enterado y conocedor del asunto que es objeto de su encargo. Así, pues, vuestro mandatario no debe ser convencido de haber dado un solo consejo pernicioso. En cuanto á las órdenes que ha recibido de vosotros, como regla de su conducta, y á las instrucciones precisas de vuestro mandato, es necesario que las haya cumplido. Bien, se dirá, ¿pero por qué pedir cuentas del tiempo empleado? Porque muy frecuentemente, ¡oh atenienses! sucede que el éxito feliz de un negocio depende de la oportunidad del momento; y cuando este momento se cede ó se vende al enemigo, es imposible volverlo á recobrar. Sobre la cuestion del desinterés, de seguro que decís todos: Recibir dinero por perjudicar á la pátria, es una infamia que merece toda nuestra cólera. El legislador, aunque no designa esta circunstancia, prohibe, en general que se acepte un solo regalo, persuadido, segun yo pienso, de que cualquiera que dá el primer paso en la senda de la corrupcion, no podrá ya nunca juzgar con rectitud los asuntos del Estado.

Si, pues, valiéndome de pruebas palpables convenzo á Esquines de haber mentido en todos sus relatos, é impedido que el Pueblo oyese la verdad de mis lábios; de haberos aconsejado sobre todas las cuestiones contra vuestros intereses; de no haber cumplido ninguna de vuestras órdenes en su embajada; de haber gastado un tiempo precioso, durante el cual la República ha perdido muchas é importantes ocasiones; y en fin, de haber sido con Filocrates partícipe del salario de todas estas perfidias, no dudo

que lo condenareis, que hareis justicia en el prevaricador. Pero si no demuestro todo esto que anuncio, todo absolutamente, consideradme como un vil delator indigno de vuestras miradas.

Aunque tengo que presentaros tambien, ¡oh atenienses! otras muchas graves inculpaciones, capaces de despertar contra Esquines el ódio de todos los ciudadanos, quiero, ante todo, recordar por más que la mayor parte de vosotros no lo hayan olvidado, el sistema político que abrazó desde el principio, y los discursos que creía deber pronunciar ante el Pueblo contra Filipo: vereis en estos primeros actos, principalmente, y en su primer lenguaje, las pruebas de su corrupcion.

Él fué quien, antes que los demás atenienses, como él mismo lo decia entonces en la tribuna, se apercibió de que Filipo preparaba las cadenas de los helenos y seducia algunos jefes de la Arcadia; él fué el que secundado por Ischandro, actor subordinado á Neoptolemo, enteró de esto al Consejo, enteró al Pueblo, y os indujo á enviar á todas partes diputados para convocar aquí un Congreso que tratase de la guerra contra Filipo; el que á su vuelta de la Arcadia os trajo aquellas largas y magníficas arengas que decia haber pronunciado por vosotros en Megalópolis, ante el consejo de los Diez Mil, en contra de Gerónimo, orador consagrado á Filipo; el que pintaba en toda su enormidad el atentado cometido contra su pátria y contra la Grecia entera por las manos venales que recibieron el oro del Macedonio. Tal fué la conducta política que seguia en un principio. Así, cuando Aristodemo, Neoptolemo, Ctesifonte y otros, que solo habian traido palabras engañosas, os persuadieron de que debíais enviarle diputados para negociar la paz, les asociásteis á Esquines, no como capaz de venderos, ni como amigo de Filipo, sino para que ejerciese vigilancia sobre sus colegas: los discursos que le habíais escuchado, su ódio contra el Príncipe, de-

bieron inspiraros de él este concepto. Vino á proponerme que nos uniésemos en la embajada, y me exhortó vivamente para que vigilásemos de comun acuerdo al cínico y miserable Filócrates. En fin, hasta el regreso de nuestro primer viaje, ¡oh atenienses! ignoraba su traicion y su venalidad.

En efecto, ademas de los discursos que acabo de citar, se levantó en la primera de las dos asambleas en que tratásteis la cuestion de la paz, y hé aquí su exordio, cuyas propias palabras creo poder recordaros: «Aun cuando Filócrates, ¡oh atenienses! hubiese meditado largo tiempo sobre los medios de hacer imposible la paz, no habria encontrado, á lo que yo pienso, ninguna más eficaz que su proposicion. Por mi parte, mientras quedara un ateniense no aconsejaría nunca la paz á ese precio; pero sin embargo, digo que es necesario estipularla.» Tal fué su lenguaje tan exacto como conveniente. Y el que había hablado de este modo la víspera, en presencia de todos vosotros, al dia siguiente, en que se trataba de confirmar la paz, mientras que yo defendía la decision de los aliados y trabajaba por establecer unas condiciones equitativas é iguales para todos los partidos; mientras que animados del mismo espíritu rehusábais oir al despreciable Filócrates, Esquines se levanta, sostiene á la faz del Pueblo la opinion de este diputado, y en un discurso que merecería mil muertes se atreve á decir, ¡oh dioses inmortales! que no debíais pensar en vuestros antepasados, ni escuchar á los que os recordaban sus trofeos y sus victorias marítimas, y que él propondría por una ley no socorrer nada más que á aquellos helenos que os hubiesen socorrido antes. ¡El desventurado, el infame, hablaba así á la vista de los mismos representantes de la Grecia que vosotros habíais llamado, siguiendo los consejos que él os habia ofrecido antes de venderse!

Ahora vais á enteraros de cómo Esquines, reelegido

por vosotros para ir á recibir los juramentos, perdió unos instantes preciosos ocasionando la ruina de todos los negocios de la República, y á saber qué enemistades nacieron entre él y yo, á causa de la oposicion que hice á sus designios. Hé aquí lo ocurrido á la vuelta de esta segunda embajada, de la cual ahora le pedís estrecha cuenta.

Llegado que hubimos de Macedonia, donde no habíamos visto realizada ninguna de las promesas que se os habian hecho al tratar de la paz; engañados sobre todas las condiciones, y habiendo sorprendido á muchos de nuestros colegas comprometidos en nuevas perfidias é insultando vuestras órdenes, nos presentamos al Consejo. Muchos de entre vosotros saben muy bien lo que voy á decir, porque todo el mundo estaba ocupado. Me adelanté y espuse la verdad por completo; acusé á los culpables; enumeré primeramente las brillantes esperanzas que Ctesifonte y Aristodemo os habian hecho concebir, despues los consejos de Esquines al Pueblo durante las negociaciones de la paz y las faltas en que se habia hecho incurrir á Atenas; exhorté á no abandonar lo que aun se poseía, que era la Fócida y las Termópilas, á no dejarnos engañar más, á no consentir que se nos llevase de ilusiones en ilusiones, de promesas en promesas hasta el fondo de un abismo. Hablé, y el Consejo me creyó. Pero cuando el Pueblo estuvo reunido y fué necesario hablar ante vosotros, Esquines se presentó, y adelantándose á todos sus compañeros, (os pido por Júpiter y por todos los dioses que recordeis si es cierto lo que digo, porque en aquel instante vuestros intereses recibieron un golpe mortal) adelantándose, repito, muy lejos de decir ni una sola palabra de la embajada, de referirse á nuestras acusaciones hechas ante el Consejo y de discutir la verdad, Esquines pronunció una arenga tan artificiosa, tan llena de anuncios en que os prometía inmensas ventajas, que os arrastró á todos como

si fuéseis su presa. Regresaba, segun decia, despues de haberse atraido á Filipo á la causa de Atenas, tanto sobre la cuestion de los anfictiones, como sobre todas las demas; os recitaba largos trozos del estenso discurso que le habia servido para indisponer al Príncipe contra los tebanos; lo analizaba detenidamente ante vosotros; calculaba que, gracias á sus negociaciones, en dos ó tres dias y sin confusion, sin armamentos, sin embarazos, sabríais el sitio de Tebas, sin ninguna ofensa para las demas plazas de la Beocia; el restablecimiento de Tespias y de Platea, y la restitucion forzada del Tesoro de Apolo, impuesta, no á los focidenses, sino á los tebanos que habian proyectado el saqueo del templo; porque, segun añadia, habia demostrado á Filipo que meditar este crímen era un sacrilegio tan grande como consumarlo, y que Tebas habia puesto á precio su cabeza; y en fin, decia tambien que algunos eubeos habian espresado ante él sus temores por la intimidad que acababa de estrecharse entre el Príncipe y la República. Diputados, les habian dicho, no podeis ocultarnos las condiciones de vuestra paz con Filipo; sabemos que si le habeis cedido á Anfípolis, él se ha comprometido á entregaros la Eubea. Concluyó Esquines diciendo que aún habia arreglado otro asunto, pero que no queria hablar sobre él á causa del deseo de dirigiros la palabra que animaba á muchos de sus compañeros: discreta alusion á la ciudad de Oropos.

Cubierto de elogios fáciles de comprender, juzgado por este relato como un orador elocuente, como un hombre de estado prodigioso, bajó de la tribuna rodeado de prestigio. Subo en seguida á ella, declaro mi ignorancia sobre los hechos que habia referido, y me esfuerzo en reproducir una parte de lo que yo habia dicho al Consejo. Situados cerca de mí, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, Filócrates y él gritaban sin cesar, me interrumpian y me asediaban con sus sarcasmos. Vosotros reíais entretanto y

os negábais á escucharme, no queriendo creer nada más que lo manifestado por Esquines. Conducta nada estraña por cierto. ¿Quién de vosotros, halagado por tan bellas esperanzas, no habría rechazado al orador que os decía: *Eso no puede realizarse*, y que atacaba el proceder de los que tales cosas prometieron? Todo era poco, entonces, comparado con la felicidad que en espectativa se pintaba á nuestra vista; cualquiera oposicion la considerábais como hija de una envidia turbulenta, y persistíais en la idea de que la embajada habia obrado prodigios por servir los verdaderos intereses de la República.

Pero, ¿por qué he comenzado por recordaros estos hechos y por citaros estos discursos? Hé aquí, atenienses, mi principal razon. Quiero que al oirme acusar el pasado, ninguno de vosotros esclame: ¿Y por qué no habláste entonces? ¿Por qué no nos has revelado estos sucesos en el instante de verificarse? Quiero tambien que el recuerdo de las promesas, con las cuales estos hombres hacian enmudecer en todas ocasiones á los demás ciudadanos; que el recuerdo de la pomposa declaracion de Esquines, os haga ver en la perfidia de sus promesas y en el charlatanismo de sus esperanzas, la causa de mil iniquidades, y sobre todo el obstáculo que os ha impedido conocer la verdad en tiempo oportuno. Tal es el primero y más poderoso motivo que me ha hecho entrar en estos detalles. Deseaba, en segundo lugar, y esta razon no es mucho menos importante, que despues de haber visto á Esquines profesando una política desinteresada, cuya desconfianza por Filipo se miraba como una garantía de su lealtad, lo viéseis más tarde convertirse de improviso en el amigo y confidente de este mismo Príncipe. En fin, si todo lo que anunciaba se ha realizado; si los acontecimientos nos han sido propicios, creed desde luego que ha procedido con lealtad para los intereses de Atenas; pero si hemos visto suceder todo lo contrario de lo que prometia; si solo ha resultado

para la pátria una gran deshonra y peligros amenazantes, atribuíd su cambio de opiniones á su sórdida rapacidad y al oro que ha recibido para venderos.

Una vez que me he anticipado sobre este punto, voy á deciros, ante todo, de qué manera os ha privado por completo de ejercer influencia en los negocios de la Fócida. Y que ninguno de vosotros, ¡oh jueces! piense, al ver la magnitud de los hechos, que imputo al acusado crímenes superiores á su poder; reflexionad que todo ciudadano colocado por vosotros en el mismo puesto y hecho dueño de las circunstancias, si hubiese querido, como Esquines, ponerse á sueldo del enemigo y haceros víctimas de sus imposturas, habría ocasionado tantos males como él; pues aunque en el gobierno empleeis con frecuencia hombres despreciables, los intereses que los pueblos confian al honor de Atenas son importantísimos. Por otra parte, reconozco de buen grado que el destructor de los focidenses fué Filipo; pero no se niegue que los diputados lo secundaron. Es necesario, pues, examinar si la embajada contribuyó voluntariamente, en todo cuanto de ella dependía, á perder y arruinar la Fócida, y no cómo la cátástrofe de dicho pais ha sido la obra solo de Filipo, porque esto es de todo punto imposible. Toma el proyecto de decreto acordado por el Consejo despues de oido mi relato, y la deposicion del ciudadano que lo redactó. Se verá que no eludo la responsabilidad que pueda corresponderme, y que en aquellos mismos instantes acusaba y leía en el porvenir; se verá que el Consejo, á cuyos indivíduos hice conocer la verdad, sin que nadie me lo estorbase, no aprobó la conducta de los diputados, y no la juzgó digna de una invitacion al Pritaneo: afrenta que desde la fundacion de Atenas no se ha hecho á ningun embajador, ni aun al mismo Timágoras, condenado á muerte por el Pueblo; afrenta que estos han sido los primeros en sufrir.—Comienza á leer la deposicion y pasa en seguida al proyecto de decreto. *(Se lee.)*

No se encuentra aprobacion, ni invitacion al Pritaneo dirigida por el Consejo á los diputados. Si el acusado pretende lo contrario, que cite, que pruebe, y en seguida abandonaré la tribuna; pero no, no tiene nada que responder.

Si todos hubiésemos seguido la misma conducta en la embajada, el Consejo tendría motivo para rehusar á todos su aprobacion, porque todos seríamos realmente muy culpables; pero si los unos han obrado con rectitud y los otros con perfidia, habrá podido suceder que los prevaricadores comuniquen su ignominia á los diputados íntegros. ¿Cuál es, pues, para todos vosotros, el medio fácil de descubrir al culpable? Recordad cual fué el que al regreso protestó contra todo lo que se había hecho. Al prevaricador le bastaba, sin duda, guardar silencio, dejar mañosamente que el tiempo trascurriese, y no presentarse para responder sobre su conducta; mas el diputado que no había manchado su conciencia, veía el peligro de parecer cómplice, por su silencio, de todos los actos odiosos y criminales. Pero observad que he sido el único que desde nuestra vuelta se ha levantado contra estos hombres, y que ninguno de ellos se ha levantado contra mí.

El Consejo había preparado el decreto; el Pueblo se reunió; Filipo se encontraba ya en las Termópilas, ejecutándose el primer crímen, que consiste en haber entregado al Macedonio una posicion tan importante. Así, pues, mientras que debíais oir una reseña sobre el estado de las cosas, para en seguida deliberar y ejecutar, ¿qué fué lo que sucedió? Supísteis la llegada del Príncipe cuando ya no era posible daros un consejo oportuno. Pero hay más todavía: nadie leyó al Pueblo el proyecto de decreto; pero en cambio, el acusado espuso desde la tribuna todas esas brillantes y numerosas ventajas de que os he hablado no ha mucho, es decir, aquello de que había persuadido á Filipo, á lo cual añadía que irritados los tebanos contra él,

habian ofrecido un premio al que lo matase. Pero vosotros que á la aproximacion de Filipo os habíais sorprendido; vosotros á quienes había irritado el silencio de la embajada, tranquilizados hasta el esceso con la esperanza de que todo se arreglaría á medida de vuestros deseos, no quisisteis escuchar mi voz ni la de ningun otro ciudadano. Se leyó en seguida una carta de Filipo, redactada, sin que nosotros lo supiéramos, por Esquines, la cual era una apología clara y formal de los diputados culpables. Se aseguraba en ella que quisieron marchar á las ciudades aliadas á recibir los juramentos; que Filipo mismo impidió que lo hiciesen, deteniéndolos para que le ayudasen á reconciliar los habitantes de Alos con los de Farsalo. Hacía recaer sobre sí la causa de todos los delitos, haciéndose responsable de ellos. Pero de la Fócida, de Tespias, de todo lo que el acusado os anunciaba, no decía ni una sola palabra. No procedía de este modo sin obedecer á un designio preconcebido. En cuanto á la falta de los diputados que debíais castigar por no haber obedecido á ninguno de vuestros mandatos, él asume la responsabilidad y se declara culpable, porque sabe que vuestros rigores no pueden alcanzarle. Pero en cuanto á las promesas con las cuales quería engañar y sorprender á la República, Esquines es el único órgano que las trasmite, á fin de que nunca pudiéseis acusar ni vituperar á Filipo, no encontrando estas promesas en su carta ni en ningun documento que lo comprometiera á cumplirlas.

—Lee el texto de la carta redactada por el acusado y enviada por el Príncipe, y que se examine si las cosas son como yo las refiero. *(Lectura de la carta de Filipo.)*

¡Ya lo veis, atenienses, es una carta muy lisonjera, muy obsequiosa! Pero, aparte de esto, nada dice sobre los tebanos, sobre los focidenses, ni sobre ninguno de los demás asuntos de que os hablaba el acusado. No hay en ella una sola palabra de sinceridad, y vais á verlo al instante.

Dice que ha detenido á vuestros diputados para reconciliar á los moradores de Alos; pero ¿qué reconciliacion han conseguido? El Pueblo ha sido espulsado y la ciudad destruida. Dice que busca los medios de serviros, ¡y confiesa no haber tenido la idea de libertar á vuestros compatriotas cautivos! Muchas veces se os ha asegurado públicamente que yo llevaba un talento para su rescate; y á fin de quitarme el honor de esta generosidad, el acusado ha inducido al Príncipe á insertar eso en la carta. Pero otra cosa hay más grave aún. Filipo, en una primera misiva que nosotros os trajimos, escribía lo que sigue: *Me espresaría claramente sobre lo que quiero hacer por vosotros, si estuviese seguro de que haríais alianza conmigo.* Se hace la alianza y pretende ignorar los medios de serviros, dando al olvido sus mismas promesas! Las recordaría indudablemente si no os hubiese engañado.—Toma su primera carta y lee el pasaje en cuestion. *(Se lee.)*

Antes de conseguir la paz, Filipo promete que si concertamos alianza con él, escribirá lo que debe hacer por la República; y cuando posee ambas cosas, os dice ignorar los servicios que podría prestaros. Si le contestais algo sobre esto, si la seduccion de sus promesas os induce á hacerle alguna exigencia, responderá que no puede hacer nada contra su gloria; palabras evasivas que serán su refugio y que equivalen á una retirada hábilmente dispuesta.

Estas arterias y otras ciento podian haber sido descubiertas en el instante mismo; porque entonces era posible enteraros é impedir que dejáseis los asuntos en el abandono, si Tespias, Platea y Tebas, de cuyo castigo se trataba, no os hubiesen ocultado la verdad. Y de cualquier modo, ¿qué es lo que se quería? ¿Hacer oir solamente estos nombres á la República para engañarla? En este caso se debía haber hablado. ¿Se trataba, por el contrario, de obrar realmente? Entonces convenía callarse. Pero si los

Tebanos, dada su situacion, no ganaban nada en evitar la tempestad, ¿por qué no ha estallado? Y si se han librado de ella porque la han visto acumularse, ¿quién ha sido el traidor que les ha revelado su peligro? ¿Puede haber sido otro que Esquines? Las cosas han sucedido como él deseaba, no lo acusemos de indiscreto. Su único objeto era engañaros con un lenguaje propio de un juglar; haceros desoir la verdad que yo os presentaba; manteneros encerrados dentro de vuestros muros, y asegurar el triunfo de un decreto derastroso para la Fócida: de aquí tantas tramas urdidas; de aquí sus pérfidos discursos. Oyente de las pomposas promesas de este diputado, yo sabia de cierto que mentía: ¿sabeis cómo lo habia averiguado? Voy á decíroslo. Cuando el Príncipe iba á jurar la paz, nuestros traidores designaron la Fócida como escluida del tratado, artículo que era indispensable omitir si se la queria salvar; pero este lenguaje no era el de los embajadores ni el de la carta de Filipo, era el de Esquines. Guiado por estas inducciones, corro á la tribuna é intento desengañaros. Vuestra negativa á escuchar mis palabras me detiene, y entonces me limito á protestar que todo me era desconocido, (os ruego por los dioses que recordeis este hecho) que no tenía ninguna parte en cuanto había sucedido, y aun añadí que no esperaba que se viesen realizados vuestros deseos. ¡No esperarlo! Os pusísteis furiosos al ver mí desconfianza. «Pues bien, atenienses, os dije entonces, ¡si se cumple una sola de estas promesas, dispensad á los diputados vuestros elogios, vuestras recompensas y vuestras coronas, y escluidme á mí de todos estos honores! Pero si sucede todo lo contrario, que sean el objeto de vuestra cólera: ahora, me retiro.» «¡No tan pronto, replicó Esquines, aguarda un momento! Al menos, que nunca te atribuyas el éxito logrado por tus colegas. ¡No, por Júpiter! respondí, cometeria entonces una injusticia.» Filócrates se levantó en seguida y pronunció estas imperti-

nentes palabras: «Estraña maravilla, ¡oh atenienses! el que Demóstenes y yo no pensemos lo mismo: esto consiste en que él bebe solo agua (1) y yo vino.» Vosotros aplaudiais con vuestra risa. Pero considerad el decreto que presentó en seguida. A la simple lectura, no hay nada más aceptable; sin embargo, que se examinen las circunstancias en que lo obtuvo y las promesas que en la misma época os hizo el acusado, y se verá que estos hombres no han hecho otra cosa que entregar á Tebas y á Filipo la Fócida atada de piés y manos.—Lee el decreto. *(Se lee.)*

Ya veis, ¡oh atenienses! cómo superabundan aquí los elogios y las palabras seductoras. «La paz y la alianza convenidas con Filipo, se estipulan tambien para sus descendientes: se le darán gracias por las promesas que nos ha hecho.» ¡No, él no habia prometido nada! Estaba tan lejos de prometer, que escribió diciendo que ignoraba en qué podria serviros. Esquines fué el que habló, Esquines solo el que prometió. Os precipitásteis seducidos por sus palabras, y entonces Filócrates, aprovechando vuestro descuido, insertó esta cláusula en vuestro decreto. «Si los focidenses no entregan el templo á los anfictiones, el pueblo de Atenas hará marchar tropas contra los que se hayan opuesto.» Pero vosotros permanecísteis en vuestros hogares; los lacedemonios, conociendo el lazo, se habian retirado, y ningun pueblo anfictiónico se hallaba presente á escepcion de los tesalios y los tebanos; y de este modo, valiéndose de la perfidia más noblemente disfrazada, Fi-

---

(1) Segun Ulpiano, esta mala frase epigramática sobre la sobriedad de Demóstenes, seria, en el juicio del orador, una prueba de su incorruptibilidad, puesta en boca de un enemigo.

Cuando de averiguar un señor trata
Si uno merece su favor, se dice
Que á fuerza de beber de sí le saca.

(Hor. A. P. Traduccion de Búrgos.)

(Nota de Stievenart.)

lócrates entregó el templo á estos últimos, al proponer que se entregase á los anfictiones. Pero, ¿á qué anfictiones? Tebas y la Tesalia eran las únicas representadas. Tampoco se dijo nada de la convocacion de la Asamblea federal, de aguardar á que se hubiese reunido, de enviar á Proxenos al socorro de la Fócida, ni de nacer marchar los atenienses; no, nada absolutamente se dijo de esto. Filipo, sin embargo, os escribió dos cartas de invitacion. Pero, ¿deseaba él que venciéseis? De ninguna manera. En otro caso, antes de llamaros no os hubiera entorpecido en los momentos en que podíais partir; no me hubiera detenido cuando quería embarcarme para la Fócida; no habría ordenado al acusado que os entretuviese con los discursos más á propósito para encadenar vuestros pasos. Lo que él deseaba era que, persuadidos de que obraría conforme á vuestros deseos, no tomáseis ninguna decision para resistirle; lo que él quería era que la Fócida, confiada en vuestras promesas, no le opusiese ninguna defensa, y que perdiendo despues toda esperanza de salvacion, se entregase por sí misma á sus manos.—Lee las cartas de Filipo. *(Se leen.)*

Estas cartas, si se atiende á su sentido literal, nos invitan á ir, y á ir inmediatamente. Por poco sinceras que fuesen, ¿cuál era el deber de vuestros diputados? ¿No era apoyarlas para hacer salir vuestras tropas? ¿No era proponer que Proxenos, que se había alejado poco de la Fócida, volase á su socorro? Pues bien, hicieron evidentemente todo lo contrario. No os asombreis de este proceder; poco atentos al contenido de las cartas, conocian á fondo los deseos del Príncipe que las habia escrito, y al cumplimiento de estos deseos procuraban dirigir todo su apoyo y el concurso de sus esfuerzos. Así cuando los focidenses supieron el resultado de vuestra asamblea, cuando tuvieron á la vista el decreto de Filócrates, y cuando conocieron los discursos y las promesas de Esquines, su completa ruina

quedó asegurada, y hé aquí cómo. Algunos de entre ellos, hombres sensatos, desconfiaban de Filipo; pero al fin su confianza fué poco á poco restableciéndose. ¿Sabeis por qué medio? Por esta sola reflexion. «Debemos temer que Filipo nos engañe mil veces; pero jamás los diputados de Atenas se atreverán á engañar á los atenienses: los discursos de Esquines á sus conciudadanos son verídicos, y sin duda es la ruina de Tebas la que se prepara y no la nuestra.» Otros pensaban que era necesario defenderse á toda costa. Pero aun estos estaban desarmados, porque Filipo los habia persuadido de que si le manifestaban desconfianza, vosotros mismos, de quien aguardaban su socorro, marcharíais contra ellos. Otros creian que tambien abrigábais temores respecto de vuestra paz con el Monarca; pero á estos se les mostraba que vuestra paz se hacía estensiva á vuestros descendientes. Así, pues, de la parte de Atenas no les llegaba ni un solo rayo de esperanza! Hé aquí de qué modo los pérfidos lo han arreglado todo en un solo decreto; y de todos sus atentados contra vosotros, hé aquí tambien el que parece más grande á mis ojos. En efecto, proponer una paz eterna con un hombre mortal que debe su poderío á felices casualidades; estipular la deshonra de la pátria; arrancarle hasta los favores que le reserve la fortuna, y herir de un solo golpe á todos los atenienses presentes y futuros, ¿no es la más enorme de las infamias? Jamás habríais sufrido que se añadiesen al tratado estas palabras: *y para nuestros descendientes*, si entonces no hubiéseis dispensado vuestra confianza á las promesas de Esquines; confianza que ha perdido á los focidenses por haber participado de ella. Sí, despues de haberse entregado ellos mismos á Filipo, despues de haber puesto voluntariamente sus ciudades en manos del Rey, han sufrido un tratamiento que desmiente las ofertas del acusado.

Para mostraros claramente los culpables y el concurso de circunstancias que ha arruinado á la Fócida, hé aquí el

cálculo y las fechas de cada suceso. Si alguno de mis adversarios quiere comprobar la exactitud, que se levante y que hable consumiendo parte del tiempo que se me ha concedido.

La paz se hizo el 19 del mes Elafebolion. Nuestra ausencia para la toma de los juramentos duró tres meses completos. Durante este tiempo, la Fócida permaneció libre. Regresamos de esta embajada el 13 de Sciroforion. Ya en las Termópilas, Filipo hacía á los focidenses declaraciones de las cuales ellos no creian ni una sola palabra. Esto se prueba por aquella comision que, sin esta causa, no os habrian enviado. El 16 del mismo mes tuvo el Pueblo la junta, en la cual los traidores lo abatieron todo bajo los golpes de la impostura y la mentira. Supongo que cinco dias despues, los detalles de vuestra sesion se supieron en la Fócida, pues los delegados de este pais se hallaban entre nosotros y tenian vivos deseos de saber cuál sería el dictámen de vuestros diputados y cuál la decision de Atenas. Coloquemos, pues, en el 20, el conocimiento que tuvieron los focidenses, toda vez que hay cinco dias del 6 al 20. (1) Vienen en seguida el 10, el 9 y el 8. En este último dia, cuya fecha lleva el tratado, se consumó la pérdida de la Fócida. Pero ¿cómo probarlo? El 4 de la tercera década estuvísteis congregados en el Pireo para tratar el asunto de los arsenales de marina. Dercilo llegó de Calais á participaros que Filipo lo habia entregado todo á los tebanos. Segun su cálculo, hacía cinco dias que el acuerdo se habia terminado. Contemos: ocho, siete, seis, cinco, cuatro. Resultan precisamente cinco dias. Así, pues, la fecha de la informacion engañosa y la fecha del decreto, demuestran invenciblemente que estos hombres secundaron á Filipo y que fueron sus cómplices en la catástrofe de la Fócida.

(1) Esto depende del modo particular que los atenienses empleaban para medir el tiempo.

Hay más aún: la ocupacion de todas las ciudades sin asedio ni asalto, y su destruccion completa en virtud del tratado, son la prueba más evidente de que los focidenses han sufrido esta suerte fatal, solo por haber dado crédito á vuestros diputados, que les presentaban á Filipo como su salvador. Ellos, por su parte, tenian á este Príncipe bastante conocido.—Toma nuestro tratado de alianza con los focidenses y el convenio que autoriza á Filipo á arrasar las fortalezas.—Se verá lo que podian aguardar de vosotros y lo que han sufrido gracias á estos enemigos de los dioses. *(Lectura del tratado de alianza de Atenas con la Fócida.)*

Hé aquí lo que debíais á la Fócida: amistad, alianza, proteccion y tropas. Oid ahora sus desgracias, obra de ese hombre que os ha impedido socorrerla. *(Lectura del convenio de Filipo con los focidenses.)*

Bien lo habeis oido, atenienses: *Convenio de los focidenses con Filipo.* No se dice con Tebas, con la Tesalia, con la Lócrida ni con ningun otro pueblo. Se consigna si, que los focidenses entregaran sus ciudades..... ¿A quién? ¿A los tebanos? ¿A los tesalios? ¿A alguna otra nacion? ¡No! sino á Filipo. ¿Y por qué? Porque Filipo era quien, segun el informe presentado por Esquines á sus conciudadanos, habia ocupado las Termópilas para protejerlos. Todos tenian fé en Filipo; hácia él se dirigian todas las miradas; con él era con quien hacian la paz. Que se continúe la lectura y comparad, atenienses, las esperanzas de este pueblo con su suerte. ¿Es la misma, ó casi la misma, que el acusado le anunciaba? *(Acuerdo de los anfictiones.)*

¡Jamás, oh atenienses! jamás en nuestros dias ni en los tiempos anteriores han presenciado los helenos acontecimientos más graves ni más crueles. Estos hechos, sin embargo, se deben á un solo hombre, á Filipo, á quien esos pérfidos han convertido en árbitro supremo. ¡Y aun

existía Atenas, protectora hereditaria de la Grecia, Atenas, opuesta por tradicion á semejantes tiranías!

El conocimiento de la catástrofe de los infortunados focidenses resulta, no solamente de este acuerdo, sino de los sucesos que han sido su consecuencia. Espectáculo horroroso y desgarrador, ¡oh atenienses! el que presenciaron nuestros ojos, á pesar nuestro, visitando últimamente á Delfos: casas derribadas, fortalezas destruidas, campos incultos, algunas pobres mujeres, algunos débiles niños y ancianos enfermos y haraposos. No, no hay palabras que puedan describir las calamidades que pesan sobre aquellas comarcas. Siempre os oí decir á todos que, cuando en tiempos pasados se trataba de someter los atenienses á la esclavitud, el voto de la Fócida fué contrario al de Tebas. Si vuestros padres volviesen á la vida, ¿cuál seria, ¡oh atenienses! su opinion y su sentencia sobre los destructores de la Fócida? ¡Oh! Yo no dudo que despues de matarlos á pedradas, con sus propias manos, aun creerian conservarlas puras. ¿No es vergonzoso, en efecto, ó más bien, no es el colmo de la infamia, que un pueblo que entonces nos salvó con un sufragio favorable, haya hallado la suerte contraria en la conducta de vuestros diputados, y sufra, á nuestra vista, desgracias que jamás han conocido los demás helenos? ¿Quién es la causa de estos males? ¿Cuál fué el autor de aquellas imposturas? ¿No fué Esquines?

¡Cuántos motivos, ¡oh atenienses! para llamar á Filipo afortunado! Y afortunado, sobre todo, con una ventaja de que no encuentro ejemplo (pongo por testigos á los dioses) entre las grandes fortunas de nuestro siglo. Haberse apoderado de importantes ciudades; haber sometido á su dominio vastos paises, y haberse distinguido por mil sucesos venturosos, son prosperidades brillantes y capaces de despertar la envidia, ¡quién lo duda! ¡Pero cuántas otras no podrian citarse que tambien ha conseguido! Tie-

ne una suerte que le es propia y de que no ha participado nadie. Hé aquí en lo que consiste: su política tenía necesidad de valerse de hombres perversos, y la perversidad de los que ha empleado ha sido superior á sus deseos. ¿Es posible no reconocer en estos traidores á nuestros diputados? Las mentiras que Filipo, á pesar de los grandes intereses que debatía, no osaba presentaros por sí mismo, ni escribir en ninguna de sus cartas, ni comunicar por medio de una embajada, estos hombres las han hecho suyas, por un vil estipendio, para sorprender con ellas vuestra credulidad. Antipater y Parmenion, servidores de un déspota y á quienes no debíais volver á ver, comprendieron que su mandato no les obligaba á engañaros; y los embajadores de Atenas, la más libre de las Repúblicas; los embajadores atenienses, que inevitablemente tenian que encontrarse cara á cara con vosotros, vivir entre vosotros el resto de sus dias y sufrir una informacion á vuestra presencia, han tenido la audácia de abusar de vuestra confianza. ¿Dónde es posible encontrar hombres más infames, criminales más desenfrenados y perversos?

Pero para probaros que Esquines ha llamado sobre sí la imprecacion, y que conocidas todas sus perfidias no podeis absolverle sin cometer un crímen y una impiedad, que se lea la imprecacion misma dictada por la ley. *(Se procede á la lectura.)*

Tales son, ¡oh atenienses! las maldiciones consignadas en la ley, y que pronuncia el heraldo en cada una de vuestras Asambleas y en cada sesion del Consejo. Imposible es á Esquines decir que no las conocía: subsecretario de vuestro tribunal, oficial subalterno del Consejo, él mismo las dictaba al heraldo. ¡Estraña inconsecuencia cometeríais, si hoy que podeis hacerlo no ejecutáseis el castigo que confiais á los dioses, ó que más bien pedís á su providencia! ¡Qué! ¿Dejareis impune al culpable para cuya morada, cuya persona y cuyo linaje habeis pedido á los

dioses el esterminio? No, no, atenienses; abandonad á la justicia divina las perfidias ignoradas; pero no le confieis jamás el cuidado de perseguir las traiciones manifiestas.

Yo sé que Esquines, por un esceso de impudencia y de audácia, hará abstraccion de todos los crímenes de sus discursos, de sus promesas y de sus imposturas públicas; y que, lo mismo que si compareciese ante otros jueces y no ante vosotros que lo sabeís todo, acusará primero á los lacedemonios, despues á los focidenses, y por último á Hegesipo. Pero esto es una verdadera burla, ¿qué digo una burla? una irritante desvergüenza. Que acuse á Lacedemonia, á Hegesipo y á la Fócida; que diga que este pais no quiso recibir á Proxenos; que le llame sacrílego y le colme de insultos, ¿qué importa esto si todo estaba hecho antes del regreso de la embajada, si en aquella fecha no era imposible la salvacion de la Fócida? ¿Sabeis quién nos lo asegura? Esquines mismo, que no decía en el relato que hizo lo siguiente: sin el obstáculo presentado por Lacedemonia, sin la negativa de admitir á Proxenos, sin la oposicion de Hegesipo, sin este ó el otro impedimento, los focidenses se habrian salvado. Ni una palabra pronunció que se pareciese á estas; pero dijo, sí, en términos precisos: «Vuelvo despues de haber persuadido á Filipo que debe protejer la Fócida, que debe reparar las ciudades beocias y asegurar vuestra preponderancia política; todo será obra de dos ó tres dias, y esta es la causa por que los tebanos han puesto precio á mi cabeza.» Negad vuestra atencion á todo lo que hubiesen hecho Esparta y la Fócida antes de que él presentase su relato; no permitid que se estienda sobre la perversidad de los focidenses. No fué ciertamente por su virtud por lo que en tiempos pasados salvásteis á los lacedemonios, y más recientemente á los execrables eubeos y á tantos otros pueblos, sino porque su conservacion interesaba á la República, como en nuestros dias la de los focidenses. Y en fin,

¿qué falta cometieron, despues de los discursos del acusado, la Fócida, Esparta ó Atenas, para que no se verificase la ejecucion de lo que os habia anunciado? Hacedle esta pregunta y vereis como no puede responder. Cinco dias bastaron para que él diera esplicaciones mentirosas, para que la Fócida las creyera, se entregara y pereciese. Prueba evidente, segun yo pienso, de que el objeto de todos sus insidiosos manejos, era la ruina de esta nacion. Durante el tiempo en que Filipo hacía sus preparativos, por no poder emprender la marcha todavía, llamaba á los lacedemonios prometiéndoles hacer por ellos cuanto quisieran, de miedo á que la Fócida se les coaligase por vuestra mediacion. Pero cuando hubo llegado á las Termópilas y los lacedemonios se retiraron y descuidaron la vigilancia, entonces sobornó á Esquines para que os engañase, temiendo que Atenas comprendiera que obraba en favor de los tebanos; que la Fócida, ayudada por vuestras armas, lo venciese, y que empeñado en una guerra larga que podía consumir su tiempo, no pudiere someterlo todo, como despues ha sucedido, sin tener siquiera que desnudar la espada. Pero ahora bien, porque Filipo haya engañado á Lacedemonia y á la Fócida, ¿perdonareis al acusado el haberos engañado á vosotros mismos? ¡No, semejante proceder sería injusto!

Si dice que para ámplio resarcimiento de la Fócida, de las Termópilas y de las demas pérdidas que habeis sufrido, os queda el Quersoneso, por Júpiter y por todos los dioses os pido, ¡oh jueces! que no le escucheis; no sufrais que no contento con los males que os ha ocasionado su embajada, eche sobre Atenas la afrentosa mancha de haber sacrificado sus aliados, por recuperar una pequeña porcion de sus dominios. No, vosotros no habeis hecho esto. La paz estaba concluida, y se nos habia asegurado el Quersoneso cuatro meses antes de la ruina de los focidenses. Esquines fué el que más tarde los perdió engañándoos con sus

imposturas. Por otra parte, debeis reconocer que el Quersoneso está hoy más en peligro que entonces; porque si Filipo lo atacase, ¿sería más fácil rechazarlo ahora que antes de que nos hubiese arrebatado una parte de nuestras ventajas? No; sin duda sería mucho más dificil. ¿Dónde está, pues, la crecida indemnizacion de nuestras pérdidas, cuando solo vemos que el enemigo que quería apoderarse de aquella provincia se encuentra libre de todo temor y de todo peligro?

Tambien presumo que Esquines dirá: «Estoy asombrado de ver que Demóstenes me acusa, cuando la Fócida entera permanece callada.» Bueno será deciros de antemano la razon de esto. Entre los focidenses espatriados, los unos (y estos son los más prudentes y sensatos) sufren en silencio su destierro y sus dolores, sin que nadie entre ellos se atreva á desafiar los ódios personales por vengar la desgracia comun; los otros, dispuestos solamente á hacer las cosas por dinero, guardan silencio porque no hay quien se lo ofrezca. Por mi parte, jamás daré nada á ninguno de ellos porque venga á este sitio á hacer resonar los lamentos de sus infortunios. Los hechos, más indudables, hablan muy alto por sí mismos. En cuanto á la poblacion restante, su miseria es tan estremada, que ningun habitante puede soñar siquiera en acusar en una informacion seguida contra ciudadanos atenienses. Distribuidos en grupos no muy numerosos, despojados de sus armas y subyugados, mueren bajo la mano de los de Tebas y de los mercenarios de Filipo, á los cuales están obligados á alimentar. No dejeis, pues, que Esquines hable así; precisadle á que demuestre que los focidenses no han sido arruinados, ó que él no ha prometido que Filipo los salvaría. Sí; la informacion sobre la embajada está reducida á lo siguiente: ¿Qué es lo sucedido? ¿Qué es lo que has anunciado? Si has dicho la verdad debes ser absuelto; si has sido un impostor debes sufrir el castigo de tu crímen.

¿Qué debe deducirse de que los focidenses no se presenten á acusarte, sino que tú los has reducido á no tener más posibilidad de rechazar á los enemigos que de sostener á los amigos?

Pero en este acontecimiento hay algo más que mengua y deshonor: hay para Atenas peligros cuya magnitud es fácil probar. ¿Quién de vosotros ignora que les focidenses, con su guerra y con la completa ocupacion del paso de las Termópilas, nos ponian á cubierto de los tebanos, y les cerraban, lo mismo que á Filipo, la entrada del Peloponeso, de la Eubea y del Atica? Pues bien, esta seguridad que las posiciones ocupadas y las hostilidades mismas daban á la República, la habeis sacrificado al dolo y á las mentiras de estos traidores; esa muralla que se elevaba en torno vuestro, formada por ejércitos numerosos, por una guerra contínua, por ciudades poderosas de un pueblo aliado y por vastas comarcas, la habeis dejado destruir. Vanamente enviásteis á las Termópilas un primer socorro que costó más de doscientos talentos, si se cuentan los gastos de los particulares; vanamente habeis esperado tambien la humillacion de los tebanos.

Entre tantos servicios criminales como prestaba Esquines á su amo, voy á referiros el más insultante para toda la República y para cada uno de los ciudadanos. Filipo había resuelto desde el principio favorecer á los de Tebas en todas sus operaciones: al deciros lo contrario, al ponderar públicamente vuestra aversion hácia ellos, el acusado ha fortalecido el ódio que os tenian y su apego hácia el Monarca. ¿Pero podia este hombre burlarse de vuestra credulidad más insolentemente?—Toma y lee el decreto de Diofanto y el de Calístenes.—Ahora reconocereis, atenienses, que cuando cumplíais vuestros deberes se os celebraba con alabanzas y sacrificios, tanto en vuestra ciudad como en las demas de los helenos; pero tan pronto como hubo pérfidos que os estraviasen, fué necesario reti-

rar de los campos vuestros niños y vuestras mujeres; fué necesario, en plena paz, espedir un decreto para que las fiestas de Hércules se solemnizasen en la poblacion. ¡Oh! ¡Grande sería mi asombro, si no castigáseis al que no os ha dejado honrar á los dioses segun los ritos de vuestros abuelos! *(Lectura de un decreto de Diofanto.)*

Tales fueron entonces vuestras órdenes, ¡oh atenienses! Eran dignas de vosotros.—Prosigue. *(Lectura del decreto de Calístenes.)*

Ahí teneis lo que, más tarde, os obligaron estos hombres á estatuir. ¡Ah! No era esta vuestra esperanza al estipular una paz que despues, víctimas de una seduccion, hicísteis estensiva á vuestros descendientes; una paz que debia proporcionaros ventajas prodigiosas. Todos sabeis los trastornos que posteriormente causaba entre vosotros cada noticia que nos traian anunciando la llegada de Filipo, con su ejército y sus mercenarios estranjeros, cerca de Megara y de Porthmos. Todavía no ha pisado el suelo del Atica; pero no hay en esto ningun motivo de seguridad. ¿Podrá entrar en vuestro pais cuando quiera, gracias á la conducta de nuestros embajadores? Hé aquí lo que debe examinarse; hé aquí el peligro que debe atraer vuestras miradas y despertar contra el culpable, contra el intrigante que ha proporcionado al conquistador esta ventaja, vuestro ódio y vuestra venganza.

Sé que Esquines evitará responder á mis acusaciones, y que para arrastraros lo más lejos que le sea posible de los hechos, enumerará todos los beneficios que la paz proporciona á los pueblos y todos los males que nacen de la guerra; por toda justificacion se limitará á hacer el elogio de la paz. Pero este mismo elogio le condena; porque si la paz ha sido una causa de ventura para los demás y un motivo de trastornos y peligros para nosotros, ¿qué deberá deducirse de aquí? Que ganados por dádivas y presentes, estos hombres corrompieron el bien en su misma

esencia. ¡Pero qué! dirá él acaso, ¿no os deja y asegura la paz trescientas naves con todo lo necesario, y vuestros fondos en el Tesoro? Responded á esto que esa misma paz ha elevado mucho más á Filipo, aumentando considerablemente su material de guerra, sus dominios y sus rentas. Nosotros tambien hemos ganado en un sentido; pero la fuerza, que nace del buen éxito y de los aliados; la fuerza, instrumento de nuevos resultados felices entre todos los pueblos, tanto para ellos mismos como para sus amigos, vendida en nuestra pátria por vuestros embajadores, se ha agotado por completo, ó mejor dicho, se ha aniquilado, mientras que la del Príncipe ha crecido hasta el punto de inspirar terror. Pero cuando por sus manejos hemos visto multiplicarse los aliados y los recursos de Filipo, sería injusto establecer, para nuestra cuenta, una balanza entre los frutos legítimos de la paz y las posesiones que han sido entregadas por otros. No, no ha habido compensacion: lejos de esto, á no ser por los pérfidos que os han engañado, los beneficios justos de la paz habrian sido para vosotros y lo mismo las demás ventajas.

En una palabra, atenienses, la equidad exige que si no obstante el número y la gravedad de las desgracias de la pátria, Esquines no ha contribuido á ellas, sea puesto al abrigo de vuestra cólera; pero exige tambien que los sucesos debidos á otros no contribuyan á su defensa. Examinad, pues, todo lo que fué obra suya, y mostradle vuestro reconocimiento, si lo merece, y vuestro enojo si su culpabilidad resulta evidente. Pero, ¿cómo descubrireis la verdad? No permitiéndole que lo confunda todo, faltas de los generales, guerras con Filipo y frutos de la paz; considerando cada objeto separadamente. Por ejemplo: ¿estábamos en guerra contra Filipo? Sí. ¿Hay alguien que quiera hacer responsable á Esquines de los acontecimientos de la guerra? No hay nadie. Sobre esto está, pues, justificado, y nada hay que decir. Un acusado debe solo presen-

tar testimonios y argumentos sobre los puntos controvertidos, y no ocuparse en estraviar la cuestion, atestiguando hechos que nadie pone en duda. A nada conduce, pues, hablar de la guerra, puesto que nadie te acusa por ella. Prosigamos: se nos ha aconsejado la paz; persuadidos de su conveniencia hemos enviado embajadores, y han ido despues otros con poderes para concluirla. ¿Hay alguno que sobre esto denuncie á Esquines? ¿Hay alguno que diga: Esquines ha tomado la iniciativa de la paz; Esquines ha prevaricado pidiendo embajadores para estipularla? No hay nadie. Pues que tambien guarde silencio sobre la paz hecha por la República; es inocente de este acuerdo.

¿Qué pretendes, pues, Demóstenes, se me preguntará, y desde cuando comienzas á acusarlo? Comienzo, atenienses, en la época en que durante vuestras deliberaciones, no sobre la oportunidad de la paz (pues este punto estaba ya resuelto) sino sobre sus condiciones, Esquines rechazó dictámenes equitativos para prestar un venal apoyo al decreto propuesto por un orador corrompido. Hecha en seguida su eleccion para la embajada de los juramentos, no ejecutó ninguna de vuestras órdenes, perdió aquellos de vuestros aliados que había respetado la guerra, y divulgó aquellas mentiras peligrosas y funestas que superan á todas las imposturas pasadas y venideras. En un principio, y hasta que Filipo pudo tratar con vosotros de la paz, Ctesifonte y Aristodemo fueron los primeros agentes de esta intriga; pero despues, cuando llegó la hora de concluirla, cedieron la tarea á Esquines y á Filócrates, los cuales, ocupando los puestos de aquellos, han consumado la obra de destruccion.

Y sin embargo de esto, cuando sea necesario que sufra el exámen jurídico de sus actos, este hábil embustero, este enemigo de los Dioses, este vil copista, se defenderá como si se le acusara de haber hecho la paz; se justificará, sí, en este sentido, no para responder á más inculpacio-

nes de las que se le dirigen, sino porque entre todos los crímenes de su conducta no halla siquiera una buena accion, y porque sabe que una apología fundada en la paz es en todos casos muy seductora. ¡La paz! yo temo, atenienses, que semejantes á los que piden préstamos á la usura, la hemos de pagar muy cara, pues los traidores han sacrificado su garantía, su estabilidad, al entregar la Fócida y las Termópilas. De cualquier modo, no fué Esquines quien primeramente os determinó á deponer las armas. ¡Cosa estraña, atenienses, pero no por eso menos cierta! Si alguno de vosotros aprueba esta paz, que dé gracias por ella á los generales que todos acusais. Sí; si ellos hubiesen hecho la guerra conforme á vuestros deseos, la sola palabra de paz os sería insoportable. Esta es, por consiguiente, la obra de vuestros generales, mientras que los peligros de un tratado engañoso y pérfido son el crímen de los embajadores vendidos. Apartad, apartad, pues, al acusado de toda digresion sobre este punto, y obligadle á que se ciña á sus acciones personales. No sufre Esquines este juicio porque sea el autor de la paz, sino porque ha hecho que todos la maldigan. Voy á demostrarlo. Si despues de concluida no hubiéseis sido engañados, y si ninguno de los pueblos amigos hubiera perecido, ¿cuáles habrian sido los perjuicios de esta paz, aparte de la vergüenza de que nos cubre? La culpa de esta vergüenza recaería aun sobre Esquines, que secundó las miras de Filócrates; pero el mal no habria sido irreparable. ¡Hoy, además de esto, tiene que responder de otras muchas desgracias!

Todos podeis ver, por consiguiente, que el crímen, la infamia de los embajadores, ha sido la causa que todo lo ha perdido y arruinado. Pero estoy, ¡oh jueces! tan lejos de sentir ódio ó parcialidad en esta causa, y de desear que vosotros lo sintais, que si los actos culpables son el resultado de ignorancia ó simpleza, yo mismo absuelvo á Es-

quines y os aconsejo que lo declareis indemne. Desde luego que estas escusas de ningun modo podrán basarse en vuestras costumbres políticas ni en la justicia. Vosotros no obligais, ni intimais á nadie á que dirija los asuntos públicos; y solamente cuando un hombre, persuadido de su capacidad se presenta á aconsejaros, es cuando lo acogeis con la benevolencia de un pueblo noble y confiado y no con celosas prevenciones: entonces llega á ser vuestro elegido y depositario de vuestros intereses. Si sale airoso de su empeño, será recompensado y se elevará sobre la multitud; pero si procede desacertadamente, ¿podrá justificarse con escusas ni efugios? ¡Esto sería una injusticia! Nuestros aliados, sus hijos, sus mujeres y tantas otras víctimas infelices, ¿se consolarán con la idea de que sus desventuras son obra de mi incapacidad, por no decir de la de Esquines? ¡Oh! No, de ningun modo. Haya, sin embargo, clemencia para el autor de tan horribles infortunios, si resulta probado que solo ha hecho el mal por descuido y por falta de luces; pero si ha sido por perversidad, si ha sido por un puñado de oro, por un vil salario, si los hechos mismos demuestran esto con evidencia, ¡condenadle á muerte! Y en fin, si esta pena no es aplicable, dejadlo que viva; pero dad, al menos en su persona, una leccion á los prevaricadores.

Examinad bien la solidez del razonamiento por el cual voy á convencerle. En la hipótesis de que no se ha vendido, sino que, por el contrario, os ha engañado involuntariamente, es del todo necesario que Esquines haya pronunciado sus discursos sobre la Fócida, Tespias y la Eubea, ó porque haya oido de boca del mismo Filipo las promesas que debía realizar en favor de estos pueblos, ó porque fascinado por la moderacion habitual del Príncipe, aguardase verlo proceder del mismo modo. No cabe ninguna otra suposicion; pero en ambos casos, Esquines debía sentir hácia Filipo el ódio más profundo. ¿Sabeís por

qué? Porque este sería entonces la causa de la posicion cruel y humillante en que se encuentra: os ha engañado, se ha deshonrado, se le juzga digno de muerte, y si se hubiese hecho lo que convenía, mucho tiempo hace que se le hubiera acusado como á criminal de lesa nacion; pero gracias á vuestra benignidad ha ido demorando el rendir cuentas todo el tiempo que ha querido. Pero ¿hay alguien que le haya visto elevar la voz contra Filipo y pronunciar una palabra, una sola palabra, para descubrir su perfidia? No; y no solamente ha callado, sino que en Atenas cualquiera se encontrará más dispuesto que él á acusar al Príncipe, aun cuando este no le haya inferido ninguna ofensa personal. Yo desearía que si Esquines ha permanecido incorruptible, se levantara y os dijèse: «Atenienses, haced de mí lo que querais; he sido crédulo, he sido engañado, he cometido una falta, lo confieso. Pero ¡oh mis conciudadanos! estad alerta contra Filipo; es un pérfido, un impostor, un embustero. ¿No veis todo el mal que me ha causado y cómo se ha burlado de mi sinceridad?» Ni vosotros ni yo oimos semejantes palabras. ¿Y por qué? Porque no fué sorprendido; porque ha cobrado la paga de sus discursos y el precio de su traicion; porque ha sido para Filipo un fiel y escelente mercenario, y para Atenas un traidor como diputado, y como ciudadano un criminal digno de mil muertes.

Pero otras pruebas aún, demuestran claramente que se ha hecho pagar sus discursos. Vinieron aquí los tesalios, y con ellos los embajadores de Filipo á solicitar para este Príncipe el título de anfiction. ¿A quién correspondia entonces principalmente oponerse á esta exigencia? A Esquines. La razon de esto consiste en que Filipo habia hecho todo lo contrario de lo que Esquines habia anunciado. Este nos decia: El Monarca fortificará á Tespias y Platea; no destruirá la Fócida, y reprimirá en vuestro favor las pretensiones insolentes de los tebanos; pero Filipo, al con-

trario, ha aumentado el poder de Tebas, ha herido de muerte á la Fócida, y lejos de reedificar los muros de Platea y de Tespias, ha hecho esclavos los habitantes de Coronea y Orcomeno. ¿Dónde hallar una contradiccion más sorprendente? Esquines, sin embargo, no desplegó sus lábios, ni pronunció una palabra en contra de la peticion del Rey. ¡Estraña conducta sin duda! Pero su mayor crímen no consiste en esto. Consiste, sí, en que fué el único entre todos los atenienses que apoyó la embajada; y lo que no se atrevió á hacer el infame Filócrates, lo ha hecho Esquines, ¡ese hombre que veis ahí! Vuestros clamores le interrumpieron y rehusásteis escucharle; entonces descendió de la tribuna, y acreditando su celo por Filipo á la vista de los embajadores, dijo: «Entre tantos vocingleros, muy pocos querrían combatir llegada la ocasion;» tal fué la frase, vosotros debeis acordaros, pronunciada por este intrépido guerrero, ¡oh grandes Dioses!

Por otra parte, si no pudiésemos probar de ningun modo que los embajadores se han dejado corromper por un vil estipendio; si no estuviese patente su venalidad, entonces habría que recurrir á las informaciones y á las pruebas jurídicas. Pero si vemos que más de una vez Filócrates ha sido públicamente convencido de su crímen; si él mismo lo ha revelado por los trigos que vendía, por los edificios que construyó, por la declaracion de que sin ser elegido iría á Macedonia, por las maderas que trasportaba, y por las sumas que situaba déscaradamente sobre estos comerciantes, ¿negará su corrupcion á pesar de pruebas tan palpables? ¿Hay alguien tan insensato que, á costa de su seguridad y de su honor, quiera enriquecer á Filócrates, y que pudiendo ocupar un puesto entre los ciudadanos íntegros, prefiera declarar la guerra á estos y hacerse condenar como cómplice del primero? Reconoced bien todos estos hechos, ¡oh atenienses! y encontrareis en ellos las señales ciertas de la venalidad de Esquines.

¿Quereis otra prueba más reciente, pero no menos segura de sus tratos con Filipo? Pues escuchad. Todos sabeis que cuando Hipérides acusó á Filócrates como criminal de Estado, me adelanté y dije que hallaba en este proceso una dificultad embarazosa. «¿Cómo puede ser Filócrates solamente culpable de tan graves prevaricaciones? ¿Cómo los otros nueve diputados han permanecido estraños á ellas? Esto no es posible, añadí: el acusado por sí solo no habría podido hacer nada, y por fuerza tiene que haber sido secundado por alguno de sus colegas. Pero ni acusamos ni disculpamos á nadie, dejando á los culpables y á los inocentes el cuidado de hacerse conocer por sí mismos. Que se levante, que comparezca el que quiera y que proteste contra toda participacion en los crímenes de Filócrates; yo perdono al que así lo haga.» Sin duda recordareis este desafío. Pues bien, ni uno solo se dió por entendido, ni uno solo compareció. Los demas tenian al menos algun pretesto para obrar así: unos habian rendido ya sus cuentas; otros estaban ausentes, y alguno tenía un yerno en Macedonia. (1) Pero Esquines, ¿qué escusa alegó? Ninguna. De tal modo se ha vendido en cuerpo y alma; hasta tal punto ha sido en el pasado un instrumento mercenario de Filipo, y tan profundamente abriga la intencion de servirle en el porvenir, de ser de nuevo traidor á vuestros intereses, que si le perdonáseis el no haber dicho una palabra contra el Príncipe, él no se perdonaría nunca el causarle el más ligero disgusto, aunque esto le costara cubrirse de oprobio, comparecer en un juicio y sufrir mil males entre sus conciudadanos. ¿Pero de qué nace tanta intimidad con Filócrates? ¿Cuál es la causa de tanta solicitud como le manifestó? Aunque atribuyamos á este diputado resultados favorables y útiles servicios, él confiesa haber sido pagado con motivo de su embajada; y des-

(1) Se refiere á Frinon, que había hecho á Filipo su yerno, *entregándole su propio hijo. (Nota de Stievenart.)*

de este momento, el deber de toda persona íntegra era huir, evitar las sospechas y protestar contra toda participacion: Esquines, sin embargo, no procedió de este modo. ¿No veis, pues, muy claro el motivo de su conducta? Todas estas circunstancias, ¿no dicen, no proclaman que Esquines ha recibido dinero y que al dinero se debe su funesta influencia, y no á ignorancia, simpleza ni mala fortuna? Pero acaso preguntará: ¿qué testigo declara que yo he aceptado alguna dádiva? Este es el punto culminante de su defensa. Los hechos lo declaran, Esquines, los hechos que entre todos los testimonios, ofrecen el más irrecusable. Podrás quejarte de que hayan modificado su carácter por ceder á sugestiones ó complacencias? No; tales como los has producido al cometer tu traicion, tales se presentan cuando se les llama. Al testimonio de los hechos, añade el que vas á dar contra tí mismo. Sí, aproxímate y responde, y todos veremos cómo no alegas inesperiencia para tu defensa. Ganador de procesos nuevos, en los cuales, sin el apoyo de ningun testigo y en un tiempo limitado, has sostenido acusaciones, verdaderas escenas de teatro, posees indudablemente una aptitud universal.

Pero entre todos los criminales pasos de Esquines, ninguno hay, en mi juicio, más escandaloso, que más le convenza de una corrupcion flagrante y que mejor descubra su venalidad, que el siguiente. Enviásteis á Filipo una nueva y tercera embajada, con motivo de las brillantes y magníficas esperanzas que este orador os había hecho concebir, y nos designásteis á él y á mí para formar porte de ella, con la mayoria de los miembros de la diputacion precedente. Yo me presenté en seguida y rehusé este cargo. Muchos me animaban y me pedian que marchase; pero persistí en mi negativa. Esquines habia aceptado. La Asamblea se disolvió y los embajadores se reunieron y deliberaron sobre la persona que deberian dejar aquí; porque aguardando el resultado y vista la incerti-

dumbre del porvonir, se habian formado grupos de todas opiniones en la plaza pública, donde discutian viva y acaloradamente. Los diputados temian una convocacion estraordinaria de la Asamblea, y que enterado el Pueblo por mí de la verdad, tomáseis respecto de los focidenses una resolucion conveniente que arrebatara á Filipo su presa. Y en efecto, un solo decreto espedido por vosotros, la más débil esperanza despertada por la actitud de Atenas los habría salvado. Era imposible á Filipo, imposible de todo punto, el sostenerse más tiempo si no os hubiese engañado. Carecía de trigo en un pais que habia quedado inculto á causa de la guerra, y no podía hacérselo traer puesto que vuestras naves eran dueñas del mar. Las ciudades de la Fócida, muchas en número y difíciles de reducir, exigian tiempo y asedios en regla. ¿Qué habría conseguido con tomar una cada dia? ¡Eran veintidos! Por estas razones y para que estuviese al cuidado de las medidas que la perfidia os había arrancado por sorpresa, eligieron á Esquines para que quedase. Pero hacerlo sin presentar alguna escusa, habría sido despertar sospechas. Podría habérsele dicho: «¿Por qué no partes? ¿Rehusas la mision de asegurarnos tan grandes ventajas, tú que las has proclamado?» Pero era necesario permanecer aquí. ¿Cómo hacerlo? Pretestó una enfermedad. Su hermano busca al médico Exekestos, se presenta con él en el Consejo, jura que Esquines está enfermo, y se hace elegir en su lugar.

Cinco ó seis dias despues se había verificado el desastre de los focidenses, y Esquines vió consumada su venta, como una venta ordinaria. Dercilos, que se habia vuelto, llega de Calcis y anuncia á nuestra Asamblea del Pireo, que la Fócida no existía ya. A esta nueva, ¡oh atenienses! todos cumplísteis con vuestro deber; deplorásteis la suerte de tantos desgraciados, y temblando por vosotros mismos, decretásteis la traslacion de los niños y las mujeres

lejos de los campos que pudieran verse amenazados, la reparacion de las fortalezas, una defensa para protejer el Pireo, y la celebracion de los sacrificios de Hércules en la ciudad. ¿Qué hizo entonces en Atenas, conmovida y sobresaltada, el sábio, el hábil, el sonoro Esquines? Parte, como embajador, hácia el causante de tantos males; parte sin mandato del Consejo ni del Pueblo; sin considerar la enfermedad tan bien acreditada que sirvió de pretesto á su dimision, ni que se había elegido á otro que lo reemplazase, ni la pena de muerte con que la ley castiga semejante crímen, ni el acto escandaloso de atravesar por medio de Tebas y del ejército tebano, dueño de la Beocia entera y de la Fócida, despues de haber publicado que los tebanos habian puesto precio á su cabeza; parte olvidándolo todo, despreciándolo todo; ¡tanto le estimula la codicia de su salario! ¡Tanto le ciega y precipita la presa de que aguarda apoderarse!

Llevó á su colmo lo culpable de esta accion por la conducta más criminal aún que siguió cuando estuvo junto al Príncipe. Mientras vosotros, reunidos en este sitio, os sentíais tan afectados por el desastre de la infortunada Fócida, que suspendiendo el ejercicio del derecho hereditario de ser representados en los juegos píticos, no enviásteis á ellos teores elegidos en el Consejo, ni tampoco tesmotetas, él asistía á los banquetes y á los sacrificios con que Filipo y los tebanos celebraban los resultados de la guerra; él tomaba parte en las libaciones y acciones de gracias del Príncipe, por la destruccion de las fortalezas, de los campos y de los ejércitos de vuestros aliados; y coronándose de flores á su ejemplo, cantaba con él el himno triunfal y brindaba por sus prosperidades. Y en la reseña de todo esto, sus palabras no pueden diferir de las mias. Los detalles concernientes á su dimision están consignados en vuestros archivos del templo de Cibeles, y guardados por un empleado público; allí se halla inscrito el decreto que

ordena borrar el nombre de Esquines. La conducta que siguió al lado del Monarca, vá á ser atestiguada por sus colegas y por testigos oculares que me la refirieron; pues yo no formaba parte de la embajada, habiendo renunciado el cargo en un principio.—Lee el decreto y el acta de dimision, y llama á los testigos. *(Lectura de los documentos citados. Declaraciones.)*

En vuestro juicio, atenienses, ¿qué pedian á los Dioses con estas libaciones Tebas y Filipo? ¿Pudo ser otra cosa que la superioridad militar y la victoria para ellos y sus aliados, y por consiguiente lo contrario para los aliados de los focidenses? Ved, pues, que en boca del acusado sus votos eran imprecaciones contra la pátria, ¡imprecaciones que hoy hareis recaer sobre su cabeza!

Su partida fué una contravencion á la ley que castiga semejante crímen con pena de muerte; á su llegada verificó ostensiblemente actos que tambien merecen la muerte; y en la embajada última, la muerte debía haber sido el digno premio de su conducta. Examinad, despues de esto, qué castigo habrá bastante duro para que pueda corresponder á tantos atentados. Grande sería, en efecto, vuestra vergüenza, ¡oh atenienses! si despues de haber condenado en la Asamblea nacional todos los sucesos nacidos de la paz; si despues de haber manifestado á Filipo vuestro descontento y vuestras sospechas por los actos impíos y atroces con que habia ofendido la justicia y vuestros intereses, constituidos hoy en tribunal para fallar sobre estos mismos hechos en nombre de la República y bajo la garantía de un juramento, declarárais absuelto al autor de tantas calamidades, al traidor sorprendido por vosotros en flagrante delito. ¿Habría un ateniense, habría un heleno que no se indignase al veros, por una parte furiosos contra Filipo que, para sustituir la paz á la guerra, ha comprado los intereses de la Grecia á los mercaderes que se los vendian, y por la otra parte perdonando al infame que

os ha hecho traicion, siendo así que las leyes castigan con los últimos suplicios á tales delincuentes?

Quizá se llegue hasta decir que el condenar las negociaciones de la paz, sería una causa de ruptura con Filipo. Suponiendo fundada esta objecion, yo no podría encontrar ningun otro cargo más grave contra Esquines. Y en efecto, si el Príncipe que ha prodigado su oro á fin de obtener la paz se ha hecho bastante poderoso, bastante temible, para reduciros á temer su enojo con mengua de vuestros juramentos y de vuestros derechos, ¿con qué suplicio satisfarian la vindicta pública los autores de este resultado? Pero voy más lejos, y espero demostrar que, segun todas las apariencias, esta condenacion sería más bien el principio de una amistad ventajosa para nosotros. Creed, habitantes de Atenas, que Filipo no desprecia vuestra República, y que si prefiere á los tebanos no es porque os crea amigos menos útiles; pero los traidores le han dado noticias que yo les eché en cara ante vosotros y á la faz de la nacion, sin que ninguno se atreviese á negarlas; ellos le habian dicho: «El Pueblo es una multitud bulliciosa, inconstante, irreflexiva hasta el esceso; es la ola que un viento caprichoso agita y revuelve sobre los mares: el une viene, el otro vá, nadie tiene cuidado ni memoria de la cosa pública. Es necesario, pues, que tengais en Atenas algunos amigos que, en las ocasiones oportunas, trabajen y lo arreglen todo en favor de vuestros intereses. Procuraos este apoyo, y sin grandes sacrificios conseguireis que los atenienses lo hagan todo á vuestro gusto.» Si, pues, Filipo hubiese oido decir que inmediatamente despues de regresar los ciudadanos que le tuvieron este lenguaje habian sido condenados á muerte, no dudo que habría imitado al rey de Persia. ¿Qué hizo este Príncipe? Se dice que habia entregado cuarenta talentos á Timágoras, el cual le había engañado ponderándole su influencia aquí; pero cuando supo que lo habíais condenado á la última pena, y

que, lejos de cumplir sus promesas, Timágoras no había podido conservar su vida, reconoció que el hombre á quien había favorecido con sus dádivas, no podia disponer de los acontecimientos. Como consecuencia de esto, puso en el número de las ciudades amigas y aliadas de su imperio á Anfípolis, de la cual se habia apoderado, y en adelante no volvió á dar dinero á nadie. Así habría obrado Filipo si hubiese visto el castigo de alguno de los embajadores; así obraría si lo viese ahora. Pero si los vé atendidos y aplaudidos por vosotros; si los vé acusar á sus conciudadanos, ¿qué conducta ha de seguir? ¿Pensará en gastar mucho cuando encuentra el medio de gastar poco? ¿Querrá estender sus favores á todos los atenienses, pudiendo limitarlos á dos ó tres? ¡Esto sería una locura! Aun al pueblo de Tebas, Filipo no ha dispensado ningun beneficio espontáneamente, y fué necesaria una embajada para determinarlo en su favor; voy á deciros cómo sucedió esto. Llegaron á su córte embajadores tebanos, cuando nosotros estábamos allí cumpliendo vuestros mandatos. Segun han dicho, el Príncipe quiso darles una gran suma; pero ellos rechazaron sus dádivas. Más tarde, en un festin que siguió á un sacrificio, Filipo estuvo bebiendo con ellos, los colmó de atenciones y los hizo ofrecimientos de otro género, tales como cautivos, botin y copas de oro y plata. Los enviados tebanos lo rehusaron todo y conservaron su independencia. Filon, uno de ellos, dió, para terminar, una respuesta que estaría mejor en los representantes de esta ciudad que en boca de los de Tebas. «Príncipe, dijo, mucho nos agradan y mucho estimamos las disposiciones generosas y amigables que nos manifiestas; pero no necesitamos estos dones para ser tus amigos y tus huéspedes. Si buscamos tu apoyo, es en beneficio de los intereses que actualmente se debaten en nuestra pátria. Haz algo que sea digno de tí y de Tebas, y á este precio todos los tebanos y sus embajadores se ponen á disposicion de Filipo.»

Examinad lo que resultó de esto para los tebanos, y aprended de la verdad misma cuánto importa no vender los intereses de la pátria. Tebas consiguió la paz en una época en que fatigada, debilitada por la guerra, se sentía sucumbir; y despues vió la ruina total de la Fócida su enemiga, y la destruccion de todas sus ciudades y fortalezas. ¿Pero fué esto todo? No, ¡por Júpiter! Añadid á Orcomeno, Coronea, Corsies, Tilfosea, y todo cuanto quiso del territorio focidense. Tales fueron los frutos que los tebanos obtuvieron de la paz, superiores á cuanto podian prometerse. ¿Y qué ganaron entre tanto sus diputados? El honor de haber servido á su pátria, que es la mayor recompensa para cualquiera que estime la virtud y la gloria, con que han traficado nuestros traidores.

¿Y qué ha producido la paz á la República de Atenas y á los embajadores de Atenas? Establezcamos este paralelo y veamos si hay semejanza. Atenas ha perdido todos sus dominios y todos sus aliados; ha prometido á Filipo, por juramento, detener toda espedicion encaminada á reparar estas pérdidas, y ver un enemigo en cualquiera que intentase realizar este designio, y un amigo y aliado en su propio espoliador. Tal fué, en efecto, la propuesta apoyada por Esquines y presentada por Filócrates, su cómplice. Vencedor el primer dia, os determiné á ratificar el acuerdo de los aliados en presencia de los embajadores de Filipo, llamados por vosotros. Pero el acusado, á fuerza de enredos y sutilezas, consiguió que se aplazase dos dias la deliberacion, é hizo adoptar el proyecto de Filócrates, que contiene estas disposiciones y otras muchas más escandalosas todavía. Hé aquí lo que la paz ha proporcionado á la República: ¡imaginad, si es posible, mayor deshonra! Volvamos ahora la vista á los embajadores, instrumentos de estas intrigas. Pasando por alto los trigos, maderas, edificios y demás que han visto vuestros ojos, os diré que han adquirido en el pais de nuestros aliados

proscriptos vastas posesiones y tierras considerables, que producen á Filócrates un talento, y treinta minas á Esquines. ¿Pero no es horrible, no es intolerable, ¡oh atenienses! que vuestros representantes se hayan enriquecido con los despojos de vuestros aliados; que la misma paz que ha destruido á un pueblo amigo de la nacion que los había enviado, y que ha hecho perder á esta sus dominios y cambiado su gloria en vergüenza, haya producido á los diputados traidores á esta misma nacion, rentas, bienestar, propiedades y riquezas, cuando antes se hallaban sumidos en la miseria?—Llama á los olintios que deben declarar en confirmacion de estos cargos.—*(Declaraciones.)*

No me sorprendería ver á Esquines llevando su audácia hasta el estremo de decir: Una paz honrosa tal como la quería Demóstenes, se había hecho imposible por las faltas de nuestros generales. Si habla de este modo, os pido, por los Dioses, que no olvideis el recordarle esta pregunta: ¿era á otra República, ó era á Atenas á quien representaba? Si se atreviese á decir que era á otra República, que contaba con la victoria y con buenos generales, bien puede creerse que habrá recibido presentes. Y en el segundo caso, ¿por qué lo vemos colmado de recompensas en premio de unas negociaciones que tanto daño han producido á la ciudad que lo había nombrado? Obrando con equidad, la misma suerte habría unido á la República y á sus representantes; pero muy lejos de esto, ¡Atenas se ha arruinado y Esquines se ha enriquecido!

Escuchad aún, ¡oh atenienses! esta otra consideracion. ¿Tenía la Fócida más ventajas sobre Tebas en la guerra, que Filipo sobre vosotros? Por mi parte pronuncio en favor de la Fócida. Poseía á Orcomeno, Coronea, Tilfosea; habia libertado sus tropas sitiadas en Neones y matado al enemigo doscientos setenta hombres sobre el monte Hedylex, donde erigió un trofeo; habia vencido en un combate de caballería, y Tebas, en fin, se hallaba afligida por

un diluvio de males. No era esta vuestra suerte, y ¡ojalá que no lo sea nunca! Lo más penoso que había en vuestra guerra contra Filipo, era no poder atacarle cuando queríais; pues aparte de esto, estábais enteramente á cubierto de sus golpes. ¿Por qué, pues, la paz ha devuelto á los tebanos sus antiguas posesiones, y les ha hecho partícipes de las del enemigo, siendo así que llevaban la peor parte de la guerra? ¿Por qué esta misma paz os ha arrebatado, ¡oh atenienses! hasta los dominios que la guerra no pudo quitaros? Porque Tebas no sufrió la traicion de sus embajadores; porque Atenas fué vendida por los suyos. Sin embargo de esto, acaso diga Esquines que la guerra había destruido á vuestros aliados; pero por lo que voy á decir podreis conocer mejor la verdad de los hechos.

Cuando la paz de Filócrates, apoyada por el acusador, estuvo concluida, cuando los embajadores de Filipo se retiraron con nuestros juramentos, aun no se había perdido nada por completo; el tratado no era en verdad ni honroso ni digno para la República; pero esperábamos recibir estraordinarias recompensas. Os pedí una órden de partida y estimulé á mis colegas á embarcarse lo más pronto posible para el Helesponto; á no descuidarnos un momento; á no dejar que Filipo, en el intérvalo, se apoderase de alguna plaza de aquellos contornos, porque estaba persuadido de que todo lo que se adquiere durante las negociaciones de la paz, lo pierde el que se ha descuidado. Ningun pueblo, en efecto, que busca la paz como un bien general, ha querido nunca emprender de nuevo la guerra por reparar algunos descuidos, dejando más bien que el conquistador conserve sus últimas usurpaciones. Por otra parte, nuestro viaje por mar aseguraba, segun yo creía, dos ventajas á la República. Presentes en el lugar de los sucesos y haciendo prestar á Filipo el juramento, conforme á vuestro decreto, ó le habríamos obligado á devolver lo que había tomado á nuestra pátria y á no apoderarse de lo demás, ó

si no hubiera querido acceder á esto, os lo habríamos participado en seguida. De este modo, conocedores de su codicia y de su mala fé en los asuntos más lejanos y menos esenciales, no le habríais entregado dos posiciones tan importantes como la Fócida y las Termópilas. De este modo, tambien Filipo no habría hecho su invasion, Atenas no habría caido en el lazo que se le preparaba, os habrías visto libres de todo recelo, y él mismo os habría dado esplicaciones. Mis conjeturas eran fundadas; porque si la Fócida se mantenía firme, como entonces, y era dueña de las Termópilas, el Príncipe no habría podido levantar sobre vosotros una mano amenazadora, para obligaros á ceder vuestros derechos. Sin paso por tierra y sin superioridad marítima, le habría sido imposible penetrar en el Atica; y si hubiera rehusado satisfacer vuestra justa exigencia, podíais en seguida cerrarle todos los puertos, empobrecerle, bloquearle, privarle de todos sus recursos. De este modo habría sido Filipo, y no Atenas, quien se hubiese humillado para obtener los beneficios de la paz.

Y no creais que estas reflexiones las hago hoy despues de conocer el giro que tomaron los acontecimientos: entonces tambien las hice, entonces leí por vosotros en el porvenir, y comuniqué mis ideas á mis colegas. Hé aquí la prueba. El Pueblo no tenía que volverse á congregar, porque todo estaba ya resuelto, pero los embajadores no habian partido aún y perdian su tiempo entre vosotros. Entonces, como miembro del Consejo al cual el Pueblo había encargado de disponer la marcha, propuse por un decreto que la embajada partiese en seguida y se presentase acompañada del general Proxenos en el punto donde averiguase que se hallaba Filipo. Casi en estos mismos términos estaba concebido el documento que se vá á leer. *(Lectura del decreto del Consejo.)*

Arrastré, pues, á mis colegas, á su pesar, como quedará demostrado claramente por su conducta posterior.

Una vez en Orcos y reunidos al general, en lugar de embarcarse, conforme á sus instrucciones, dieron un largo rodeo que nos hizo invertir veintitres dias antes de llegar á Macedonia. Permanecimos mucho tiempo en Pella inactivos y aguardando á Filipo, de modo que empleamos cincuenta dias en este viaje. ¿Qué sucedió entónces? A favor del estado de paz, Dorisko, los fuertes de Tracia y el monte Sagrado se hallaban sometidos al Monarca. Yo no cesaba de murmurar, de protestar, primero por la esposicion de mis opiniones ante mis compañeros, despues por advertencias que hacian imposible toda ignorancia, y últimamente, valiéndome de los dicterios que se lanzan á los malvados y á los pérfidos que son traidores á sus deberes. El que me contradecía con gran calor, el que combatía todas mis ideas y todas vuestras órdenes, era siempre Esquines. ¿Los demas diputados pensaban todos como él? No tardareis mucho en saberlo. No hablo de ninguno de ellos, porque no los acuso aún. No obliguemos hoy, ni á uno solo, á que demuestre su probidad; que lo hagan espontáneamente y sin más estímulo que su inocencia.

Así, pues, lo que habeis visto hasta ahora no es otra cosa que vergüenza, crímen y venalidad. En cuanto á descubrir á los que han tomado parte en esto, los hechos mismos los irán designando. Pero durante un intérvalo tan largo, ¿recibieron, al menos, los juramentos de los aliados de Filipo? ¿Cumplieron sus demas deberes? ¡No, y mil veces no! Ausentes de Atenas durante tres meses enteros, habiendo recibido de vosotros para sus gastos mil dracmas, cantidad superior á la que conceden las otras Repúblicas, no han hecho jurar el tratado á ningun pueblo, ni á su ida ni á su regreso. Solamente en una posada que hay á la vista del templo de las Dioscurias, conocida de los que han hecho el viaje á Faros, hablaron con Filipo, cuando ya marchaba sobre el Atica á la cabeza de un ejército: ¡qué vergüenza, qué afrenta para vosotros, ciu-

dadanos de Atenas! Pero Filipo tenía el mayor interés en que las cosas sucediesen de este modo. Como los culpables no habian podido, á pesar de sus esfuerzos, escluir del tratado á los alienses y focidenses; como habíais obligado á Filócrates á que retirase esta esclusion y á designar formalmente *los atenienses y los aliados de Atenas*, Filipo no quería que ninguno de sus aliados prestase un juramento en que se apoyarian para no concurrir á sus usurpaciones contra nosotros; no quería tampoco que hubiese testigos de los compromisos á que se obligaba para obtener la paz, ni quería, en fin, que se demostrase á todo el mundo que, muy lejos de tratar como vencida la República ateniense, era Filipo el que suspiraba por la paz y el que, á fuerza de promesas, la recibía de Atenas. Para librarse de estos riesgos juzgó á propósito que nuestros embajadores no fuesen á ninguna otra ciudad. ¡Culpable complacencia á que ellos accedieron, manifestando por él, el celo más servil! Pero si están convencidos de los delitos que consisten en pérdida de tiempo, en abandono de los fuertes de la Tracia, en negativa á obrar como exigian vuestras órdenes y vuestros intereses, y en informaciones falsas, ¿pueden ser absueltos por jueces prudentes y fieles á su palabra? Pues bien, para comprobar mis afirmaciones, que se lea primero el decreto que habla de los juramentos que debíamos exigir; en seguida la carta de Filipo; despues el decreto de Filócrates, y últimamente el del Pueblo. *(Lectura de los documentos espresados.)*

Para prueba de que habiéndome creido y habiendo seguido las instrucciones emanadas del Pueblo habríamos encontrado á Filipo en el Helesponto, que comparezcan los testigos que se hallaban en aquellos parajes. *(Declaracion de los testigos.)*

Que se lea tambien otra declaracion, y la respuesta del Príncipe á Euclides, que vosotros conoceis, y que vino despues de nuestro regreso. *(Lectura de la declaracion.)*

Demostremos ahora que los diputados no pueden negar el haber favorecido en todo la causa de Filipo. Antes de nuestra partida para las negociaciones de la paz, objeto de la primera embajada, hicísteis que nos precediera un heraldo para asegurar nuestra marcha. Apenas llegaron á Oreos los embajadores, sin cuidarse del heraldo y sin perder un momento, marcharon por mar á Alos, ciudad sitiada, y se dirigieron en busca de Parmenion que sostenía el cerco; llegaron á Pagases por medio del ejército enemigo, y avanzando siempre, no se unieron al heraldo hasta estar en Larisa: ¡tanto era entónces el celo y precipitacion con que hacían la marcha! Y en cambio, cuando la paz estuvo decretada y fué completa la seguridad del viaje; cuando vosotros habíais mandado apresurarlo, ¡no se les ocurrió acelerar el paso ni embarcarse! ¿En qué consiste, pues, esta diferencia? En que primero el interés de Filipo exigía la paz sin tardanza, y despues le convenía un largo intérvalo entre las estipulaciones y los juramentos. Que se lea tambien la declaracion que atestigua estas afirmaciones. *(Se verificó la lectura.)*

Siguiendo un mismo camino, los habeis visto detenerse cuando reclamábais toda su celeridad, y precipitarse cuando, para arreglar los preliminares, convenía que no abandonasen al heraldo. ¿Hay algo que más convenza á estos hombres de haber sido en todo los agentes de Filipo?

Y nuestra permanencia en Pella ¿cómo la hemos empleado uno y otro? Por mi parte, buscaba á nuestros compatriotas cautivos, trabajaba por su rescate, gastaba mi dinero en conseguirlo y pedía al Príncipe su libertad en lugar de los presentes que nos ofrecía: y Esquines, solamente cuidadoso de sí mismo, ¿en qué se ocupaba entretanto? Voy á decirlo muy pronto. ¿Pero á qué conducian estos ofrecimientos hechos en comun por Filipo? porque este es un asunto que tambien debeis conocer. Filipo, por medio de sus enviados, sondeó á cada uno de nosotros en particular,

hizo que el sonido del oro llegase á nuestros oidos, y nos ofreció, ¡oh atenienses! una gran suma. Se estrelló su intento en un diputado que no me corresponde á mí nombrar, porque los hechos dirán cuál es; entonces creyó que las dádivas en masa serían recibidas por todos sin desconfianza, y que la menor participacion en ellas serviría de salvaguardia á los embajadores vendidos. Este objeto tenian aquellos regalos cuyo pretesto era la hospitalidad. Mi negativa aumentó la parte de los otros en esta nueva distribucion. Cuando pedí á Filipo que hiciese recaer su generosidad sobre los prisioneros, no pudiendo negarse decorosamente, ni decirme que los embajadores habian aceptado sus ofertas, ni aparecer como temeroso de este sacrificio, eludió mi ruego sin rechazarlo y aplazó el envío de los cautivos para las Panateneas.—Léase la declaracion de Apolófanes y despues la de los demás testigos. *(Lectura de las declaraciones.)*

Hablemos ahora de los prisioneros que rescaté antes de la llegada de Filipo, durante nuestra estancia en Pella. Algunos, puestos en libertad bajo caucion, desconfiando, segun creo, de conseguir algo del Príncipe, me dijeron: «Preferimos deber nuestro rescate á nosotros mismos, más bien que estar obligados al Macedonio por este beneficio.» Me pidieron prestadas, los unos tres minas, los otros cinco, y algunos toda la suma que necesitaban. Pero cuando Filipo prometió devolver el resto de los prisioneros, reuní á todos aquellos á quienes había prestado algo, y les recordé lo que había pasado entre nosotros; y para que los ciudadanos pobres, rescatados á sus propias espensas, no tuviesen que arrepentirse de su precipitacion, al ver que sus compañeros quedaban libres sin gasto alguno, les perdoné las cantidades que me debian.—Lee las declaraciones que prueban esto. *(Lectura de las declaraciones.)*

Tales son los donativos que he hecho á los ciudadanos desgraciados. Esquines me dirá en su defensa: ¿Por qué,

¡oh Demóstenes! tú á quien indignaron mis palabras en favor de la proposicion de Filócrates; tú, que descubres todos nuestros manejos, nos acompañastes, sin embargo, en la embajada de los juramentos? ¿Por qué no renunciastes? Recordad que había prometido á los cautivos rescatados por mí, volver con el importe de los rescates y consagrarme por completo al cuidado de libertarlos. ¡Grande crímen habría sido faltar á semejante palabra empeñada y abandonar á compatriotas infortunados! ¡Grande inconveniencia, grande temeridad, el recorrer dimisionario y sin título un pais enemigo! A no haber sido porque volviesen algunos atenienses á su pátria, ¡que yo muera en el destierro antes de llegar á la vejez, si no es cierto que á toda costa habría rehusado el marchar con tales colegas! Hé aquí la prueba: elegido dos veces para la tercera embajada, dos veces hice dimision; y en el segundo viaje, mi conducta ha estado con la suya en abierto antagonismo. Las operaciones que en esta embajada dependian de mí solo, han tomado un giro favorable para vosotros; pero cada vez que ha prevalecido el dictámen de la mayoría habeis salido perjudicados. Sin embargo, si se me hubiese dado crédito, todo habría marchado bien; y yo, que para merecer vuestra estimacion prodigaba mis intereses, mientras que veía á otros recibir los agenos, ¿no habría preferido, á menos de ser un insensato, la doble ventaja de no gastar nada y de ser mucho más útil á la República? ¡Sí, atenienses, sí lo habría preferido; pero era necesario ceder al dictámen del mayor número!

A mi conducta, oponed la de Esquines y la de Filócrates: la luz brotará de este paralelo. Desde luego se vé que han escluido del tratado á la Fócida, á los alienses y á Kersobleptes, despreciando vuestro decreto y desmintiendo las promesas que os habian hecho. En seguida han intentado quebrantar la decision que establecía nuestras facultades en la embajada. Además han puesto en el tratado

á los cardienses como aliados de Filipo; resolvieron que mi carta al Pueblo no fuese enviada, y espidieron mensajes que no contenian ni una sola verdad. Y despues de esto, porque yo censuraba su conducta, en la cual veía, no solamente oprobio, sino tambien el peligro de que me arrastrase en la ruina á que le conduciría, este íntegro ciudadano se atreve á decir que yo había prometido á Filipo acabar con vuestra democrácia; él, que durante el tiempo de la embajada no ha cesado de tener con Filipo entrevistas secretas. Solamente citaré un hecho. Una noche, en que yo no estaba allí, Dercilos, acompañado de mi propio esclavo, vigilaba á Esquines en la ciudad de Faros: le sorprendió saliendo de la habitacion del Monarca, y mandó al esclavo que me lo participase, y que él mismo lo conservara en la memoria. En fin, poco antes de nuestra partida, este imprudente, este perverso, tuvo con Filipo una conversacion de un dia y una noche. Para probar lo que digo, presentaré primero el testimonio escrito bajo mi misma responsabilidad, y en seguida interpelaré á cada uno de mis colegas, y los reduciré á la alternativa de confirmar el hecho ó de jurar que lo ignoran. Si niegan ante vosotros, yo pondré de manifiesto su perjurio. *(Lectura de la declaracion.)*

Habeis visto qué trabajos y qué sinsabores me han perseguido durante todo nuestro viaje. Para comprender lo que han hecho en Macedonia al lado del distribuidor de dádivas espléndidas, recordad lo que han hecho ante vosotros, que tan fácilmente podíais castigarlos como recompesarlos. Voy á resumir los cargos producidos hasta aquí y se verá que he cumplido todo lo que anuncié al principio de este discurso. He demostrado, no con palabras, sino con el testimonio de los hechos, que la informacion de Esquines era una mentira continuada, con la cual abusó de vuestra credulidad. He demostrado que por el engaño de sus solícitas promesas cerró vuestros oidos á las verdades

que yo os presentaba; que no os ha aconsejado sino que para vuestra ruina; que desatendió el proyecto de paz que comprendía á los aliados, favoreciendo el de Filócrates; que os hizo perder el tiempo necesario para que no pudiéseis marchar al socorro de los focidenses, aunque lo hubiérais deseado; que durante la embajada ejecutó otros muchos manejos culpables, abandonándolo todo, vendiéndolo todo, recibiendo dinero y cometiendo todo género de perfidias. Esto es lo que anuncié en mis primeras palabras, y esto es lo que he demostrado. Mi deduccion será muy simple. Habeis jurado fallar conforme á las leyes y á los decretos del Pueblo y del Consejo; pues bien, Esquines está convicto de haber violado en su embajada las leyes, los decretos, los derechos de la pátria; para ser consecuente, el tribunal debe, pues, condenarle.

Aunque fuese inocente en todo lo demás, existen dos hechos por los cuales merece la última pena. No solamente ha entregado la Fócida á Filipo, sino tambien la Tracia. ¿Hay en el mundo dos posiciones más útiles á Atenas que las Termópilas por tierra y el Helesponto por mar? Pues por un puñado de oro, los embajadores las han vendido y han armado con ellas á Filipo en contra de vuestra pátria. ¿Qué crímen, aun prescindiendo de todo lo demás, qué crímen hay comparable al abandono de la Tracia y de sus fortalezas? Se podrian citar mil ejemplos de ciudadanos que por semejante delito han sufrido la muerte; y entre los que han sido castigados con severas penas, están Ergófilo, Cefisodoto y Timómaques, y más antiguamente, Ergocles, Dionisio y otros, de los cuales se puede decir que todos juntos han perjudicado á la República menos que el acusado. Esto consiste, ¡oh atenienses! en que entonces la reflexion os hacía prever y evitar tales contratiempos, y ahora permaneceis insensibles si el ultraje no viene cada dia á heriros en la frente. De aquí proviene vuestra impotencia para hacer cumplir los acuerdos en que decretás-

teis, *que Filipo dejaria á Kersobleptes prestar juramento al tratado*; *que Filipo no sería admitido como anfiction; que las condiciones de la paz serian modificadas*; disposiciones que habrian sido innecesarias, si Esquines hubiese querido embarcarse y cumplir con sus deberes. Pero, lejos de esto, cuando podian salvarse vuestros dominios por medio de una corta navegacion, ¡siguió el camino de tierra! Cuando se necesitaban relatos verídicos, ¡solo la mentira salió de sus lábios!

Preveo que vá á indignarse de ser el único de los oradores á quien se obliga á dar cuenta de sus palabras. No examinaré si seria justo investigar si alguno de los demas ha hecho comercio con las suyas; pero desde luego digo: si Esquines, como simple orador, se ha engañado en sus razonamientos, no haya para él severidad ni minucioso exámen, sino muy al contrario, libertad é indulgencia. Pero si como diputado de Atenas se ha hecho pagar espresamente para engañaros, ninguna gracia, ninguna concesion merece la exigencia de no responder de sus discursos. Y por otra parte, ¿sobre qué ha de recaer la responsabilidad de un embajador? No tiene á su cargo buques, ni soldados, ni fortalezas; pero en cambio dispone de su tiempo y sus palabras. ¡El tiempo! Si Esquines no lo ha hecho perder traidoramente á la República, es inocente; en el caso contrario, es culpable. ¡Las palabras! Concédasele gracia si, en sus relatos, las suyas han sido verídicas y saludables; pero que sea condenado si fueron embusteras, venales y perniciosas, porque la mayor ofensa que se os puede inferir es ocultaros la verdad. ¿Cuál será, en efecto, la base que sostenga á un gobierno fundado sobre la palabra, si esta palabra no es sincera? Si además se vende y aboga por la causa del enemigo, ¿cuántos peligros no ofrecerá? Respecto de los instantes, el hacerlos perder á un estado oligárquico ó á una monarquía, y el robarlos á vuestra República, no es un crímen igualmen-

te funesto, habiendo entre ambos casos una diferencia inmensa. En aquellos gobiernos todo se ejecuta rápidamente por medio de un edicto. Entre vosotros, una primera formalidad exige que, para cada asunto, el Consejo prepare un decreto despues de oidas las razones en que se funda su conveniencia; y además, este cuerpo no se reune estraordinariamente, sino que para responder á un mensaje ó á una embajada. Es necesario que en seguida congregue al Pueblo, ciñéndose en esto al dia fijado por la ley. Una vez reunido, los oradores ilustrados y leales tienen que triunfar de una oposicion ignorante ó pérfida. Pero no es esto todo: cuando el dictámen más provechoso se ha abierto camino y tomado el carácter de acuerdo, es necesario aguardar á que los ciudadanos pobres se hallen en situacion de satisfacer los impuestos nuevamente decretados. Así pues, el ocasionar que pierda el tiempo un Gobierno como el nuestro, no es robarle los momentos, no; es privarle de la facultad de obrar.

Todos los que quieren engañaros tienen siempre en la boca estas palabras: *Se perturba la República, se entorpecen las buenas disposiciones de Filipo hácia la nacion.* Por toda respuesta, hagamos leer las cartas de este mismo Filipo, y recordemos las circunstancias en las cuales fuísteis engañados: vereis que el título tan repetido y fastidioso de bienhechor, no es para el Macedonio otra cesa que un charlatanismo acostumbrado. *(Lectura de las cartas de Filipo.)*

Y el diputado tan completa y vergonzosamente prevaricador, vá diciendo por todas partes: «¿Qué os parece Demóstenes que acusa á sus colegas?» Sí, ¡por Júpiter! de buena ó mala gana, yo te acuso despues de conocer los lazos pérfidos que tiendes donde quiera que dirijo mis pasos; te acuso colocado en la alternativa de parecer cómplice de tus atentados ó de denunciarlos. Pero, ¿yo tu compañero? ¡No, no! Tu mision ha sido una mision de crí-

menes; la mia una mision de sacrificios por la pátria. Tu colega, Esquines, era Filócrates, y los colegas de Filócrates érais tú y Frinon: la misma conducta, las mismas miras os unian á los tres. «¡Dónde están nuestros convites, nuestras comidas, nuestras comunes libaciones!» esclama en todas partes este comediante, como si la ruptura de estos lazos sagrados fuese la obra del justo y no la del perverso. Veo á todos los pritáneos participar diariamente de las mismas ofrendas, de los mismos banquetes, de las mismas santas efusiones; ¿y puede decirse, por esto, que los buenos imitan á los malos? No, porque si encuentran entre ellos un culpable, lo denuncian al Consejo y al Pueblo. Lo mismo sucede en el Consejo: tiene sus sacrificios de instalacion y sus banquetes; y tambien los estrátegos y casi todos los cuerpos del Estado solemnizan su reunion con libaciones y ceremonias piadosas. ¿Pero conceden por esto la inviolabilidad á los miembros prevaricadores? Antes al contrario, Leon acusa á Timágoras que habia sido su compañero de embajada por espacio de cuatro años; Esíbulo acusa á Tharrhex y á Esmicithos, sus comensales; y Conon, este antiguo general, acusa al general Adimante. Entre ellos, ¿quién, pues, ¡oh Esquines! rompía los vínculos de la confraternidad? ¿Eran los traidores, los diputados desleales, los que habian admitido regalos, ó eran los acusadores? ¡Oh! Sin duda eran los que habian violado, no solamente sus obligaciones personales, sino tambien sus compromisos sagrados con la pátria.

Pero para convenceros, atenienses, de que entre todos los que han estado junto á Filipo, con carácter público ó sin él, estos embajadores han sido los más criminales; escuchad una corta referencia estraña á la embajada de que me ocupo. Filipo, despues de la toma de Olinto, celebraba juegos en honor de Júpiter Olímpico. A esta fiesta, á esta reunion solemne había convidado á todos los artistas dramáticos. Teniéndolos á su mesa y habiendo distribuido co-

ronas á los vencedores del certámen, quiso saber por qué nuestro célebre cómico Sátiro era el único que no pedia nada: le preguntó si no lo creía bastante generoso, ó si suponía que estaba indispuesto contra él. Se dice que Sátiro respondió no tener necesidad de ninguno de los regalos que los otros codiciaban; pero que de buena gana solicitaría una gracia que costaría muy poco á Filipo, si no temiese sufrir una negativa. El monarca le ordenó que hablase, y en un acceso de generosidad se comprometió á concederle lo que pidiese. «Apolófano de Pidna, añadió el actor, era mi huésped y mi amigo. Murió asesinado. Sus parientes temian por las hijas que dejó, niñas aún, y las trasladaron á Olinto como á un sitio seguro, donde han permanecido hasta la edad núbil; pero despues de la conquista de esta ciudad han quedado cautivas. Te ruego encarecidamente que me las entregues. Lejos de pretender sacar provecho de ellas, me propongo dotarlas y establecerlas, y no permitir que jamás esperimenten ningun tratamiento indigno de su padre ó de mí.» Estas palabras arrancaron de los convidados tan grandes aplausos y tan vivas aclamaciones, que Filipo, conmovido, concedió la exigencia, á pesar de que este Apolófano fué uno de los matadores de su hermano Alejandro.

A la conducta de Sátiro en este festin comparemos la de vuestros embajadores en otro banquete dado en Macedonia, y ved si se parecen en algo. Invitados á casa de Jenofron, hijo de Faedimo, uno de los Treinta, concurrieron á ella sin que yo les acompañase. Cuando se empezó á beber, Jenofron hizo entrar una olintia de estremada belleza, pero digna y virtuosa, conforme despues demostró. Primero la invitaron cortesmente á beber y á gustar algunos manjares, segun Iatrocles me refirió al dia siguiente. Pero la audácia fué aumentándose en ellos con la influencia del vino, y le ordenaron que se colocara á la mesa y cantase. La mujer, que no sabía ni quería cantar, se

escusó turbada y confusa. Esquines y Frinon dijeron que el negarse á ello era un insulto, y que no sufrirían que una cautiva nacida en un pueblo condenado por el cielo, nacida entre los execrables olintios, presumiera de honesta y recatada. «¡Que se llame un esclavo! ¡que se traiga un látigo!» Llega el servidor, y por órden de los bebedores, siempre fáciles de irritar, á pesar de las súplicas y las lágrimas de la infortunada, la despoja violentamente de su túnica y sacude golpes redoblados sobre sus espaldas. Víctima de este cruel tratamiento, la mujer se lanza desatinada, derriba la mesa y cae á los piés de Iatrocles; y si este no la hubiera salvado, habría perecido en aquella orgía para satisfacer el furor que la embriaguez presta á ese miserable. Todo el mundo contaba este suceso aun en la Arcadia; Diofanto, cuyo testimonio invocaré aquí, os lo ha referido, y se hablaba mucho sobre él en la Tesalia y en otras muchas partes.

Con la conciencia manchada por tales horrores, este infame se atreverá á miraros de frente, y aun pronto vendrá con una voz retumbante á que le oigamos ensalzar su vida! ¡Oh! ¡tanta audácia me desconcierta! ¿Ignoran tus jueces que empezástes por leer á tu madre sus fórmulas de iniciacion; que niño aún te encenagabas entre los borrachos y las bacantes; que cuando despues servístes un empleo subalterno faltástes á tus deberes por dos ó tres dracmas, y que no hace mucho tiempo todavía desempeñabas terceros papeles á sueldo de otro, considerándote muy dichoso con ser un histrion supernumerario? Hé aquí tu vida; es bien conocida de todos; ¿qué podrás decir fuera de esto que no sea una impostura? ¡Oh licencia desenfrenada! ¡Este es el hombre que ha perseguido á otro por sus desórdenes! Pero no anticipemos nada. Que se lean las declaraciones que he anunciado. *(Lectura de las declaraciones.)*

Convicto Esquines ¡oh jueces! de prevaricaciones tan

graves y tan numerosas que encierran todos los crímenes en conjunto, venalidad, baja adulacion, imprecaciones, imposturas, traiciones y todo cuanto existe de más odioso, no podrá justificarse de ningun cargo, ni producir una sola disculpa fundada en razon. La defensa que, segun me han dicho, vá á emplear, es un verdadero desatino; pero, ¿qué importa? La necesidad lo pone todo en juego. Se dispone á decir que despues de haber participado de todos los crímenes que persigo, de haber aprobado todos sus planes y secundado todos sus designios, me convierto, repentinamente, de cómplice en acusador. Pero en rigor, esto no sería justificar su conducta, sino acusar la mia. Si he seguido su ejemplo, soy culpable; pero, ¿será él por esto más inocente? ¡Oh! No, de ningun modo. Creo, sin embargo, deber establecer dos cosas: una es la mentira del acusado si usa este lenguaje; otra es el camino que la justicia traza á su defensa. La equidad y la rectitud no le permiten que, al hacerla, presente más que hechos calumnioses ó hechos útiles á la República; pero ambas cosas le son imposibles. No, los focidenses destruidos, los tebanos fortificados, Filipo dueño de las Termópilas, sus tropas ocupando la Eubea y maniobrando sobre Megara, y una paz sin ratificaciones, no pueden presentarse como acontecimientos felices, por el mismo que os anunció, poco antes, lo contrario, como próximo y ventajoso; no, tampoco podrá desfigurar estos hechos ni convenceros de su insignificancia, puesto que los conoceis sobradamente y los habeis visto realizarse. Falta demostrar que no he tenido en ellos ninguna participacion.

¿Quereis que suprimiendo mi oposicion sostenida ante vosotros, las intrigas de la embajada y mis luchas contínuas, os pruebe, por el testimonio de mis colegas, que mi conducta disintió siempre de la suya, que han recibido dinero por perjudicaros y que yo lo he rehusado? Pues escuchad. ¿Cuál es, en vuestro juicio, el ateniense más per-

verso, el más indiferente á sus deberes, el más falto de vergüenza? Estoy seguro de que todos, aun queriendo buscar otro nombre, tendreis que designar el de Filócrates. ¿Cuál es el orador cuya palabra responde enérgicamente á su voluntad, cuya voz es más clara y más sonora? Sin duda es Esquines. ¿Cuál es el que censuran de falta de atrevimiento ante la multitud, y de una timidez que yo llamo pudor? El que ahora os habla. Es, en efecto, verdad, que jamás uso importunidades fatigosas ni violencias de tribuna. Y sin embargo, cada vez que en las Asambleas populares se trataba de la embajada de los juramentos, me oísteis siempre acusar, siempre dirigirme á los diputados y decirles cara á cara: «Vosotros habeis recibido dinero; vosotros habeis vendido la pátria.» Ninguno de ellos rechazó mis inculpaciones, ninguno pidió la palabra, ninguno se presentó á defenderse. ¡Y qué! los ciudadanos endurecidos en estas luchas, los de pulmones más poderosos se callaron ante Demóstenes, que es, de todos los oradores, el más tímido, el menos recomendable por su voz. ¿Dónde está la causa de esto? Está en la fuerza de la verdad y en la debilidad inseparable de los remordimientos de los traidores. Sí, los remordimientos detienen su audácia, encadenan su lengua, cierran su boca, ahogan su voz y los condenan al silencio.

No habeis olvidado que últimamente en una asamblea del Pireo, en la cual rehusásteis á Esquines una mision, gritaba que me acusaría como á un criminal de Estado, haciendo resonar por todas partes sus clamores. Estos arrebatos eran el preludio de largos discursos y de imputaciones contenciosas. Pero todo esto podía haberlo suplido con dos ó tres palabras muy fáciles de encontrar, que se hubieran ocurrido al esclavo más torpe: «¡Atenienses, pudo decir, hé aquí un hecho muy sorprendente! Demóstenes me acusa de crímenes de que ha sido cómplice. Dice que he recibido dinero, y él ha participado como nosotros.»

Pero este lenguaje estaba lejos de sus lábios, y nadie lo escuchó. En vez de hablar así tomó el partido de amenazar, ¿y por qué? Porque su conciencia de culpable le hacia temblar, como un esclavo, ante la designacion de sus atentados. Lejos de promover un debate sobre su conducta, huía de ello acosado por los remordimientos, encontrándose libre para marchar por el camino de las injurias y de las invectivas.

Pero hé aquí lo que sobrepuja á todo; hé aquí, no palabras, sino un hecho evidente. Despues de haber desempeñado dos embajadas, yo quería, procediendo con justicia, dar cuenta de mis actos. Esquines, acompañado de numerosos testigos, se presentó á los verificadores de las cuentas y se opuso á que yo fuese llamado á su tribunal, bajo pretesto de que habiendo sufrido el exámen, ya no podía considerárseme responsable. Este paso le cubria de ridículo; pero, ¿cuál fué el motivo que lo produjo? El que Esquines que había rendido cuentas de la primera embajada, sobre la cual no era acusado, no quería someterse á nueva informacion sobre la segunda, objeto de este proceso, que encerraba todo el conjunto de sus delitos. Presentarme dos veces ante los magistrados era obligarle á que tambien compareciese, lo cual esplica su oposicion. Este hecho, ¡oh atenienses! prueba evidentemente dos cosas: que Esquines se ha condenado á sí mismo, quitando hoy á sus jueces todo medio de absolverlo, y que no dirá contra mí nada que sea verdadero. En el caso contrario, creed, ¡por Júpiter! que lejos de hacer que me alejase del tribunal se habría apresurado á acusarme.—Llama los testigos que confirmarán la evidencia de este hecho.

Por otra parte, si solo me responde con insultos estraños á la embajada, debeis, por mas de una razon, negaros á escucharle. El acusado no soy yo, ni se me ha concedido la réplica. Injuriar, ¿es otra cosa que carecer de pruebas? El acusado que puede defenderse, ¿prefiere dirigir ataques?

Tened presente además esta reflexion: si sometido á un proceso tuviese á Esquines por acusador y á Filipo por juez, y en la imposibilidad de probar mi inocencia recurriese á la calumnia y al sarcasmo, ¿pensais que el Príncipe me dejaría tranquilamente injuriar en su presencia á hombres que hubiesen merecido bien de su persona? No seais, pues, menos justos que Filipo, y obligad á Esquines á encerrar su apología en los límites de este proceso. —Pero que se lea la declaracion.—*(Lectura de la declaracion.)*

Así, pues, mientras que yo, dirigido por mi buena conciencia, quería rendir cuentas y miraba como un deber el cumplimiento de todas las formalidades, el acusado deseaba todo lo contrario. ¿Es posible, en vista de esto, que nuestros hechos sean los mismos? ¿Puede tener el derecho de enunciar ante vosotros inculpaciones que jamás me ha dirigido hasta el presente? Sin duda que no. Pero no importa, las presentará sin embargo; y yo os aseguro, ¡por los Dioses! que no me asombraré de ello. Bien sabeis todos que desde que existen hombres y tribunales, ningun culpable ha sido condenado por su propia confesion: los acusados se arman siempre de desvergüenza, de negativas y de mentiras; discurren escusas y apuran todos los subterfugios en presencia del castigo. No os dejeis seducir por ninguno de estos artificios; juzgad conforme á vuestras propias luces, sin guiaros por mis palabras ni por las de Esquines, ni por los testigos comprados por el oro de Filipo para declarar en favor del delincuente, con un celo que os dejará admirados. No considereis para nada la fuerza y la belleza de su voz, ni los defectos de la mia; porque no vais á fallar sobre el mérito de los oradores y de sus discursos; sino que, antes por el contrario, despues de haber examinado unos hechos que todos conoceis, debeis hacer que recaiga sobre sus culpables autores toda la infamia de los crímenes que han ocasionado nuestra rui-

na. Estos crímenes los conoceis, y repito que no es en mis lábios donde debeis buscarlos.

Si todos los resultados de la paz han sido como se os prometieron; si sin haber visto al enemigo en vuestro territorio, sin agresion por la parte del mar, sin que subiese el precio de las subsistencias, sin que Atenas haya sido humillada; si instruidos de antemano por los embajadores de que vuestros aliados iban á perecer, de que los tebanos iban á aumentar su poderío, de que Filipo invadía vuestras posesiones de la Tracia y preparaba en la Eubea puntos de ataque para hostilizaros, y de que todo lo que ha sucedido tenía que suceder; si despues de todo esto, repito, confesáis haber sido bastante viles, bastante infames para aceptar ávidamente la paz en tales circunstancias, absolved á Esquines; á tantos oprobios no añadais la grande iniquidad de condenarle; no, en este caso Esquines no os ha hecho traicion, y es una locura y una ceguedad mia el acusarle. Pero si todas las promesas han sido desmentidas por los hechos; si no se anunciaba otra cosa que un favorable porvenir, que la amistad de Filipo hácia la República, la seguridad de la Fócida, la represion de la insolencia tebana; si se os dijo que establecida la paz el Príncipe haría aun más por vosotros, y que en ámplia recompensa de Anfipolis os daria Oropos y la Eubea; si los prometedores de todo esto han burlado completamente vuestra credulidad; si, en fin, casi os han dejado sin el Atica, declaradles condenados; y para coronar tantas ignominias (pues no hay otro nombre para calificarlas), ignominias por las cuales han recibido un vil salario, ¡oh! ¡no volvais á vuestros hogares con el peso de una maldicion y de un perjurio!

Investigad aún, ¡oh atenienses! el motivo que ha podido impulsarme á perseguir á inocentes, y vereis cómo no encontrais ninguno. ¿Es acaso agradable el buscarse enemigos? No, y aun es cosa que ofrece peligros. ¿Abri-

gaba yo contra Esquines algun ódio secreto? Ninguno absolutamente. ¿Cuál es, pues, el motivo que me guia? «Tú temes por tí mismo, ¡oh Demóstenes! y has creido salvarte acusándome.» Tal presumo que será su lenguaje. Pero, Esquines, segun aseguras, no ha existido ninguna prevaricacion. Por otra parte, si se espresa ¡oh jueces! de ese modo, yo os preguntaré: cuando Demóstenes, inocente, tiembla de ser arrastrado á un abismo, ¿qué debe pasar en el alma de los culpables? Así, pues, el móvil de mi acusacion no está aquí. ¿Dónde está por último? ¿En el oficio de delator? ¿En el deseo de hacer detener mis delaciones por medio del oro? ¡El oro! ¡Oh! ¿No me era más ventajoso recibirlo de Filipo, que me ofrecía mayor cantidad que la que cualquiera de ellos podría darme, y tener por amigos al Príncipe y á mis colegas? Siendo su cómplice claro está que habría sido su amigo; pues su ódio actual no data de muy lejos: tiene su orígen en mi negativa á consentir y secundar sus crímenes. ¿Habré debido mas bien declararme hostil á Filipo y á ellos mismos para solicitar mi parte de salario? Despues de invertir mis intereses en rescatar á los cautivos, ¿mendigaría yo hoy una limosna que no podría recibir sino que envuelta en su ódio? ¡No, no! He dicho la verdad, he rechazado dádivas por la verdad, por la justicia, por mi porvenir, persuadido de que, permaneciendo fiel á mis deberes, compartiría con algunos ciudadanos las recompensas y las distinciones que concedeis á la virtud, y de que deben apreciarse más vuestra estimacion que todas las ventajas materiales. Aborrezco á esos hombres porque, en la embajada, su corrupcion ha hecho recaer sobre todos los que la componíamos vuestro enojo, y me ha despojado de los honores que habría obtenido mi persona. Los acuso hoy y promuevo una informacion, porque no aparto la vista del porvenir, y porque quiero hacer constar ante el Pueblo, por medio de un proceso y una sentencia, que entre mi conducta y la de ellos media un

abismo. ¿Diré todo lo que pienso? Pues temo, ¡oh atenienses! que á pesar de mi inocencia, alguna vez me envolvais en su condenacion, y que permanezcais ahora faltos de energía; porque os veo escuchar con la mayor indiferencia, que la desgracia pesa sobre vosotros, mirar el infortunio de los demás sin apartarlo de vuestras cabezas, y no tener ningun celo por la pátria, víctima desde hace mucho tiempo de irritantes y numerosos atentados.

¡Oh ejemplo estraño y casi increible! ¡Ejemplo que me había propuesto omitir y que me siento impulsado á revelar! Vosotros conoceis sin duda á Pitoclo, hijo de Pitodoro. Yo estaba en muy buenas relaciones con él, y hasta la época de la embajada no había habido ninguna causa que las enfriase. Pero despues que estuvo junto á Filipo, se vuelve, cuando me vé, para no encontrarme; y si la casualidad le obliga á dirigirme la palabra, no tarda en buscar una escusa para alejarse, de miedo á que se le vea conversando conmigo. Con Esquines, al contrario, dá largos paseos por la plaza y tiene largas conferencias políticas. Indigno y peligroso contraste, ¡oh atenienses! los serviles agentes de la Macedonia están sometidos tan minuciosamente en lo que hacen y hasta en lo que no hacen, á la vigilancia de Filipo, que lo mismo que si lo tuviesen á la vista, cada cual teme no poderle ocultar, ni aun aquí, uno solo de sus pasos, arreglando sus ódios y sus amistades por las miras que le suponen; y entretanto los ciudadanos que están consagrados á vosotros, que son celosos de vuestra confianza é incapaces de faltar á ella, os encuentran tan sordos y ciegos, que yo mismo estoy reducido á combatir en vuestra presencia cuerpo á cuerpo, contra esos malvados cuyos crímenes os son bien conocidos. ¿Quereis saber la causa de esto? Pues voy á manifestarla, ¡y ojalá que mi franqueza no os sea importuna!

Filipo, que es dueño absoluto de su reino, ama con preferencia á quien le sirve, como ódia á quien le perjudi-

ca. Pero en la creencia de los atenienses, el daño ó el beneficio hecho á la República no afecta á ninguno de ellos individualmente considerado. Hay tambien otros motivos que obran más de cerca sobre cada uno de vosotros y que os seducen con frecuencia, tales como piedad, envidia, cólera, miras interesadas y otros muchos móviles de esta índole. Y aunque estas causas no influyeran nada, ¿sucedería lo mismo con los que no pueden sufrir á un hombre honrado? De aquí tantos descuidos como penetran sordamente el cuerpo del Estado, y contribuyen juntos á quebrantarle. Apartad hoy de vosotros, ¡oh atenienses! errores tan lamentables. ¡No haya clemencia para vuestro opresor! ¿Qué se dirá si lo absolveis? «Atenas ha mandado como embajadores á la córte de Filipo, á Filócrates, Esquines, Frinon y Demóstenes. Y bien, ¿qué ha sucedido? El último, no solamente no ha sacado ningun provecho de su embajada, sino que ha rescatado muchos cautivos á su costa; mientras que el primero, con el producto de su traicion, se hacia traer de muy lejos cortesanos y manjares delicados. Otro envió á Filipo un hijo, aún adolescente; este fué el infame Frinon. Entre ellos había uno que no hizo nada indigno de sí mismo ni de la República. A los cargos de corega y de trierarca, el acusador ha creido deber imponerse gastos voluntarios para libertar prisioneros, y no permitir que tuviese falta de recursos ningun ciudadano de los que se hallaban en la desgracia. El acusado, lejos de cuidarse de un solo cautivo, ha preparado á Filipo por medio de sus intrigas el avasallamiento de una comarca entera, aliada de Atenas, y de más de diez mil hombres de infantería pesada y cerca de mil de caballería. ¿Y qué ha resultado? Ocupándose de este asunto, que conocen desde hace mucho tiempo los atenienses..... ¿qué han hecho? A los que habian recibido dádivas y presentes; á los que habian cubierto de oprobio sus personas, sus hijos y su pátria, los han acojido bien, mirándolos como á

hombres de gran juicio, y considerando á Atenas como una República servida con celo. ¿Y al acusador? Al acusador lo han considerado como un loco que desconoce su pais y que no sabía en qué malgastar su dinero.» ¿Quién, pues, ¡oh atenienses! si el proceso tuviese este resultado, estaría dispuesto á conducirse con integridad? ¿Quién querría cumplir una mision con desinterés, no recibiendo nada ni ganando más crédito, ante vosotros, que los que se hubiesen portado del modo contrario? Así pues, ved que, legisladores no menos que jueces, vais á establecer para siempre si un embajador debe venderse sórdidamente al enemigo, ó consagrarse con un completo desinterés al servicio de su pátria.

Para todas estas cosas serian supérfluos los testigos.—Llama solamente á los que declararon que Frinon envió su hijo.—(*Declaracion.*)

Esquines no ha acusado á este hombre por haber entregado su propio hijo á Filipo para satisfacer miras infames; y cuando un ciudadano distinguido por su figura, no previendo á qué sospechas espone la belleza, sigue una conducta ligera, ¡lo acusa de prostitucion!

Pero hablemos del decreto de invitacion: casi había olvidado este punto, que es uno de los más importantes de mi causa. A la vuelta de la primera embajada, cuando aún no se conocía ningun discurso, ninguna perfidia, conformándome al uso legal, presenté al Consejo y despues á la sancion del Pueblo, reunido para deliberar sobre la paz, un decreto en que tributaba elogios á los embajadores y los invitaba al Pritaneo. Os aseguro ¡por Júpiter! que hice mas aún; hospedé en mi propia casa á los enviados de Filipo é hice que fuesen tratados espléndidamente. Testigo de la importancia que atribuyen en su pais á este lujo ostentoso, creí deber superarles en esto y mostrar una magnificencia mayor aún que la suya. El acusado dirá tambien que yo mismo les he decretado elogios, y que he

obsequiado á la Diputacion; pero cuidará de confundir las fechas. Esto tuvo lugar antes de que el Estado hubiese sufrido ningun perjuicio, antes de que la corrupcion de los embajadores se hubiese descubierto: era esto al regreso de la primera embajada, de la cual tenian todavía que dar cuenta al Pueblo, y cuando nada anunciaba aún que Filócrates presentaría una proposicion culpable, ni que Esquines había de apoyarla. Si, pues, habla de mi decreto, recordadle que es anterior á sus prevaricaciones. Desde que tuve sospecha de estas, no volvió á haber entre nosotros ninguna relacion ni trato.—Lee la declaracion.—*(Lectura de la declaracion.)*

Filócares y Afobetos, hermanos de Esquines, vendrán á interceder en favor de este. A entrambos podeis oponerles sólidas y numerosas razones. Preciso es que les digais sin disimulo ni contemplacion: «Afobetos, y tú Filócrates, pintor de armarios y tambores, á vosotros y á los vuestros, empleados subalternos y pobres infelices, (lo que sin ser un crimen no constituye un título para elevarse á general), nos hemos dignado confiaros los más honrosos cargos, embajadas y puestos militares. Si ninguno hubiéseis prevaricado, la gratitud no sería nuestro deber, sino el vuestro. ¡A cuántos ciudadanos más dignos no hemos tenido que olvidar para elevaros á la altura en que os veis! Pero si en los destinos mismos con que os honramos ha cometido uno de vosotros graves atentados, ¿no deberemos sentir hácia vosotros más bien animadversion que indulgencia?» Por mi parte, atenienses, tal es mi pensamiento. Puede ser que os asedien con sus clamores y sus ruegos, y quizá se apoyen en esta frase: *¡Clemencia al que intercede por un hermano!* ¡Pero no vayais por esto á capitular! Tened presente que si ellos se interesan por este hombre, vosotros no podeis olvidaros de las leyes del Estado, y sobre todo del juramento que pronunciásteis al ocupar esos asientos. ¡Os suplican que absolvais á un her-

mano! Preguntadles si es como inocente ó como culpable. ¿Cómo inocente? Entonces diré con ellos que es preciso absolverle. ¿Como culpable? ¡En este caso es un perjurio lo que solicitan! Aunque vuestra votacion sea secreta, no por eso se oculta á la vista de los Dioses; y este misterio del escrutinio acredita sin duda la sabiduría del legislador. ¿Cómo puede ser así? se preguntará. Porque de este modo los que dirijan súplicas al tribunal no pueden saber qué juez les ha sido favorable, mientras que los Dioses y el Destino sabrán quién ha dado su voto en contra de la justicia. ¿Pero no será mejor que fallando conforme á vuestra conciencia, ganeis para vosotros y para vuestros hijos la proteccion del cielo, más bien que dispensar una gracia furtiva á las súplicas que se os dirijan, y perdonar á un culpable que ha declarado contra sí mismo?

En efecto, Esquines, ¿por qué testimonio más decisivo que el tuyo puedo probar todos los crímenes de tu embajada? Tú, que has creido á propósito envolver en el más cruel infortunio al ciudadano dispuesto á descubrir una parte de tu conducta, aguardarias sin duda grandes rigores para tí mismo, si los que me escuchan la hubiesen conocido. Así, atenienses, aconsejados por un juicio recto, hareis recaer su acusacion sobre su cabeza, no solamente como una prueba infalible de sus prevaricaciones, sino como un conjunto de palabras que hoy se convierten en su daño; porque los argumentos que presentastes acusando á Timarco, ¡oh Esquines! no tendrán menos fuerza contra tí pronunciados por otros lábios. Tú decias entonces al tribunal: «Demóstenes atacará mi embajada para rechazar la acusacion, y si logra estraviaros del motivo del proceso, tiene seguro el triunfo. Entonces irá diciendo por todas partes: ¿qué os parece lo que he hecho? He desconcertado á los jueces, y he conseguido escamotearles el asunto.» No te conduzcas, pues, de este modo; que mi ataque sea el punto concreto de tu defensa. Deja por allá tu discurso

contra Timarco, tus vagas inculpaciones y tus evasivas.

A falta de testigos para hacer condenar al acusado, llegabas hasta decir á los jueces:

«Formada por el grito unánime de cien pueblos, ¿quién puede desmentir la poderosa voz de la Fama? Pertenece, además al número de los Inmortales.» *(Hesiodo.)*

Pero Esquines, todo el mundo repite que has faltado á tus deberes; escucha, pues, estas palabras:

«Formada por el grito unánime de cien pueblos, ¿quién puede desmentir la poderosa voz de la Fama?»

¡Y juzga cuántos más clamores no se elevan contra ti! Ninguno de los pueblos vecinos conoce á Timarco; pero respecto de vosotros, no hay heleno ni bárbaro que no diga que habeis recibido dinero. Si, pues, la Fama es verídica, no lo es ménos esta voz de los pueblos que os denuncia. Como Diosa, ella manda que se la crea; tú mismo lo has dicho; tú mismo has hecho notar el gran juicio del poeta, autor de estos versos.

Los yambos que ha recojido le han proporcionado tambien una induccion:

«A quien frecuenta la compañía de gentes corrompidas, no le preguntes quién es. Para conocerle basta conocer á sus amigos.» *(Eurípides.)*

«Y bien, decía él, de un hombre que asistía á las luchas de pájaros, de un hombre que iba por todas partes con Pitalacos y los demas, ¿qué idea debe formarse? ¿Lo ignorais acaso?» Estos mismos versos, ¡oh Esquines! vienen hoy á acusarte por mi voz, con la diferencia de que aquí, á lo menos, la cita será oportuna. A quien en una embajada buscaba la compañía de un Filócrates, jamás le pregunto lo que ha hecho. Sé que semejante hombre ha recibido dinero, como Filócrates que lo confiesa. Pero este Esquines que se esfuerza en ultrajar á los demas con los calificativos de sofistas y de compiladores de noticias, hace incontestablemente que la injuria recaiga sobre él mismo. Los yambos que ha citado son del *Fénix* de Eurípides, obra que jamás fué representada por Teodoro ni por Aristodemo, bajo los cuales ha desempeñado siempre los papeles secundarios; sino por Molon y algunos otros actores antiguos. Frecuentemente, por el contrario, Aristodemo y Teodoro han puesto en escena la *Antígona* de Sófocles; frecuentemente Esquines ha declamado en esta tragedia hermosos versos muy instructivos para Atenas; pero no los citó aunque los sabía muy bien. No ignorais que en todas las tragedias los actores de tercer órden pueden, por un favor especial, aparecer en la escena como Reyes con el cetro en la mano. Pero ved el lenguaje que en esta obra pone el poeta en boca de Creon-Esquines: el embajador ha hecho poco caso de las palabras del cómico; el acusador de Timarco se ha guardado bien de citarlas á los jueces.—Lee:

VERSOS DE LA *Antígona* DE SÓFOCLES. (1)

(1) En español tenemos una traduccion anónima de esta tragedia; pero está hecha tan libremente, que de trasladar su texto parecería fuera de propósito la cita de Demóstenes. La traduccion de que hablamos lleva el título de *Polinice ó los hijos de Edipo.*

«Mientras que un hombre no ha manejado las riendas del Gobierno, ¿cómo juzgar su mérito? ¿Cómo leer en su corazon? ¿Cómo conocer su carácter? Escuchad, ¡oh tebanos! la palabra sincera de Creon: si el jefe del Estado no sigue el sendero que marca la justicia, si el temor ó la esperanza cierran su boca, siempre aparecerá á mis ojos como un pérfido. Solo merece desprecio el que no anteponga el bien de su pátria á las complacencias de la amistad. ¡Dioses inmortales que lo sabeis todo! ¡Os pongo por testigos de mis palabras! Si viese alguna vez una conspiracion funesta preparar la ruina de los ciudadanos, los enemigos de Tebas serian tambien los mios; jamás olvidaría que salvar la pátria es salvar la vida y la fortuna de cada uno, y que despues de aplacada la borrasca veríamos tambien á nuestros amigos librados del naufragio.»

Hé aquí lo que Esquines no ha cumplido durante su embajada, sino que prefiriendo á la República la amistad de Filipo, como mucho más honrosa y lucrativa, ha despreciado á Sófocles y sus máximas. Aunque vió el desastre adelantarse amenazador con el ejército que marchaba hácia la Fócida, muy lejos de dar el grito de alarma, lo ha ocultado, lo ha favorecido, ha cerrado la boca á quien se disponia á anunciarlo, olvidando que la salud de la pátria es la salud de todos; que, en esta misma pátria, su madre prosperó en su oficio de esplicar los misterios, y pudo sustentar á sus hijos; que allí, segun nos dicen nuestros ancianos, vivía su padre miserablemente, desempeñando el cargo de maestro de escuela junto al templo de Toxaris; que cuando ellos eran escribientes y criados de todos los jueces, realizaron culpables ganancias; que, en fin, como empleados públicos, y gracias á vuestros sufragios, han vivido dos años cobrando sueldos del Estado, y que Esquines mismo fué embajador de esta República. No

ha recordado ninguno de los beneficios que la debe, y lejos de procurarle una navegacion próspera, la ha volcado y sumergido; ha hecho cuanto le ha sido posible por entregarla al enemigo. ¡Y aún dirás que no eres un sofista y un infame! ¡Aún dirás que no eres un declamador enemigo de los Dioses, tú que callas las máximas que conserva tu memoria y que has recitado frecuentemente, y que buscas y presentas para perder á un ciudadano, otras que jamás correspondieron á tus papeles!

Hablando de Solon, ved aquí su lenguaje. Solon, decía, figurado con la mano en su manto, representa la modestia de los oradores de su tiempo, lo cual es una injujuriosa censura de las costumbres lijeras de Timarco. Pero esta estátua aseguran en Salamina que no hace cincuenta años que se erigió, mientras que desde la época de Solon hasta la nuestra han trascurrido cerca de doscientos cuarenta. Así, pues, ni el artista que le dió la postura que tiene, ni aun su abuelo, fueron sus contemporáneos. Sin embargo, Esquines citó esta estátua y sacó de ella su argumento. Pero lo que no indicó siquiera, fué el espíritu mismo de Solon, mucho más precioso para Atenas que una simple actitud; y aun no contento con omitirlo, procedió de una manera enteramente contraria. Despues del abandono de Salamina, y á pesar de haberse prohibido con pena de muerte el proponer recuperar esta isla, Solon compuso y cantó, arrostrando el peligro que en ello había, versos por los cuales conseguió restituirla á sus conciudadanos y borrar su vergüenza. Y Esquines, ¿qué es lo que ha hecho? La ciudad de Amfipolis, que el Rey de Persia y todos los helenos habian reconocido como ateníense, fué entregada, fué vendida por él, y no con otro objeto sostuvo la innoble proposicion de Filócrates. ¡Oh Solon! ¡Cuán indignos lábios recordaron tu memoria! Pero ¿fué únicamente en Atenas donde obró así? No, en la misma Macedonia no pronunció el nombre de la ciudad objeto de

su embajada; y en el relato que os hizo, no habreis olvidado que os decia: «Yo tambien tenía que hablar de Amfipolis, pero he dejado este punto á Demóstenes.» Entonces me adelanté á mi vez y dije: «No, ese hombre no me ha reservado nada de lo que quería decir á Filipo: ¡más bien habría dado su sangre que consentir á nadie una palabra!» Su silencio ante Filipo se esplica por el oro que había recibido, y que este Príncipe había dado para conservar la plaza. Se nos van á leer los versos de Solon, y vereis cómo el gran legislador aborrecía á los hombres parecidos á este malvado. ¡No es el orador, Esquines, y sí el embajador el que debe tener su mano fiel y obediente á su mandato! Despues de haber intrigado en Macedonia contra nosotros, despues de haber avergonzado á tu pátria, ¡te atreves á hablar aquí de honradez y decoro! ¡Y con haber ocupado tu memoria en recordar miserables retazos de poesía, te crees absuelto de todos tus crímenes, puesto que, con la cabeza cubierta, recorres la ciudad insultándome!—¡La lectura!

Versos de Solon.

«Gracias á Júpiter y á la bondad de los demás Dioses, ¡jamás serán destruidos los muros edificados por nuestros abuelos! Atenea, hija del Padre de los Dioses, estiende su mano fuerte y protectora sobre su ciudad. El pueblo es quien quiere arruinarla con su desmedida aficion al oro. Sus jefes meditan el crímen, y alentados por su audácia, desafian el peligro de los más grandes desastres. Jamás supieron imponerse el freno de la moderacion y dirigir sus pasos á la paz y á la virtud. «¡Oro y siempre oro! gritan. ¿Qué importa la justicia? Levantemos rápidamente el edificio de una dicha pasajera.» Despues que piensan así,

no hay nada seguro de sus manos; atentan á los tesoros de los Dioses; no respetan los bienes de los particulares y ofenden á Temis que lo vé todo en silencio..... ¡Oh! ¡El tiempo la vengará! ¡Una llaga incurable y profunda se estiende por todas partes; la libertad se cambia en servidumbre; la discordia produce el incendío de la guerra; la tierra se riega con la sangre de los ciudadanos, y el pais que se ama desde la infancia, es primero destrozado y despues vendido por sus propios hijos! Hé aquí los males que alcanzan á todos. Pero la muchedumbre indigente, ¿qué suerte sufre? Arrastrada y sumida en la vergüenza y la ruina comun, tiene que sufrir todos los males del destierro. Ni las casas más ricas se libran de participar del desastre; los cerrojos, las defensas, los obstáculos, sirven solo para despertar su obstinacion, y penetra hasta el lecho para sorprender su víctima. ¡Oh, mis conciudadanos! Todas estas desgracias nacen del desprecio de las leyes, que es el mayor de los azotes. Amad el yugo de las leyes: produce el decoro, calma la fiereza del carácter, contiene la licencia, destruye la tiranía y la codicia, ahoga en el corazon el crímen premeditado, disminuye los procesos, evita las desavenencias y destruye las tramas criminales de la ambicion. Todo pueblo que se honra, respetando las leyes, llega á poseer la sabiduría y asegura sus derechos.»

Ya habeis oido, ¡oh atenienses! lo que dice Solon de esta raza de hombres y de los Dioses que llama salvadores de la pátria. Sí, yo creo que la proteccion del cielo no ha abandonado en ningun tiempo á nuestra República. Creo tambien reconocer en todas las circunstancias de este proceso las señales de un designio providencial. Me esplicaré: un hombre culpable de numerosos y graves delitos, un embajador que ha entregado comarcas enteras donde los Dioses deberian recibir la adoracion vuestra y de vues-

tros aliados, hiere de muerte civil á un ciudadano que se disponia á acusarle. ¿Y por qué ha sucedido esto? Porque era necesario que él no obtuviese, para sus crímenes, ni clemencia ni perdon. Además, al acusar á Timarco me denigró injustamente, y otra vez ante el Pueblo, me amenazó con su venganza y sus persecuciones. ¿Por qué hizo esto? Porque deseaba que me negáseis vuestra benevolencia en el momento de acusarle, y una ámplia libertad para revelaros todas las iniquidades que ha descubierto en él, mi vista siempre vigilante. Pero no es esto todo: despues de haber evitado hasta ahora el dar cuenta de su conducta, vedle ante vosotros en un momento en que los inminentes peligros que nos cercan bastarian para hacer que inspire temores, y aun que sea imposible, la impunidad de su corrupcion. Porque si es necesario, ¡oh atenienses! aborrecer y castigar siempre á los traidores y á los hombres corrompidos, hoy más que nunca sería esta severidad oportuna y universalmente saludable.

Un mal contagioso ha invadido la Grecia, mal funesto que hace necesarias vuestra vigilancia y la proteccion de la Fortuna. Los ciudadanos más notables que cada Estado ha creido dignos de dirigir sus asuntos, abjuran de la libertad, y adornándose con los nombres de huéspedes y de amigos intimos de Filipo, evocan y preparan la servidumbre. El Pueblo y los magistrados que deberian reprimirlos y condenarlos á muerte sin detencion, los admiran y envidian, aspirando á los mismos beneficios. Por esta emulacion culpable, la Tesalia perdió no hace mucho su ascendiente y su prestigio, y hoy su independencia le ha sído arrebatada, puesto que hay guarnicion macedónica en muchas de sus fortalezas. Penetrando este azote en el Peloponeso, ha producido las luchas sangrientas de la Elida, y comunicado un delirio furioso á los miserables que, para elevarse los unos sobre los otros y alargar despues la mano á Filipo, se han anegado en la sangre de sus

amigos y parientes. No se detuvo aquí la terrible plaga; estendida por la Arcadia sembró el desórden en todas partes; y estos montañeses á quienes la libertad debería inspirar la nobleza de vuestros sentimientos, puesto que lo mismo que vosotros son hijos del pais en que viven, se entusiasman por Filipo, le consagran estátuas y coronas, y acuerdan que sus ciudades le abrirán las puertas tan luego como ponga el pié en el territorio. La misma conducta se observa entre los argivos. Os aseguro, ¡por Céres! que todos estos síntomas exigen las más grandes precauciones. La epidemia, despues de haber recorrido las ciudades comarcanas, se ha deslizado en la nuestra, ¡oh atenienses! Mientras que no se desarrolla, vigilad sobre vosotros mismos y dirigid vuestra indignacion contra los que la han importado. Si no obrais así, temed que no reconocereis la utilidad de mi advertencia, hasta que el remedio del mal se haya hecho imposible.

¿No veis en el desastre de los olintios una leccion clara y elocuente? La ruina de estos infortunados fué debida, sobre todo, á su desórden: juzgad de esto por su historia. Antes de la liga calcídica, cuando solo tenian aún cuatrocientos soldados de caballería, y cuando el total de sus fuerzas no escedía de cinco mil hombres, Lacedemonia, que como sabeis dominaba entonces por mar y por tierra, los atacó con fuerzas considerables por ambas partes. Acometidos por un poder tan superior, lejos de perder una ciudad, lejos de perder una sola fortaleza, obtuvieron muchas victorias, mataron al enemigo tres generales y dictaron las condiciones de la paz. Sin embargo, algunos olintios comenzaban ya á recibir dádivas; la multitud, estúpida ó más bien arrastrada por un destino fatal, los creyó más dignos de confianza que á sus oradores leales; Lastenes llenó su casa de maderas que le daban en Macedonia; Eutícrates poseyó grandes rebaños de bueyes que no había comprado; unos volvian con ovejas, otros con caba-

llos; y entretanto el Pueblo á que hacian traicion, respondía á su conducta, no con su cólera, no con el castigo que merecian, sino con muestras de admiracion y de envidia, y formando una alta idea de sus talentos. En este estado funesto en que solo se veía el triunfo de la corrupcion, Olinto con sus mil caballos, sus diez mil infantes, la alianza de todos sus vecinos, vuestros socorros de diez mil soldados mercenarios, de cuatro mil ciudadanos y de cincuenta triremes; Olinto, repito, no ha podido salvarse. En menos de un año de guerra había perdido, por los manejos de los traidores, todas las ciudades de la Calcídica. Filipo, que no podia acudir á todos los ofrecimientos de la traicion, no sabía qué presa arrebatar primero. Cogió de un solo golpe quinientos soldados de caballería, con todos sus pertrechos, los cuales le habian sido entregados por sus mismos jefes: ¡suceso sin ejemplo! Los culpables no temen ni respetan nada; ni la luz del dia, ni el suelo de la pátria, ni los templos, ni los sepulcros, ni la voz de la fama que pregona por todas partes la afrenta de semejantes acciones. Tal es, ¡oh atenienses! el delirio de la codicia. Sed vosotros más sábios y prudentes; perseguid y castigad los mismos crímenes en nombre de la nacion. Sería muy estraño que despues del decreto enérgico que espedísteis contra los traidores de Olinto, se os viese dejar impune la misma perfidia en Atenas.—Lee el decreto.—*(Lectura del decreto.)*

Los helenos y los bárbaros han aplaudido, ¡oh jueces! vuestros acuerdos contra los traidores y los enemigos de los Dioses. Puesto que las dádivas aceptadas son el preludio y la causa de las traiciones, considerad á quien las haya recibido como traidor á la pátria. Si uno pierde los instantes preciosos, si otro desaprovecha los medios de obrar, y si un tercero entrega las tropas, cada uno contribuye á la ruina comun del modo que puede; pero todos merecen igualmente vuestro aborrecimiento. Sois los úni-

cos, ¡oh atenienses! entre todos los pueblos, á quienes es dado seguir, en esto, ejemplos domésticos, é imitar con vuestras obras á unos antepasados que merecen todas vuestras alabanzes. Si el estado presente de la República y la paz actual no os permiten ser sus émulos en las batallas, en las espediciones, en los peligros que labraron su gloria, imitad por lo menos su prudencia. La prudencia es una necesidad de todos los tiempos. Las horas que pasais congregados, empleadlas en conocer y decidir lo que conviene en cada asunto: así hareis prosperar los intereses públicos, y conservareis el esplendor de vuestros abuelos: un acuerdo desacertado sería funesto é indigno de la memoria de nuestros padres. ¿Cuál era su pensamiento sobre la corrupcion política?—Secretario, toma esta inscripcion y procede á su lectura.—Conviene recordaros que os mostrais blandos con los actos que castigaban de muerte vuestros antepasados.—Lee. *(Inscripcion de la Columna.)*

Ya habeis oido, ¡oh atenienses! esta inscripcion que declara enemigo del Pueblo de Atenas y de sus aliados, á Artmios de Zelia, hijo de Pitonax, y á toda su raza. ¿Y por qué? Por haber introducido en el pais de los helenos el oro de los bárbaros. La deduccion natural de esto es que vuestros padres velaban porque ni un solo estranjero perjudicase con su oro á los intereses de la Grecia, mientras que vosotros no precaveis la misma ciudad de Atenas contra los atentados de un ateniense. Y ¿podrá creerse que esta inscripcion se ha colocado al acaso? No, ¡por Júpiter! se halla en el vasto circuito consagrado del Acrópolo, á la derecha de la gran Minerva de bronce, glorioso monumento de nuestras guerras contra los bárbaros, erigido por la República á espensas de toda la Grecia. Entonces la justicia era tan sagrada y el castigo de un criminal tan importante, que se creyó debian colocarse juntas la estátua de la Diosa, testimonio de nuestro valor, y la columna donde está grabada la sentencia contra el culpable. Pero

hoy, si no deteneis el desbordamiento de la licencia, la impunidad convertirá los crímenes en una costumbre infame.

Y no es en esto solamente, ¡oh atenienses! en lo que deberíais imitar á vuestros antepasados, sino en todo cuanto hicieron. Sin duda habreis oido referir que Calias, hijo de Hipónico, negociador de aquel célebre tratado de paz que solo permitía al gran Rey acercar sus tropas al mar á distancia de una jornada, y que le prohibía la navegacion en naves de alto bordo, por entre las islas Cianeas y Calidonias, estuvo á punto de perder la vida por la sospecha de presentes recibidos en su embajada, y cuando rindió sus cuentas fué condenado á una multa de cincuenta talentos. Y sin embargo, jamás antes ni despues se hizo una paz tan honrosa para la República; pero en ella solo veian el fruto del valor y de la fama de Atenas, mientras que en la aceptacion de las dádivas y en la negativa á recibirlas, reconocian el carácter del diputado. Deseaban que todo hombre público fuese íntegro é incorruptible, y les parecía la venalidad una tan funesta enemiga del Estado, que no la toleraban ni en los negocios ni en las personas. Y vosotros, atenienses, despues de haber visto que la paz ha destruido las fortalezas de nuestros aliados, que ha levantado palacios para sus negociadores, que ha despojado á la pátria de sus dominios y enriquecido á vuestros mandatarios más de lo que podian desear sus ambiciones, ¡no los habeis esterminado todavía! ¡Os hacía falta un acusador! ¡Juzgais, en vista de palabras, de crímenes atestiguados á todo el mundo por los hechos!

Los ejemplos antiguos no son los únicos que se pueden citar para decidiros á imponer un castigo al delincuente. Aun viven atenienses que han visto á la justicia descargar sus golpes sobre muchos ciudadanos. Me limitaré á nombraros dos ó tres que fueron castigados con la muerte, por motivo de una mision mucho ménos funesta á la

pátria que la de Esquines.—Toma la sentencia y lee.—*(Lectura de la sentencia.)*

Por este decreto, ¡oh atenienses! condenásteis á la pena capital á unos embajadores, entre los cuales se encontraba Epícrates, ciudadano celoso, útil bajo más de un concepto, segun dicen los ancianos que le conocieron, demócrata sincero y uno de los que habian traido al Pueblo desde el Pireo. Pero nada de esto le salvó, ni debió salvarle. El que se encarga de funciones tan importantes, no debe ser íntegro á medias, ni prevalerse de vuestra confianza para descargar los más rudos golpes; y antes por el contrario, se impone el deber imperioso de no ocasionaros el más leve perjuicio por una falta voluntaria. Pues bien; si entre todos los delitos que han costado la vida á estos embajadores hay uno siquiera que los nuestros no hayan cometido, hacedme morir al instante. Escuchad: *Visto*, dice la sentencia, *que los diputados han obrado contra sus instrucciones*. El primer cargo versa sobre las instrucciones; ¿y podrá decirse que los nuestros no han violado las suyas? ¿No ordenaba el decreto que la paz había de estenderse á los atenienses y á sus aliados? ¿No han escluido la Fócida? ¿No ordenaba tambien que se recibiese en cada ciudad el juramento de sus jefes? ¿Y no se han contentado con la palabra de los que les enviaba Filipo? ¿No prohibía igualmente toda conferencia particular con el Príncipe? ¿Y han cesado un momento sus negociaciones privadas?—*Visto que muchos de ellos resultan convictos de haber hecho falsos relatos al Consejo*. Estos se han atrevido á engañar al Pueblo, lo cual resulta probado por los mismos hechos, que es la más evidente de las pruebas, puesto que ha sucedido todo lo contrario de lo que anunciaron.—*Que han escrito imposturas*. ¿No las han escrito los nuestros?—*Que han engañado á nuestros aliados y admitido dádivas*. A la palabra *engañado* sustituir la palabra *esterminado*, y tendreis el crí-

men sangriento que han cometido. Respecto de las dádivas, habría que convencerles de que las han recibido, si acaso lo negasen; ¡pero los infames lo confiesan! Enviadles, pues, al suplicio.

¡Y qué, atenienses! Vosotros, hijos de los que pronunciaron esta sentencia; vosotros, entre quienes se encuentran algunos que se sentaban á su lado, habreis sufrido que á uno de los generosos autores de la restauracion popular, que á Epícrates se haya castigado con la pena de muerte; que poco tiempo hace se haya impuesto una multa de diez talentos á Trasíbulo, hijo del demócrata de este nombre, que condujo el Pueblo desde Phylé, y á uno de los descendientes de Harmodio y Aristogiton, de estos bienhechores supremos, que una ley agradecida admite á participar de vuestras libaciones en todos los sacrificios y en todos los templos, y que venerais lo mismo que á los héroes y á los Dioses; vosotros, repito, habreis visto á todos estos ciudadanos sufrir penas legales, sin que la indulgencia, la piedad, las lágrimas de sus hijos, niños aún, y cuyos nombres recordaban tanto desinterés y sacrificio, hayan podido librarles del castigo; y ahora os compadecereis del hijo de un Atrómetos, simple maestro de escuela, y de una Glaucotea, de una acompañanta de Bacantes, innoble oficio que en otra fué castigado con la muerte; os compadecereis de un hombre que está en vuestras manos, que es de una sangre tan vil, y que ni él, ni su padre, ni ninguno de su raza han hecho nada por la pátria. ¿Dónde están los caballos y las naves con que han contribuido al Estado? ¿Cuáles fueron sus campañas, sus cargos de coregas y sus demás empleos públicos? ¿Cuáles sus contribuciones, sus donativos voluntarios, sus peligrosos trabajos? De todos estos servicios, ¿han ofrecido nunca uno solo á la pátria? ¡Oh! Aun cuando los hubiesen prestado todos, la venalidad, la iniquidad de la embajada de Esquines le haria acreedor á la muerte. Pero si fué inútil ciudadano y

diputado pérfido, ¿dejareis impune su delito? ¿No recordareis las palabras del acusador de Timarco? «No esperemos nada, esclamaba, de un Estado sin energía para castigar á los culpables, de un Gobierno donde las súplicas y los ruegos tienen más fuerza que las leyes. No os dejeis enternecer por la ancianidad de la madre de Timarco, ni por sus tiernos hijos, ni por nadie; pensad únicamente que si desatendeis las leyes y el Gobierno, no habrá nadie que se compadezca de vosotros para perdonaros esta falta.» Un infortunado ha sido muerto civilmente por haberse dispuesto á denunciar los crímenes de Esquines, ¿y dejareis sin castigo al criminal? Si Esquines creyó que los ciudadanos culpables consigo mismos merecian tanto rigor, ¿con qué pena hareis espiar culpas enormes cometidas contra la República, vosotros que juzgais sobre la fé de vuestro juramento? «Juro, decia él entonces, juro que la condenacion de Timarco será un ejemplo saludable para nuestros jóvenes.» Pues bien; la suya corregirá á nuestros hombres políticos que arrastran la pátria á los últimos peligros, y nadie puede desconocer cuánto interesa remediar este mal.

¡Las costumbres de vuestros hijos! No, ¡por Júpiter! no fué este su objeto cuando se propuso perder á Timarco. Las costumbres, ¡oh atenienses! se conservan por sí mismas, ¡y ojalá nuestra ciudad no necesite nunca, para su juventud, de reformadores tales como un Afobetos y un Esquines! El motivo que impulsó á este fué el decreto de muerte propuesto por Timarco en el Consejo contra todo ciudadano que resultase convicto de haber mandado á Filipo armas ó aparejos navales. Voy á probarlo. ¿Desde cuando Timarco dirigía al Pueblo sus arengas? Desde hacía mucho tiempo. Pero durante este largo período, Esquines había tomado parte en la administracion, sin que jamás se indignase de verle en la tribuna, hasta su regreso de Macedonia y su dependencia mercenaria de Filipo.—

Lee el texto del decreto de Timarco. *(Lectura del decreto.)*

Asi, pues, el que por vuestro bien propuso que se prohibiese bajo pena capital enviar en tiempo de guerra armas á Filipo, sufrió una muerte civil; y el que entregó á Filipo las armas de vuestros aliados se convirtió en acusador, declamando, con escándalo de la tierra y del cielo, contra la prostitucion, asistido de aquellos dos cuñados que no pueden nombrarse sin provocar el clamor público; del infame Nicias, que se vendió á Cabrias en Egipto, y del execrable Cyrebion, que se entregaba descaradamente á los desórdenes de las bacanales. Pero ¿qué digo? ¡Esquines tenía ante sus ojos á su mismo hermano Afobetos¡ ¡Y este dia fué, sin embargo, cuando todas sus palabras contra los libertinos se precipitaban de sus lábios como un torrente!

¡Cuán abatida tienen á nuestra República sus imposturas y su perversidad! Pasemos de aquí y detengámonos sobre lo que todos sabeis. Antes, ¡oh atenienses! todos los helenos aguardaban nuestros decretos; pero hoy somos nosotros los que siempre andamos indagando las decisiones de los demas pueblos. ¿Qué hacen los arcadios? ¿Qué ordenan los anfictiones? ¿Dónde vá Filipo? ¿Ha muerto? ¿Vive todavía? Esto es lo que nos ocupa. Por mi parte no es que Filipo viva lo que temo; sino que el horror á los traidores y el deseo de castigarlos hayan muerto en el corazon de la República. Si recobrais vuestra energía, Filipo no ofrece nada que inspire miedo; pero el conceder entre vosotros la impunidad á los que se prestan á ser asalariados; el que muchos de vuestros oradores de crédito hablen para defenderlos, cuando siempre ha estado prohibido el obrar en beneficio del Macedonio, ¡hé aquí lo que me espanta!

¿En qué consiste, Eúbulo, que en el proceso de Egesilao tu sobrino, y últimamente en el de Trasíbulo, tio de Niceratos, los cuales te llamaban en su ayuda, guardastes

silencio en el primer escrutinio, y lejos de pronunciar una palabra en su defensa al fijar la pena, rogastes al tribunal que te escusara de este trabajo? Y sin embargo, tú que no digiste nada en favor de tus parientes y de tus amigos íntimos, ¡vas ahora á hablar por Esquines! ¡por el mismo que cuando Aristofon acusaba á Filónico, comprendiendo ademas de su persona tu conducta en el Estado, se hizo coacusador y se fué al partido de tus enemigos! ¡Olvidas que fuiste el que, atemorizando al Pueblo, asegurabas que había que ir enseguida al Pireo, cobrar las contribuciones y aplicar á la guerra los fondos del teatro, ó aprobar la proposicion sostenida por Esquines y redactada por el infame Filócrates, cuyo resultado fué una paz ignominiosa: vé, pues, que te reconcilias con ellos cuando lo han arruinado todo con nuevos crímenes! En presencia del Pueblo has dirigido imprecaciones contra Filipo; has jurado, por la vida de tus hijos, que deseabas la pérdida de Filipo; y ahora, sin embargo, ¡vas á prestar tu apoyo á Esquines! ¿Cómo ha de perecer Filipo si salvas á los que se le han vendido? Denunciador de Merocles, que había exigido veinte dracmas á cada uno de los arrendatarios de las minas, y de Cefisofonte, al cual acusabas de sacrílego por haber entregado siete minas al Tesoro tres dias despues del plazo marcado, hoy no solamente no persigues, sino que pretendes se absuelva á los que han recibido dinero del Monarca, á los que confiesan este crímen, á los destructores de nuestros aliados, á culpables convictos y cojidos en flagrante delito. Estas son culpas temibles, culpas que requieren la más vigilante prevision, mientras que los delitos que persigues no tienen importancia ninguna. Vais á verlo.

¿No habia en Elide gentes que robaban el Tesoro? Es por lo menos muy probable que las hubiese. Y bien, existe allí uno solo que haya contribuido á la destruccion de la democrácia elidense? Ninguno. Cuando Olinto estaba

de pié, ¿no tenia tambien esta clase de ciudadanos? Creo que sí. ¿Y fueron ellos acaso los que ocasionaron la ruina de la ciudad? De ningun modo. ¿Creeis que Megara no ha tenido nunca ningun estafador, ningun concusionario público? Es imposible que lo creais, porque tambien allí ha penetrado el contagio de este mal. ¿Y pueden considerarse como los autores de los recientes infortunios de los megarenses? No. ¿A quién, pues, atribuir tantos atentados y tantos desastres? A los que se honraban con el título de huéspedes y amigos de Filipo; á los que tenian el mando de los ejércitos y la direccion de los negocios; á los que se creian destinados para dominar al Pueblo. Ultimamente, ¿no ha sido Peridaos acusado en Megara, ante los Trescientos de haber estado en la córte del Macedonio? Y Peteodoro, el ciudadano más distinguido por sus riquezas, por su nacimiento y por su prestigio, ¿no se interesó por él y contribuyó á que se le enviase con una mision para el Príncipe? ¿No se ha visto al primero volver en seguida á la cabeza de un cuerpo de tropas estranjeras, y al segundo introducir el desórden y la confusion por todas partes? Tan cierto es esto, que de todas las precauciones de la politica, ninguna hay más indispensable que la de evitar que un solo ciudadano adquiera gran ascendiente sobre la multitud. Yo quiero que la condenacion y el castigo no dependan de una voluntad particular, sino que el acusado, segun que los hechos lo descarguen ó comprometan, encuentre aquí el fallo que merezca su conducta: esto mismo es lo que exige la democrácia. Las circunstancias hicieron poderosos á muchos ciudadanos de Atenas, entre los cuales se encuentran Calistrato, Aristofon, Diofanto y otros anteriores á estos. Pero, ¿dónde ejercian su dominio? Solamente en la Asamblea nacional. Hasta ahora ninguno de vosotros ha ejercido imperio sobre los tribunales, sobre las leyes ni sobre vuestros juramentos. No sufrais este acto de audácia en Eúbulo. Para que os pongais en guardia

contra una conducta tan depresiva, voy á hacer que se lea un oráculo de los Dioses que velan siempre por la conservacion de Atenas más que nuestros gobernantes.—Lee el oráculo. *(Lectura del oráculo.)*

Tales son, ¡oh Atenas! las advertencias del cielo. ¿Estabas en guerra cuando te hablaba de ese modo? En este caso te aconseja que dirijas tu desconfianza contra tus generales, porque ellos son tus jefes mientras dura la guerra. ¿Estabas en paz? Entonces debes vigilar á tus ministros, porque ellos son tus guias, tus consejeros, y los que pueden perderte con sus decepciones. El oráculo dice á los ciudadanos: «Uniros estrechamente, á fin de que os anime á todos un mismo pensamiento y de que vuestra discordia no alegre y favorezca á vuestros enemigos.» ¿Y creeis, atenienses, que la condenacion de un hombre que ha sido tan culpable para vosotros, causará alegría á Filipo? ¿No será más bien una causa de su disgusto? Cuando Júpiter, cuando Dione, cuando todos los Dioses os ordenan no hacer nada que pueda satisfacer á vuestros enemigos, os exhortan por esto mismo á castigar unánimemente á aquellos de quienes vuestros enemigos han recibido algun servicio. A unos y otros deben dirigirse los golpes de vuestra justicia: en el esterior á agresores insidiosos, y en el interior á los traidores que les sirven de agentes. Cada cual desempeña su tarea: los unos ofrecen su oro, y los otros lo reciben y defienden á quien les paga.

Una sola mirada basta para descubrir que no hay abuso más pernicioso y temible que el que permite á un ciudadano distinguido hacerse amigo de los que no gozan la confianza del Pueblo. ¿Por qué otros medios se ha hecho Filipo tan poderoso? ¿Cómo ha llevado á feliz término sus más grandes empresas? Comprando los intereses populares á los que traficaban con ellos; corrompiendo los primeros ciudadanos de los Estados libres; estos han sido sus medios. Pues bien, hoy depende de vosotros el inutilizar-

los; cerrad vuestros oidos á los defensores de la traicion; hacedles ver que sobre vosotros no ejercen ningun imperio esos hombres que se alaban de ser vuestros amos; castigad al embajador que se ha vendido y que su castigo se haga público.

Justa será siempre vuestra cólera, ¡oh atenienses! si vá dirigida contra los hombres que hayan sacrificado á vuestros aliados, á vuestros amigos, y que hayan hecho perder las ocasiones favorables, que son ventajas decisivas para los Estados; pero más justos sereis aún, si castigais á Esquines. Colocado antes entre los ciudadanos que desconfiaban de Filipo, fué el primero, fué el único que viendo en este Príncipe un enemigo comun de los helenos, cambió, sin embargo, de bandera, hizo traicion á sus filas, y de repente se declaró por Filipo. ¿No merecerá mil muertes? Le desafío á negar esta desercion. ¿Quién fué el que en un principio os presentaba á Iscandro como un enviado de vuestros amigos de la Arcadia? ¿Quién gritó que Filipo preparaba las cadenas de la Grecia y del Peloponeso, mientras que Atenas dormía? ¿Quién pronunciaba al Pueblo aquellos largos y magníficos discursos? ¿Quién hacía leer los decretos de Milciades y de Temístocles, y el juramento prestado por los jóvenes en el templo de Aglaura? ¿No era Esquines? ¿Quién os aconsejaba enviar embajadores hasta cerca del mar Rojo, porque Filipo tramaba la pérdida de la Grecia, de la cual debíais ser la Providencia y el apoyo? ¿No fué Eúbulo quien presentó el decreto? ¿No fué Esquines quien partió para la embajada del Peloponeso? El sabe bien los discursos que allí pronunció; y en cuanto al relato que hizo á los atenienses, los atenienses deben recordarlo.

Los calificativos de *bárbaro* y *exterminador* eran los que prodigaba á Filipo. «La Arcadia vé con gusto, os decía él entonces, que Atenas se despierta y se ocupa de la Grecia. Pero nada me ha indignado tanto como encontrar

á mi vuelta, á Atréstidas que volvía de la córte de Filipo, arrastrando consigo una treintena de infelices niños y mujeres. Lleno de asombro pregunté á un viajero que quién era aquel hombre y la gente que le seguía. Es Atréstidas, me dijo, que regresa con unos cautivos olintios que Filipo le ha regalado. Entonces me irrité, lloré y gemí por la suerte de la desventurada Grecia, espectadora impasible de semejantes infortunios. Mandad, pues, enviados á la Arcadia para acusar á los partidarios del Macedonio. Me han asegurado algunos amigos, que serán castigados si Atenas toma este asunto con empeño y si envía mandatarios con este objeto.»

Tales eran entonces sus palabras, ¡oh atenienses! palabras honrosas, palabras dignas de la República. Pero despues que hizo el viaje de Macedonia, despues que vió á ese Filipo, enemigo suyo y de la Grecia, ¿volvió á hablar del mismo modo? Segun su opinion, no debíais pensar en vuestros padres, ni recordarnos victorias, ni socorrer á ningun pueblo. Se irritaba ante la idea de concertarnos con los helenos para deliberar sobre la paz. ¿Os hacía falta el asentimiento de un estraño para terminar vuestros asuntos? Filipo era, ¡oh grandes Dioses! el más elocuente de todos los hombres, el más griego, el más ateniense; y sin embargo, añadía él, ¡hay en Atenas individuos bastante insensatos para no avergonzarse de injuriarle y de llamarle bárbaro!

Atenienses, ¿es posible que sin haberse vendido, un mismo hombre tenga la osadía de contradecirse así? ¿Es posible que despues del horror que le había inspirado Atréstidas con sus cautivos de Olinto, se haya convertido, gratuitamente, en el cómplice de un Filócrates, que había traido aquí olintios libres para hacer de ellos el juguete de su libertinaje? ¿De un Filócrates, tan conocido por sus desórdenes, que sin recordar ni una sola de sus repugnantes infamias, bastará decir que trajo mujeres

para que vosotros os figureis todo lo demas y compadezcais á aquellas infortunadas, que Esquines no compadeció, y cuyo aspecto no le hizo llorar por la Grecia, reducida á ver ultrajarlas entre sus mismos aliados y por los embajadores que las debian proteger?

Este hombre tan culpable llorará ahora por sí mismo, y acaso os presente sus hijos para escitar vuestra compasion. A su familia, ¡oh jueces! oponed con el pensamiento los hijos de tantos aliados, de tantos amigos que arrastran de pais en pais su indigencia y su desgracia, oprimidos por las cadenas de la esclavitud que Esquines les ha preparado, y no menos dignos de vuestra compasion que los de un padre tan traidor y criminal; oponedles tambien vuestros propios hijos, á los cuales Filócrates y él, con su paz *perpétua*, han arrebatado hasta la esperanza. Que sus lágrimas os recuerden que teneis en vuestras manos al hombre que os estimulaba á enviar á la Arcadia representantes para acusar á los satélites de Filipo. ¿Pero quién piensa hoy en que vaya una comision al Peloponeso, á costa de grandes gastos y de las fatigas consiguientes á un largo viaje? Basta que cada uno de vosotros se adelante hasta esta tribuna para depositar en favor de la pátria un sufragio justo y puro, contra el ministro que primero, ¡oh Dioses inmortales! no os citaba otra cosa que á Maraton, Salamina, batallas y trofeos, y que á su vuelta de Macedonia, cambiando súbitamente de lenguaje, os decía que no pensáseis en vuestros antepasados, que no habláseis de sus triunfos, que no defendiéseis ninguna República, que no deliberáseis en comun sobre los intereses de la Grecia, ¡faltando poco para que os estimulase á derribar vuestras propias murallas! ¡Consejos los más ignominiosos que jamás se ha tenido el atrevimiento de presentar á un Pueblo! Que se dirija á un hombre cualquiera, sea heleno ó bárbaro, esta pregunta: «De todos los paises de la Grecia ¿hay uno solo que hubiese conservado su nombre y que es-

tuviese habitado por los griegos que lo ocupan hoy, si nuestros padres no hubieran desplegado para su defensa un valor tan heróico en Maraton y Salamina?» ¿Cuál será el hombre tan estúpido, tan ignorante, tan enemigo de Atenas, que no confiese que la Grecia toda habría sufrido el yugo de los bárbaros? ¡Pues bien! á pesar de la grandeza de vuestros abuelos, á los cuales ningun enemigo se atrevería á negarles un glorioso elogio, Esquines exije que vosotros, sus descendientes, los borreis de vuestra memoria. Y ¿por qué tiene esta exigencia? ¡Porque con ella gana un vil salario! Y sin embargo, los hombres ilustres no gozan otra cosa, despues de su muerte, que las alabanzas dispensadas á sus nobles acciones; estas alabanzas son su propiedad; ni la misma envidia se las disputa cuando descansan en la tumba. Esquines que pretende arrebatárselas, merece una degradacion civil, y así habreis vengado la ofensa que infiere á vuestros padres. Tú, ¡corazon pérfido! tú con tus discursos has desgarrado, como si fuese una presa, la gloria de sus altos hechos; al par que con esos mismos discursos, orígen de todos nuestros males, has adquirido riquezas y arrogancia. Antes que hubiese hecho tantas heridas á la pátria, él mismo confiesa, atenienses, haber sido notario por el favor de vuestros sufragios, en cuya época era sufrido y modesto. Pero desde que cometió tan innumerables atentados, frunce el entrecejo, y si alguno al pasar dice: «*Ese es Esquines el ex-notario,*» se pone furioso y grita indignado por la ofensa. Se le vé en la plaza pública con el manto caido hasta la hebilla, inflando sus carrillos y paseándose con el mismo paso que Pitoclo. Al presente es uno de esos huéspedes, uno de esos buenos amigos de Filipo que quieren desembarazarse de la democrácia, y que solo ven en nuestra constitucion una mar tempestuosa. Tal es el hombre cuyos profundos saludos se dirigian, no hace mucho, á la mesa donde comen los pensionistas del pueblo.

Tracemos de nuevo rápidamente la insidiosa política en que Filipo os ha comprometido, con la ayuda de estos enemigos del cielo: el tejido de sus viles manejos reclama una vez más nuestro exámen. Hacia mucho tiempo que el Príncipe deseaba la paz: las costas de la Macedonia eran devastadas por nuestros corsarios, y el bloqueo de sus puertos le había privado de todas las ventajas del comercio. Nos envió, pues, con gran copia de palabras conciliadoras á Neoptolemo, Aristodemo y Ctesifonte. Desde la llegada de nuestros enviados, puso á Esquines á su servicio para que sirviese de auxiliar al infame Filócrates, y triunfar así de algunos colegas que deseaban el bien de la pátria. Con su concurso os escribió una carta, de la cual esperaba principalmente la estipulacion de la paz. Pero ningun provecho sacaba de sus intrigas contra vosotros, si primero no destruía la Fócida, lo cual era una empresa nada fácil. La fortuna le había , en efecto, reducido á la alternativa de no poder ejecutar ni uno solo de sus proyectos, ó de faltar á sus compromisos y cometer un perjurio, haciendo á todos los helenos y á todos los bárbaros testigos de su perfidia. ¿Recibía á la Fócida en su alianza prestándole el mismo juramento que á vosotros? Entonces tenía que desatender la promesa hecha á los tebanos, á los cuales había ofrecido ayudarles en la conquista de la Beocia, y la palabra dada á los tesalios de contribuir á que entrasen á formar parte de la dieta federal. ¿La escluía, por el contrario, del tratado, como en efecto la escluyeron? En este caso temía que vosotros saliéseis á cortarle el camino, apostando tropas en las Termópilas; y ciertamente que lo hubiérais hecho si no os hubiesen engañado. Calculaba que, en tal hipótesis, le sería absolutamente imposible forzar el paso, y sin duda se convencía de ello por sus propios recuerdos. Despues de obtenida su primera victoria sobre los focidenses, victoria que les fué arrebatada por sus tropas estranjeras y por Onomarco, su ge-

neral, Atenas fué la única que, entre todos los pueblos griegos y bárbaros, acudió á socorrerles; y lejos de pasar más adelante el vencedor, lejos de terminar su empresa, no pudo ni siquiera aproximarse á las Termópilas. Comprendió claramente que estando en desavenencia con la Tesalia, privado por primera vez del concurso de Faros, y viendo á Tebas que acababa de sufrir una derrota, atestiguada por un trofeo, no podia avanzar un solo paso si vosotros socorríais la Fócida, ni llevar á término feliz las tentativas de sus armas, sin poner en juego los recursos de la astúcia. «¿Cómo, pues, se preguntó á sí mismo, podré realizar mis proyectos sin aparecer impostor y perjuro? Hélo aquí. Corromperé á algunos atenienses que se encargarán de engañar á Atenas, y así recaerá sobre ellos la vergüenza de esta infamia que yo no quiero echar sobre mi nombre.» En consecuencia de esto, sus embajadores os declaraban que no admitiría á los focidenses en el tratado de alianza, mientras que los instrumentos de la traicion pedian la palabra, despues de ellos, y os decian: «Evidentemente, Filipo no puede acceder, sin desdoro, á que la Fócida se comprenda en los tratados, porque se lo impiden sus relaciones con Tebas y la Tesalia; pero así que obtenga la paz y se asegure una grande influencia, ejecutará todo lo que hoy queremos que estipule.» Insidiosas promesas, pérfidas sugestiones que proporcionaron la paz á Filipo con esclusion de la Fócida. Pero todavía era menester disuadiros de enviar un cuerpo de tropas á las Termópilas, para que en union de los cincuenta triremes atenienses, apostados siempre para guardar el paso, pudiesen detener al Monarca si intentaba franquearlo. ¿Cómo conseguir esto? ¿Qué nueva trama emplear para lograrlo? Se os hará perder la ocasion oportuna, se detendrán las operaciones comenzadas, y de este modo habreis perdido todas las ventajas si emprendeis la campaña. Tal fué indudablemente la conducta de los traidores. Por mi parte, he dicho y repito de nuevo, que no pude precaver nada, y

hasta se detuvo en el puerto la nave que fleté. Pero era necesario que los focidenses se entregasen por sí mismos á Filipo, para que este no perdiese un solo instante, en el cual pudiésemos espedir algun decreto contrario á sus miras. «Yo haré saber, se dijo entonces á sí mismo, yo haré saber por medio de los diputados de Atenas, que la Fócida será respetada. De este modo, confiados en la palabra de sus amigos, los focidenses que podrán dudar de mí, se pondrán en mis manos sin ningun recelo. Respecto de los atenienses, les haremos creer que todo vá á resultar conforme á sus deseos, para que no dificulten nuestros designios con ninguna resolucion; y combinaremos tan bien las noticias y las promesas de nuestros agentes, que este pueblo quedará reducido á la inaccion, cualquiera que sea el giro de los sucesos.» Hé aquí los ardides; hé aquí los manejos por los cuales todo ha perecido en manos de esos hombres, dignos ellos mismos de perecer cruelmente. Así, pues, cuando aguardábais que Tespias y Platea fuesen reedificadas, supísteis que Orcomeno y Coronea habian sido reducidas á servidumbre. Lejos de ver á Tebas humillada y abatido su insolente orgullo, las fortalezas de los focidenses, aliados de Atenas, fueron destruidas por los mismos tebanos, cuya poblacion aseguraba Esquines en sus discursos que sería dispersada. Lejos de entregarnos la Eubea en reparacion de la pérdida de Anfípolis, Filipo levanta en sus costas nuevos fuertes contra el Atica, y no cesa de amenazar encubiertamente á Geraestos y á Megara. Lejos de ocupar de nuevo á Oropos, tomamos las armas para defender á Drimos y el territorio de Panacte, lo cual no hicimos nunca mientras existieron los focidenses. Lejos de mantener en el templo de Delfos los antiguos usos y de exigir la restitucion del tesoro sagrado, los verdaderos anfictiones han sido rechazados y proscritos de un pais donde no ha quedado piedra sobre piedra; los macedonios, esos bárbaros á quienes el título de miembros de

la dieta no ha pertenecido jamás, lo han tomado con su espada; al que habla de restituir á los Dioses sus riquezas, se le envía al suplicio; Atenas se vé despojada del derecho de primacía para consultar el oráculo, siendo los sucesos futuros para nuestra ciudad otros tantos enigmas. Filipo no comprometió su palabra, y obtuvo todo lo que quiso, mientras que vosotros, que aguardábais cuanto se puede desear, habeis visto suceder todo lo contrario de lo que os prometian vuestras esperanzas. Con las apariencias de la paz habeis sufrido más que durante la guerra; los culpables han recibido dinero por engañaros, y sus crímenes permanecen todavía impunes.

Que estos crímenes son el resultado de su venalidad, y que han recibido el precio de tantas traiciones, son hechos conocidos desde hace mucho tiempo. Con la demostracion rigorosa de lo que todos sabíais, acaso me habré apartado de mi objeto y quizá tambien os haya importunado. Pero, sin embargo, os suplico que escucheis todavía una palabra. ¿Hay uno solo, ¡oh jueces! entre los embajadores mandados á Filipo, á quien hayais elevado una estátua en la plaza pública? Pero, ¿qué digo una estátua? ¿Hay alguno á quien penseis asignar una pension en el Pritaneo, ó conceder cualquiera otra recompensa de las que dispensais á los que os sirven con lealtad? Sin duda que no. ¿Y en qué consiste esto? No consiste en que seais injustos, duros é ingratos; pero consiste, direis vosotros, en que han mirado más por los intereses de Filipo que por los nuestros: respuesta justa y verdadera. ¡Y bien! ¿Creeis que el Monarca piensa de diferente modo? ¿Creeis que haya sido tan pródigo y espléndido con ellos, por reconocer los buenos servicios que hayan prestado á Atenas? Esto es imposible. Ved la acojida que han merecido de él Hegesipo y sus compañeros. Sin hablar de otras cosas, ha hecho espulsar á nuestro poeta Xenóclides, por haber dado hospitalidad á algunos de sus compatriotas. Así es como

trata á los que sostienen su opinion y vuestros derechos, mientras que los que se venden son tratados como Esquines y Filócrates. ¿Serán menester aún más testigos? ¿Serán menester pruebas más evidentes? ¿Será posible que esto se borre de vuestra conviccion?

Hace poco rato que á las puertas de este recinto se me acercó uno y me dió la más estraña noticia. Esquines, me dijo, ha preparado una acusacion contra Cáres, y por este medio espera burlar vuestros intentos. Atenienses, un proceso haría reconocer que Cáres os ha servido siempre con todo el celo y toda la fidelidad que le era posible, y que sus reveses fueron la obra de los hombres viles y codiciosos que han arruinado vuestros asuntos; pero no insistiré más en esto, y hasta haré la mas ámplia concesion. Supongamos cierto cuanto diga el acusado contra el referido general: aun, en tal caso, el proceso sería un verdadero subterfugio, puesto que yo no imputo á Esquines ninguno de los accidentes de la guerra, de los cuales son responsables los generales, ni tampoco la paz hecha por la República: sobre estos puntos ningun cargo le dirijo. ¿Dónde se funda, pues, mi acusacion? Se funda en el apoyo que prestó á Filócrates combatiendo las más útiles proposiciones cuando Atenas negociaba la paz; se funda en los presentes que ha recibido; se funda en el tiempo precioso que consumió en la segunda embajada. No haber ejecutado ninguna de vuestras órdenes; haber engañado á la República; haberlo perdido todo, con la esperanza fundada en la docilidad de Filipo á vuestros deseos, tan pomposamente prometida; haberse convertido en el panegirista de un Príncipe culpable de infinitas injusticias, y contra el cual otros ciudadanos despertaban vuestra desconfianza, hé aquí mi acusacion, hé aquí lo que todos recordais. ¡Oh! si la paz hubiese sido justa y favorable para vosotros; si no hubiese visto á estos hombres venderlo todo y burlarse, con sus mentiras, de vuestra credulidad, yo mismo

habría pedido para ellos alabanzas y coronas. Pero en cuanto á los delitos que ha podido cometer un general, son estraños á la causa que nos ocupa. Y por otra parte, ¿qué general ha perdido la Fócida, y hecho que el Monarca se apodere de Alos, Doriskos, Kersobleptes, el Monte Sagrado y las Termópilas? ¿Qué general ha abierto á Filipo un camino hasta el Atica, á través de nuestros amigos y aliados? ¿Qué general ha sometido al yugo estranjero Coronea, Orcomeno, la Eubea y por poco Megara? ¿Qué general ha hecho á Tebas poderosa? De tantas y tan graves pérdidas, ninguna ha sido ocasionada por vuestros generales, ni el resultado de una cesion hecha voluntariamente á Filipo por los atenienses en un tratado de paz: todas tienen su causa en la vil codicia de vuestros embajadores.

Si, pues, Esquines elude los cargos y quiere estraviar vuestra atencion hácia otro asunto, volvedle al que nos ocupa por medio de estas palabras: «No estamos aquí para juzgar á un general, ni tú has sido acusado por la marcha de la guerra. No digas que otros han sido cómplices de la ruina de los focidenses, y cíñete á demostrar que no has contribuido á ella. ¿Por qué si Demóstenes ha prevaricado, no has hablado hasta hoy? ¿Por qué no lo acusastes cuando rindió sus cuentas? Tu conducta sola basta para condenarte. No vengas á ponderarnos las dulzuras y ventajas de la paz, pues nadie te imputa como crímen el haber inducido la República á estipularla. Demuestra que esa paz no ha sido una afrenta y un ultraje; que desde que fué ajustada todas nuestras esperanzas no quedaron muertas y todas nuestras posesiones destruidas: esto es lo que te debe ocupar, porque esto es lo que se demuestra contra tí. Y por otra parte, ¿qué causa puede motivar los elogios aun hoy dispensados al Príncipe, autor de tantos males?» Si le hablais de este modo, atenienses, no sabrá qué responder: vanamente hará entonces resonar su

voz; vanamente se habrá ejercitado en perfeccionarla.

¡La voz! Hé aquí una cosa que tambien pide algunas palabras. Muy engreido con la suya, Esquines, segun me han dicho, se promete seduciros por medio de un efecto teatral. Y bien, ¡atenienses! el que representando las desgracias de Tiestes y los infortunios de Troya fué silbado, arrojado de la escena y apedreado por vosotros, hasta verse en el estremo de renunciar aun á los papeles secundarios que desempeñaba, cuando ha causado tantas calamidades, no como actor, sino como encargado de los más altos intereses de su pátria, ¿será posible que os cautive con el acento sonoro de su voz? Esto sería, á mis ojos, la más estraña inconsecuencia. ¡Lejos de vosotros el obedecer á tales impresiones! Pensad que solo en las pruebas sufridas por los aspirantes á pregoneros públicos, es donde se deben exigir fuertes pulmones; pero la eleccion de un diputado, de un ciudadano que aspira á ser hombre de gobierno, debe fundarse en su integridad, en la energía de su alma cuando se trata de serviros, y en su amor á la igualdad. A mí, por ejemplo, Filipo no me ha deslumbrado; solo he invertido el tiempo en ver á nuestros cautivos y en comprarles á mis espensas su libertad, y jamás me he humillado ante el Monarca. Esquines, por el contrario, bajaba la frente hasta el polvo y cantaba sus victorias, sin tener más que desprecios para Atenas. Sin duda la elocuencia, la voz y las demas facultades de este género, juntas á un puro sentimiento de patriotismo y de virtud, deben ser para todos vesotros una causa de satisfaccion y el objeto de vuestras distinciones, porque son beneficios de que puede participar un pueblo entero. ¿Pero se encuentran estos talentos en el malvado que, juguete de la más vil codicia, se arrastra por un puñado de oro? Rechazad al orador, rechazadle con indignacion y aborrecimiento. Así que el infame se ha hecho poderoso entre vosotros, por medio de la palabra, se ha convertido en un azote del Es-

tado. ¡Cuánto ha sufrido Atenas con todo aquello de que Esquines se vanagloría! Los demas talentos se sostienen bastante por sí mismos; pero ante la oposicion del auditorio, la palabra pierde su imperio. Escuchad, pues, al acusado como á un pérfido, un mercenario, un impostor.

A todos los motivos reunidos que piden su condenacion, añadid nuestra actitud respecto de Filipo. Reducido á la necesidad de respetar nuestros derechos, cambiará de política. Su sistema, hasta hoy, ha consistido en apoderarse del ánimo de algunos hombres, para hacerles engañar al Pueblo. Que sepa la muerte de sus cómplices, y en lo sucesivo á tí únicamente, ¡oh Pueblo soberano! tratará de complacer; y si se obstina en proseguir su insolente audácia, castigando á estos criminales habreis librado á la República de gentes siempre dispuestas á servir al enemigo. Culpables de tan grandes crímenes cuando podian temer el fallo de los tribunales, ¿qué cosa no serán capaces de intentar si los declarais absueltos? ¿Dónde están los Eutícrates y el Lastenes que no serán sobrepujados por el último de nuestros traidores? ¿Qué ciudadano permanecerá incorruptible cuando vea que el oro, el crédito y todos cuantos beneficios puede dispensar la amistad de Filipo, afluyen hácia los que han vendido la Grecia, mientras que los hombres íntegros que han sacrificado su fortuna por su pátria son inquietados y perseguidos por el ódio y por la envidia? No, no, ciudadanos; por vuestro honor, por vuestra religion, por vuestra seguridad, por todos vuestros intereses, no perdoneis á Esquines; importa que deis, con su castigo, una leccion terrible á todos los atenienses y á toda la Grecia.

DISCURSO POR LA CORONA

Introduccion.

Doce años habian trascurrido desde el proceso de la embajada, y la larga lucha de la elocuencia contra el génio de las conquistas había concluido con la derrota de Queronea.

Aun antes de que los atenienses hubiesen tributado los honores fúnebres á sus guerreros, y consagrado los tebanos á la memoria de los suyos, un magnífico leon colosal descubierto en nuestros tiempos, Atenas, como otras muchas ciudades nuevamente avasalladas, era teatro de infinitas acusaciones. Entre las más vehementes, se distinguian las del severo Licurgo contra un negociante fugitivo llamado Leócrates, y contra Lisicles, general no favorecido por la fortuna. Lisicles fué condenado á muerte. El orador Hipérides estuvo tambien á riesgo de perder la vida por haber decretado, en lo más inminente del peligro, la libertad y el armamento de los esclavos. Demóstenes sufrió tambien muchas acusaciones, siendo el más célebre é importante de estos procesos políticos, el que intentó Esquines al atacar un decreto en que se pedía que aquel fuese coronado en recompensa de su patriotismo. El segundo orador de Atenas, el jefe y representante del partido macedónico, había depositado su acusacion, ya hacia ocho años, en manos del Arconte, algunos dias antes de las fiestas de Baco, época en que se verificaba el acto de las coronaciones.

Mientras que Alejandro se aventuraba con treinta y cinco mil hombres en el corazon de la Persia, donde cada paso le costaba una batalla, la Grecia, sometida y debilitada, permanecía indecisa entre el deseo de libertad y el sentimiento de su impotencia. El carácter indolente y frívolo de los atenienses era poco á propósito para que

tomasen la iniciativa en una reaccion séria, y Atenas no se atrevía á pronunciarse abiertamente en favor de la insurreccion. Por una parte ayudaba las hostilidades de los persas, y por la otra rendía homenaje á Alejandro y le dirigía felicitaciones apenas llegaba la nueva de alguna de sus victorias. Entregada la tribuna á gentes pagadas por el vencedor, ejercian una influencia funesta en el espíritu inquieto y variable de los atenienses; y la elocuencia de los viejos campeones de la libertad, apenas producía algun estéril vestigio do energía. Esquines creyó llegado el momento favorable para reproducir su acusacion.

«Una ley de Atenas, dice Ciceron, prohibía proponer al Pueblo que se coronase á todo ciudadano que aún no hubiese rendido cuentas de cualquier cargo público que hubiera desempeñado. En virtud de otra ley, se debian dar en la Asamblea general las coronas decretadas por el Senado. Demóstenes, encargado de reparar los muros de Atenas, había hecho las obras á sus espensas. Antes de presentar las cuentas, propuso Ctesifonte, por medio de un decreto, que se le concediese una corona de oro, y que el acto de la coronacion tendría lugar en el teatro, ante el Pueblo reunido, declarando *que Demóstenes recibía aquel honor en recompensa de su virtud y de los servicios prestados á la República ateniense.* Esquines acusó á Ctesifonte de haber querido, en contra de las leyes, conceder una corona á un ciudadano que todavía era responsable; de haber propuesto que la coronacion se hiciese en el teatro, y de haber alabado falsamente la virtud de Demóstenes, á quien no consideraba hombre honrado ni buen patriota.

»Aunque estraña á nuestras costumbres, esta causa ofrece mucho interés. Permite á ambas partes una ingeniosa interpretacion de las leyes y una discusion solemne sobre los servicios prestados á la República. El objeto de Esquines, á quien Demóstenes había acusado en un proceso capital por falsos relatos en una embajada, era la venganza. Aunque atacaba á Ctesifonte, ponía en juicio la vida entera y la reputacion de su enemigo. Así era que se ocupaba ménos de cuentas no rendidas, que de honores concedidos á la virtud del hombre á quien él consideraba como un mal ciudadano.

»Cuando se verificó este proceso, Alejandro era dueño del Asia. La Grecia entera acudió á presenciar la lucha de los dos más célebres oradores de su tiempo, que, en una causa de esta importancia, se presentaban armados de sus grandes talentos y del ódio más profundo.»

A pesar de los trabajos de algunos sábios ilustres, nos vemos reducidos á repetir con Tourreil: «En cuanto á los hechos y á los

motivos alegados recíprocamente para fundar la acusacion ó para destruirla, no nos detendremos en discutirlos; su misma contrariedad nos lo impide. Rueda sobre circunstancias que no se pueden aclarar, despues de tantos siglos como nos separan de aquella época.» Los dos adversarios se dirigen los más innobles insultos y las más graves imputaciones. Aquí, como en los discursss sobre la embajada, los mismos hechos aparecen relatados por ambos con caractéres enteramente distintos; y en apoyo de tantas aserciones opuestas, los dos oradores invocan atrevidamente á algunos testigos, al Pueblo entero, y aun recurren á los archivos del Estado. Prueba de que la publicidad de las deliberaciones no puso freno á la mentira entre los atenienses, como tampoco la ha puesto entre nosotros. ¿Deberán acaso esplicarse estas raras contradicciones por las variantes arbitrarias debidas á los retóricos? Sea de esto lo que quiera, nosotros entrevemos que estas ardientes invectivas, tan conformes al espíritu democrático y á la ávida malicia de los atenienses, nacian en Esquines de su ódio implacable hácia Demóstenes, siendo en este, las esplosiones de su cólera, más justas y fundadas que en su adversario.

El juicio de la antigüedad sobre la arenga de Demóstenes parece resumido por el orador romano, como el de los modernos por el primer crítico de nuestros dias. «El orador, á quien hemos dado la preferencia sobre todos los demás, comienza hábilmente en su bello discurso por Ctesifonte, con un tono modesto que se aviva al tratar de las leyes; pero aguarda á que sus jueces participen de su animacion para abandonar su elocuencia á más rápido vuelo..... Esta arenga realiza nuestro ideal; no puede desearse una obra más perfecta.» (1)

«No obstante la sublimidad de las Filípicas, dice Mr. Villemain, la arenga por la corona se considera, con razon, como la obra maestra de Demóstenes. Esta verdad debe servir para comprender por qué ha dicho Ciceron que el discurso judicial era lo más difícil del arte de la palabra; opinion muy estraña en boca de un hombre que habia manejado la elocuencia política. Pero sea de esto lo que quiera, en el discurso por la Corona, el interés de una lucha personal y el choque de dos adversarios, está ennoblecido por la grandeza de los recuerdos políticos; todos los efectos oratorios de la tribuna y del foro se reunen á la vez; Atenas aparece siempre entre el acusador y el acusado, y la pátria es el asunto del combate. Hé aquí el rasgo de génio que dá á esta arenga tanta vehemencia y majestad: es una

(1) Ciceron, de Orat., 8, 38.

refutacion irresistible y una apología sublime; pero al mismo tiempo es tambien una Filípica, un discurso nacional. Se puede calcular qué conveniencias, qué destreza y qué miramientos serian necesarios al orador que, para justificarse, recuerda á sus conciudadanos la derrota que sufrieron, y se alaba ds haberles aconsejado la guerra donde fueron vencidos.» (1)

Ctesifonte fué absuelto por una mayoría considerable. Esta sentencia de aquel inmenso tribunal democrático era una protesta contra la sumision de Grecia. Demóstenes obtuvo la recompensa popular de esta corona, la más preciosa de todas por lo mismo que había sido la más disputada.

Retirado Esquines á Rodas, por el mal éxito de su acusacion, abrió allí una escuela de elocuencia que llegó á ser célebre. Tuvo el singular valor de comenzar sus lecciones por la lectura de los dos discursos sobre la Corona. Cuando concluyó de leer el suyo, los oyentes esclamaron admirados: «¿Y cómo has podido sucumbir con esa arenga?»—«Escuchad, les dijo, y se puso á declamar la de Demóstenes. Interrumpido por los aplausos, esclamó á su vez: ¡qué seria si lo hubiéseis oido á él mismo!»

Discurso.

Comienzo rogando á los Dioses inmortales que os inspiren hácia mí, ¡oh atenienses! las mismas disposiciones que siempre he sentido por vosotros y por la República, y que al mismo tiempo os persuadan, puesto que así lo pide vuestro interés, vuestra equidad y vuestra gloria, de que no debeis obligarme á que siga en mi defensa el órden trazado por mi adversario. Nada sería más injusto y más opuesto al juramento que habeis prestado de escuchar igualmente á las dos partes, lo cual no solo significa que debeis ser imparciales en vuestro juicio, sino que tambien debeis permitir al acusado la eleccion de los medios que crea más oportunos para justificarse.

Esquines tiene en esta causa muchas ventajas sobre mí, de las cuales dos sobre todo, ¡oh atenienses! son muy importantes. Desde luego los peligros que corremos no

(1) Biografía universal, art. Demóstenes.

son iguales, porque si él no gana su causa no pierde nada, y si yo me enajeno vuestra benevolencia..... Pero no, no saldrá de mis lábios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo á hablaros. La otra ventaja que le favorece consiste en que hay una propension natural á escuchar con agrado las acusaciones y el vituperio, y á oir con disgusto á los que se ven obligados á hablar bien de sí mismos. Así, pues, Esquines tiene en su favor todo lo que concilia el ánimo de la mayor parte de los hombres, y solo me ha dejado lo que les enoja y ofende. Si en medio de los temores que me asaltan guardo silencio sobre los actos de mi vida pública, será incompleta mi justificacion, y vosotros podreis creer que os habeis engañado al considerarme digno de recompensa. Si me estiendo sobre lo que he hecho en servicio del Estado, tendré necesidad de hablar frecuentemente de mi persona. Procuraré hacerlo con toda la mesura que me sea posible, y lo que me vea obligado á decir, imputadlo, ¡oh atenienses! al que me ha reducido á tener que defenderme.

Yo creo, ¡oh jueces! que todos convendreis en que este debate es comun á Ctesifonte y á mí, y en que no debo hacer, por conseguir una sentencia favorable, menos esfuerzos que él mismo. Ser despojado de todo es cosa triste y cruel, y mas aún el serlo por un enemigo; pero perder vuestra simpatía y vuestro afecto, es una desgracia tanto más sensible, cuanto que nada hay tan precioso como vuestra estimacion. Puesto que tales son las garantías del combate, creo justo y os suplico que escucheis mi defensa con la imparcialidad prescrita por las leyes que en otro tiempo estableció Solon, aconsejado por su amor hácia vosotros y hácia la democrácia, y de las cuales creyó deber perpetuar el imperio grabándolas en tablas de piedra y por medio del juramento de vuestros tribunales. No quiero decir con esto que desconfiase de vosotros; pero veía que las inculpaciones y las calumnias del acusador

alcanzarian irremediablemente al acusado, si cada uno de vosotros, fiel á los deberes que se impone como juez, no acojiese favorablemente al segundo orador, y escuchándole con ánimo imparcial, no llegase á pronunciar una sentencia justa.

Debiendo en este dia dar cuenta de mi vida entera como particular y como hombre público, he invocado é invoco de nuevo á los Inmortales. Sí, ante vosotros les pido que os inspiren hácia mí, en estos ataques de que soy objeto, una benevolencia tan completa como grande ha sido en todas ocasiones mi amor á la pátria y á todos vosotros. ¡Ojalá os dicten ellos tambien el decreto que reclaman el honor nacional y la conciencia de los ciudadanos!

Si Esquines se hubiese limitado al objeto de su acusacion, mi primer cuidado sería justificar el decreto del Consejo; pero toda vez que la mitad de su discurso consiste en divagaciones y en imposturas contra mí, creo necesario y justo, ciudadanos de Atenas, responder primero á ellas brevemente, á fin de que ninguno de vosotros, estraviado por tales digresiones, pueda escucharme con desconfianza sobre la acusacion misma. A sus invectivas y calumnias contra mi persona, hé aquí la respuesta que doy: ved qué sencilla, pero al mismo tiempo qué sólida es. Si vosotros, entre quienes he vivido siempre, me considerais tal como me ha pintado el acusador, imponedme silencio y no vacileis en condenarme, aun cuando los actos de mi administracion os parezcan un prodigio. Pero si me reputais más digno y de mejor orígen que á él; si, dicho sea con modestia, sabeis que mi familia no cede en honradez á ninguna otra, no lo creais en lo demas que ha manifestado; porque indudablemente todo ha sido producto de su invencion. Por mi parte solo os pido que la bondad que siempre os habeis dignado dispensarme en otros muchos procesos, me la concedais tambien en el presente.

Insidioso Esquines, ¿has podido tener la simpleza de

pensar que, dejando á un lado mis actos políticos, atendería solo á rechazar tus insultantes personalidades? No, no esperes que yo haga semejante locura. Tus mentiras, tus calumnias sobre mi administracion, serán, por el contrario, el primer objeto de mi exámen. En cuanto á las injurias de que has sido tan pródigo, más adelante, si se me quiere escuchar, me ocuparé de ellas.

Los crímenes de que me acusa son tan graves y numerosos, que las leyes castigan algunos con gran rigor y aun con la misma muerte; pero su agresion no tiene otra base que el ódio más encarnizado, el insulto, la difamacion, la invectiva y todas las formas del ultraje. Si sus imputaciones y sus cargos fuesen verdaderos, Atenas no tendría bastantes suplicios para mí. Sin duda que el derecho de hablar al Pueblo no debe prohibirse á nadie; pero subir á la tribuna con un plan ordenado de envidiosa persecucion, por los Dioses, ¡oh atenienses! que no es ni regular, ni democrático, ni justo. Cuando Esquines me vió cometer esos enormes crímenes de Estado que ha desenvuelto con su voz teatral, debió en seguida perseguirme legalmente. Si yo merecía, en su concepto, ser denunciado como traidor, ¿por qué no me denunció? ¿Por qué no hizo que se me formase un proceso segun la forma acostumbrada en vuestros tribunales? Si las leyes eran violadas por mis decretos, ¿por qué no me acusó de infractor de las leyes? Ciertamente que el hombre capaz de perseguir á Ctesifonte por perjudicarme, no habría desperdiciado la ocasion si hubiese creido que le era posible confundirme. ¿Me creía culpable ese calumniador de las prevaricaciones que ha enumerado ó de cualquier otro crímen? Pues para todos los delitos tenemos leyes, procedimientos, justicia respectiva y castigos severos, que son las armas que debió usar contra mí. Si hubiese seguido esta marcha, la acusacion actual correspondería á su conducta pasada. Pero hoy le vemos que, muy lejos de seguir la única senda recta y

justa que se le ofrece, y largo tiempo despues de haber callado en presencia de los hechos, viene á amontonar cargos, sarcasmos é invectivas, ¡viene á representar una comedia! Ademas, es á mí á quien acusa, y á Ctesifonte á quien denuncia, ante el tribunal. En todas las partes de este proceso resalta el ódio que me profesa; y no habiéndose atrevido nunca á atacarme de frente, ¡hoy tambien le veis empeñado en herir á otro de muerte civil! En medio de tantas razones como militan en favor de Ctesifonte, esta circunstancia constituye la que más le favorece; porque si nosotros dos teníamos que ocuparnos de nuestras querellas, es el colmo de la injusticia comprometer á un tercero en nuestra lucha.

Por aquí se puede ver que todas las imputaciones de Esquines carecen de justicia y de verdad. Pero, sin embargo, quiero examinarlas en detalle, y muy particularmente en lo que toca á las mentiras que ha proferido sobre la paz de mi embajada, para achacarme sus culpables manejos con Filócrates. Pero conviene y aun es necesario recordaros, ¡oh atenienses! la situacion de la Grecia en aquella época, á fin de que considereis cada acontecimiento en sus relaciones con las circunstancias.

Una vez encendida la guerra de la Fócida, no por mí, puesto que aun no habia tomado parte en el gobierno, ¿cuáles eran vuestras disposiciones? Deseábais la salud de los focidenses, aunque culpables á vuestros ojos. Cualquier revés sobrevenido á los tebanos os hubiese alegrado, porque habian merecido vuestro resentimiento por el abuso que hicieron de su victoria de Leuctra. Todo el Peloponeso estaba dividido. Los enemigos de los lacedemonios eran allí muy débiles para que pudiesen vencerlos, y los jefes que habian puesto al frente de las ciudades carecian de poder. Aquellos pueblos como los demas helenos estaban agitados por interminables discordias. Filipo, testigo de estos males que eran bien públicos, prodiga el oro

á los traidores de cada pais, irrita todos los pueblos, los lanza unos contra otros, y despues se vale de estas faltas comunes y de las rivalidades despertadas para acrecentar su poder y avasallarlo todo. Debilitados por una guerra tan larga, los tebanos, entonces tan arrogantes y hoy tan desgraciados, (1) se iban á ver forzosamente en la necesidad de recurrir á vosotros. Filipo, para impedir la coalicion, ofrece á los tebanos un refuerzo y á vosotros la paz. ¿Qué fué lo que le ayudó á haceros caer, casi voluntariamente, en el lazo? ¿La cobardía ó la ignorancia de los demas helenos? ¿Acaso ambas cosas juntas? Os veian hacer la guerra, guerra sin fin sostenida por los intereses de todos, como los hechos lo han demostrado; y sin embargo, ¡ellos no pagaban su contingente en hombres, en dinero ni en ninguna clase de socorros! Justamente irritados escuchásteis las proposiciones de Filipo.

La paz, acordada desde entonces, fué concluida por las circunstancias, y no por mí como ha dicho ese calumniador. Buscad la causa verdadera de nuestras desgracias presentes, y la encontrareis en las iniquidades de los hombres vendidos para hacer esta paz. En el exámen y en la reseña detallada que esta investigacion requiere, la verdad es el único objeto que me propongo: si entonces se cometieron faltas graves, yo soy completamente estraño á ellas. El primero que habló de paz fué el cómico Aristodemo. Apareció en seguida el redactor del decreto, el hombre que mereció tantas alabanzas por su obra, y que fué Filócrates de Agnonto, tu cómplice, Esquines, y no el mio. ¡Oh! ¡Tú debiste ahogarte antes de proferir esa mentira! Los que apoyaron la proposicion (y no examino aquí el motivo que los indujo á hacerlo) fueron Eúbulo y Cefisofonte: Demóstenes no intervino en esto absolutamente para nada.

(1) Alejandro acababa de destruir á Tebas.

A pesar de los hechos tan bien establecidos, tan resplandecientes de verdad, lleva su imprudencia hasta atreverse á asegurar que la paz fué obra mia, y que yo impedí á la República el ponerse de acuerdo con los demás helenos. O el más..... ¿pero dónde encontraré palabra bastante injuriosa para calificarte? Cuando, presente en Atenas, me veias perjudicarla tanto, apartándola de una alianza cuyas ventajas acabas de ensalzar teatralmente, ¿por qué no estalló tu indignacion? ¿Por qué no vinístes á ilustrar al Pueblo y descubrirle esos crímenes de que hoy me acusas? Si para escluir á la Grecia del tratado me vendí á Filipo, debiste romper el silencio, gritar, protestar y demostrar mi traicion. Nada hiciste, sin embargo, nadie te oyó levantar la voz; pero, ¿qué habría dicho, atenienses, aunque hubiese hablado? Entonces no enviásteis ninguna embajada á los helenos; hacía mucho tiempo que habian manifestado sus intenciones, y por consiguiente todo lo que el acusador dice sobre este punto es un tejido de imposturas. Ademas de esto, ofende á la República con sus calumnias. Habla de haber llamado los helenos á la guerra cuando mandábais comisionados á Filipo para concertar la paz; ¡esto habría sido convertirse en Euríbates, no en republicanos y hombres de honor! ¿Con qué designio habríais enviado entonces los embajadores? ¿Con el de proponer la paz? Toda la Grecia gozaba de ella. ¿Con el de escitar á la guerra? Vosotros mismos deliberábais para terminarla. Es, pues, evidente, que yo no fuí el instigador ni la causa de esta primera paz, y que todas las demás imputaciones de Esquines son falsas.

Terminadas las hostilidades, examinad aún qué partido tomamos el uno y el otro. Vereis cuál combatió sin descanso por Filipo, y cuál trabajó por vosotros sin más propósito que el bien de la pátria. Miembro del Consejo, propuse un decreto ordenando á los embajadores que navegasen á toda vela, hácia el lugar donde supiesen que se

encontraba Filipo, para recibir su juramento. El decreto se espidió, y sin embargo no quisieron obedecerlo, á pesar de que su cumplimiento era de una grande importancia, segun podreis comprender en seguida. Un largo intérvalo entre el tratado y el juramento favorecía los intereses del Príncipe, y uno corto era conveniente á los intereses de Atenas. ¿Sabeis por qué? Porque desde el dia en que pensásteis, no ya en jurar la paz, sino en oir proposiciones para ella, abandonásteis todos vuestros preparativos de guerra, mientras que él aumentaba, por el contrario, la actividad de sus operaciones. Él discurría y discurría con acierto, que todo lo que hubiese arrebatado á la República antes de comprometerse por el juramento, podría conservarlo sin que nadie se atreviese á romper por esta causa los tratados. Yo penetré sus intenciones, ¡oh atenienses! y propuse ese decreto que ordenaba ir á buscarle á toda prisa y exigirle el juramento. De este modo la paz habría sido jurada, sin que los traces, vuestros aliados, hubiesen perdido las fortalezas de Serrhium, Mirthium y Egisque, que Esquines acaba de destruir; (1) sin que Filipo, despues de haber invadido los puntos más importantes, se hubiese hecho dueño de toda la comarca; sin que el aumento de sus rentas y de su ejército, le facilitase la ejecucion de sus demás empresas. Esquines no ha dicho nada de este decreto; pero al referirse á que opiné en el Consejo por que se admitiesen á vuestra audiencia los embajadores, me ha inculpado terriblemente. ¿Y qué otra cosa debí hacer? ¿Apartarlos de vuestra presencia? Habian venido espresamente para conferenciar con vosotros. ¿No hacer que el empresario les diese localidades en el teatro? Por dos óbolos se las habrian proporcionado! ¿Debía acaso inclinarme á que se economizasen esas mezquindades, y

(1) Se refiere á que Esquines, en su discurso, había supuesto que esas plazas no existian ya.

despues, como esos traidores, vender el Estado entero á Filipo?

Que se lea el decreto que ese hombre ha omitido, aunque lo conoce muy bien.—*(Lectura del decreto á que hace referencia el orador.)*

Yo había redactado ese decreto mirando á nuestros intereses y no á los de Filipo. Nuestros leales embajadores pensaron de otro modo, y estuvieron tres meses completos en Macedonia, hasta que volvió el Príncipe conquistador de toda la Tracia. Sin embargo pudieron en diez dias, ¿qué digo en diez dias? en tres ó cuatro pudieron llegar al Helesponto y salvar las fortalezas, recibiendo el juramento de Filipo antes de que las hubiese tomado. Estando nosotros presentes no habría tocado á ellas, á menos que no hubiese querido prestar el juramento, en cuyo caso le habríamos negado la paz, impidiendo que la tuviese al mismo tiempo que las plazas. Tal fué en esta embajada el primer golpe de habilidad dado por Filipo, la primer vileza convenida por esos traidores enemigos de los Dioses. Desde entonces, lo confieso, les declaré la guerra; ¡guerra sin tregua para hoy, para mañana y para siempre!

Pero ved en seguida una perfidia mayor aún. Dueño de la Tracia por la desobediencia de nuestros negociadores, Filipo jura la paz y les compra la prolongacion de su permanencia en Macedonia, hasta que él tuviese terminados los preparativos de su espedicion á la Fócida. De este modo, no recibiendo de vuestros diputados ninguna noticia de las intenciones que animaban al Monarca, vosotros no os embarcaríais para volver á las Termópilas y cerrarle el paso como anteriormente, ni podríais conocer sus designios hasta que ya fuese tarde para impedir que atravesara la garganta. Pero, á pesar de esto, Filipo se hallaba en una situacion muy peligrosa, porque no obstante su prontitud en apoderarse de aquel punto, la nueva de sus movimientos podía induciros á socorrer á la Fócida antes

de ser destruida, y arrebatarle su presa. Tanto le preocupaban estos temores, que separando á Esquines de sus compañeros, dió á este infame un aumento de salario para que os presentase los relatos y os diera los consejos que han producido tantos males.

Os pido, ciudadanos de Atenas, os suplico que recordeis en el curso de todo este debate, que si Esquines se hubiese ceñido al acto de la acusacion, yo no me permitiría ninguna digresion; pero siendo así que no hay imputaciones ni calumnias de que no haya hecho uso, fuerza será responder en pocas palabras á cada uno de sus ataques. ¿Qué os decía entonces Esquines en aquellos discursos que despues fueron tan funestos? «Que la presencia de Filipo en las Termópilas no debía alarmaros. Permaneced tranquilos, añadía, y todo marchará conforme á vuestros deseos. Hasta dos ó tres dias sabreis que se ha hecho amigo de los pueblos contra los cuales marcha, y enemigo de los que ahora gozan su favor. No son las palabras, seguía diciendo con énfasis, las que cimentan las amistades, sino la comunidad de interés; y todos sabeis que Filipo, la Fócida y Atenas están igualmente interesados en librarse de la estúpida arrogancia de los tebanos.» Muchos se dejaban seducir por este lenguaje, á causa de su ódio secreto contra Tebas. Pero ¿qué sucedió muy pronto? Los infortunados focidenses fueron destruidos y sus ciudades arrasadas; y vosotros, confiados en las palabras de ese traidor, tuvisteis que abandonar los campos, ¡mientras que él recibía dinero! Pero aun hubo más: los enemigos declarados de Atenas, los tebanos y tesalios dieron gracias á Filipo.

¿Se necesita probar todo esto? Pues que se lean el decreto de Calístenes y la carta del Príncipe, y quedareis completamente convencidos.—Lee.

(Lectura de un decreto prohibiendo á todos los atenien-

ses que durante la noche permanecieran fuera de la ciudad; ordenando que se condujesen al Pireo y á otros puntos todos los efectos de valor que fuesen trasportables, y recomendando á los soldados que redoblasen su vigilancia.)

¡Oh atenienses! ¿hicísteis la paz con la esperanza de que sucediera esto? ¿Son estas las promesas de ese mercenario?—Lee tambien la carta que poco despues nos escribió Filipo.

(Lectura de una carta de Filipo en que participaba al Consejo la destruccion de las ciudades focidenses y la venta de los habitantes, advirtiéndole que era inútil que la República pensara en socorrerles, y quejándose de la conducta irregular de los atenienses. Fundaba esta queja en que socorrer la Fócida era declarar la guerra á él, puesto que este pais no se comprendía en los tratados.)

Ya lo veis: en una carta dirigida á vosotros, Filipo hace á sus aliados esta declaracion: «He obrado á despecho de Atenas y en daño suyo. Si, pues, sois sensatos, tebanos y tesalios, la considerareis como enemiga, y pondreis en mí toda vuestra confianza.» Hé aquí en otros términos, lo que quiere dar á entender. Con esta política redujo estos pueblos y les quitó todo sentimiento de prevision, hasta conducirse con ellos como un verdadero dueño. De aquí las calamidades por que hoy gimen los tebanos. Y el que ha trabajado de acuerdo con Filipo para inspirar tan fatal confianza; el que valiéndose de falsos relatos ha jugado con vosotros, es el mismo que al presente deplora los infortunios de Tebas y que los pinta de una manera lamentable; ¡él, que es el autor de esos desastres y de los que ha sufrido la Fócida, y de todas las desventuras de la Grecia! Sin duda, Esquines, lloras con el recuerdo de tales acontecimientos; sin duda te aflíges por la suerte de los tebanos; ¡tú, que habiéndote hecho propieta-

rio en Beocia, cultivas los campos que ellos poseyeron! ¡Y yo, entretanto, dices que me alegro de sus males; yo, á quien el destructor de Tebas se apresuró á señalar como una de sus víctimas! (1) Pero he tocado á un asunto del cual será mejor ocuparnos más adelante. Voy á probar que la venalidad y el crímen han causado nuestras desgracias actuales.

Cuando Filipo, por medio de las mentiras de los embajadores vendidos á él, engañó á Atenas y á la Fócida y destruyó las ciudades de esta, ¿qué fué lo que sucedió? Los abyectos tesalios, los estúpidos tebanos admiraron al Príncipe, que era para ellos amigo, bienhechor y libertador, negándose á escuchar á quien pretendía desengañarles. Vosotros, aunque indignados y llenos de desconfianza respetásteis la paz. ¿Qué podíais hacer estando solos? Los demás helenos, engañados como vosotros y con las esperanzas perdidas, acariciaban esta paz que, desde hacía tiempo, era tambien para ellos casi tan desfavorable como la guerra. Se esplica esto observando que, cuando en sus correrías Filipo subyugaba á los ilirios y los triballos y aun á algunas ciudades griegas; cuando acaudillaba bajo sus banderas grandes y numerosos ejércitos y corrompía á todos los Esquines que á favor de la paz viajaban por sus Estados, entonces mismo hacía una verdadera guerra á todos los pueblos á quienes sus operaciones amenazaban. Si no lo conocieron, esa es otra cuestion que nada dice en contra mia, puesto que no he cesado de predicar, de protestar, tanto aquí como en los demás puntos á donde he sido enviado. Pero las Repúblicas se hallaban invadidas de un mal general; ministros y magistrados estaban sobornados y vendidos; los ciudadanos y los pueblos ca-

(1) Se refiere á Alejandro, que había pedido le fuesen entregados los ocho ciudadanos más notables del partido ateniense contrario á Macedonia.

recian de prevision ó se dejaban engañar á la luz del dia por no salir de su indolente reposo. Un estraño contagio lo penetraba todo; cada uno imaginaba que por sí solo podría salvarse de la tempestad, y que en medio del peligro comun encontraría un puerto de refugio. En pago de esta incuria profunda é intempestiva, los pueblos han ganado la servidumbre; y los jefes que creyeron venderlo todo ménos ellos mismos, han conocido al fin que fueron los primeros en venderse. En lugar de los títulos de huéspedes y amigos que recibian con el dinero, hoy resuenan en sus oidos los de aduladores é impíos, y otros muchos no ménos propios de sus maldades. Jamás se enriquece á un traidor por favorecer sus intereses; sucede, al contrario, que una vez aprovechada su deslealtad, se le olvida y desprecia; y ciertamente que si las cosas no sucedieran de este modo, nadie sería tan feliz como los traidores. Pero no, es imposible que se les estime; antes bien, el ambicioso que llega á dominar favorecido por ellos, se convierte en el tirano de los que le han prestado su ayuda, y conociendo entonces la perversidad de tales hombres, solo tiene para ellos ódio, desconfianza y vejaciones. Consultad los hechos, que conservados por el tiempo, pueden siempre estudiarse por los sábios. Lastenes fué llamado el amigo de Filipo hasta que entregó á Olinto; Timolao, hasta la ruina de Tebas, y Eudicos y Simos de Larisa, hasta que concluyeron de someterle la Tesalia. Pero muy pronto, perseguidos, infamados, agobiados de males, han huido errantes por toda la tierra. ¿Qué ha encontrado Aristrato en Siciona? ¿Qué ha encontrado Perilaos en Megara? ¡Solo aborrecimiento y desprecio! De todo esto se deduce claramente que tú, Esquines, y tus infames cómplices, debeis vuestros suntuosos banquetes al ciudadano más celoso por la pátria, al más elocuente para combatir la traicion; y que si todavía vivis, si todavía se os paga, es por esta multitud que lucha contra vuestras maquina-

ciones. Abandonados á vosotros mismos, hace mucho tiempo que estaríais perdidos.

Mucho podría decir aún sobre esta época; ¿pero no he dicho ya demasiado? La culpa, en todo caso, será de ese hombre; él ha derramado sobre mí la repugnante hez de sus traiciones y sus crímenes, y me obliga á purificarme ante unos jueces más jóvenes que los acontecimientos. Quizá os habré fatigado, puesto que antes de que yo pronunciase una palabra ya conocíais hasta dónde llegó entonces su venalidad. ¡Esto es lo que él confunde, la hospitalidad y la amistad! Dice que le vitupero el ser huesped de Alejandro. ¡Yo vituperarte la amistad de Alejandro! ¿Cuándo la has adquirido? ¿Con qué títulos? No, yo no puedo llamarte ni el amigo de Filipo ni el huésped de Alejandro, no soy tan insensato. ¿Cuándo has visto que los segadores y las demás gentes que ganan un salario se llamen los amigos y los huéspedes de quien les paga? ¡No, estos nombres no te pertenecen ni pueden pertenecerte! Mercenario de Filipo primero; mercenario de Alejandro ahora, así es como yo te designo y como te designan todos los que me escuchan. ¿Lo pones en duda? Pues pregúntales....., ó más bien, yo les preguntaré por tí. Decidme, ciudadanos de Atenas, ¿es Esquines el huésped de Alejandro, ó es su mercenario?..... Ya oyes la respuesta.

Quiero, sin embargo, justificarme sobre la acusacion misma y esponeros mi conducta. Que Esquines oiga, aunque no lo ignora, por qué acciones declaro merecer la recompensa propuesta en el decreto, y otras mayores aún.— Toma y lee el acta de acusacion.

(Lectura de una acusacion de Esquines contra Ctesifonte, por haber propuesto este conceder una corona de oro á Demóstenes, en la solemnidad de las grandes Dionisiacas, para recompensarle su virtud, su lealtad y su celo por Atenas y por toda la Grecia. El acusador negaba los merecimientos de Demóstenes y fundaba su acusacion en

que las leyes prohiben: 1.° Insertar falsedades en las actas públicas. 2.° Coronar á un ciudadano responsable de cuentas no rendidas aún. 3.° Proceder al acto de la coronacion en las fiestas citadas, y en la escena, durante las tragedias nuevas.—Pedia una multa de cincuenta talentos.)

Hé aquí, ¡oh atenienses! lo que Esquines ataca en el decreto; hé aquí por dónde espero establecer claramente la regularidad de mi defensa. Seguiré el mismo órden que el acusador, y cada punto será discutido sin ninguna omision voluntaria. El decreto dice que no ceso de prestar servicios al Pueblo con mis actos y mis palabras; alaba el interés que me inspira, y mi afan por proporcionarle todas las ventajas que me son posibles; por consiguiente estas son cosas que pertenecen á mi vida pública. Examinadla, pues, y encontrareis la verdad ó la mentira que encierran las palabras de Ctesifonte. Este mismo exámen decidirá si es justo concederme la corona, y si merezco que la ceremonia de la proclamacion se haga en el teatro, sin que haya necesidad de añadir: *despues de la rendicion de cuentas*. Tambien creo deber citaros las leyes que autorizan el decreto de Ctesifonte. Tal es, ¡oh atenienses! el plan de mi defensa. Entro, pues, á ocuparme de mis actos oficiales; pero no creais que me estravío del objeto de esta causa, aunque haga referencia á mis discursos y á lo que he hecho por la Grecia. Considerar falso el decreto que atribuye á mis acciones y á mis palabras un fin patriótico, es obligarme á hacer una reseña completa de mi conducta pública. Debo observar tambien que entre las diversas gestiones del Gobierno, yo me he ocupado con preferencia de los asuntos generales de la Grecia, y que á este punto deben referirse mis pruebas.

Dejemos á un lado las usurpaciones hechas y conservadas por Filipo, antes de que yo apareciese en la tribuna y tomase parte en el gobierno, puesto que nada de lo que entonces aconteció puede inculpárseme. En cuanto á la

resistencia que se le opuso desde aquella época en adelante, la recordaré sin ninguna omision, despues de algunas consideraciones preliminares.

Filipo contaba, ¡oh atenienses! con una ventaja inmensa. En todos los Estados helenos había traidores dispuestos á venderse, multitud de hombres enemigos de los Dioses, de que no hay ejemplo en la historia del pasado. De ellos, como de auxiliares, se servía el Macedonio. Todos los pueblos griegos se hallaban agitados por la discordia: él procuró aumentar sus disensiones, en unas partes valiéndose de la mentira, en otras de las dádivas y de los demas medios de corrupcion: de este modo hizo girones todos los Estados helenos, cuyo único interés consistía en impedir que se engrandeciese. Mientras que se desgarraban en luchas intestinas, sin ver la tempestad que se estendia cada dia más amenazadora, examinemos, ciudadanos de Atenas, la actitud que debía tomar la República, y tened en cuenta que yo fuí quien aconsejé lo que entonces se ejecutó.

Dime, Esquines, ¿debía Atenas desmentir su valor y su grandeza, y mezclarse á los tesalios y dolopos para conquístar á Filipo el imperio de la Grecia, para destruir la gloria y los derechos de nuestros antepasados? ¿O era necesario que, sin cometer una infamia tan evidente, se mantuviera en la indiferencia á la vista de las desgracias largo tiempo presentidas, que cada vez se hacian más inevitables? Que responda mi desapiadado acusador: ¿qué partido cree que debía haber tomado la República? ¿El partido que conducía á la ruina y la deshonra de la Grecia, que fué el que tomaron los tesalios y sus vecinos? ¿El de permanecer neutrales aguardando los sucesos favorables para aprovecharlos, como hicieron los de la Arcadia, Argos y Mesena? La mayor parte de estos pueblos, ó todos mejor dicho, han sufrido más que nosotros. Aun cuando Filipo vencedor se hubiese vuelto en seguida y terminado

las hostilidades, sin insultar á ningun aliado de dichos pueblos ni á ninguno de los demas helenos, habría, sin embargo, graves cargos que dirigir contra los que no se hubiesen opuesto á sus empresas. Pero si vemos que privó á todos igualmente de dignidad, de poder, de libertad, y destruyó las formas democráticas donde quiera que le fué posible, ¿no habrá que conceder que las resoluciones aconsejadas por mí, fueron las más útiles y honrosas?

Dí, Esquines, ¿qué debía hacer la República viendo que Filipo se abría un ancho camino para llegar á la soberanía de la Grecia? ¿Qué proposiciones, qué decretos debí presentar yo, que era consejero del Pueblo, y sobre todo consejero del Pueblo de Atenas? ¿Qué conducta debí seguir cuando estaba persuadido de que siempre mi pátria había luchado por la preeminencia, el honor y la gloria, y de que por una noble emulacion había sacrificado en beneficio de todo el resto de la Grecia, más hombres y más dinero que toda la Grecia junta para atender á su propia defensa? ¿Qué debí hacer cuando veía á Filipo, nuestro antagonista, animado por el afan de dominar, hasta el punto de que despues de haber perdido un ojo, de tener rota una clavícula, y una mano y una pierna estropeadas, todavía ofrecía voluntariamente á la Fortuna la parte que prefiriese de su cuerpo, siempre que le dejase vivir glorioso con el resto? ¿Quién se habría atrevido á decir que un bárbaro, nacido en Pella, pueblo entonces sojuzgado y desconocido, debía tener un alma bastante grande para aspirar al imperio de la Grecia, ni siquiera para concebir este pensamiento? ¿Quién se habría atrevido á creer que vosotros, atenienses, vosotros, á quienes cada dia se ofrecen en la tribuna y el teatro recuerdos de las virtudes de vuestros padres, habíais de ser tan pusilánimes que corriéseis á entregar á Filipo la Grecia encadenada? No, semejante lenguaje no era posible. Solo quedaba, pues, irremediablemente, que oponer vuestra justa resistencia á

sus injustas empresas. Así lo hicísteis desde el principio por conveniencia y por honor, y declaro que á ello os induje con mis decretos y mis consejos mientras tomé parte en el gobierno.

¿Qué otra cosa debí hacer? Yo te lo pregunto de nuevo. Imposible era olvidar á Anfípolis, Pidna, Potidea, el Haloneso, Serrhium y Doriscos conquistadas, á Pepareté saqueada, y otros muchos atentados cometidos contra la República; pero quiero suponer que los ignorase. Tú decias que al hablar de estos hechos, mis palabras habian atraido á Atenas la enemistad de Filipo, siendo así que todos los decretos de entonces fueron de Eúbulo, Aristofon y Diofito, y no mios; ¿escuchas, orador desvergonzado, lo que estoy diciendo? No me ocuparé ahora de este particular. Pero yo quiero que se me diga: el que se apropiaba la Eubea y la convertía en un baluarte para inquietar el Atica; el que ponía sus manos en Megara, arrasaba á Pormos, tomaba á Oreos, instalaba como tiranos, en este último punto, á Filístides y en Eretria á Clitarco; el que dominaba el Helesponto, asediaba á Bizancio y destruía las ciudades griegas ó llevaba cautivos sus habitantes; el autor de estas agresiones, repito, ¿no violaba la justicia y los tratados? ¿No alteraba la paz establecida? ¿Y no era necesario que algun pueblo de la Grecia se levantase á detenerle? Si se niega esta necesidad, si la Grecia debía ser, como se ha dicho, una presa abandonada sin defensa, á la rapiña, aun existiendo todavía dignos atenienses, concedo que nos hemos agitado inútilmente, yo al daros mis consejos y vosotros al seguirlos, y pido que todas las faltas y todas las culpas recaigan sobre mí solo. Pero, si muy por el contrario, era indispensable oponer una barrera, ¿á qué otro pueblo si no que al Pueblo de Atenas correspondía presentarse el primero? A conseguir esto dirigí entonces todos mis esfuerzos. Viendo que Filipo corrompía los hombres influyentes, me hice su adversario, y me

ocupé siempre en descubrir sus designios, en aconsejar á los pueblos que no se sometiesen al yugo de un Macedonio.

En cuanto á la paz, Esquines, él fué quien la rompió apresando nuestras naves, y de ningun modo Atenas. Que se busquen los decretos y su carta y que se lean sucesivamente. El exámen de estos documentos dará á conocer cuál es la culpa y quién es el culpable.—Lee.

(Lectura de un decreto, referente á veinte naves atenienses cargadas de trigo, que habian sido apresadas en el Helesponto por un capitan de Filipo: en dicho decreto se proponía el envío de embajadores á Macedonia para pedir cuentas de este atentado. Si había sido cometido por órden del Príncipe, los enviados escribirian al Pueblo para que adoptase el partido que le pareciere más conveniente.)

Este decreto es de Eúbulo y no mio. Despues se presentaron sucesivamente los de Aristofon, Hegesipo, otro del mismo Aristofon, el de Filócrates, el de Ctesifonte y todos los demás, sin que ni uno solo hubiese sido propuesto por mí.—Lee.

(Lectura de un decreto que ordenaba, segun acuerdo del Pueblo, elegir tres diputados para que fuesen á reclamar á Filipo la devolucion de los buques que habia apresado.)

Por mi parte cito estos decretos: á tu vez, Esquines, produce aquel de que me he valido para encender la guerra. ¡Es imposible! De otro modo, sería el primer documento que habríais presentado. Ni el mismo Filipo me imputa nada sobre la guerra, siendo así que dirige cargos contra otros. Que se lea su carta.

(Lectura de una carta de Filipo en que decía al Senado y al Pueblo de Atenas que los buques apresados no lleva-

ban el trigo á Lemnos, como se había supuesto, sino que iban á socorrer á Selimbria, asediada entonces por las tropas macedonias, y que el jefe del convoy había recibido esta órden de algunos magistrados de Atenas y de otros particulares, que deseaban un motivo para renovar la guerra. Añadía que entregaba los buques suplicando el castigo de los culpables, y prometiendo por su parte la fiel observancia de los tratados.)

Aquí no hace mencion de Demóstenes; ninguna queja dirige contra él. ¿Por qué, pues, cuando Filipo acusa á otros se calla sobre mis acciones? Porque designarme habría sido recordar sus injusticias por mí descubiertas y por mí combatidas. Se dirige al Peloponeso, y al instante propongo una diputacion para enviarla á Peloponeso; toca á la Eubea y propongo otra para la Eubea; establece dos tiranos en Oreos y Eretria, y pido para estas ciudades, no una embajada, sino un ejército que las socorra; y últimamente, hago marchar todas aquellas escuadras que salvaron el Quersoneso, Bizancio y los demas aliados. De aquí las magníficas recompensas, los elogios, las coronas, los multiplicados honores, las solemnes acciones de gracias que os dispensó su reconocimiento. Entre las ciudades atacadas, las que dieron oidos á vuestros consejos se salvaron, y las negligentes recordaron con frecuencia vuestras predicciones, viendo en vosotros, no solo amigos sinceros, sino tambien profundos políticos ó verdaderos oráculos, puesto que todo sucedió como habíais pronosticado.

¿Qué no habría dado Filístides por poseer á Oreos, Clitarco por poseer á Eretria, y el mismo Filipo por disponer de otras dos ciudades contra vosotros, por encubrir sus pérfidas maniobras y ocultar las huellas que podian revelarlas á todas las miradas? Nadie ignora esto, y tú Esquines, en cuya casa se alojaban los enviados de Clitarco y de Filístides; tú, que eras el agente de ambos, lo ignoras mucho ménos que los demás. ¡Unos hombres que Atenas

había perseguido como enemigos, como portadores de inícuos y perniciosos consejos, gozaban sin embargo de tu amistad! ¡Tú, pues, no has hecho otra cosa que proferir mentiras, víl difamador! ¡Y dices que mientras me pagaron permanecí mudo, y que así que gasté el oro comencé á gritar! ¡Tú te conduces de otra manera; gritas cuando tienes las manos llenas, y gritarás siempre si nuestros jueces no te ahogan bajo el peso de tu infamia!

Atenienses, vosotros me coronásteis entonces por mis servicios; Aristónico redactó el decreto en los mismos términos que ofrece hoy el de Ctesifonte, y la corona fué proclamada en el teatro, como ahora se propone por segunda vez. Esquines, que se hallaba presente, no protestó ni acusó al autor del decreto.—Tómalo y procede á su lectura.

(Lectura de un decreto en el cual Aristónico propone al Consejo y al Pueblo de Atenas, que se conceda á Demóstenes una corona de oro, en recompensa de sus servicios, y que el acto de la coronacion se verifique en el teatro, en la época de las fiestas Dionisiacas y en el dia de las tragedias nuevas.)

¡Y bien! ¿quién de vosotros ha visto que ese decreto haya ocasionado á Atenas la vergüenza, los sarcasmos, la irrision que ese hombre predice á la ciudad si accedeis á coronarme? Cuando las acciones son recientes y generalmente conocidas, se recompensa el bien y se castiga el mal. Pero ya veis que merecí entonces el reconocimiento público, lejos de ser vituperado ó castigado. Así es que hasta este tiempo por lo ménos, mi administracion fué constantemente declarada por todos como saludable á la pátria. Atestiguo esto con mis discursos y mis decretos, que prevalecieron siempre en vuestras deliberaciones; con la ejecucion de estos mismos decretos; con las coronas que proporcionaron á la República, á todos vosotros y á mí

mismo, y con los sacrificios y las pompas religiosas verificadas para celebrar aquellos favorables acontecimientos.

Rechazado Filipo de la Eubea por vuestras armas, y dicho sea para tormento de ciertos envidiosos, por mi política y mis decretos, meditó contra Atenas un nuevo plan de ataque. Como veía que consumíamos más trigos estranjeros que cualquiera otro pueblo, concibe el pensamiento de hacerse dueño de las vías de comunicacion; pasa en seguida á la Tracia y pide á los bizantinos, sus aliados, que se le unan para hacernos la guerra. Rehusan diciendo, fundadamente, que no había tal condicion en su alianza. Entonces rodea la ciudad de trincheras, dirige á ella sus máquinas y la asédia. Lo que debimos hacer en estas circunstancias, no lo preguntaré, porque todos lo vemos claramente. ¿Pero quién socorrió y salvó á los bizantinos? ¿Quién libró el Helesponto de la dominacion estranjera? ¡Vosotros, ciudadanos de Atenas! y cuando digo vosotros, quiero decir la República. Pero en nombre de la República, ¿quién hablaba, decretaba y ejecutaba? ¿Quién se había consagrado por completo á su servicio? Yo. ¿Y qué resultados obtuvimos todos? No corresponde á la palabra el decíroslo, sino á los hechos y á la esperiencia. La guerra de entonces, ademas de ser gloriosa, hizo afluir aquí toda clase de víveres, hasta el punto de que bajasen los precios más que en la paz actual, tan fielmente guardada por esos buenos ciudadanos que inmolan la pátria á sus culpables esperanzas. ¡Ojalá las vean defraudadas! ¡Ojalá quieran los Dioses escluirlos de los bienes que vosotros, los amigos del Estado pedís al cielo, y preservaros de toda participacion en sus culpables maquinaciones!— Léeles el decreto por el cual Bizancio y Perinto concedieron coronas á la República, en recompensa de la ayuda que les había prestado.

(Lectura de un decreto de los bizantinos y perintianos, en el cual, despues de establecer estos pueblos que debian la conservacion del gobierno de sus padres, la de sus leyes y sus sepulcros á los socorros de Atenas, concedian á los atenienses:

Los derechos de matrimonio, de ciudadanía, de adquirir tierras y casas; la asistencia á los juegos públicos; la entrada en el escenario y en la Asamblea inmediatamente despues de los sacrificios; y á los que quisieran habitar en cualquiera de ambas ciudades, la exencion del pago de todo impuesto.

Se erigirán en el Bósforo, añadía el decreto, tres estátuas de diez y seis codos, representando el Pueblo de Atenas coronado por Bizancio y por Perinto.)

Pasa al decreto por el cual el Quersoneso nos concede tambien coronas.

(Lectura de un decreto de los pueblos de Quersoneso, en el cual ofrecian al de Atenas una corona de oro de sesenta talentos, ordenando la construccion de dos altares, el uno consagrado á la Gratitud y el otro al Pueblo ateniense. Declaraban que por él habian sido salvados de las armas de Filipo, y que habian recobrado la pátria, las leyes, los templos y la libertad.)

Así, pues, el Quersoneso y Bizancio salvados, el Helesponto preservado del yugo de Filipo y nuestra ciudad coronada por haber conseguido todo esto, han sido los frutos de mi sistema político. Pero he hecho más aún; he mostrado á todos los pueblos la generosidad de Atenas y la perfidia del Macedonio. Sí, á la faz del mundo, el amigo y aliado de los bizantinos puso cerco á la ciudad de estos: ¿qué puede haber más infame y abominable? Y vosotros, á pesar de los motivos de queja que teníais hácia aquel pueblo, no contentos con olvidar vuestros resentimientos, habeis corrido hácia ellos y los habeis salvado, ganando así el aprecio y la admiracion de la Grecia! A más

de un gobernante ha coronado la República antes de coronarme á mí, nadie lo ignora; pero ¿dónde está, escepto yo, el ateniense que, siendo orador ó consejero del Pueblo, haya hecho coronar á la República? ¿Quién se atreverá á nombrarlo?

Para probar que las invectivas lanzadas por Esquines contra los eubeos y bizantinos, cuando afectaba recordar lo que había podido desagradarnos en la conducta de dichos pueblos con palabras de sicofanta, no solamente por calumniosas, (que esto presumo que lo sabeis) sino porque aunque fuesen ciertas, deben tratarse los asuntos como yo lo hago, en prueba de lo cual voy á citaros dos nobles acciones de nuestra República. Seré breve, pero no olvideis que los Estados, lo mismo que los particulares, deben arreglar su conducta siguiendo los ejemplos más honrosos.

Lacedemonia, ¡oh atenienses! dominaba por tierra y por mar; cercaba el Atica por todas partes; sus guarniciones ocupaban la Eubea, Tanagre, la Beocia entera, Megara, Egina, Cleones y las islas inmediatas; Atenas no tenía buques ni fortalezas, y sin embargo, os pusisteis en marcha para Haliarte, y pocos dias despues para Corinto. Pudiendo recordar las numerosas ofensas de los corintios y tebanos en la guerra decélica, estuvísteis muy lejos de hacerlo. En estas dos espediciones, ya ves, Esquines, que Atenas no obraba por reconocimiento, ni se acobardaba por los riesgos que corría. Nunca nuestra ciudad rechazó á los pueblos que se arrojaban á sus brazos, y siempre desafió los peligros por el honor y por la gloria. Conducta tan sábia como heróica, puesto que la muerte es para todos un término inevitable. El hombre de corazon debe siempre intentar grandes empresas; debe armarse de esperanza y sufrir con fortaleza lo que la Divinidad quiera enviarle. Así lo han hecho vuestros padres y los más ancianos de entre vosotros. Esparta no era vuestra amiga ni vuestra bienhechora, y aún frecuentemente Atenas había

recibido de ella graves injurias; pero, sin embargo de esto, cuando los vencedores de Leuctra se empeñaron en destruirla, vosotros os opusísteis sin temer el poder y la gloria de los tebanos, y sin contar los cargos que podríais dirigir á aquellos por quienes íbais á esponer vuestra vida. De este modo enseñásteis á todos los pueblos de la Grecia que, cuando alguno de ellos os ofende, sabeis contener vuestra cólera, y que ante un peligro que amenace su existencia ó su libertad, olvidais todos vuestros resentimientos.

Pero no fué entonces solamente cuando os condugísteis así. Otra vez los tebanos se apoderaron de la Eubea, y lejos de consentirlo y de recordar la indigna conducta de Temison y Teodoro, con motivo de Oropos, socorrísteis á los eubeos. Entonces fué la primera vez que la ciudad tuvo armadores voluntarios, entre los cuales me conté; pero aún no ha llegado el momento de ocuparme de este asunto. Os mostrásteis grandes salvando esta isla; más grandes aún, cuando dueños de los habitantes y las ciudades, lo devolvísteis todo fielmente á los que os habian hecho traicion, olvidando así las injurias de quien se abandonaba á vuestra generosidad y vuestra justicia. Paso en silencio otros muchos hechos que podría citar, tales como batallas navales, marchas, espediciones emprendidas por vuestros abuelos, tanto en beneficio de vuestros mismos intereses, cuanto por la salud y la libertad de la Grecia.

¡Y bien! Yo que en estas grandes y numerosas ocasiones había contemplado nuestra ciudad, siempre pronta á combatir en defensa de otros pueblos; yo que veía su propia existencia ser casi el objeto de sus deliberaciones, ¿qué debía proponer? ¿Qué debía aconsejar? ¿Un vil rencor, ¡oh cielos! contra los pueblos que la llamaban en su socorro? ¿Pretestos fútiles para perder la causa comun? ¡Oh! ¿Quién no habría debido esterminarme si hubiese intentado manchar con una sola palabra la gloria de Atenas? Sé, ade-

más, perfectamente que nunca habríais obrado en mengua de vuestra honra. Si lo hubiéseis querido, ¿quién os detenía? ¿No érais libres? ¿No estaban á vuestro lado para aconsejaros esos miserables?

Pero vuelvo á reanudar la esposicion de mi conducta política: aquí aún, ciudadanos de Atenas, considerad lo que era más útil al Estado. Viendo á vuestra marina perecer, á los ricos eximirse de las cargas ó contribuir con poco á ellas, á los pobres y á los de mediana fortuna arruinarse, y á la República perder las ocasiones favorables, propuse una ley que obligaba á los ricos al cumplimiento de sus deberes, que sacaba á los pobres de la opresion, y que proporcionaba á la pátria la ventaja de hacer á tiempo los preparativos de guerra. Acusado de infractor de las leyes, compareci ante vosotros y fuí absuelto, sin que el acusador obtuviese la quinta parte de los sufragios. ¿Qué suma creeis que me ofrecian los armadores de primera, segunda y tercera clase para que accediese á no proponer la ley, ó á dejarla al menos desaparecer en los aplazamientos de la acusacion? No me atreveré, ¡oh atenienses! á decíroslo. Ellos tenian sus razones para obrar de este modo. Segun la ley anterior, podian asociarse hasta diez y seis para cubrir su cuota, lo que daba por resultado que ellos pagaban poco y los pobres más de lo que podian; mientras que mi ley obliga á cada uno á contribuir segun sus facultades, habiendo sucedido que algunos á quienes antes solo correspondía una décima sesta parte en el armamento de un solo buque, se vió despues obligado á equipar dos á sus espensas. De esta manera dejaron el nombre de trierarcas para tomar el de contribuyentes. Para destruir esta medida; para sustraerse al cumplimiento de una justa obligacion, ningun sacrificio habrian dejado de hacer.—Lee primero el decreto que atestigua que he comparecido en juicio, y en seguida las imposiciones segun la antigua ley y segun la mia.—Lee.

(Lectura de un decreto que decía: Demóstenes de Pæania, hijo de Demóstenes, ha propuesto una ley naval para que sustituya á la antigua que establecia las asociaciones de trierarcas. El Senado y el Pueblo la han aceptado. Patroclo de Flies ha perseguido á Demóstenes como infractor de las leyes, y no habiendo obtenido la quinta parte de los sufragios ha pagado una multa de quinientas dracmas.)

Lee tambien la órden que antes servía de regla para imposiciones.

(Lectura de la siguiente disposicion: Para cada trireme se designarán diez y seis trierarcas asociados, elegidos entre los que lleguen á veinticinco años y no pasen de cuarenta, contribuyendo á los gastos por partes iguales.)

Presenta ahora la forma de imposicion que mi ley ha establecido.

(Los armadores de un trireme serán elegidos, segun los bienes y el censo, á partir desde los que tengan diez talentos. Si los bienes pasan de esta suma, la cuota imponible ascenderá proporcionalmente hasta tres naves y una chalupa. La misma proporcion se observará para los ciudadanos que tengan menos de diez talentos: para contribuir se asociarán hasta representar un capital que ascienda á dicha suma.)

Pues bien, ¿os parece que he favorecido poco á los pobres, ó que los ricos no habrian comprado muy cara la dispensa de cumplir esta obligacion legítima? No es solamente de haber rechazado una transaccion culpable y de haber vencido á mi acusador de lo que me alegro, sino más bien de haber establecido una ley, cuya utilidad se ha demostrado por la esperiencia. Porque durante toda la guerra, en que los armamentos se hicieron con arreglo á mi ley, ningun trierarca se ha quejado ante vosotros de pagar una cuota escesiva; ninguno se ha tenido que refu-

giar á Munichia; (1) ninguno ha sido preso por los intendentes de la marina; la República no ha perdido ni uno solo de sus triremes, ni han quedado detenidos en los puertos; y cesaron, en fin, todos los obstáculos que nacian de la antigua ley. La causa estaba en los pobres que carecian de recursos para satisfacer su cuota, lo cual hizo imposible más de una espedicion. Hice que los gastos de los armamentos recayesen sobre los ricos, y el órden quedó restablecido. Merecí, pues, elogios, precisamente por haber adoptado siempre una política que proporcionó al Estado gloria, honores y poder; una política que no respiraba envidia, ódio ni deslealtades, ni nada, en fin, que fuese indigno de Atenas. En los asuntos de la Grecia me encontrareis animado del mismo espíritu que en los de la República. Aquí los derechos del Pueblo han tenido á mis ojos más precio que el favor de los ricos; fuera de Atenas, he preferido al oro y á la amistad de Filipo los intereses de todos los helenos.

Me queda que hablar, ahora, de la proclamacion y de las cuentas, puesto que los buenos servicios que he prestado por la pátria y mi amor hácia vosotros, me parecen suficientemente acreditados por lo que precede. Hago omision de mis actos más importantes, persuadido de que ya es tiempo de responder á las inculpaciones de ilegalidad que se me han hecho, y de que si callo sobre el resto de mi vida pública, vuestra memoria suplirá mi silencio.

De toda esa confusa palabreria que Esquines ha amontonado sobre la infraccion de las leyes, creo que no habreis entendido nada, y pongo por testigos á los Dioses de que yo tampoco he podido comprender una sola palabra. Siguiendo el camino más derecho, discutiré la cuestion bajo el punto de vista de la equidad. El impostor ha

(1) Uno de los puertos de Atenas, donde había un templo consagrado á Diana, que servía de refugio á los perseguidos por deudas.

afirmado cien veces que tengo cuentas que rendir. ¡Pues bien! Confieso que me considero responsable toda mi vida de los intereses y los negocios que han sido confiados á mi administracion. Pero de lo que he dado espontáneamente de mi propia fortuna, sostengo que no estoy obligado á responder ante nadie, y que en el mismo caso se encuentran los demás y hasta cualquiera de los nueve arcontes. Cuando un ciudadano, por generosidad y patriotismo cede al Estado una parte de sus bienes, ¿dónde está la ley bastante inícua y bastante cruel que le prive de vuestro reconocimiento, que le entregue á los calumniadores y que someta su beneficio á las malignas censuras de la envidia? Semejante ley no se conoce entre nosotros. Si mi antagonista cree lo contrario, que la presente y me confesaré vencido. Pero no, atenienses, esa ley no existe. Fundándose tambien en que era tesorero del teatro cuando hice el donativo, el calumniador esclama:—¡El Consejo le dispensó un elogio, teniendo, sin embargo, que rendir cuentas!—No, este honor, vil sicofanta, no se concedía por actos de que yo fuese responsable aún, sino por las liberalidades que había hecho.—Entonces, añade, eras todavía intendente de las fortificaciones.—Pues por eso mismo se elogió mi conducta; porque acabé de cubrir los gastos con un donativo sin ocasionar á Atenas nuevos sacrificios. Toda rendicion de cuentas exige, sí, un informe y las necesarias comprobaciones; pero, ¿qué es lo que requieren las dádivas? Solamente el reconocimiento y las alabanzas, y tal fué el motivo del decreto de Ctesifonte.

Estos principios se fundan en vuestras leyes y en vuestros usos, segun es fácil probar con multitud de ejemplos. Nausiclas, siendo estrátego, recibió muchas coronas por sus liberalidades. Despues de él Diotimo, y más tarde Caridemo, fueron coronados por los donativos de escudos que hicieron. Neoptolemo obtuvo el mismo honor por haber completado á sus espensas dichos donativos. Se-

ría, en efecto, muy triste, que el ejercicio de un cargo privase del derecho de ser generosos con la pátria, ó que, por todo reconocimiento, se sometiesen á una informacion los beneficios que se la dispensan. Para justificar los hechos que he citado, toma y lee los decretos que á ellos se refieren.—Lee.

(Lectura de un decreto cuyo texto es como sigue: El Consejo y el Pueblo conceden una corona al estrátego de servicio Nausiclas, porque hallándose dos mil soldados atenienses en Imbros, con objeto de proteger á muchos de sus conciudadanos allí residentes, y no pudiendo Filon, que habia sido elegido tesorero, trasportar estas tropas á causa de las tempestades, ni pagarles sus sueldos, dicho Nausiclas las costeó á sus espensas, sin exigir despues nada al Pueblo. La proclamacion tendrá lugar en las fiestas Dionisiacas, durante las tragedias nuevas.)

(Lectura de otro decreto concediendo coronas á Caridemo y Diotimo, por haber provisto al ejército de ochocientos escudos que le habian sido arrebatados por el enemigo, y ordenando que el acto de la coronacion tendría lugar en la época de las grandes Panateneas y las luchas gímnicas, y tambien en la de las fiestas Dionisiacas, durante las tragedias nuevas.)

Ya ves, Esquines, que cada uno de estos ciudadanos, aunque responsable del cargo que ejercía, no lo era del beneficio que le valió una corona. En igual caso me encuentro, y tengo, por consiguiente, el mismo derecho. ¿Se trata de mis donativos? Se me pueden recompensar sin considerarme responsable. ¿Se trata de mi administracion? Debo rendir cuentas de mi cargo, pero no de mis dádivas. ¿He malversado los intereses públicos? ¿Por qué, pues, no me acusastes cuando comparecí ante los inspectores? Para convenceros, atenienses por su propia confesion, de que no estoy obligado á dar ninguna cuenta de los actos por los cuales se me quiere coronar, pido que se tome el decreto espedido á mi favor y que se lea íntegro. En este

acuerdo provisional, la parte á que no ha atacado, describirá sus imposturas sobre la parte á que ha dirigido sus tiros.—Lee.

(Lectura del siguiente decreto: Sabido que Demóstenes de Pæania, hijo de Demóstenes, siendo encargado de la reparacion de las murallas, ha gastado de su propio capital, para la ejecucion de las obras, la suma de tres talentos que ha cedido al Tesoro público; y que siendo tesorero del teatro ha añadido, para los sacrificios, cien minas á la cantidad recaudada de todas las tribus

El Senado y el Pueblo de Atenas decretan:

Que se dispense un elogio público á Demóstenes de Pæania, hijo de Demóstenes, por su virtud, las buenas prendas de su carácter, y el celo con que siempre ha servido al Pueblo ateniense. Tambien se le concede una corona de oro, debiendo verificarse la coronacion por el agonoteta, (1) en el teatro y en la época de las fiestas Dionisiacas, el dia de las tragedias nuevas.)

Tales son mis donativos. Respecto de ellos no dices una palabra; pero atacas el honor con que, segun declara el Consejo, deben ser recompensados. El recibir beneficios confiesas que es cosa legítima; ¡el reconocimiento lo proscribes como ilegal! ¡Oh! El infame más consumado, el mayor enemigo del cielo, el mayor mónstruo de envidia, ¿no es, ¡grandes Dioses! ese hombre?

Respecto de la coronacion sobre el teatro, no recordaré que mil nombres fueron proclamados en aquel sitio multitud de veces, ni que yo mismo gocé en varias ocasiones de este honor. Pero dime, Esquines, ¡por los Dioses! ¿Tan menguado es tu espíritu que no te permite comprender que la gloria del ciudadano que recibe una corona no varía, cualquiera que sea el lugar donde se proclame, y que el motivo de verificar este acto sobre la escena no es otro que el interés de los que la conceden? De este modo, todos

(1) Presidente de las fiestas sagradas.

los espectadores se ven escitados á merecer bien de la República, y aplauden ménos al ciudadano coronado, que á sus compatriotas reconocidos. Hé aquí por qué Atenas ha conservado una ley cuya lectura se vá á verificar.

(Lectura de la siguiente ley: Si un Pueblo concede una corona, el acto de la proclamacion tendrá lugar en el pueblo mismo. Si la concede el Consejo ó la República, dicho acto podrá verificarse en el teatro en la época de las Dionisiacas.)

¿Entiendes, Esquines, el lenguaje de la ley? *Si el decreto emana de la República ó del Consejo, que se proclame la corona en el teatro.* ¿A qué, pues, miserable, tantas calumnias? ¿A qué tantas artificiosas mentiras? ¿Por qué no tomas eléboro? (1) Sin el menor delito que la motivase, no te has avergonzado de intentar esta acusacion injusta y envidiosa, ni de alterar y truncar las leyes, que debías citar íntegras, á unos jueces que han jurado pronunciar un fallo conforme á sus prescripciones. Despues de proceder de este modo haces la pintura del verdadero demócrata, asemejándote al que habiéndose comprometido á ejecutar una estátua con arreglo á un contrato, preséntase su obra sin haber cumplido las condiciones. Ignoras que el verdadero demócrata no se conoce en sus palabras, sino en sus actos y en su política. Vociferas, como si estuvieses en un chirrion, (2) lanzando mil injurias aplicables á tí y á tu casta, y no á Demóstenes.

Pero en verdad, atenienses, hay una grande diferencia entre la acusacion y la invectiva. La una presenta crímenes cuyo castigo se marca en las leyes; la otra pronuncia palabras ultrajantes con que los enemigos se ofen-

---

(1 Los antiguos empleaban esta planta en las neurosis y en las afecciones cerebrales.

(2) Alusion á los inventores de la tragedia, dirigida á Esquines que había sido cómico de la legua.

den, segun el grado de furor que los anima. Pero yo veo á nuestros antepasados establecer los tribunales, no para que ante vosotros reunidos cambiásemos insultos hijos de nuestras querellas privadas, sino para convencer de su delito á cualquiera que haya faltado á la pátria. Esquines sabía esto tan bien como yo, y sin embargo ha preferido la invectiva á la acusacion. No sería justo que abandonase este recinto sin que le haya hecho conocer lo que merece. Pero antes de esto quiero aún dirigirle una pregunta. Dime, Esquines, ¿te presentas aquí como enemigo de la República ó como enemigo mio? Sin duda con este último carácter. Y sin embargo, cuando en nombre de la ley podías, si yo era responsable, hacerme castigar, dejástes tranquilo á Demóstenes que rindiese sus cuentas, sin tomar parte en la acusacion de que era objeto; y cuando todo proclama su inocencia, las leyes, el tiempo, el plazo espirado, los numerosos juicios verificados sobre esta materia, mi conducta reconocida irreprochable, y los servicios más ó ménos gloriosos para el Estado, segun los decretos de la fatalidad, ¡entonces es cuando me atacas! Mira bien lo que haces; bajo la máscara de mi enemigo, veo en tí el enemigo de Atenas.

Despues de haberos mostrado cuál es el dictámen que debeis formar conforme á la religion y á la justicia, debo, no obstante mi repugnancia á la invectiva, decir sobre Esquines algunas verdades indispensables, en cambio de tantos ultrajes y calumnias como han salido de su boca; debo descubrir su origen, y lo que actualmente es ese hombre de palabra atrevida y envenenada, que profiere frases amargas y punzantes, despues de haber asegurado que ningun ciudadano digno debía pronunciarlas. Si yo tuviese por acusadores á Eaco, Radamante ó Minos, y no á un charlatan, á un tuno de tribuna, á un miserable escribiente, creo que no habrian hablado en el tono que hemos oido, amontonando términos tan irritantes y esclamando como

en una tragedia: «¡Oh tierra! ¡Oh sol! ¡Oh virtud! etc.;» y creo que tampoco habrian apostrofado á la inteligencia y á la ciencia, «para que nos permitiesen discernir el bien del mal;» pues tal es, ciudadanos, lo que habeis oido de sus lábios. La virtud, infame, ¿qué tiene de comun contigo y con los tuyos? ¿Cómo podrias distinguir lo bueno de lo malo? ¿Dónde has adquirido la luz que para esto se necesita? ¿Y corresponde á tí el hablar de la ciencia? Aun los mismos que la poseen realmente no se atreven á vanagloriarse de ello, y hasta las alabanzas de otros les parecen inmerecidas. Un ser ignorante como tú, un torpe y ridículo jactancioso, indigna á su auditorio en vez de persuadirlo.

No siento ningun embarazo para hablar de tí y de los tuyos; pero lo siento y muy grande para comenzar. ¿Citaré primero á Tromes, tu padre, esclavo de Elpias y maestro de escuela despues junto al templo de Tesco, con sus fuertes trabas y su argolla? ¿Citaré á tu madre, cambiando de marido cada dia, y educándote entre vicios y liviandades para cómico de la legua? Todo el mundo sabe esto sin que yo lo diga. ¿Recordaré que un músico de galera, Formion, el esclavo de Dion de Frearres, la sacó de tan honesta vida? ¡Por Júpiter! ¡Por todos los inmortales! Temo que estos detalles, dignos de tu persona, puedan manchar mis lábios. Los abandono, pues, para comenzar tu historia.

Equines no era un hombre vulgar; salió de la clase de esos miserables que están señalados por la execracion pública. Hasta muy tarde, casi hasta ayer mismo, no ha sido ateniense ni orador. Añadió dos sílabas al nombre de su padre, y de Tromes lo convirtió en Atrómetos. (1) Cambió magníficamente el de su madre llamándola Glaucotea. To-

---

(1) Tromes, el *Medroso*; Atrómetos, el *Intrépido*.—*(N. de Stievenart.)*

dos saben que se la conocía por *el Duende*, evidentemente á causa de su lubricidad activa é incansable; esto nadie puede negarlo. Pero tales son tu ingratitud y tu perversidad naturales, que habiéndote hecho los atenienses rico y libre, de pobre y esclavo que eras, muy lejos de mostrarte reconocido, te vendes para perderlos.

Callaré las circunstancias en las cuales es dudoso si habló en beneficio de Atenas; pero recordaré aquellas en que claramente está convencido de haber trabajado en favor de nuestros enemigos. ¿Quién de vosotros no conoce al desterrado Antifon? El fué quien prometió á Filipo incendiar vuestros arsenales marítimos, con cuyo objeto se introdujo en Atenas. Yo lo descubrí escondido en el Pireo, y le hice comparecer ante vosotros. Esquines, animado por su ódio y por su envidia, gritó y vociferó que yo cometía violencias en medio de un Pueblo soberano; que ultrajaba á ciudadanos infelices; que sin decreto violaba el asilo doméstico! Tanto hizo, que se le puso en libertad; y si el Areópago, enterado del suceso y del error á que fuísteis inducidos no hubiese hecho comparecer de nuevo ante vosotros á aquel hombre, un gran criminal se os hubiese escapado, eludiendo su castigo, gracias á los esfuerzos de ese declamador. Pero sufrió el tormento y le hicísteis perecer: otro tanto merecía su cómplice.

Testigo de la conducta de Esquines, y viendo que con esa imprevision que frecuentemente sacrifica los intereses públicos, le habíais elegido para defender vuestros derechos sobre el templo de Délos, el Areópago, á quien consultásteis sobre el acierto de la eleccion, rechazó sin vacilar á Esquines, no fiándose de su lealtad, y confió esta mision á Hipérides. Ante los altares se depositaron los sufragios, y ni uno solo obtuvo ese infame.—Que se pregunte á los testigos.

(Declaracion de varios testigos, en nombre del Areópa-

go, confirmando que este tribunal había considerado á Hipérides más digno que Esquines para sostener los derechos del Pueblo ante los anfictiones.)

Así, pues, al rechazar á este hombre y reemplazarlo por otro, el Consejo supremo lo declaró traidor y enemigo vuestro. Hé aquí uno de los timbres de esta politica atrevida. ¿Se parece en algo á los actos de que me acusa? Vosotros mismos podreis deducirlo del siguiente ejemplo. Cuando Filipo envió á Python el Bizantino y á los representantes de todos sus aliados, para difamar á Atenas y mostrarla culpable, yo no cedí el campo á Python, que hacía rodar contra nosotros las olas de una elocuencia impetuosa; me mantuve firme, me levanté, le combatí y sostuve los derechos de la República, presentando las injusticias de Filipo con una claridad tan viva, que sus mismos aliados se levantaron y asintieron á lo que decía. Entretanto ese desventurado se convertía en auxiliar del enemigo, hablando contra su pátria y contra la verdad. Esto era poco todavía: algun tiempo despues se le sorprendió entrando casa de Trason, con el espía Anaxinos. Pero es evidente que conferenciar cara á cara con un emisario de los enemigos, equivale á ser un espía, un enemigo de la pátria.—Como prueba de que he dicho la verdad, que se llame á los testigos.

(Lectura de una declaracion que atestiguaba la verdad de lo espuesto por el orador.)

Otros mil hechos podría citar, que suprimo sin embargo. ¿A qué conduciría el referirlos? Aunque me sea fácil demostrar por medio de una multitud de argumentos nuevos, que Esquines sirvió entonces al enemigo y se ocupó en perseguirme, yo sé que para todo esto es perezosa vuestra memoria y muy indulgente vuestro enojo. Por efecto de una funesta costumbre, permitís, al primero que

llega, suplantar y denigrar á vuestros defensores; la invectiva tiene además tantos encantos para vosotros, que le sacrificais los intereses de la pátria. Por esto sucede siempre, que á cualquiera le es más fácil y seguro vender sus servicios á vuestros enemigos que escoger un puesto entre vosotros.

Antes de que la guerra se declarase, el conspirar en favor de Filipo era ¡oh tierra! ¡oh cielos! un atentado contra la pátria. Pero olvidad esto si quereis. Cuando nuestras naves eran arrebatadas á viva fuerza y el Quersoneso devastado; cuando el Monarca marchaba contra el Atica, siendo desconocidos sus proyectos; cuando la guerra, en fin, estalló por todas partes, ¿qué hizo por vosotros ese envidioso, ese tragador de yambos? (1) Nada puede presentar en su abono. ¡No hay un solo decreto de utilidad pública, ni pequeño ni grande, que lleve el nombre de Esquines! Si esto no es verdad, que al instante los presente; le cedo la palabra....., pero no, él no puede aceptar este reto. Sin embargo, le obligo á que escoja uno de estos dos estremos: ó no encontrando entonces nada que combatir en lo que yo hacía no pudo proponer otra cosa mejor, ó por favorecer á vuestro enemigo se abstuvo de presentar otros consejos que le parecian más saludables. Pero cuando se trataba de perjudicaros, ¿sucedió tambien que le faltasen palabras y decretos? ¡Entonces acaparaba la tribuna!

La República podia, quizá, soportar estas sordas maquinaciones; pero, ¡oh atenienses! ha cometido un crímen escandaloso que ha colmado la medida. Consiste en haber invertido gran copia de palabras, disertando sobre los decretos de los anfisios para torturar la verdad. ¡Esfuerzos

---

(1) Becker esplica esta alusion, suponiendo que Demóstenes se refería á la profesion de cómico que había ejercido Esquines, en la cual acaso mutilaría los versos al pronunciarlos.

impotentes! No, jamás te verás limpio de esta mancha; tu facundia no podrá conseguirlo. Invoco ante vosotros, ciudadanos de Atenas, á todos los Dioses tutelares del Atica, y especialmente á Apolo Pitio, padre de esta ciudad, y les ruego que si os digo la verdad, si la he dicho al Pueblo desde que ví á ese miserable intervenir en vuestros asuntos, se dignen concederme la salud y la dicha; y que si por ódio ó animosidad personales sostengo una acusacion falsa, me priven de toda clase de beneficios. ¿Qué causa pone en mis lábios estas imprecaciones y esta vehemencia? Nacen de que, no obstante mis pruebas convincentes sacadas de nuestros archivos, y á pesar de vuestros propios recuerdos, temo que juzgueis á este hombre incapaz de tan grandes atentados. ¡Oh! ¿No fué esto lo que sucedió cuando, valiéndose de imposturas y mentiras ocasionó la destruccion de la desgraciada Fócida?

Sí; de la guerra de Anfisa que abrió á Filipo las puertas de Elatea, que le puso á la cabeza de los anfictiones, que precipitó la caida total de la Grecia, ¡hé ahí el autor! ¡Un solo hombre fué la causa de tantas catástrofes! En vano me apresuré á protestar y á gritar en la Asamblea: ¡La guerra, Esquines, es lo que traes al Atica; la guerra de los anfictiones! Los unos, apostados para sostenerle, no me dejaban hablar; los otros, sorprendidos, se imaginaban que por ódio personal le atribuía un crímen ilusorio. Pero ¿cuáles fueron el carácter, el objeto y el desenlace de esta intriga? Escuchadlo hoy, ya que entonces no se os permitió que los conociéseis. Vereis un plan bien concertado; encontrareis grandes luces para vuestra historia; conocereis, en fin, á Filipo y la naturaleza de su génio.

No podía librarse de la guerra que sostenía contra vosotros, sino que convirtiendo á los tebanos y los tesalios en enemigos de Atenas. Aunque nuestros generales le combatiesen sin talento y sin fruto, la guerra y los piratas le hacian sufrir multitud de males. Nada entraba ni salía en

Macedonia, ni aun las cosas más necesarias. Por mar no era entonces más poderoso que vosotros, y no podía penetrar en el Atica sin que le siguiesen los tesalios, y sin que los tebanos le franqueasen el paso de las Termópilas. Aunque vencedor de los jefes que le oponíais, cuya conducta no juzgo ahora, la situacion y los recursos de dos Repúblicas (1) le ponian en cuidado. ¿Aconsejaría á los tesalios y á los tebanos que marchasen contra vosotros para vengar el ódio que él os profesaba? Nadie le hubiese escuchado. Valiéndose del pretesto de la causa comun, ¿preferirá el medio de hacerse elegir general? De este modo podría más fácilmente engañar á unos y persuadir á otros. ¡Hé aquí lo que hizo, y admirad su destreza! Se propone suscitar una guerra á los anfictiones y turbar sus deliberaciones, presumiendo que no tardarian en recurrir á él. ¿Debería ser ocasionada esta guerra por un hieromnemon (2) de Filipo ó sus aliados? No; Tebas y la Tesalia podrian penetrar sus designios y prepararse para no secundarlos. Pero si un ateniense, si un diputado de sus enemigos se encargaba del asunto, Filipo ocultaría fácilmente sus manejos, y esto fué lo que sucedió. Mas, ¿cómo llegó á conseguirlo? Comprando á ese hombre. Aprovechándose de que nadie tenía los ojos abiertos (hace mucho tiempo que en Atenas no se vela) Esquines fué propuesto por pilágora; (3) tres ó cuatro de sus allegados levantan la mano, y en seguida queda hecha y proclamada la eleccion. Investido de la autoridad de Atenas, corre hácia los anfictiones, y sin que yo os moleste con más detalles, consuma el crímen que había contratado. Por medio de brillantes declamaciones y de fábulas que inventa sobre el orígen de la consagracion de la llanura de Cirra, persua-

---

(1) Tebas y Atenas.

(2) Miembro del Consejo de los anfictiones.

(3) Otra designacion de los individuos del Consejo anfictiónico.

de á los hieromnemones, oyentes novicios y escasos de prevision, de que deben decretar el exámen de la propiedad de dicho paraje. Anfisa lo cultivaba como pertenencia territorial, y el acusador poseia una parte del suelo sagrado. Los locrios no nos habian impuesto ni una multa, ni imaginaban ninguna de las persecuciones con que este malvado quiere ahora disculpar su perfidia: vais á comprender esto. Sin citarnos en justicia, el referido Pueblo no podía hacer condenar á la República. ¿Quién, pues, nos citó? ¿Bajo qué arconte? ¡Que lo diga quien lo sepa! ¡Pero es imposible! tú empleástes un pretesto falso; ¡tú mentiste!

Por instigacion de este trapacero, los anfictiones se dirigen á aquella comarca; en seguida caen sobre ellos los locrios, los rechazan á casi todos con sus dardos, y aun llegan á apoderarse de algunos hieromnemones. De aquí el gran tumulto, las quejas contra Anfisa, y por último la guerra. Cotifos se pone primero á la cabeza del ejército anfictiónico; pero parte de sus soldados no llegan, y los que llegan no hacen nada. En las sesiones siguientes se confía el mando á Filipo, por la iniciativa de auxiliares suyos envejecidos en el crímen, los cuales todos eran tesalios ó gentes de otras Repúblicas. Para conseguir esto se valieron de motivos especiosos. Era necesario, segun decian, contribuir en comun, costear tropas estranjeras y castigar á los contumaces, ó elegir á Filipo. En breve estas intrigas le proporcionaron el cargo de general. Inmediatamente reune las fuerzas, hace una marcha simulada sobre Cirra, deja á un lado los locrios y cirrenses y se apodera de Elatea. Si entonces los tebanos desengañados no se hubiesen unido á nosotros, la guerra se hubiera precipitado como un torrente sobre Atenas. La detuvieron á tiempo, gracias, ¡oh atenienses! á la bondad de algun Dios, y en cuanto es posible á un solo hombre, gracias tambien á mí. Que se presenten los decretos y las fechas

de los acontecimientos, y vereis qué agitaciones ha ocasionado impunemente esa cabeza culpable.—Lee los decretos.

(Lectura de un decreto que decía así: Bajo el pontificado de Clinágoras, en la legislatura de la primavera, los pilágoras, los asesores y el cuerpo anfictiónico decretan:

Visto que los Anfisios siembran y hacen pastar sus rebaños en el terreno sagrado, los pilágoras y los asesores pasarán á él, rectificarán las lindes y prohibirán á los Anfisios volver á cometer la profanacion.

Lectura de otro decreto de la misma legislatura cuyo texto decia: Que visto que los Anfisios se habian distribuido el terreno sagrado y rechazado con violencia al Consejo general de los helenos, y aun herido á muchos de sus miembros, Cotifos de la Arcadia, estrátego de los anfictiones, pasará á pedir á Filipo de Macedonia que tome á su cargo el vengar á Apolo y al Consejo del sacrílego atentado de los Anfisios, y á participarle que los representantes de los helenos le nombran general y le confieren un poder absoluto.)

Lee tambien la fecha de estos decretos: vereis cómo corresponde á la época en que ese hombre fué pilágora.—Lee.—*(Arconte Menesítides, el diez y seis del mes Antesterion.)*

Damos á conocer la carta que dirigió Filipo á sus aliados del Peloponeso, cuando Tebas rehusó obedecerle. En ella se verá claramente cómo ocultaba el designio de atacar á los tebanos, á vosotros y á toda la Grecia, y cómo desempeñaba su papel de protector y de instrumento de los anfictiones. Pero todos estos pretestos, todos les medios que empleaba para lograr sus miras, ¿quién se los proporcionaba? Solo Esquines.—Lee.

(Lectura de la siguiente carta de Filipo: Filipo, rey de los macedonios, á sus aliados del Peloponeso, Demiurgos, Asesores, y á todos los demás confederados, salud.

Los locrios llamados Ozoles, que habitan en Anfisia, profanan el templo de Apolo de Delfos, y con las armas en la mano, devastan el terreno sagrado. Por esta causa quiero, de acuerdo con vosotros, socorrer al Dios y vengarle de los que violan lo que hay más santo entre los hombres. Empuñad las armas y juntaros conmigo en la Fócida, con víveres para cuatro dias al principio del mes llamado Loos en Macedonia, Boldromion en el Atica y Panemos en Corinto. Los que no acudan con todas sus fuerzas, serán condenados á pagar la multa. ¡Os deseo felicidad!)

Ved cómo encubre sus miras personales, aludiendo solo á las de los anfictiones. Pero, ¿quién le secundó en estos manejos? ¿Quién le sugirió estas imposturas? ¿Cuál fué el principal autor de las calamidades que sobrevinieron? ¿No fué ese miserable? No vayais más, ¡oh atenienses! diciendo por todas partes: Un solo hombre (1) ha causado los males de la Grecia. Un solo hombre no, sino una multitud de perversos derramados por todos los pueblos; yo lo atestiguo por los cielos y la tierra, y os aseguro que ese pertenece al número de ellos. Si debo decir la verdad sin miramiento de ningun género, desde luego proclamo á Esquines como el azote universal que destruyó á su paso hombres, ciudades y Repúblicas. Él suministró la simiente, y él es culpable de lo que produjo. Confieso que os admiro, de ver que no volveis los ojos para evitar su presencia. ¡Sin duda son muy densas las sombras que os ocultan la verdad!

Al ocuparme de los atentados que este hombre ha cometido contra la pátria, me veo precisado á decir lo que he hecho para evitarlos. Prestadme vuestra atencion, pues muchas razones os obligan á ello. Sería, sobre todo, vergonzoso, ciudadanos de Atenas, que no pudiéseis sufrir el

---

(1) Segun Schæfer, se refiere á Filipo: así parece efectivamente.

relato de unos trabajos, cuyas fatigas he soportado por vosotros.

Ví que los tebanos, y casi vosotros mismos, seducidos por los agentes que Filipo pagaba en las dos Repúblicas, y siempre dispuestos á un rompimiento por efecto de recíprocas rivalidades, perdíais de vista lo que para ambos Estados era de más de temer y lo que reclamaba una estrema vigilancia; el acrecimiento del poder del Monarca. Trabajé sin descanso para evitaros una desavenencia con Tebas. Importaba mucho reuniros, y de ello me había convencido por mis propias reflexiones, y por el recuerdo de Aristofon y Eúbulo, que en todo tiempo desearon esta alianza, y que, si bien opuestos á mí en otras cosas, nunca lo estuvieron en este asunto. Cuando vivian, los adulabas y te arrastrabas á su lado como un reptil; pero despues de muertos, ¡tienes la impudencia de gritar contra ellos! Las inculpaciones que me diriges al hablar de los tebanos, recaen ménos sobre mí que sobre estos dos magistrados que, antes que yo, habian creido conveniente la alianza. Pero volvamos al asunto. Esquines había encendido la guerra de Anfisa, y sus cómplices os habian irritado contra los tebanos. Entonces sucedió lo que tenian dispuesto para cuando se fomentase la discordia: Filipo vino á precipitarse sobre nosotros; y si Atenas no se hubiese despertado un poco antes que Tebas, habría sido imposible la coalicion: ¡tan adelantados tenian sus preparativos y sus proyectos! ¿Cuáles eran las disposiciones mútuas de ambos pueblos? Vais á verlo por vuestros decretos y por las respuestas de Filipo.—Toma los documentos que he indicado y lee.

(Lectura de un decreto cuyo texto decía: Visto que Filipo se ha apoderado de muchas ciudades vecinas, que saquea otras, y que, en una palabra, faltando á los tratados se dispone á invadir el Atica y á cometer un perjurio rompiendo la paz, el Consejo y el Pueblo decretan:

Se enviarán al Rey de Macedonia un heraldo y dos embajadores para que conferencien con él y le induzcan á mantener la union y respetar los tratados: si no accede, pedirán que conceda á la República el tiempo necesario para deliberar y una tregua hasta el mes de Targelion. (1)

Lectura de otro decreto que contenia este texto: Visto que Filipo pretende enemistarnos con los tebanos, y que se prepara á marchar con todas sus tropas sobre los puntos más próximos al Atica, violando la fé de los tratados, el Consejo y el Pueblo decretan:

Se enviarán á Filipo un heraldo y dos embajadores, que le pedirán encarecidamente que suspenda las hostilidades para que el Pueblo tenga tiempo de deliberar, pues hasta el presente no ha creido conveniente oponer la menor resistencia.)

Lee tambien las respuestas.

(Lectura de la siguiente carta de Filipo:

Filipo, Rey de los macedonios, al Consejo y al pueblo de Atenas, ¡salud!

No ignoro las disposiciones que siempre os han animado respecto de mí, ni vuestros esfuerzos por atraeros á los tesalios, á los tebanos y aún á los beocios. Más prudentes que vosotros y más conocedores de sus intereses, no han querido someter su voluntad á la vuestra. Así, pues, por un cambio repentino me enviais heraldos y embajadores para recordarme los tratados y pedir una suspension de armas, á mí que absolutamente no os he atacado. Sin embargo, despues de haber oido á vuestros diputados, accedo á vuestras súplicas y estoy pronto á concederos una tregua, á condicion de que desterrareis á vuestros malos consejeros, y que los tratareis como merecen. ¡Salud!

Lectura de otra carta de Filipo, dirigida á los tebanos:

Filipo, Rey de los macedonios, al Senado y al pueblo de Tebas: ¡salud!

He recibido la carta, en la cual renovais entre nosotros la union y la paz. Sé, sin embargo, que los atenien-

---

(1) Un plazo de dos meses incompletos.—*(Stievenart.)*

ses agotan todas las demostraciones de amistad para que respondais á su llamamiento. Os he vituperado creyendo que íbais á abrazar su partido; pero convencido hoy de que preferís mantener la paz con nosotros, á ser instrumentos de los designios agenos, os espreso mi satisfaccion por esta conducta, y os alabo por muchas cosas; pero especialmente por haber elegido lo más seguro y conservarme vuestra estimacion. Espero que, si perseverais, habeis de alcanzar grandes ventajas. ¡Salud!)

Despues de haber sembrado así la discordia entre las dos Repúblicas, engreido por nuestros decretos y por sus respuestas, Filipo hizo avanzar sus tropas y se apoderó de Elatea, persuadido de que, en adelante, cualquiera que fuese el giro de los sucesos, era imposible que se verificase una liga entre Atenas y Tebas. La turbacion que se apoderó entonces de nuestra ciudad, todos la conoceis; pero escuchad, sin embargo, algunas palabras indispensables.

Una tarde llegó un hombre anunciando á los pritáneos que Elatea había sido tomada. Se hallaban comiendo, y al instante se levantan de la mesa; los unos echan á los vendedores de sus tiendas y las entregan á las llamas; (1) los otros dan aviso á los estrátegos; hacen resonar el toque de alarma, y toda la ciudad se agita en el mayor tumulto. Al dia siguiente, al rayar la aurora, los pritáneos convocan el Consejo en el lugar acostumbrado; todos compareceis allí, y antes que se haya discutido nada, ni se haya presentado ningun decreto, el Pueblo en masa llena el recinto. Entra el Consejo; los pritáneos dan de nuevo la noticia; introducen al mensajero para que se esplique,

(1) Segun Reiske, lo hicieron así para desocupar la plaza donde el Pueblo debia hacer guardia durante la noche; pero Schæfer objeta que los muchos esclavos de los atenienses podian haber levantado las tiendas en pocas horas, y supone más verosímilmente que este fuego debió servir para anunciar el peligro á las gentes diseminadas por los campos.—*(Stievenart.)*

y el heraldo grita: «¿Quién quiere hablar?» Nadie se presenta. Se repite el llamamiento, y tampoco responde nadie. ¡Allí, sin embargo, se encontraban todos los estrátegos y todos los oradores! ¡La voz de la pátria reclamaba una palabra de salud! Porque el heraldo al pronunciar las palabras dictadas por la ley, no es otra cosa que la voz de la pátría. ¿Qué era necesario para presentarse? ¿Desear la salvacion de Atenas? Vosotros y los demás ciudadanos habríais corrido á la tribuna, porque todos deseábais ver la ciudad asegurada de aquel peligro. ¿Se necesitaba contarse entre los más ricos? Los trescientos habrian hablado. (1) ¿Reunir celo y riquezas? Se habrian levantado los que despues han hecho á la República donativos considerables, resultado de su patriotismo y su opulencia. ¡Oh! Aquel dia y aquella crísis reclamaban un ciudadano, no solamente rico y patriota, sino que hubiese seguido los asuntos públicos desde su principio y reflexionado con acierto sobre la política y los designios de Filipo. El que no se encontrase en este caso, por mucho celo y riquezas que tuviese, no podía indicar el partido más conveniente, ni debía adelantarse á presentar su consejo.

¡Pues bien! El hombre de aquella ocasion fuí yo: yo subí á la tribuna. Lo que os dije entonces, escuchadlo atentamente por dos razones. La primera, para que veais que fuí el único, entre todos los oradores y gobernantes, que no abandoné, mientras duró la tempestad, el puesto que me había señalado al patriotismo, sino que, antes por el contrario, en medio de aquellas circunstancias terribles, el objeto reconocido de mis discursos y mis proposiciones fué salvaros del peligro. La segunda, porque las palabras que pronuncie en estos cortos instantes derramarán mucha luz sobre el resto de mi conducta pública.

---

(1) En Atenas había una clase compuesta de los trescientos ciudadanos más ricos.

Hé aquí lo que decia: «Los que creyendo á los tebanos amigos de Filipo se alarman tan vivamente desconocen, segun creo, el estado de las cosas. Tengo la seguridad de que, si existiera esa alianza, en vez de hallarse el Príncipe en Elatea, habría llegado la noticia de que estaba en nuestras fronteras. Estoy cierto de que solo avanza por ver si puede conseguir el apoyo de Tebas. Voy á manifestaros el fundamento de esta opinion. Todos los tebanos que ha podido corromper ó engañar están á sus órdenes; pero no puede destruir los obstáculos que le oponen sus antiguos adversarios, que le resisten todavía. ¿Qué es, pues, lo que quiere y por qué se ha apoderado de Elatea? Su objeto al llevar sus armas tan cerca de Tebas, no es otro que inspirar á sus parciales confianza y osadía y asustar á sus enemigos para que el miedo á la violencia les aranque lo que ahora se niegan á concederle. Si hoy despertamos el recuerdo de algunas ofensas de los tebanos, si les manifestamos desconfianza como á enemigos, desde luego satisfaremos los deseos de Filipo; y en tal caso, temo la defeccion de sus adversarios, y temo tambien que, uniéndose al Príncipe, se precipiten ambos partidos sobre el Atica. Pero si quereis escucharme; si venís á reflexionar y no á disputar sobre mis palabras, confío en que parecerán oportunas y en que disiparé el peligro que nos amenaza. ¿Qué es, pues, lo que se necesita? Ante todo, dejad que ese temor que os agita lo sientan solamente los tebanos, que, mucho más espuestos que vosotros, tendrán que sufrir primero la tempestad. Enviad en seguida á Eleusis vuestra caballería y todos los ciudadanos que estén en edad de servir, y que toda la Grecia os vea con las armas en la mano. De este modo, los amigos que teneis en Tebas, podrán, con igual libertad que sus contrarios, sostener la buena causa, porque verán que si los traidores que venden la pátria á Filipo se apoyan en las tropas de Elatea, vosotros tambien os hallais dispues-

tos para socorrer oportunamente á los que quieran combatir por la independencia. Propongo además que se nombren diez diputados, investidos de autoridad bastante para convenir con los estrátegos, el dia de la partida y los detalles de la espedicion. Pero una vez llegados á Tebas, ¿de qué modo vuestros representantes manejarán este asunto? Prestadme toda vuestra atencion. No exijais nada á los tebanos; lo contrario sería una mengua para vosotros. Lejos de esto, prometedles socorros si los piden, y no olvideis que su peligro es inminente, y que vemos mejor que ellos el porvenir. Si aceptan nuestros ofrecimientos y nuestros consejos, habremos logrado el objeto que nos proponíamos, sin que la República haya abandonado su noble actitud. Si los rechazan, Tebas solo podrá acusarse á sí misma de sus desgracias, y nosotros no tendremos que echarnos en cara ningun acto bajo ni vergonzoso.»

Despues de estas esplicaciones y otras semejantes, bajé de la tribuna entre los aplausos de todos y sin que nadie me contradijese. A las palabras añadí un decreto; admitido el decreto formé parte de la embajada, y como embajador persuadí á los tebanos. Yo principié, continué y terminé la obra; yo espuse, por vosotros, mi cabeza, á todos los peligros que amenazaban la República.—Presenta el decreto que se promulgó entonces.—¿Quieres, Esquines, que diga cuáles fueron tu papel y el mio en esta memorable jornada? ¿Dirás todavía que fuí un Batalos, (1) epíteto con que me han designado tus sarcasmos? En cambio tú has sido siempre un héroe estraordinario; pero un héroe de teatro tal como Cresfonte, ó Creon, ó bien ese Ænomaüs que tan cruelmente estropeástes en Colitos. (2) En

(1) Este sobrenombre la había recibido Demóstenes en su juventud. *Batalos* significa hombre afeminado.

(2) Pueblo donde Esquines había representado tragedias.

aquella crisis, el Batalos de Pæania, mereció mejor de la pátria que el Ænomaüs de Cotoce; porque tú no hicistes nada por ella, y yo hice todo cuanto puede aguardarse de un buen ciudadano.—Que se lea el decreto.

(Lectura del siguiente decreto:

Bajo el Arconte Nausiclas, el diez y seis del mes de Sciroforion, Demóstenes de Pæania, hijo de Demóstenes, dijo:

Visto que hasta ahora Filipo, Rey de los macedonios, ha despreciado los juramentos y los derechos consagrados en todos los pueblos helenos; que ha violado el tratado de paz concluido entre él y el pueblo ateniense; que ha usurpado ciudades que por ningun título le pertenecian, y sometido á sus armas muchas plazas sin ninguna provocacion de nuestra parte; que no satisfecho con esto y llevando más lejos la violencia y la crueldad, ocupa con sus guarniciones ciudades griegas y destruye en ellas el gobierno democrático; que arrasa otras y vende á sus habitantes; que en algunas los reemplaza con gentes estranjeras y hace hollar por la planta de los bárbaros nuestros templos y los sepulcros de nuestros padres; vista, en fin, esta impiedad, propia de su pais y su carácter, y el abuso insolente que hace de su fortuna, olvidando lo humilde y oscuro que fué su orígen antes de esta grandeza inesperada; y atendiendo tambien á que si la República ha podido considerar poco graves las ofensas inferidas á ella en particular, hoy que vé muchas ciudades griegas destruidas y cubiertas de ignominia, se creería culpable é indigna de nuestros gloriosos antepasados si dejase avasallar á los helenos

El Consejo y el Pueblo de Atenas decretan:

Despues de haber dirigido oraciones y ofrecido sacrificios á los Dioses y á los héroes protectores de Atenas y su territorio; con el corazon lleno de la virtud de nuestros padres, que preferian la defensa de la libertad griega á la de su propia pátria, lanzaremos al mar doscientos naves; el almirante de esta escuadra hará rumbo hasta la altura de las Termópilas, y el estrátego y el hiparca dirigirán la infantería y la caballería hácia Eleusis.

Se enviarán embajadores á toda la Grecia, y especial-

mente á Tebas, que se vé amenazada más de cerca por Filipo. Exhortarán á no temerle y á defender heróicamente la libertad de cada pueblo y la de todos los helenos. Dirán que Atenas, olvidando los resentimientos que han podido dividir á las dos Repúblicas, enviará socorros en dinero y armas ofensivas y defensivas, persuadida de que, si es honroso disputarse la preeminencia cuando no amenaza ningun peligro comun, el combatirse para recibir el yugo de un estranjero, es un insulto á su propia gloria y al heroismo de sus abuelos.

Los atenienses, añadirán los embajadores, se consideran unidos á los tebanos por los lazos de familia y de pátria. Recuerdan los beneficios que sus antepasados dispensaron á Tebas: los heraclidas despojados de sus reinos hereditarios por los del Peloponeso, y volviendo á recobrarlos por las armas de los atenienses, vencedares de sus enemigos; Edipo y sus compañeros de destierro acojidos en nuestra ciudad, y otros muchos servicios importantes prestados por nosstros á los tebanos. Así en esta ocasion el pueblo de Atenas no divorciará su causa de la causa de la Grecia.

Los embajadores estipularán una alianza para hacer la guerra, el derecho de matrimonio, y prestarán y recibirán los juramentos.

Embajadores elegidos: Demóstenes, Hiperides, Menesitides, Demócrates y Calleschros.)

De ese modo se fundó la union de Atenas y de Tebas. Hasta entonces, los traidores habían sembrado sordamente entre las dos Repúblicas el ódio y la desconfianza; pero con este decreto, el peligro que amenazaba á nuestra ciudad se disipó como una nube. ¿Pudo un ciudadano justo discurrir un partido más conveniente? En tal caso debió presentarlo entonces y no recriminar ahora. Entre el consejero y el sicofanta, tan distintos en todo, existe una diferencia esencial: el uno declara su opinion antes de que se hayan realizado los acontecimientos, y se ofrece responsable con el tiempo con la fortuna y con aquellos á quienes persuade; el otro calla cuando se necesita hablar,

y al primer revés que sobreviene arroja de su boca el grito de la envidia.

Aquella ocasion era, yo lo repito, la de los buenos ciudadanos y la de los sábios consejos. Me atreveré á decir, que si aun hoy se puede indicar un partido mejor que el que yo propuse, algun otro partido posible, desde luego me confieso culpable. Sí, que se revele al presente un proyecto de útil ejecucion para aquellas circunstancias, y declararé que debía haberlo discurrido. Pero si no se presenta ninguno, si no es posible que se encuentre aun hoy que conocemos el resultado de los sucesos, ¿qué otra cosa que lo que hizo debió hacer el consejero del Pueblo? Entre las medidas practicables que podian adoptarse, ¿no era su obligacion escoger las mejores? Hé aquí, pues, Esquines lo que yo hice cuando el heraldo dijo: «¿Quién quiere hablar?» Sí, esto fué lo que preguntó y no ¿quién quiere censurar el pasado? ¿Quién quiere garantizar el porvenir? En aquellos momentos te hallabas en el seno de la Asamblea y permanecistes mudo, inmóvil, mientras que yo me levanté y hablé. Ya que entonces no digiste nada, habla al ménos hoy, y presenta el lenguaje que yo debía haber usado; las ocasiones favorables que hice perder á la República; las empresas, las alianzas que debí aconsejar á los atenienses.

El pasado se abandona siempre, y nadie hace el programa de una deliberacion sobre lo que ya ha sucedido. Solo para el porvenir y el presente se necesitan los consejos.

Pero entonces nos amenazaban desgracias muy probables, y otras habian caido ya sobre nosotros. Examina mi administracion durante aquella crisis, y no calumnies los resultados. Estos dependen de la Fortuna; la intencion del que aconseja se manifiesta por el consejo mismo. No me acuses, pues, de la victoria que fué concedida á Filipo; el éxito del combate depende de los Dioses y no de mí. Pero

decir que no hice adoptar todas las medidas posibles á la prudencia humana; que no desplegué en la ejecucion celo, destreza y un ardor superior á mis fuerzas, y que mis proyectos no han sido necesarios, gloriosos y dignos de la República, son cosas que debes probar antes de acusarme. Si un rayo más fuerte que nosotros y que todos los helenos cayó sobre nuestras cabezas, ¿qué pude hacer? El capitan de un buque se ha provisto de todo lo que puede contribuir á la seguridad de su nave; pero estalla la tempestad y destroza las járcias y los aparejos, ¿se acusará á este hombre del naufragio? No soy yo, dirá, quien empuñaba el timon. ¡Pues bien! yo no tenía el mando del ejército; yo no era dueño de la suerte, sino que la suerte era árbitra de todo.

Reflexiona, Esquines, sobre lo que voy á decirte. Si tal fué nuestro destino combatiendo los tebanos con nosotros, ¿qué deberíamos haber esperado si tú hubieses conseguido tu empeño de hacerlos auxiliares de Filipo? Despues de la batalla, verificada á tres jornadas del Atica, el peligro y la consternacion fueron estremados entre nosotros; si, pues, la hubiésemos perdido en nuestro territorio, ¿qué esperanza nos habría quedado? ¿Piensas que Atenas existiría aún? ¿Piensas que nos sería permitido reunirnos, ni siquiera respirar? Pero en aquellas circunstancias, un solo dia, y mejor aún, dos ó tres, nos proporcionaron muchos recursos. Sin esta dilacion..... Mas ¿para qué hablar de las desgracias de que nos ha preservado algun Dios protector y esa alianza, baluarte de Atenas, objeto de tus acusaciones?

Todas estas consideraciones se dirigen á vosotros, los que teneis que juzgarnos, y á los que fuera de este recinto nos rodean y nos escuchan. Para ese hombre de cieno, algunas palabras muy duras bastarán. Si cuando la República deliberaba, se descorria, Esquines, ante tí solamente el velo del porvenir, debiste manifestarlo; y si, por el

contrario, nada preveias, eres tambien responsable de la ignorancia general. ¿Por qué, pues, acusarme cuando yo no te acuso? En esta ocasion, (y no me refiero aún á las demás) fuí mejor ciudadano que tú; porque me ocupé en saludables proyectos, así reconocidos por todos, sin retroceder ante ningun peligro personal, sin acordarme siquiera de los riesgos que corría; mientras que, lejos de señalar un camino más seguro que hubiese apartado del mio, no prestastes el mas ligero servicio. Lo que habría hecho contra su pátria el perseguidor más cruel, lo has hecho tú despues de aquellos sucesos; y mientras que Aristrato en Naxos, y Aristolao en Tasos, ambos enemigos implacables de nuestra República, acusan á nuestros partidarios, tambien en Atenas acusa Esquines á Demóstenes. Pero el que espera su triunfo de las calamidades de la Grecia, merece la muerte y no tiene derecho de acusar á nadie; el que contribuye á la prosperidad de nuestros enemigos, jamás será otra cosa que un traidor. Todo atestigua que lo eres; tu vida, tus actos, tus discursos y hasta tu silencio. ¿Se ejecuta algun proyecto ventajoso? Esquines permanece mudo. ¿Sobreviene algun revés? Esquines habla. De igual modo, cuando ataca una enfermedad, todas las heridas se reproducen.

Puesto que se ensaña contra los resultados, voy á aventurar una paradoja. ¡Los Dioses permitan que mis palabras no asombren ni parezcan atrevidas á nadie! ¡Ellos hagan que las peseis con benévola imparcialidad! Aun cuando el porvenir se hubiese previsto por todos; aun cuando tú mismo, Esquines, que no despegástes los lábios, lo hubieses anunciado con tus gritos y tus vociferaciones, Atenas no debía haber seguido otra conducta, á ménos que entonces se olvidara por completo de su gloria, de sus antepasados y de la posteridad. El éxito se presumia, pero defraudó á nuestras esperanzas; suerte comun á todos los hombres cuando el Cielo les niega sus favores.

Pero habiendo adquirido nuestra pátria el primer puesto entre los helenos, no podía renunciar á él sin que fuese acusada de haber entregado la Grecia entera al yugo de Filipo. Si hubiese abandonado sin combate lo que nuestros abuelos consiguieron á costa de tantos peligros, ¡cuánto oprobio, Esquines, recaería sobre tí! Porque de seguro que el desprecio no habría alcanzado ni á mí ni á la República. Con qué ojos, ¡grandes Dioses! veríamos afluir á nuestra ciudad los estranjeros, si además de haber caido en este abatimiento, Filipo hubiese sido nombrado jefe y dueño de la Grecia, sin que para impedir este deshonor hubiésemos empuñado las armas, dejando á los demás pueblos que combatiesen sin nosotros. ¡Sin nosotros que tenemos una pátria que siempre ha preferido riesgos honrosos á una seguridad sin gloria! ¿Hay un griego ni un bárbaro que no sepa que los tebanos, y antes que ellos los lacedemonios, en todo el apogeo de su poder, y que aun el mismo Rey de Persia, se habrian dado por contentos, permitiendo á nuestra República conservar y aumentar á su grado sus posesiones, siempre que hubiese abandonado el imperio de la Grecia? Pero los atenienses de aquel tiempo no habian nacido para sufrir el yugo de nadie; ni su sangre ni sus costumbres permitian esta deshonra.

No, jamás Atenas ha consentido someterse á un injusto dominador, ni descansar en una vergonzosa esclavitud. ¡Combatir por la supremacía, despreciar los peligros por la gloria, hé aquí la conducta que ha seguido en todos tiempos! Noble ejemplo, tanto más digno de vosotros, cuanto que prodigais elogios, y elogios merecidos, á aquellos de vuestros antepasados que han sabido imitarlo. ¡Oh! ¿Cómo no admirar á los ilustres ciudadanos que se retiraron á las naves y abandonaron su ciudad y su pátria por no verse obligados á obedecer? Pusieron á su cabeza á Temistocles, autor de este consejo, mientras que

Cirsilo (1) que había hablado de someterse, fué apedreado por ellos, y su mujer por las mujeres de Atenas. Hicieron esto porque los atenienses no buscaban entonces un orador ni un general que hiciese esclavos felices; la vida misma habría sido insoportable para ellos sin la libertad. Cada cual se creía hijo, no solamente de su padre y de su madre, sino tambien de la pátria. El hombre que se cree nacido solo de sus padres, aguarda la muerte del destino ó de la naturaleza; pero si cree que tambien debe la vida á su pátria, querrá perecer antes que verla tiranizada. Sí, la muerte le parecerá ménos temible que el deshonor y los ultrajes, siempre inseparables de la servidumbre.

Si yo me atreviese á alabarme de haberos inspirado sentimientos dignos de vuestros abuelos, deberíais levantáros todos contra mí. Reconozco que vuestras grandes resoluciones nacen de vosotros mismos, y que iguales y anteriores á los mios habian sido los nobles pensamientos dela República: solamente añado que, en todo lo que hizo, algo se debió tambien á mis servicios. Sin embargo, Esquines acusa por completo mi administracion, y os irrita contra mí presentándome como el causante de vuestros peligros y vuestros temores. ¿Y por qué hace esto? ¡Por privarme del honor pasajero de una corona, sin ver que no puede conseguirlo sin arrebatáros los elogios de los siglos futuros! Porque si condenando á Ctesifonte no podeis menos de condenar mi conducta, se pensará que os equivocásteis al seguirla, y que vuestras desgracias dependen de vosotros y no de la tiranía de la suerte. No, atenienses, no; vosotros no obrásteis con desacierto al despreciar toda clase de riesgos por la salud y la libertad de la Grecia: ¡lo juro por los héroes de Maraton, por los combatientes de Platea, de Salamina y Artemisia, y por la memo-

(1) Algunos historiadores dan á este ateniense el nombre de Lycidas.—*(Stievenart.)*

ria de todos los valerosos ciudadanos cuyas cenizas descansan en los monumentos públicos! A todos, Esquines, les concedió Atenas indistintamente los mismos honores y la misma sepultura, sin limitarse á los que habian tenido la fortuna de vencer. Esto fué obrar con justicia, porque todos habian cumplido los deberes de buenos ciudadanos, siendo la suerte próspera ó contraria de cada uno decretada por el Cielo!

Sin embargo, ¡miserable amanuense! ¡hombre execrable! tú has querido arrebatarme las simpatías y el aprecio de estos ciudadanos, hablando de trofeos, de batallas y de antiguas empresas, cuyos recuerdos son detalles parásitos en tu acusacion. Y yo que acababa de exhortar á la República á mantenerse en el primer puesto, dí, histrion secundario, ¿qué sentimientos debía traer á la tribuna? ¿Los de un cobarde orador indigno de Atenas? ¡La muerte habría sido entonces mi justo castigo!

Atenienses, no debeis juzgar del mismo modo las causas privadas y las causas públicas. Los asuntos que cada dia se presentan, se resuelven segun los hechos y las prescripciones de la ley; pero cuando se trata de los grandes intereses del Estado, no debeis perder de vista la grandeza de vuestros antecesores. Al sentarse en el tribunal para decidir un proceso político, cada uno de vosotros debe figurarse, para no hacer nada indigno de sus abuelos, que con las insignias de la magistratura representa tambien el génio de Atenas.

Esta digresion sobre las hazañas de vuestos antepasados me ha hecho omitir algunos hechos y algunos decretos. Vuelvo, pues, á reanudar mi relato.

Cuando llegamos á Tebas encontramos allí á los embajadores de Filipo, de los tesalios y de los demas aliados del Príncipe. Nuestros amigos se hallaban consternados, y los del Macedonio llenos de esperanza y seguridad. Y no creais que mi propio interés me hace hablar de este

modo; que se lea la carta que escribimos en seguida desde Tebas. Pero aquí ese hombre ha traspasado los límites de la calumnia: el buen éxito lo atribuye siempre á las circunstancias y jamás á mí, ¡y los desastres los imputa á mis desaciertos y á mi mala estrella! Así, pues, yo, que soy hombre de consejo y de palabra, ¡no he contribuido nada á lo que se ha hecho por estos medios! y siendo estraño á las disposiciones militares, ¡soy, sin embargo, la causa de las desgracias de la guerra! ¿Ha existido jamás un delator más atrevido ni más perverso?—Lee la carta.—*(Lectura de la carta.)*

Se reunen los tebanos en asamblea; los embajadores macedonios son introducidos antes que nosotros, bajo el pretesto de aliados. Suben á la tribuna, elogian mucho á Filipo, se quejan mucho de vosotros, y recuerdan cuanto habeis hecho en todos tiempos contra Tebas. Su conclusion es que para recompensar los servicios del Príncipe y para vengarse de vuestras injurias, los tebanos debian franquearle el paso ó precipitarse con él sobre vuestro territorio. «Seguid nuestros consejos, añaden, y los ganados, los esclavos, las riquezas todas del Atica pasarán á la Beocia; pero si escuchais á los atenienses, ved ya la Beocia devastada por la guerra;» y por este órden otras palabras encaminadas al mismo objeto. Yo quisiera referiros en detalle nuestra respuesta. Pero ya pasaron aquellos dias aciagos que recuerdan á nuestro espíritu las calamidades de que la Grecia se vió inundada, y temo fatigaros con una referencia desagradable. Escuchad solamente lo que persuadimos á los tebanos y lo que ellos respondieron.—Toma y lee.—*(Lectura de la respuesta de los tebanos.)*

Muy poco despues os llaman con urgencia, y vosotros partís y los socorreis. Omito los hechos intermediarios. La acogida fué tan fraternal, que dejando su infantería pesada y su caballería fuera de los muros, recibieron vuestro ejército en su ciudad, en sus casas, en medio de sus

hijos y sus mujeres y de cuanto les era mas querido. Así, pues, en aquel dia memorable, los tebanos hicieron público el triple elogio de vuestro valor, de vuestra equidad y vuestra temperancia. Querer mejor combatir con vosotros que contra vosotros, era, en efecto, reconoceros más valientes y más justos que Filipo; y confiaros sus esposas y sus familias, que es el tesoro que entre ellos, como en todos los pueblos, se guarda con más cuidado y estimacion, era declarar que tenian confianza en nuestro comedimiento. Sobre todos estos puntos, atenienses, la opinion que formaron de vosotros se vió altamente justificada. Durante la permanencia del ejército en Tebas, ni una sola queja, ni justa ni infundada, se dirigió contra vosotros; ¡tan grande fué vuestra moderacion! En los dos primeros combates, el uno verificado cerca del rio y el otro en el invierno, os mostrásteis, no ya irreprensibles, sino admirables, por la disciplina, el órden y el ardor con que peleásteis. Así fué que todos los pueblos no hacian más que prodigar alabanzas á les atenienses, y entre nosotros no cesaban los sacrificios y las fiestas en honor de los Dioses.

Aquí quisiera dirigir una pregunta á Esquines. En medio de estos regocijos, de estos trasportes de alegría, y de las felicitaciones que resonaban en la ciudad, ¿tomó él parte en el gozo y en las rogativas públicas? ¿No estuvo, por el contrario, triste, abatido, pesaroso de la dicha de todos y encerrado en su casa? Y si esto no fuese exacto, si se le hubiese visto participar de las fiestas entre sus conciudadanos, ¿podría, sin cometer un crímen, una impiedad, querer que la alianza, por él mismo aprobada á la faz de los Dioses, fuera hoy condenada por vosotros, que habeis jurado por esos mismos Dioses ser justos en vuestro fallo? Si se alejaba de nuestros templos, ¿no merecerá mil muertes el que se afligia por el gozo universal?—Lee los decretos.—*(Lectura de los decretos concernientes á los sacrificios.)*

Atenas se ocupaba entonces en ofrecer sacrificios, y Tebas nos miraba como sus libertadores. Un pueblo que, por la política de algunos malvados, parecía reducido á tener que mendigar socorros agenos, dió los suyos á otros pueblos gracias á mis consejos. Pero, ¿cuáles fueron entonces los gritos de Filipo? ¿Cuáles las inquietudes que le asaltaron? Vais á conocerlas por las cartas que envió al Peloponeso. Se van á leer, á fin de que juzgueis lo que produjo mi perseverancia, mis viajes, mis fatigas, y esos numerosos decretos que Esquines ha manchado con sus mordeduras.

Atenienses, vosotros habeis tenido antes que á mí, á gran número de ilustres oradores; un Calistrato, un Aristofon, un Céfalo, un Trasíbulo y otros muchos; pero ninguno se consagró jamás á todo lo concerniente á un asunto. El autor de un decreto no se encargaba de la embajada, ni el embajador tenía parte en el decreto; ninguno quería renunciar al reposo, y en caso de sobrevenir un revés, se reducian á buscar una escusa. ¡Pues qué! se me dirá, ¿tienes tú sobre los demás una tan grande superioridad de fuerza y de audácia que te permite atender á todo? No es esto lo que digo; pero veía tan inminentes los peligros que amenazaban á mi pátria, que creí deber consagrarle todos mis instantes y olvidar todos mis asuntos personales, dichoso de que estuviesen bien atendidos los de la República. Yo había formado la idea, quizá sin razon, pero la había formado, de que en los decretos, en su ejecucion y en las embajadas, ningun otro obraría con más prudencia, con más celo ni integridad que yo. Por este motivo desempeñé todos los cargos.—Lee las cartas de Filipo.—*(Lectura de las cartas.)*

Hé aquí, Esquines, hasta qué punto mi política ha humillado á Filipo; hé aquí el lenguaje á que he hecho descender al mismo que había lanzado contra la República tantas altivas amenazas. Así, pues, yo fuí justamente co-

ronado por estos ciudadanos; y tú, que te hallabas presente, no hiciste ninguna oposicion. Me acusó Diondas, pero no obtuvo la quinta parte de los sufragios.—Que se lean los decretos que no fueron ni condenados por los jueces ni atacados por Esquines. *(Lectura de los decretos.)*

Estos decretos, ciudadanos de Atenas, están concebidos en los mismos términos que otras veces el de Aristónico y que hoy el de Ctesifonte; pero lejos de atacarlos, Esquines no secundó siquiera al acusador. Sin embargo, si sus imputaciones actuales fuesen fundadas, podía perseguir á Demómelo é Hipérides, autores de los decretos, con más apariencia de justicia que hoy persigue á Ctesifonte; porque este pudo apoyarse en los ejemplos anteriores; en los fallos de los tribunales; en el silencio guardado por el mismo Esquines sobre muchos decretos iguales á este; en las leyes que no permiten volver á juicio las cosas juzgadas, y en otras muchas razones. Entonces, al contrario, se habría examinado la causa en sí misma, sin ninguno de estos precedentes. Pero tambien entonces el acusador no habría podido rebuscar, como hoy, en los archivos públicos y en un cúmulo de decretos, ni exhumar lo que nadie esperaba que apareciese de nuevo, ni calumniar á su gusto, ni confundir el órden de los tiempos, ni falsificar las intenciones, ni poner en juego los recursos de la elocuencia. No, estos medios no existian entonces. Frente á la verdad y ante los hechos aún presentes á vuestra memoria, y por decirlo así al alcance de vuestra mano, habría tenido que ser más verídico. Por eso ha esquivado la lucha mientras los hechos estuvieron recientes; por eso ha aguardado á tan tarde para entrar en liza, imaginando sin duda que esto sería un combate de oradores, y no una investigacion severa de nuestros actos políticos; un certámen literario y no un juicio sobre los intereses de la pátria.

A seguir el parecer de ese sofista, debíais despojaros

de la opinion con que venís aquí respecto de nosotros dos. «Persuadidos, dice, de que un responsable puede ser deudor, examinais sus cuentas; y solo despues de encontrarlas justificadas, es cuando lo declarais libre de responsabilidad: del mismo modo, no atendais en esta causa nada más que á la evidencia de las pruebas.»

Ved cómo, por un justo castigo, las obras de la iniquidad se destruyen por sí mismas. En esta diestra comparacion confiesa que me reconoceis por el orador de la pátria, y á él por el orador de Filipo. Si él ignorase cuál es vuestro pensamiento sobre cada uno de nosotros, no se esforzaría en cambiarlo; pretension injusta, como lo probaré fácilmente, con la sola esposicion de los hechos. Vosotros sereis á la vez mis testigos y mis jueces.

Hé aquí los frutos que ha producido esa política por él tan calumniada. Los tebanos, segun la opinion general, iban á caer sobre nuestro pais con Filipo: yo los uní á nosotros para detenerle. La guerra se acercaba á nuestro territorio: yo la retiré á setecientos estadios sobre los campos de la Beocia. En vez de sufrir el Atica, por la parte del mar, las correrías y el pillaje de los piratas de la Eubea, gozó de paz durante todas las hostilidades. En vez de invadir el Helesponto y apoderarse de Bizancio, Filipo tuvo dos enemigos, uno por cada lado, que fueron los bizantinos y los atenienses. Ahora bien, Esquines, esta enumeracion, ¿tendrá á tu vista tan poca fuerza como algunas cifras combinadas? ¿Será necesario eliminar los hechos por compensacion? (1) ¿No será mejor esforzarse para perpetuar su memoria? No añado que los demas pueblos esperimentaron la crueldad de Filipo, siempre terrible desde que aseguró su dominacion, mientras que vosotros recogísteis los preciosos frutos de aquella aparente benigni-

---

(1) Es decir, compensar lo que tú has hecho contra la pátria, con lo que yo he hecho por ella. Así interpreta esto Jacobo. *(Stievenart.)*

dad con que encubría sus designios sobre la Grecia. Pero sin detenerme en esto, pasaré á decir resueltamente que cualquiera que no fuese un vil delator y sí el juez imparcial de un acusado, no se atrevería á dirigirme los cargos que tú me has dirigido, no forjaria falsas comparaciones, ni remedaría espresiones ni gestos. ¿Dependia, acaso, la salud de la Grecia de una palabra más bien que de otra, ó de una mano mas ó menos levantada? Lo que haría es mirar la esencia de las cosas, examinar cuáles eran las fuerzas y los recursos de la República cuando me hice cargo de los negocios, los que yo le proporcioné y la situacion de los enemigos. ¿Disminuí nuestro poder? Se ocuparia en descubrir y revelar mis faltas. ¿Lo aumenté, por el contrario? No pensaría en calumniarme. Este exámen que tú has omitido voy á hacerlo yo. Ved, atenienses, si digo la verdad.

La República tenia entonces en su favor algunos Estados insulares, de los más pequeños, puesto que Chios, Rodas, Corinto y Corcira no estaban con nosotros. Las rentas públicas ascendian á cuarenta y cinco talentos, y aun se habian cobrado adelantadas. Infantería pesada y caballería no había más que las de Atenas; y lo más temible para nosotros y más ventajoso para el enemigo, era que los traidores que intrigaban en su favor habian enfriado la amistad y despertado el ódio de nuestros vecinos de Megara, de Tebas y de la Eubea. Tal era nuestra situacion, nadie puede decir lo contrario. En cuanto á Filipo, con el cual teníamos que combatir, examinad sus fuerzas. Desde luego era el soberano absoluto de las tropas que le seguian, lo que dá en la guerra una ventaja inmensa; sus soldados tenian siempre las armas en la mano; disponía de todo el oro que necesitaba; todo lo que decidia era ejecutado sin divulgarlo en decretos ni en deliberaciones públicas, sin ser arrastrado ante los tribunales por la calumnia, ni acusado de infringir las leyes, ni so-

metido á ninguna responsabilidad; jefe, en fin, de cuanto le rodeaba, potentado, árbitro supremo de todo. Yo, que tenía de frente este enemigo (permitid, ciudadanos, que haga este paralelo) ¿de qué podía disponer? De nada. La palabra, único medio que estaba á mi alcance, la dividísteis entre yo y los estipendiados de Filipo, sin conocer que cada vez que triunfaban, gracias á los pretestos más frívolos, era el enemigo quien inspiraba vuestras resoluciones. Apesar de estas ventajas, agrupado en torno vuestro la Eubea, la Achaia, Corinto, Tebas, Megara, Léucade y Corcira; coalicion que os proporcionó quince mil infantes y dos mil soldados de caballería, sin contar las milicias ciudadanas. En cuanto á los subsidios, hice que fuesen lo mayores posibles.

Si hablas del contingente que debian presentar Tebas, Bizancio y la Eubea; si disputas sobre la desigualdad de las reparticiones, acreditas ignorar que de las trescientas naves que combatieron otras veces por la Grecia, nuestra República sola habia armado doscientas. ¿Se creyó por esto perjudicada? ¿Se acusó á los autores de este consejo? ¿Se irritó nadie contra ellos? ¡No! Semejante cosa habría sido una deshonra. Dió gracias á los Dioses, porque en el comun peligro le permitieron contribuir con el doble que los demas, para asegurar la independencia de todos. Por otra parte, nadie debe envidiarte el mérito que contraes con los atenienses al calumniarme. ¿Por qué no has dicho hasta ahora lo que era necesario hacer? ¿Por qué, siendo habitante de Atenas y frecuentando las asambleas públicas, no lo propusístes en tiempo oportuno, cuando podias esperar que tu opinion fuese admitida, puesto que entonces nos veíamos obligados á aceptar, no lo mejor, sino lo que daban las circunstancias? Porque tenias que servir, con tu silencio, á un enemigo de tu pátria que te pagaba, y que abría los brazos á los pueblos que se apartaban de nosotros.

Se ataca hoy lo que hice en aquella época; pero ¿qué se haría si, valiéndome de cálculos que desalentasen, hubiese alejado de nosotros á los griegos, lanzándolos en el partido de Filipo, que habría sido dueño, á un mismo tiempo, de la Eubea, de Tebas y de Bizancio? ¿Qué no habrían hecho esos hombres para los cuales nada hay sagrado? ¿Qué no habrían dicho? «¡Traicion! Se ha rechazado á los que querian unirse á nosotros. Con Bizancio, Filipo es dueño del Helesponto y dispone soberanamente de las comunicaciones por donde vienen los trigos á la Grecia; con los tebanos hará pasar, sin obstáculo, desde nuestras fronteras al corazon del Atica, una guerra sangrienta; y los piratas salidos de la Eubea infestarán el mar, haciendo la navegacion impracticable.» Hé aquí lo que habrían dicho; ¿pero cuántas otras cosas no habrian añadido? ¡Qué mónstruo, oh atenienses, qué mónstruo puede haber mayor que el sicofanta! ¡En todo tiempo, en todo lugar, se muestra envidioso y acusador por instinto! ¡Tal es ese raposo de faz humana, nacido para la perfidia y la bajeza, ese mono de teatro, ese Ænomaüs de aldea, ese orador falsario! (1) ¿De qué ha servido tu elocuencia á la pátria? ¡Acabas de hablarnos del pasado! En tí creo ver un médico que al visitar á sus enfermos no indicase ningun remedio para curarlos, y que despues de muertos asistiera á los funerales y los siguiera hasta la sepultura diciendo: «Si este hombre hubiese adoptado tal régimen, no habría perdido la

(1) La Harpe intercala aquí un breve pasaje que Stievenart coloca más adelante. Es el siguiente: «Por lo que hace á mi elocuencia (y la llamo así porque Esquines se ha servido de esta palabra) he visto siempre que su poder depende en gran parte de la disposicion de los que escuchan, y que el orador parece tanto más hábil cuanto mayor es la benevolencia que le atestiguais. Por lo ménos, la elocuencia que me atribuye ha sido útil á todos, en todo tiempo, y nunca perjudicial á nadie. Pero la tuya, ¿de qué ha servido á la pátria?

existencia.» ¡Insensato! ¡Tal es hoy tu tardío lenguaje!

En cuanto á nuestra derrota, que te sirve de regocijo, ¡hombre execrable! y que debería hacerte gemir y llorar, vosotros reconocereis, atenienses, que en nada absolutamente he contribuido á ella. Escuchad mis palabras. En donde quiera que he estado como embajador de la República, ¿han conseguido los enviados de Filipo alguna ventaja sobre vosotros? No, en ninguna parte; ni en Tesalia, ni en Ambracia, ni en la Iliria, ni ante los reyes Traces, ni en Bizancio, ni en Tebas. Pero lo que yo hacía con la palabra, Filipo lo destruía con la fuerza. ¡Y sin embargo, te encaras conmigo! ¡Y sin embargo, no te avergüenzas de acusarme! ¿Querías que este mismo Demóstenes, á quien has calificado de débil y cobarde, tuviese más poder que las armas de Filipo? ¿Y con qué medios? ¿Con la palabra? Porque es evidente que yo solo contaba con mi palabra; no disponia de la vida ni de la fortuna de nadie, ni de las operaciones militares, ni de la suerte de los combates, ni de nada, en fin, de cuanto tú me haces responsable. ¿Pero qué podía y qué debía hacer el orador de Atenas? Descubrir el mal en su orígen y hacerlo ver á sus conciudadanos; prevenir, en lo posible, las dilaciones, los falsos pretestos, las oposiciones indirectas, las faltas y los obstáculos de todo género, demasiado frecuentes entre Repúblicas aliadas y envidiosas; oponer á estas dificultades la amistad, la concordia y el celo por el bien público; esto fué cabalmente lo que hice y nadie puede acusarme de lo contrario. Si se me pregunta cómo entonces pudo Filipo conseguir la victoria, la Grecia entera responderá por mí. Por sus armas que lo invadieron todo, y por su oro que todo lo corrompió. No estaba á mi alcance el combatir contra tales medios: yo no tenia tesoros ni soldados. Pero en cuanto dependía de mis fuerzas, me atreveré á asegurar que he vencido siempre á Filipo. ¿Sabeis cómo? Rechazando sus dádivas y resistiendo á sus ofrecimientos seduc-

tores. Cuando un hombre se deja comprar, el comprador puede decir que ha triunfado de él; pero el que permanece incorruptible, puede decir que ha triunfado del corruptor. Por consiguiente, en cuanto ha dependido de Demóstenes, Atenas quedó invencible y victoriosa. (1)

Tales son, entre otros muchos, los motivos que legitiman el decreto de Ctesifonte. Lo que ahora voy á añadir, es conocido de todos.

Inmediatamente despues de la batalla, no me habría sorprendido que el Pueblo, aún sabiendo todo lo que había hecho por él, desconociese mis servicios al verse amenazado de un gran peligro. Pero, muy lejos de ser así, cuando se deliberó sobre los medios de salvar la ciudad, fueron mis consejos los que se aprobaron. Todo lo que concernía á la defensa de Atenas, distribucion de guardias, atrincheramientos, contribuciones para reparar los muros, todo fué ordenado por mis decretos. Teniendo el Pueblo que elegir un intendente para los víveres, me dió la preferencia sobre todos los demás. No tardaron en unirse contra mí esos hombres empeñados en perjudicarme: me acusaron de ilegalidad, de malversacion y de traicion, no por sí mismos, sino por medio de subalternos pagados, detrás de los cuales creian ocultarse. Vosotros recordareis que, en los primeros tiempos, yo era acusado casi todos los dias. La locura de Sosicles, las calumnias de Filócrates, la rabia de Diondas y de Melanto, todo se ensayó contra mí. De tantos peligros, gracias á los Dioses, á vosotros y á todos los demás atenienses, salí vencedor. Así lo ordenaba la justicia, puesto que yo tenía el

(1) Dice La Harpe despues de citar este trozo: «¿No es esto la obra maestra de la argumentacion orotoria? ¿No creeis escuchar las aclamaciones que debieron seguir á estas palabras? ¿Y no concebís que nada debió resistirse á un génio de tanta fuerza?..... Pero los medios de este género, solo se encuentran en el alma: el arte solo puede disponerlos y ordenarlos.

apoyo de la verdad, y unos jueces cuya sentencia no desmintió su juramento. Pero absolverme del cargo de traicion, sin que obtuviesen mis acusadores la quinta parte de los sufragios, fué declarar mi conducta irreprochable; no encontrar fundada la acusacion que se me hizo de ilegalidad, fué atestiguar el respeto que mis palabras y mis proposiciones guardaron siempre á la ley; aprobar mis cuentas, fué reconocerme íntegro é incorruptible. Y despues de conocidos vuestro s fallos, ¿en qué términos era conveniente y justo que Ctesifonte hablase de mi conducta? ¿Podía espresarse de otro modo que el Pueblo, de otro modo que los jueces ligados por un juramento y que la verdad proclamada por la voz pública?

Pero á esto responde Esquines que la gloria de Céfalo consiste en no haber sido acusado nunca. ¡Oh! dí más bien su buena suerte. El que habiendo sufrido muchas acusaciones jamás se ha encontrado culpable, ¿será por eso más criminal? Por otra parte, ciudadanos de Atenas, refiriéndome solo á mi adversario, puedo atribuirme la gloria de Céfalo; nunca me ha acusado ni perseguido hasta ahora; por consiguiente, Esquines, tú mismo confiesas que soy tan buen ciudadano como Céfalo.

En muchos puntos resaltan su maldad y su rastrera envidia, y más especialmente que en todos en sus declamaciones sobre la fortuna. Creo que, en general, el hombre no puede echar en cara al hombre su destino. ¿Quién se atreverá á jactarse de su dicha y á insultar la desgracia ajena, si el que es afortunado hoy no sabe si lo será mañana? Sobre este asunto, como sobre otros muchos, Esquines se espresa con una soberbia desdeñosa: ved, atenienses, cuánto más humano y verdadero es mi lenguaje.

Yo creo que nuestra República tiene un destino afortunado: Júpiter en Dodona y Apolo en Delfos nos lo han dicho por medio de sus oráculos. Pero la suerte que ahora pesa sobre todos los pueblos es triste y penosa. ¿Cuál es el

griego ó el bárbaro de nuestro tiempo que no ha esperimentado los golpes de la desgracia? Sin embargo, haber adoptado el partido más honroso y verse en una situacion más favorable que la de esos mismos helenos que esperaban su dicha de nuestra ruina, son cosas en las cuales reconozco la buena estrella de Atenas. Si hemos corrido riesgos, y si todo no ha sucedido conforme á nuestros deseos, es porque participamos de la suerte de los demas hombres; porque teníamos que pagar nuestro contingente en el comun infortunio. Por lo que hace á mi suerte particular y á la de cualquiera de vosotros, debe buscarse en lo que se refiere únicamente á nuestra persona. Tal es, segun creo, el camino más corto y espedito. Esquines afirma que mi suerte somete á su influencia la suerte del Estado; es decir, que mi destino humilde y oscuro prevalece sobre el alto y glorioso destino de la pátria. ¿Es esto posible?

¿Te empeñas, Esquines, en examinar mi suerte? Pues compárala con la tuya; y si la encuentras preferible, no vuelvas á menospreciarla. Remontémonos á nuestro orígen; pero antes quiero protestar, ¡por Júpiter y por todos los inmortales! que repugna á mi razon y á mi carácter lo que voy á decir. Reconozco que no es digno ni generoso salpicar de lodo la cara del pobre, ni vanagloriarse de haber nacido en el seno de la opulencia. Si los insultos y las calumnias de ese malvado me obligan á semejantes discursos, conservaré al ménos en ellos toda la moderacion que el asunto permita.

Cuando era niño tuve la fortuna de frecuentar las mejores escuelas, y de poseer bastantes recursos para que nada me obligase á envilecerme. Ya hombre, mi conducta correspondió á mi educacion: fuí corega y trierarca; contribuí á los gastos de Atenas; jamás eludí la ocasion de ejercer un acto de liberalidad público ó privado, y serví á la pátria y á mis amigos. Dedicado á los asuntos del go-

bierno, mereció mi administracion que se me decretasen muchas coronas, por la República y por la Grecia, sin que vosotros, mis enemigos, intentáseis oponeros. Tal ha sido mi suerte y mi vida. Podría añadir muchas cosas, pero las suprimo por no fatigar á nadie con mis propias alabanzas.

Y tú, personaje ilustre, que anonadas á los demas con tu desprecio, ¿qué destino has tenido? Criado en la miseria, serviste primero con tu padre casa de un maestro de escuela. Allí hacías la tinta, barrias la clase, y con la esponja en la mano lavabas los bancos, servicios todos de esclavo y no de muchacho libre. En tu juventud ayudabas á tu madre en sus operaciones mágicas, leyendo el libro de los misterios mientras ella los esplicaba. Por la noche cubrias con una piel de cervato á los afortunados adeptos; los rociabas con vino, y para purificarlos los frotabas con salvado y con cieno; despues de la ceremonia les mandabas decir: *He dejado el mal y he encontrado el bien*. Hacias gala de aullar mejor que nadie, cosa que no te niego, porque con una voz tan fuerte se debe sobresalir en el estrépito de los aúllidos. Durante el dia conducias por las calles una brillante tropa de visionarios, coronados con tallos de hinojo y de álamo, y empuñando unas culebras y agitándolas sobre tu cabeza gritabas *¡Evoe Saboe!* ó bien bailabas cantando al mismo tiempo *¡Hyes Attes!* ¡*Attes Hyes!* (1)

Saludado por algunas viejas burlonas con los títulos de príncipe, de general, de porta-yedras y de porta-cribas, y con otros nombres magníficos, cobrabas tus honorarios en empanadas, tortas y panes recien cocidos. ¿Quién pues, no ensalzará tu buena suerte? ¿Quién no envidiará tu estrella? Apenas te inscribiste en una tribu..... (no diré cómo, es mejor olvidarlo) escogiste la ocupacion más honrosa, haciéndote copista y sirviente de los magistrados

(1) Se ignora el significado exacto de estas palabras.

más subalternos. Abandonaste tambien este oficio despues de haber hecho en él todo lo que atribuyes á los demas. Este brillante principio no fué oscurecido por el resto de tu vida, pues entrastes á la dependencia de histriones famosos, tales como los Simylos y los Sócrates, llamados los *Suspiradores*. Desempeñabas los terceros papeles y merodeabas por los campos recogiendo higos, uvas y aceitunas, como si hubieses comprado la recoleccion. En estas espediciones recibiste más golpes aún que en la escena, donde tus camaradas y tú esponiais vuestra vida. (1) Nunca hubo tregua para vosotros, los espectadores os hacian una guerra implacable. Tantas gloriosas heridas, bien te han dado el derecho de acusar de cobardía á los que no han conocido esos peligros.

Pero pasemos adelante, puesto que estos vicios se pueden atribuir á la indigencia, y lleguemos á los crímenes cuyo orígen está en tu corazon. Desde que empezastes á representar tambien el papel de hombre de Estado, tu conducta política fué tal que, en las prosperidades de la pátria, has pasado la vida como una liebre, siempre trémulo, muerto de miedo, y esperando á todas horas el suplicio debido á las traiciones de que te acusaba tu conciencia; y cuando tus compatriotas sufrian el peso del infortunio, te mostrabas atrevido, desafiando todas las miradas. Pero el que prospera y goza con la muerte de mil ciudadanos, ¿qué castigo no merece de parte de los que sobreviven? Aquí voy á detenerme, aunque tenía mucho que añadir todavía. Lejos de presentar al acaso todas tus ignominias, me ocuparé solo de aquellas que no mancharán mis lábios.

Compara, pues, Esquines, tu vida á la mia, armándote de calma y moderacion, y pregunta despues á todos los

(1) En las poblaciones del campo, los espectadores solian apedrear á los cómicos para anunciarles su desagrado.

ciudadanos cuál les parece preferible. Tú enseñabas las primeras letras, y yo tenía maestros; tú servias para esplicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos; tú eras bailarin, yo corega; tú escribiente, yo orador; tú histrion subalterno, yo espectador; tú caias en la escena, yo silvaba. Cuando eras gobernante, tú favorecias á los enemigos y yo trabajaba por la pátria; y para abreviar el paralelo, hoy mismo, que quieres disputarme una corona, somos juzgados yo irreprochable y tú calumniador. Ya lo ves, Esquines, esta brillante fortuna, compañera de tu vida, te permite acusar mi miserable suerte! Voy á presentar todos los documentos que atestiguan los cargos públicos que he desempeñado. En venganza, léenos aquellas tiradas de versos, tan maltratados por tí, que empiezan:

«De la eterna noche abandono los abismos» (1)

ó bien asi:

«Sabed que, á pesar mio, anuncio los desastres,»

ó de este modo:

«¡Maldicion sobre tí, malvado!....»

¡Que los Dioses, que nuestros jueces te esterminen, infame, pérfido ciudadano, cómico de la legua.—Léanse los testimonios.—*(Lectura de los testimonios indicados por el orador.)*

Hé aquí, pues, lo que fuí para mi pátria. En las relaciones privadas, cuán dulce, cuán humano, cuán caritativo ha sido mi carácter; no añadiré ni una sola palabra en

(1) En la Ecuba de Eurípides, la sombra de Polydoro entra en escena pronunciando este verso.—*(Stievenart.)*

mi abono, ni presentaré ninguna declaracion de testigos para probaros los cautivos que he rescatado, las huérfanas que he dotado, y las demas acciones de esta índole que he verificado. Porque, yo opino, que un favor debe estar siempre presente á la memoria del que lo recibe, y quedar prontamente olvidado en la memoria del que lo hace, si el uno quiere ser agradecido y el otro generoso. Publicar los beneficios que se dispensan, es casi echarlos en cara, y yo jamás deseo hacer una cosa semejante. Cualesquiera que sea la opinion que de mí se forme sobre este particular, descanso tranquilo en mi conciencia.

Pero dejemos los asuntos personales para hablaros todavía algunos momentos sobre los asuntos públicos. Si puedes, Esquines, mostrar bajo el cielo un solo mortal, heleno ó bárbaro, á quien no haya alcanzado, para su daño, el poder de Filipo ó de Alejandro, te concedo que mi adversa fortuna ha ocasionado todos los males de la Grecia.

Pero si millares de hombres que jamás me han visto ni oido, si ciudades y naciones enteras han esperimentado tantas desgracias horribles, ¿cuánto más justo y más verdadero no será atribuirlas á un destino comun, al desbordamiento de una suerte funesta y desordenada? ¡Buen cuidado has tenido de suprimir esto! ¡Fundas tambien tu acusacion en que yo había tomado parte en el gobierno! Y no ignoras, sin embargo, que tus invectivas se dirigen, á lo ménos en parte, contra todos los atenienses y principalmente contra tí mismo. Si mi voluntad hubiese dirigido, por sí sola, los asuntos, podrias en union de todos los oradores levantarte contra mí. Pero si mis enemigos asistian á todas las asambleas; si los intereses del Estado eran sometidos á deliberaciones públicas; si mis proyectos fueron aprobados por todos, y particularmente por tí, que me cedias las esperanzas, la gloria y los honores como recompensa de mi conducta, no por afecto que me profesa-

ses, sino por el ascendiente de la verdad y por la imposibilidad de dar mejores consejos, ¿qué fundamento tienen, pues, tu injusticia y tu furor de condenar hoy mis palabras, cuando entonces no tenias nada mejor que proponer?

Son principios establecidos en todas las naciones, que el mal cometido deliberadamente se castigue con penas rigorosas é inflexibles, y que para toda falta involuntaria se tenga indulgencia y moderacion. ¿Hay un ciudadano que, sin prevaricar y despues de haberse consagrado á empresas que todos aprobaban, sucumbe en la ruina comun? No le dirijais injurias ni recriminaciones; participad más bien de su dolor. Estas máximas no están solamente en las leyes; la naturaleza las ha grabado en el corazon del hombre con caractéres indelebles. Pero Esquines, sin embargo, traspasa todos los límites en sus delaciones atroces. ¡Lo que él mismo ha llamado revés de la fortuna, me lo atribuye como un crímen! Despues, dando á sus palabras un acento de candor y patriotismo, os induce á la desconfianza; teme que os engañe y os seduzca; me llama, en fin, orador peligroso, fascinador y sofista; ¡como si atribuyendo á otro sus propias cualidades se las pudiese prestar! ¡Como si los oyentes no conociesen los lábios de donde parte el insulto! Afortunadamente sé que conoceis á Esquines, y que todos le considerais más merecedor que yo de sus injurias. Sé tambien que la elocuencia que me supone, depende sobre todo del auditorio, y que el orador mejor acogido y más favorablemente escuchado pasa siempre por el más hábil; pero sea de esto lo que quiera, mi esperiencia en el arte de la palabra se empleó siempre por vosotros en los asuntos públicos, y jamás contra vosotros ni aun en las causas privadas. (1) La suya, al contrario, vendida al enemigo, se desencadenaba contra todo parti-

(1) Hé aquí donde coloca Stievenart el pasaje que en los trozos citados por La Harpe, se encuentra en otro lugar.

cular que le resistía, sin emplearla nunca en pró de la justicia y del bien público. ¿Debe un buen ciudadano pedir á sus jueces, reunidos para tratar de los intereses generales, que se presten á servir su cólera, su ódio y sus pasiones? ¿Debe traer tales sentimientos ante vosotros? ¡No! Su corazon los desechará ó sabrá al menos moderarlos. ¿Cuándo, pues, el orador y el hombre de Estado podrán abandonarse á los impulsos de su vehemencia? Cuando algun peligro amenace á la pátria, cuando el Pueblo tenga alguna guerra que sostener. Entonces es cuando se encenderia el celo de los buenos ciudadanos. Pero no haberme perseguido nunca en su nombre, ni en nombre de Atenas, por ningun atentado ni delito, y venir hoy armado de una acusacion contra una corona y contra algunos elogios, y agotar en ella todos los recursos de su elocuencia, es dar á conocer el ódio y la envidia de un corazon vil y enteramente corrompido. ¡Caer primero sobre Ctesifonte y dirigir despues el combate contra mí, es acumular todas las bajezas!

Por lo fuerte de tus declamaciones, Esquines, podría creerse que habias emprendido esta acusacion, no para pedir el castigo de un culpable, sino para hacer alarde de unos pulmones muy desarrollados. Y sin embargo, no es la belleza del lenguaje ni el estrépito de la voz lo que se estima en los oradores, sino su amor á la justicia y su deseo de obrar siempre conforme á los intereses de la pátria. Con estos sentimientos, las palabras serán siempre sinceras y leales. Pero el que se inclina servilmente hácia el punto donde la República oye rugir las tempestades, ni se asegura en la misma áncora que sus conciudadanos, ni espera la salvacion del mismo lado que ellos. ¿No observas en mí todo lo contrario? Nunca tuve más interés que el interés de todos, sacrificando siempre al bien comun toda mira personal. ¿Y podrás decir otro tanto, tú que inmediatamente despues de la batalla, fuiste de embajador

cerca de Filipo, antes de las desgracias de tu patria? Todos saben que, antes de esta época, habias rehusado siempre este cargo. Pero, ¿quién es el que engaña á la República? ¿No es el ciudadano que habla de distinta manera que piensa? ¿No recaen sobre él las justas imprecaciones del heraldo? ¿Puede vituperarse á un orador algo más grave que el hablar contra sus propios sentimientos? Pues este es el crimen que, sin embargo, se ha descubierto en tí. ¡Y aun tienes valor para hablar! ¡Y aun te atreves á mirar cara á cara á los ciudadanos! ¿Crees que no te conocen, ó que el sueño del olvido ha borrado en ellos el recuerdo de los discursos que pronunciastes durante la guerra, en los cuales protestabas con imprecaciones y juramentos que no tenias ninguna inteligencia con Filipo, atribuyendo á ódio personal las acusaciones que yo te dirigia? Todos recuerdan que á la primera nueva que llegó de la derrota, olvidaste cuantas seguridades habias dado, y te proclamaste el huésped y el amigo de Filipo, disfrazando así, con estos hermósos nombres, tu infame tráfico. Y en efecto, ¿qué titulo legítimo pudo tener Esquines, el hijo de Glaucotea, la tocadora de tímpano, para ser huésped y amigo, ó solamente conocido, del monarca Macedonio? No le conozco ninguno, y solo veo que estaba á su dependencia para perder á Atenas. ¡Sí, tu traicion era manifiesta; despues del desastre, tú fuiste tu propio denunciador; tú, que me ultrajas y me atribuyes unas desgracias de las cuales no encontrarás á nadie que sea menos culpable que yo!

La República, Esquines, ha emprendido y ejecutado grandes cosas por mi consejo, y voy á presentarte la prueba de que no ha olvidado mis servicios. Cuando inmediatamente despues de la derrota fué necesario elegir el orador que en un panegírico debía tributar los últimos honores á los mártires de la pátria, no fuiste tú el elegido, á pesar de tu voz sonora y de tus intrigas, ni Démades que

acababa de conseguirnos la paz, ni Hegenon ni ningun otro de tus amigos; esta honra me fué dispensada. Entonces se os vió á Pitocles y á tí vomitar contra mi persona, poseidos de tanto furor como impudencia, las mismas invectivas que acabas de reproducir, lo cual fué un motivo más para que los atenienses persistiesen en su eleccion. Las causas principales que tuvieron para hacerlo, voy á manifestártelas, sin embargo de que no las ignoras. Ellos conocian mi inalterable amor á la pátria, igualmente que todos los crímenes con que la habeis ofendido. Ellos sabian que nuestros reveses aseguraban vuestra impunidad, y que si vuestros sentimientos antipatrióticos no se manifestaron hasta que arreció la desgracia, esto era una prueba de que en todas épocas habíais sido enemigos encubiertos de la República. ¿Podía tampoco confiarse el panegírico de aquellas víctimas heróicas, á los que se habian visto mezclados con los vencedores, participando del placer insultante de sus festines y alegrándose de nuestras calamidades? ¿Era digno que una lengua mentirosa pronunciase las alabanzas y deplorase el infortunio de tan ilustres muertos? Para esto era indispensable, no quejas y lágrimas finjidas, sino un alma penetrada del público sentimiento. Este dolor lo encontraban los atenienses en su corazon y en el mio, pero no en el vuestro, y por esta causa me prefirieron para un cargo tan honroso. Pero no solamente fueron ellos, sino que tambien los padres y los hermanos encargados de las exequias obraron del mismo modo. La comida fúnebre que se dá ordinariamente en la casa de cualquiera de los más próximos parientes, la dieron en la mia. No se engañaron al proceder así, porque si ellos estaban ligados á los muertos por los vínculos de la sangre, como ciudadano nadie lo estaba tanto como yo. Sí; los más interesados en su conservacion y en su triunfo debian ser, despues de su desgracia, para siempre irreparable, los que mayor parte tomasen en el luto general.

Que oiga leer ese hombre la inscripcion que Atenas hizo grabar sobre la tumba de sus mártires. Aquí, Esquines, tambien reconocerás tu injusticia, tus calumnias y tu maldad.

(Lectura de la siguiente inscripcion:

Estos guerreros, víctimas intrépidas de su civismo y de su amor á la gloria, encontraron la muerte, en medio de mil peligros, por abatir á un tirano y por castigar sus crímenes. Mientras que rechazaban la deshonra y la esclavitud, la fortuna, envidiosa, hizo inútiles los esfuerzos de su valor. Pelearon á muerte contra el enemigo de su pátria, y la muerte los venció. Todavía los lloramos, pero ¡en vano vertemos lágrimas! porque así lo dispuso el Destino, cuyos decretos son inmutables. Solo pertenece á los Dioses el no equivocarse nunca, y solo ellos disponen siempre de la dicha y la fortuna. Mortales, resignáos con la voluntad del Cielo.)

Ya lo oyes, Esquines, *solo pertenece á los Dioses el no equivocarse nunca, y solo ellos disponen de la fortuna*. ¿Es á un orador á quien esos versos hacen árbitro de la victoria? No, ese poder lo atribuyen á los inmortales. ¿Por qué, pues, miserable, me diriges tantas imprecaciones? ¡Oh! ¡Permita el cielo que todas caigan sobre tí y los tuyos!

En medio de tantas imputaciones calumniosas, una circunstancia ¡oh atenienses! me ha sorprendido más que todo. Al recordar nuestras desgracias, Esquines no se afligía como corresponde á un buen ciudadano; ¡ni una lágrima en sus ojos! ¡Ni un acento de dolor en sus lábios! Alzando su voz retumbante, se alegraba y creía acusarme, sin ver que se acusaba á sí mismo, al mostrar que no participaba del infortunio comun como nosotros. Sin embargo, á cualquiera que se alabase, como él, de amar las leyes y la democrácia, le convendría mostrarse interesado en las ventajas y en las desgracias del Pueblo, en vez de colocarse, por una política desleal, bajo las banderas

del enemigo. Esto es lo que has hecho, Esquines, cuando me imputabas el desastre sufrido por la Grecia y las desventuras de Atenas. No, atenienses, no fueron mis consejos la causa que os llevó desde el principio á defender la independencia griega. ¡Oh! Si me atribuís el honor de todo lo que habeis hecho para reprimir un poder que se levantaba contra los helenos, me habreis concedido más que el Pueblo ha concedido hasta ahora. Apropiarme semejante honra sería inferiros una injuria que no podríais perdonarme; y si ese hombre fuese justo, tampoco buscaría en el ódio que me profesa un pretesto para calumniar vuestra gloria.

Pero, ¿á qué me detengo en esto? ¿No tendré que rechazar mentiras aun más escandalosas? El que me ha acusado, ¡oh cielos! de inteligencia con Filipo, ¿qué no será capaz de decir? Pongo por testigos á Hércules y á todos los inmortales, de que si dejando aparte las imputaciones del ódio y la calumnia se investigasen de buena fé los culpables sobre cuyas cabezas debe recaer la responsabilidad de nuestras calamidades, se encontraría que son los Esquines de cada ciudad y de ningun modo los Demóstenes. Cuando el poder de Filipo era aun débil y pequeño, prodigamos á la Grecia advertencias, exhortaciones y consejos de prudencia, mientras que ellos, escitados por una sórdida rapacidad, vendian los intereses públicos, procurando seducir y corromper á los ciudadanos hasta dejarlos reducidos á la servidumbre. En Tesalia estaban Daocho, Cineas y Trasideo; en Arcadia Cercidas, Hierónymos y Eucampidas; entre los argivos Myrtes, Menaseas y Teledamo; en Elis Euxiteo, Aristaechmo y Cleotimo; en Mesena la raza del impío Filiades, Neon y Trasiloco; en Siciona Aristrato y Epicares; en Corinto Dinarco y Demarato; en Megara Peteodoro, Helixos y Perilao; en Tebas Timolao, Teogiton y Anemetas; y en la Eubea Hiparco, Clitarco y Sosistrato. En fin, el dia concluiría antes de

que yo hubiese acabado de nombrar todos los traidores. Ved, pues, ¡oh atenienses! los hombres que, en sus ciudades, seguian la misma conducta que esos entre vosotros. Corazones de cieno, viles aduladores, furias de su pátria, á la cual cada uno ha procurado mutilar horriblemente, han vendido la libertad, entre brindis y libaciones, á Filipo y Alejandro sucesivamente, y haciendo consistir su felicidad en sus inmensas liviandades y en sus infamias, han destruido aquella independencia, aquella satisfaccion de no sufrir el yugo de ningun amo, noble y supremo orgullo de nuestros mayores.

En medio de las conspiraciones odiosas que tanto se repitieron; en medio de las pujas, por decirlo así, en que se fijaba precio á la libertad griega, el mundo, gracias á mis consejos, ha visto la inocencia de Atenas, y los atenienses la de Demóstenes. ¿Y te atreves aún á preguntar por qué virtudes creo merecer una recompensa? ¡Pues bien! Voy á decírtelo. Haber resistido los halagos, las seducciones y las más brillantes promesas cuando en las ciudades griegas todos los oradores, empezando por tí, se vendian primero á Filipo y despues á Alejandro; haber desechado la esperanza, los temores y el favor, y haber defendido los intereses y los derechos de mi pátria; haber dado siempre á mis conciudadanos consejos saludables sin permitir que la balanza de mi voluntad se inclinase por el oro; haber manifestado en todos mis actos un alma recta é incorruptible; haber, en fin, dirigido los más grandes asuntos de mi siglo con prudencia, con justicia, con sinceridad; ¡hé aquí mis títulos para merecer una corona!

En cuanto á la reparacion de los muros y de los fosos que ridiculizas con tus burlas, la creo digna de reconocimiento y de elogio, ¿por qué no? pero la coloco muy por bajo de mis otros servicios. No, no es únicamente con piedras y ladrillos con lo que he fortificado á Atenas. Dirige una mirada imparcial sobre mis verdaderas fortificaciones

y encontrarás armas, reductos, plazas, puertos, naves, tropas de caballería y un ejército leal y valeroso. Vé las fortalezas de que he provisto, en cuanto era posible á la prudencia de un hombre, no solamente las cercanías de la ciudad y del Pireo, sino toda el Atica. Por consiguiente yo no he sido vencido por la política y las armas de Filipo, y más bien que esto debe decirse que los generales y los soldados de nuestros aliados sucumbieron á la adversidad de la Fortuna. Hé aquí las pruebas de lo que digo, y juzgad de su evidencia y de su fuerza.

¿Qué debía hacer un buen ciudadano que deseara trabajar por su pátria con todo el celo, con todo el acierto y prevision posibles? ¿No debia asegurar el Atica, en el litoral por la parte de la Eubea, en tierra por la frontera de Beocia, y hácia el Peloponeso por los pueblos limítrofes? ¿No debia buscar, para el trasporte de granos hasta el Pireo, un camino seguro á través de las comarcas amigas? ¿No debía defender lo que poseíamos, es decir, el Proconeso, el Quersoneso y Tenedos, y enviar socorros para conseguirlo, pronunciar discursos y redactar decretos? ¿No debía conciliarse la amistad y la alianza de Bizancio, de Abydos y de la Eubea? (1) ¿No debía quitar al enemigo sus principales fuerzas y suplir con ellas las que nos faltaban? Pues todo esto lo he conseguido con mis decretos y mi política. Sí; sometida á un exámen imparcial, mi conducta no ofrece otra cosa que sábios proyectos ejecutados con integridad, que atencion para descubrir y aprovechar toda circunstancia favorable y para hacer cuanto es permitido a las facultades de un solo hombre. Si un génio fatal, si la Fortuna, si la impericia de nuestros generales, si la traicion y si todas estas causas reunidas han ocasionado la ruina universal, ¿dónde está el crímen de

(1) La Eubea mencionada más arriba parece designada aquí por un error de copista.—*(Stievenart.)*

Demóstenes? ¡Oh! si cada ciudad griega hubiese poseido un ciudadano que ocupara su puesto como yo ocupaba el mio entre vosotros; si un solo tesalio, si un solo arcadio hubiese pensado como yo pensaba, ningun heleno de esta ni de la otra parte de las Termópilas, sufriria al presente la tiranía estranjera! ¡Libres con sus propias leyes, sin peligros, sin inquietudes, todos vivirian dichosos bajo el cielo de la pátria; y su reconocimiento hácia Atenas por tantos beneficios inestimables, sería obra mia!

Para probaros que por temor de despertar la envidia, empleo un lenguaje inferior á la importancia de los hechos, se van á dar á conocer los socorros enviados á consecuencia de mis proposiciones.—*(Lectura de una enumeracion de los socorros.)*

Hé aquí, Esquines, lo que debe hacer todo hombre honrado, todo buen ciudadano. El éxito, ¡oh Dioses inmortales! nos habría elevado á la cumbre de la grandeza; y despues del revés que hemos sufrido, nos queda, al menos, una reputacion intacta. Nadie se queja de Atenas, nadie censura su política, y solo se acusa á la Fortuna de haberse mostrado adversa. Pero, ¡por Júpiter! el buen ciudadano no se aparta de los intereses del Estado; no se vende á los enemigos para servirles, llegada la ocasion, en vez de servir á la pátria; no denigra al hombre cuyos discursos y decretos, dignos de la República, han merecido una aprobacion constante; no guarda en su memoria el recuerdo de las injurias personales; no permanece, en fin, como tú haces frecuentemente, en una quietud insidiosa y funesta.

Sin duda que hay un reposo útil á la pátria, y casi todos vosotros participais de él honradamente; pero en nada se parece al reposo de ese hombre. Retirado de los asuntos, se le vé espiar las ocasiones en que estais fatigados de oir á un orador asíduo, y los momentos en que la suerte os envía alguno de esos reveses ó alguno de esos acci-

dentes desgraciados, tan comunes en la vida humana. Entonces deja repentinamente su retiro, asalta la tribuna, dilata su voz, amontona palabras sobre palabras, y prolonga sin tomar aliento esos períodos sonoros, que lejos de producir algun bien, impresionan lijeramente sobre algunos asuntos y deshonran la República. Si estos esfuerzos laboriosos parten, ¡oh Esquines! de un alma pura que se interesa por el bien de la pátria, producen frutos preciosos y útiles á todos, tales como alianzas, subsidios, empresas comerciales, leyes saludables y fuertes obstáculos opuestos al enemigo. Esto es lo que se busca en los dias azarosos, que ofrecen al buen ciudadano mil ocasiones propicias en las cuales no has aparecido ni al principio, ni despues, ni nunca, aunque se tratase de la defensa ó engrandecimiento de la pátria. ¿Qué alianzas, qué gloria, qué amigos, qué socorros ha conseguido Atenas por tí? ¿Ha habido alguna embajada ó espedicion en que la haya honrado tu conducta? ¿Ha habido algun asunto ateniense, griego ó estranjero, que haya tenido buen éxito en tus manos? ¿Nos has proporcionado alguna vez armas, buques, arsenales, fortificaciones ó tropas? ¿Han recibido los ricos ni los indigentes algun beneficio por tus donativos patrióticos? ¿Podrás decir, acaso, que has mostrado celo y actividad? Pero ¿dónde? ¿En qué tiempo? ¡Oh el más injusto de los hombres! cuando todos los oradores se imponian una tarea voluntaria por la salud comun; cuando últimamente Aristónico (1) sacrificó por la pátria las economías reunidas para su rehabilitacion, tú no contribuiste con nada, ni siquiera te presentaste en público. ¿Fué por indigencia? No; porque habias recibido más de cinco talentos de la herencia de tu suegro, y dos que te dieron colectivamente

(1) Este Aristónico es el mismo que antes que Ctesifonte había propuesto coronar á Demóstenes. Condenado á pagar una multa superior á sus recursos, perdió su calidad de ciudadano hasta adquirir con qué satisfacer la pena impuesta.—*(Stievenart.)*

los mayores contribuyentes por haber mutilado la ley sobre los armamentos marítimos. Pero dejemos á un lado estos detalles, que sin sentirlo me arrastrarían muy lejos. Es cosa indudable que si nunca has contribuido á las necesidades comunes, no ha sido por falta de recursos, sino por una consideracion delicada hácia aquellos que habian comprado tus servicios.

¿Cuándo, pues, te muestras atrevido? ¿Cuándo descuellas sobre todos? Solo cuando es necesario hablar contra tus conciudadanos. ¡Oh! Entonces desplegas una voz atronadora, una inmensa memoria y el talento del gran cómico Teocrino. (1)

Has hablado de los grandes hombres que florecieron en los tiempos antiguos; nada más laudable. Pero es injusto ¡oh atenienses! abusar de vuestra admiracion por aquellos ilustres varones y establecer un paralelo entre ellos y yo, que soy contemporáneo vuestro. ¿No es sabido que la envidia aborrece á los vivos y se enamora de los muertos? (2) Tal es el corazon humano y por esto no debe juzgarseme con la vista fija en nuestros ilustres predecesores. Lo contrario sería proceder sin justicia ni imparcialidad. Contigo, Esquines, y con aquellos de tus parecidos que prefieras, entre nuestros contemporáneos, es con quienes debe comparárseme. Considera tambien si para Atenas no es más útil premiar el amor pátrio y los servicios prestados á la República que el recuerdo de las magníficas empresas de nuestros abuelos, ante los cuales toda alabanza languidece, sobre todo cuando dicho recuerdo sirve para olvidar ó despreciar los beneficios recientes. Más diré aún:

---

(1) Famoso calumniador que, como Esquines, habia sido cómico. *(Stievenart.)*

(2) Bentham cita esta frase en su tratado sobre sofismas políticos, en la misma forma que la dejamos traducida. Stievenart la pone así: «¿No se sabe que la envidia hiere más ó ménos a los vivos y que los muertos no tienen enemigos?»

que se examine de buena fé mi conducta, y se reconocerá la conformidad de mis intenciones con las de los grandes hombres que celebras y la conformidad de tus intrigas con las de sus calumniadores. Porque tambien en aquellos siglos habia malvados, parecidos á tí en lo cobardes y envidiosos, que ensalzaban á los muertos para rebajar á los vivos. Dices que no me parezco en nada á aquellos ilustres ciudadanos; pero, ¿quieres decirme si tú, Esquines, y tu hermano y los demás oradores de hoy me llevais en esto alguna ventaja? El hombre de bien compara los vivos á los vivos y los talentos de ellos entre sí, como se hace con los poetas, los bailarines y luchadores. Filamon, aunque inferior á Glocos y á algunas antiguos atletas, no salía de Olimpia sin recompensa; superior á sus antagonistas, era coronado y proclamado vencedor. De igual modo, Esquines, puedes compararme á los oradores de nuestro tiempo, á tí mismo ó á cualquiera otro, sin temor de que retroceda ante ninguno. Mientras que la República ha podido adoptar los consejos más útiles; mientras que ha sido posible á todos los ciudadanos rivalizar en celo por el bien público, se me ha visto proponer las resoluciones más convenientes, habiéndose resuelto todo por mis decretos, mis leyes y mis embajadas. En cambio vosotros jamás habeis aparecido sino que para perjudicar al Pueblo. Despues de los tristes acontecimientos, (¡por qué los Dioses los habrán permitido!) cuando se buscaban, en lugar de fieles consejeros, esclavos dóciles, traidores, aduladores y mercenarios, tú y tus cómplices brillásteis en la opulencia, costeando magníficos caballos; y yo entretanto quedaba oscurecido, pero abrigando en mi pecho un corazon consagrado á la pátria.

Dos cualidades ¡oh atenienses! caracterizan al buen ciudadano, título que creo poder atribuirme sin despertar la envidia: en el ejercicio del poder, una firmeza inquebrantable para mantener el honor y la preeminencia de la

República: en todo tiempo y para todos sus actos públicos, desinterés y patriotismo. Esto último depende de nosotros, está en nuestro corazon, aunque no tengamos el poder á nuestro alcance. ¡El patriotismo! Hé aquí lo que encontrais en mí, constante, inalterable. Recordad, en prueba de ello, que se ha pedido mi cabeza, que se me ha citado al tribunal de los Anfiictiones; que se han puesto en juego ofrecimientos y amenazas; que se han lanzado contra mí esos miserables como bestias feroces, y que nada ha podido apartarme de vuestros intereses. Desde mis primeros pasos he seguido el camino más recto: mi política ha consistido siempre en sostener las prerogativas, el poder y la gloria de mi pátria, en estenderlas é identificarme con ellas.

Cuando el estranjero prospera, no se me vé pasar por la plaza pública rebosando de júbilo, tendiendo la mano y refiriendo las noticias á los que seguramente han de trasmitirlas á Macedonia. Si nuestra ciudad tiene algun motivo de alegría, no tiemblo al saberlo, ni me retiro azorado y con la mirada abatida, como esos impíos que difaman la República, sin ver que se deshonran ellos mismos, y que, fija la vista fuera de su pátria, celebran los triunfos del que debe su prosperidad á las desgracias de la Grecia, deseando que se dedique á perpetuarlas.

¡No escucheis, Dioses inmortales, sus culpables votos! ¡Corregid, corregid su espíritu y su corazon! Y si tanta maldad es irremediable, ¡haced que, abandonados en el mundo, perezcan sobre la tierra ó sobre los mares! ¡Para nosotros, última esperanza de la pátria, solo pedimos que os apresureis á disipar los peligros suspendidos sobre nuestras cabezas y á asegurar nuestra conservacion!

ELOGIO FÚNEBRE

DE LOS GUERREROS ATENIENSES MUERTOS EN QUERONEA.

Introduccion.

«Por el mismo Demóstenes sabemos, dice Mr. Villemain, que fué elegido por el pueblo ateniense para celebrar á los guerreros muertos en Queronea; y hace valer en su favor esta circunstancia, que su rival Esquines le había reprochado elocuentemente. Pero el elogio fúnebre que nos queda bajo el nombre de Demóstenes, no parece auténtico á Dionisio de Halicarnaso ni á Libanio. El discurso que este grande orador pronunció, ¿no era indigno de figurar entre sus demas oraciones para que hubiese desdeñado el conservarlo? ¿Pudo acaso sustituirse más tarde por otro discurso de algun sofista? Sea de esto lo que quiera, parece que la elocuencia vigorosa de Demóstenes, tan propia para las luchas violentas de la tribuna y del foro, no debía acomodarse fácilmente á las formas del panegírico..... Por lo demas, este elogio de los guerreros muertos en Queronea, ora se niegue, ora se atribuya á Demóstenes, cuyo nombre lleva, ofrece rasgos muy notables. Creo difícil que sea la obra de un retórico. Se encuentra en él una elevacion que es propia de los buenos tiempos de la Grecia.» (1)

Juegos ecuestres y gímnicos, certámenes de canto y de poesia, una comida fúnebre y una columna con una inscripcion muy sencilla, honraban la memoria de los defensores de la pátria. Tucídides nos refiere las escenas imponentes y solemnes, cuyas ceremonias tan patrióticas y morales eran animadas por la elocuencia.

(1) Ensayo sobre la oracion fúnebre.

«El mismo invierno, dice, (el en que terminó la primera campaña de la guerra del Peloponeso) los atenienses, segun la costrumbre de su pais, hicieron funerales públicos á los primeros que perecieron en esta guerra. Hé aquí de qué manera se verifican estos funerales. La antevíspera del dia en que deben tener lugar, se arma una tienda de campaña donde se depositan los huesos de los difuntos, y cada ciudadano lleva lo que quiere consagrar en ofrenda al muerto que le interesa. En la ceremonia del entierro cada tribu lleva un carro que conduce un féretro de ciprés, con los huesos de los muertos que le pertenecen. Se lleva tambien un lecho preparado, pero vacío, que se destina á aquellos cuyos cuerpos no se han podido encontrar. Los ciudadanos y los estranjeros tienen libertad de acompañar ó no á la comitiva. Los parientes se sitúan cerca del sepulcro y se lamentan. Los féretros se depositan en la tumba pública, situada en el barrio más hermoso de la ciudad. Allí se entierran siempre los guerreros muertos en los combates, á escepcion de los que sucumbieron en la batalla de Maraton; pues á estos se les consideró como dotados de un valor estraordinario, y se les dió sepultura en el campo mismo del combate. Terminada la ceremonia, el Pueblo elige un hombre distinguido por su sabiduría y su virtnd, que pronuncia una oracion en alabanza de los que han dado su vida por la pátria, y despues todos se retiran. Así se hacen los funerales..... Llegado el momento, Perícles sube á una tribuna elevada convenientemente, para que pueda ser oido por la mayor parte de la concurrencia, y habla en estos términos.»

Discurso.

Desde que la República, despues de haber decretado estos funerales en honor de los que han sido en la guerra víctima de su denuedo, me eligió para pronunciar el panegírico que la ley ordena, no he cesado de discurrir el elogio más conveniente para tan altos merecimientos. Pero mis inútiles esfuerzos me han hecho comprender que un lenguaje digno de los que descansan en esa tumba es imposible. Haber despreciado la vida, cuyo amor es innato en todos los corazones; haber preferido morir noblemente, más bien que conservar la existencia para ser testigos de las calamidades de la pátria, ¿no es acreditar una

virtud superior á todo género de alabanzas? Espero, sin embargo, poder espresarme siguiendo el ejemplo de los oradores que otras veces desempeñaron el encargo que hoy se me confía.

El interés que Atenas siente por los ciudadanos muertos en los combates, se reconoce sobre todo en la ley que se impone de elegir un orador que solemnice con su palabra los funerales públicos. Conociendo que las grandes almas desprecian la posesion de las riquezas y el goce de los placeres del mundo, y que aspiran solo á la virtud y á la gloria, cree deberlas recompensar con un di curso destinado á celebrarlas, medio el más poderoso para satisfacer tan nobles aspiraciones, y para hacer que la fama de que gozaron en vida se trasmita á la posteridad.

Si no viese en estos guerreros más mérito que el del valor, á él solo debería limitarse este elogio; pero toda vez que la fortuna les dispensó un nacimiento distinguido, una educacion esmerada y una vida honrosa, me avergonzaría de omitir uno solo de estos justos títulos, que los hacen acreedores á nuestros homenajes.

Comienzo por su orígen, cuya nobleza ha sido reconocida en todos tiempos y por todos los pueblos. Porque aun prescindiendo de sus padres y sus abuelos, todos ellos pueden remontar su nacimiento á la pátria comun, cuyo suelo los produjo, segun confesion universal. (1) Sí; los atenienses son los únicos, entre todos los hombres, que han habitado y trasmitido á sus descendientes la tierra materna; y así es que, bien considerado, los que emigran á ciudades estranjeras y reciben allí el nombre de ciudadanos, se asemejan á hijos adoptivos, mientras que nosotros somos, por los lazos de la sangre, los verdaderos hijos de nuestra pátria. Tambien fué entre nosotros donde apare-

(1) Los atenienses abrigaban la absurda creencia de que habian nacido del suelo mismo que habitaban.—*(Stievenart.)*

cieron los primeros frutos que sirvieron de alimento al hombre; y en esto veo, ademas del mayor beneficio que ha recibido la humanidad, una prueba irrecusable de que esta comarca es la madre de nuestros antepasados. Es, en efecto, una ley de naturaleza, que todo ser que se reproduce lleve en sí el alimento del nuevo ser á que dá vida, y este fenómeno se ha realizado en el Atica.

Así nacieron, en tiempo inmemorial, los abuelos de los ciudadanos cuya pérdida lloramos hoy. En cuanto á su valentía y á sus demas virtudes, no me atrevo á decirlo todo por miedo á traspasar los límites de este discurso. Pero realizaron hechos cuyo recuerdo es útil, y cuyo conocimiento vá acompañado de placer y satisfaccion; hechos gloriosos que pueden reseñarse sin fatigar á nadie, y que vamos á procurar esponer en un breve cuadro.

Los padres, los abuelos, los antepasados más remotos de la generacion presente, no verificaron jamás ningun acto agresivo contra los griegos ni contra los bárbaros; y sin contar todas sus demas prendas eminentes, obedecian siempre á los principios de la más estricta equidad. Pero cuando tuvieron que defenderse, realizaron mil empresas memorables. Ganaron contra el ejército de las Amazonas, que devastaba el Atica, victorias bastante decisivas para rechazarle hasta más allá del Fasis; (1) arrojaron de este pais y de la Grecia entera las bandas desembarcadas con Eumolpe y otros muchos jefes, contra las cuales todos los pueblos situados al Occidente de Atenas no habian podido resistirse. Los hijos del mismo Hércules, protector de los mortales, les dieron á su vez este nombre cuando vinieron aquí huyendo de Euristeo. A todas estas y á otra multitud de acciones magníficas, añadamos que no dejaron ultrajar los derechos de los muertos, cuando Creon prohibió dar sepultura á los siete jefes que habian sitiado á Tebas.

---

(1) Rio que hoy lleva el nombre de *Rion* en la Mingrelia.

Omito muchas hazañas consignadas en la mitología. Cada una de las que he recordado ofrece una materia tan estensa y brillante, que los poetas de la epopeya, de la tragedia y de la lira, y la mayor parte de los historiadores han encontrado en ellas asunto para sus obras. En cuanto á las que, sin merecer menos nuestra estimacion, no están adornadas de ficciones ni colocadas entre los hechos heróicos, á causa de su fecha más reciente, permitidme que las recuerde.

Nuestros padres, por sí solos han rechazado dos veces tanto por mar como por tierra, los ejércitos del Asia entera, y salvado á costa de los mayores peligros la libertad de todos los helenos. Lo que tengo que decir lo han dicho otros antes que yo; pero no importa, actualmente aun conviene tributar á aquellos grandes hombres nobles y legítimas alabanzas. Muy superiores á los guerreros armados contra Troya, que siendo lo más escogido de la Grecia, apenas pudieron tomar en diez años una sola ciudad del Asia, no solamente rechazaron sin ayuda de nadie los ejércitos que esta parte del mundo lanzó contra nuestra pátria y que parecian invencibles, sino que tambien supieron vengar los daños que habian causado á los otros helenos. Pero hicieron más todavía: para reprimir en el corazon mismo de la Grecia las ambiciones rivales, desafiaron todos los peligros nacidos de los caprichos de la fortuna, colocándose siempre al lado del buen derecho hasta la época en que nacimos.

Y no se crea que no pudiendo estenderme sobre cada uno de estos hechos, me limito á enumerarlos. Aun cuando fuese el más inhábil y torpe de los oradores, la virtud de nuestros antepasados ofrece una multitud de grandes ejemplos que se presentan espontáneamente á la memoria. Pero despues de haber consagrado un recuerdo al ilustre origen y á las memorables acciones de nuestros padres, me propongo llegar sin detencion á las hazañas

de nuestros guerreros, con objeto de confundir en una misma gloria á hombres por cuyas venas circulaba la misma sangre, persuadido de que sería igualmente grato para todos establecer entre ellos una comunidad de virtudes, tanto por su nacimiento como por nuestros elogios.

Aquí debo, sin embargo, detenerme. Antes de trazar la vida de nuestros guerreros, solicito la benevolencia de los que, sin pertenecer á sus familias, forman parte de este cortejo fúnebre. Encargado de solemnizar los funerales con gastos espléndidos, con corridas de carros y luchas de atletas, habría cumplido mi deber tanto más satisfactoriamente, cuanto más celo y suntuosidad hubiese desplegado. Pero teniendo que celebrar en un discurso las acciones de esos ciudadanos, temería que fuese inútil todo mi cuidado si no contaba con el favor de los oyentes. Las riquezas, la fuerza, la actividad y todos los recursos de esta especie, bastan para vencer los mayores obstáculos. Pero el talento de la palabra no puede prescindir de la benevolencia del auditorio. Con ella, un discurso mediano interesa y acredita; sin ella, el orador más elocuente molesta y fatiga.

Pero al dar principio al elogio de los guerreros, cuya gloriosa vida ofrece tan ancho campo al panegírico, no sé por dónde comenzar. La misma abundancia de la materia dificulta la eleccion. Ensayaré, sin embargo, seguirles paso á paso en su carrera.

Desde sus primeros años se mostraron ansiosos de brillar en toda clase de ejercicios y conocimientos, entregándose con ardor á los estudios y trabajos propios de su edad, y siendo el orgullo de sus padres, de sus amigos y parientes. Así es que, al llorarlos para mitigar su dolor todos aquellos que les fueron queridos, se ofrecen á su memoria mil recuerdos de las virtudes que los adornaban. Cuando pasada la juventud llegaron á ser adultos, acreditaron su mérito, no solamente ante sus conciudadanos,

sino tambien ante todos los helenos. Una prudencia ilustrada es el fundamento de toda virtud, y la perfeccion de la virtud consiste en el valor. La primera descubre y traza la senda que debemos seguir, y este último nos dá fuerza para recorrerla. Ambas cualidades las poseian ellos en el grado más eminente. Antes que todos vieron la tempestad que se iba formando sobre la Grecia entera, é hicieron más de un llamamiento á los demás pueblos para salvarlos, en lo cual dieron una prueba de su gran penetracion. Cuando todavía era posible detener sin riesgo el azote, los helenos, ciegos y cobardes, ó no lo vieron ó fingieron que no lo veían; pero desde el momento en que, reconociendo su error, se mostraron dóciles á los consejos del deber, los ciudadanos á quienes hoy lloramos, depusieron todo resentimiento, se colocaron á su cabeza, contribuyeron con su fortuna, acudieron con sus tropas y las de sus aliados, y pródigos de su vida, se abandonaron á la suerte caprichosa de los combates.

En todo combate es forzoso que unos sean vencidos y que otros sean vencedores; pero no vacilo en asegurrar que los que mueren de ambas partes en el campo de batalla, no deben comprenderse en la derrota, y que todos ellos participan igualmente de la victoria. Los que sobreviven, deben el honor del combate á la voluntad de los dioses; pero lo que corresponde hacer para conseguir el triunfo, todo hombre muerto en sus filas lo ha hecho. Como mortal ha sufrido su suerte, ha sido víctima de los rigores de la Fortuna; pero su alma esforzada no ha participado de la derrota. Y si el enemigo no ha invadido nuestro territorio, se debe á la virtud de estos guerreros. Despues de haber esperimentado su valor, luchando cuerpo á cuerpo, ha temido emprender una nueva lucha contra los conciudadanos de unos hombres tan intrépidos, estando seguro de encontrar otros enemigos igualmente firmes y valientes, y teniendo por muy inciertos los favores de la misma prós-

pera fortuna. Las condiciones de la paz ajustada entonces con nosotros son buena prueba de esta verdad. No, no es posible encontrar un motivo más glorioso para nosotros, que el que aconsejó al Monarca su resolucion: admirado de la virtud de estos ilustres muertos, ha querido mejor ser amigo de sus compatriotas, que comprometer de nuevo todo su poder. Preguntad á los mismos que combatieron contra nuestros guerreros, si atribuyen la victoria á su propio valor, ó á un capricho inesperado de la suerte y á la audacia de un hábil capitan. ¿Habrá alguno entre ellos que tenga la presuncion de atribuirse el éxito de la batalla? En un acontecimiento cuyo resultado ha dependido de la Fortuna, á la cual nada se resiste, justo y forzoso es no acusar de cobardía á los adversarios de esta misma Fortuna, que al fin no eran más que mortales. Si el general enemigo derrotó el cuerpo que peleaba contra él, este suceso no debe atribuirse ni á los macedonios y á los atenienses, sino á los tebanos que componian aquel ala del ejército: sostenidos por guerreros de corazon invencible, por guerreros incapaces de retroceder y sedientos de gloria, no supieron aprovecharse de tan grandes ventajas.

Aunque pueda haber diversidad de pareceres sobre otras cosas, existe un hecho cuya evidencia es para todo el mundo incuestionable: este hecho es que la libertad de la Grecia entera tenía por salvaguardia el corazon de estos valientes. Desde el momento en que el Destino nos privó de su esfuerzo, toda resistencia cesó. Creo poder decir, sin despertar la envidia, que su valor era el alma de la Grecia, y creo tambien que hablando de este modo rindo homenaje á la verdad. Sí; en un mismo instante se ha estinguido el soplo de vida que los animaba, y el honor de la pátria comun. Y todavía añadiremos, aunque nuestro lenguaje parezca exajerado, que lo mismo que los hombres se verian condenados á una existencia triste y sombría si el sol les negase sus resplandores, así la muerte de

estos guerreros ha dejado cubierta de vergonzosas tinieblas la antigua gloria de los helenos.

Entre las muchas causas que han contribuido á elevar tanto su virtud, debemos considerar como una de las principales nuestra constitucion política. La oligarquia puede infundir el temor; pero no puede inspirar el ódio á la bajeza. Así es que en tiempo de guerra y en los momentos del combate, cada uno cuida solo de salvar su vida, seguro de que si por medio de presentes y de obsequiosas complacencias logra aplacar el enojo de sus señores, todo le será dispensado aunque haya sido el más vil de los hombres, sin otro castigo que la deshonra que le prepara el porvenir. Pero en una democrácia, el derecho de publicar la verdad sin obstáculos, es uno de los más nobles títulos, una de las más importantes prerogativas que corresponden al ciudadano. Con la esperanza de engañar á todo un pueblo, ¿cuando se ha cometido una cobardía? Antes al contrario, es inevitable la humillacion que resulta de los actos ignominiosos al ser referidos á todo el mundo y sometidos á la censura pública. Temiendo esta afrenta, todos los ciudadanos desafian heróicamente los peligros de la guerra, y prefieren una muerte gloriosa á una vida de mengua y deshonor.

Hé aquí las causas generales que han inducido á nuestros conciudadanos á buscar un fin tan honroso: nacimiento, educacion, costumbres intachables y los principios del gobierno. Pero en cada tribu se encuentran causas particulares que han contribuido á aumentar su grandeza de alma: voy á manifestar estas causas.

Todos los Erecteidas sabian que aquel Erecteo que les dió su nombre, abandonó sus hijas (1) á una muerte segura por salvar su pais. No es estraño, pues, que cuando un hijo de los Dioses había hecho tan grande sacrificio

(1) Estas hijas fueron Creusa, Oritia, Otonia y Procris.

por la libertad de su pátria, ellos se avergonzaran de preferir la conservacion de su vida mortal, á una fama imperecedera. No ignorando que Teseo, hijo de Egeo, habia sido el primero en establecer en Atenas la igualdad cívica, los Egeidas habrian considerado como un crímen el no seguir los principios de aquel grande hombre, y han preferido morir más bien que ver la Grecia subyugada. La tradicion habia dado á conocer á los Pandionidas la venganza que Progne y Filomela tomaron de los ultrajes de Tereo, y unidos a estas hijas de Pandion por los vínculos de la sangre, consideraban como un deber el pelear hasta la muerte contra los opresores de la Grecia. Se habia referido á los Leontidas, que las Leocores, (1) célebres en la fábula, se ofrecieron á ser inmoladas por salvar la pátria; y ante el recuerdo del heróico valor de estas jóvenes, ellos, en su condicion de hombres, habrian creido cometer un crímen imperdonable si no las hubiesen igualado. Los Acamantidas recordaban aquellos versos de Homero, en que dice que Acamas volvió á Troya estimulado por su cariño á Etra, de quien había nacido: (2) los descendientes de este héroe, que venció los mayores obstáculos por salvar á su madre, no era posible que retrocediesen á la vista del peligro cuando se trataba de protejer á sus amigos y parientes y aun á sus propias familias. Los Eucidas no olvidaban que Selemé, nacida de Cadmo, tuvo por hijo á un Dios que no conviene nombrar en estos funerales, (3) y que este Dios fué padre de Eneo, fundador de su raza: á la vista del peligro que amenazaba igualmente á las dos Repúblicas, la lucha más sangrienta fué considerada por ellos como una deuda que estaban obligados á pagar. El

(1) Las Leocores ó las tres hijas de Leos.

(2) La madre de este Acamas, ¿se llamaba Fedra, Ariadna ó Etra? Los filólogos no nos sacan de la duda. El pasage de Homero indicado aquí no ha llegado hasta nosotros.—*(Stievenart.)*

(3) Baco, dios del vino.

jefe de los Cecropidas fué, segun se dice, mitad hombre y mitad serpiente, (1) sin duda porque á la fuerza del dragon unía toda la prudencia de un mortal, en lo cual tienen su orígen las dos grandes cualidades en que esta tribu se distingue. Los Hipotontidas se acordaban del himeneo de Alopé, del cual nació Hipoton, á quien reconocian por su jefe; pero fiel á las conveniencias de este dia, apartaré de la memoria este suceso, diciendo solamente, que no olvidaron nunca que á ellos correspondía mostrarse dignos de tan grande hombre. La tribu de Ayax no ignoraba que este guerrero, viéndose privado de la recompensa que esperaba ganar con su valor, no pudo soportar la vida; (2) y de igual modo, cuando el premio del combate fué dispensado á otro por la Fortuna, esta tribu comprendió que debía pelear contra sus enemigos hasta morir, para corresponder dignamente á la gloria de su fundador. Vivir dignos de nuestros antepasados ó perecer heróicamente, fué la máxima de los Antiochidas, que no habian podido olvidar que le dió el nombre un hijo de Hércules.

La muerte de estos ciudadanos, rompiendo los lazos íntimos que los unian á sus amigos y sus familias, hace á los que les han sobrevivido muy dignos de compasion; la pátria ha quedado viuda, en cierto modo, y vive sumida en lágrimas y duelo. Pero ellos, por el contrario, son dichosos segun el juicio de los sábios. Primeramente, y en recompensa de esta vida pasajera, dejan en pos de sí una reputacion gloriosa é inmortal, que será el consuelo de sus hijos enaltecidos por ella y educados por la República, y tambien de sus padres, cuya vejez, rodeada de consideraciones y respetos, estará á cargo del Estado. Despues, libres de las enfermedades y de las penas á las cuales un

(1) Cecrops, procedente de Egipto y fundador de Atenas.

(2) Ayax, el guerrero más valiente despues de Aquiles. Suicidóse desesperado de que Ulises obtuviese las armas del hijo de Tetis que él pretendia.

acontecimiento adverso puede entregar nuestra existencia, obtienen pomposos y magníficos funerales. ¡Oh! ¿cómo no considerarlos felices cuando vemos que la pátria, á sus espensas, les consagra una tumba; que únicamente les concede á ellos públicos elogios; que son llorados por sus padres, por sus conciudadanos y por todos los hombres que pertenecen á la gran familia de los helenos? Se podría asegurar que en las islas Afortunadas (1) se encuentran sentados cerca de los Inmortales, en lugar tan preferente como los hombres virtuosos de los tiempos antiguos. Sin duda que ningun testigo de estos honores ha venido á darnos cuenta de ellos; pero debemos suponer por analogía, que los que fueron en concepto de los vivos acreedores á las humanas alabanzas, han de encontrar más allá del sepulcro una gloria semejante.

Acaso sea muy difícil aliviar por medio de la palabra los infortunios que se tocan; pero procuremos, sin embargo, evocar en nuestro pensamiento las ideas que consuelan. Generosos ciudadanos, hijos de padres no menos generosos, grande honra será para vosotros el soportar la carga del infortunio sin dejaros abatir por su peso, y el haber conocido la adversa y la próspera fortuna sin dar cabida al desaliento. Esta fortaleza de ánimo sería el más rico tributo de homenajes consagrado á los manes de los muertos, y la ofrenda que mayor gloria había de proporcionar á la ciudad de Atenas. Es muy doloroso para un padre y para una madre perder á sus hijos, esperanza y apoyo de su vejez. Pero ¡qué satisfaccion puede compararse á la de ver á esos mismos hijos recibiendo de la pátria elogios inmortales, haciendo gloriosa su memoria, y siendo honrados con sacrificios y fiestas solemnes como los Dioses! Es cruel para los hijos el perder la sombra de un padre; pero ¡cuán grato no es heredar la gloria paterna! En

(1) Así llamaban los antiguos á las islas Canarias.

esta herencia todo lo aflictivo procede de la Fortuna, á cuyos fallos hay que someterse; pero todo lo que es digno y honroso fué la obra de hombres esforzados que quisieron morir noblemente.

No he procurado hablar mucho, sino manifestar cosas verdaderas. Solo me resta deciros que despues de haber llorado y cumplido los deberes que os imponen la justicia y la ley, os retireis á vuestros hogares.

CARTAS ESCOGIDAS.

Segunda carta de Demóstenes pidiendo el levantamiento de su destierro.

Demóstenes al Consejo y al Pueblo, salud:

Mis servicios me habian hecho creer que, lejos de provocar vuestros rigores contra mi inocencia, me proporcionarian vuestro perdon, si era culpable de alguna falta. Pero no ha sido así. Mientras que os he visto condenarme sin pruebas, guiados solo por las vagas acusaciones del Consejo, me he resignado, persuadido de que vuestros derechos no estaban más seguros que los mios. Sí, el adherirse, unos jueces ligados por su juramento, á las alegaciones que los Quinientos no apoyan con ninguna prueba, es abdicar vuestros poderes públicos. Pero despues de que, gracias á vuestra buena fortuna, habeis descubierto el ascendiente despótico usurpado por algunos intrigantes del Consejo; despues de que vuestra censura ha detenido sus tenebrosas delaciones, tengo un derecho que espero apoyareis: pido la misma reparacion que han obtenido mis coacusados; pido no ser en adelante el único que se vé privado por los calumniadores, de su pátria, de su fortuna y de sus amigos.

El levantamiento de mi destierro, ¡oh mis conciudada-

nos! debe ser el objeto de todos vuestros deseos: sufro un castigo siendo inocente, y vuestra reputacion, respecto del estranjero, se encuentra por esta causa comprometida. Poco importa que, en vuestra tribuna, no se hable ya de las graves circunstancias en que tuve la suerte de servir al Estado; los demas helenos tienen mejor memoria, y el recuerdo de mi celo por la causa de la independencia, permanece vivo en la Grecia toda. Dos temores me retraen de esponeros el detalle de mis servicios; me intimida la envidia, ante la cual la verdad pierde sus derechos, y la cobardía de muchos Estados griegos, que nos obligan ahora á una política humillante, con la cual no tiene nada de comun aquella otra de que fué ejecutor.

En general, por la direccion que he dado á los asuntos públicos, os he conseguido el aprecio de todos los pueblos, por lo que debia prometerme de vosotros, brillantes testimonios de reconocimiento. Cuando la suerte, tan cruel como invencible, realizando uno de sus más injustos caprichos, decidió el éxito de la batalla que sostuvísteis por la independencia comun, mi solicitud hácia vosotros no se desmintió. Favor, esperanzas, poder, riquezas, seguridad personal, todo lo inmolé en vuestro servicio, mientras que viles y pérfidos gobernantes vivian tranquilos y rodeados de honores. Entre muchos actos de mi administracion, de los cuales puedo enorgullecerme, hé aquí el principal que no vacilaré en recordaros. Filipo era el más hábil político que jamás se ha conocido, para conciliarse todos los corazones por medio de la afabilidad, y para corromper con su oro los primeros ciudadanos de todas las Repúblicas griegas Todos se dejaron cautivar por sus maneras y seducir por sus larguezas; todos menos Demóstenes: escepcion que, aun hoy dia, es un título de gloria para mi patria. No, aunque tuve con este Príncipe entrevistas y conferencias frecuentes, jamás acepté las ricas dádivas que me ofreció; apelo á los recuerdos de muchos helenos que vi-

ven todavía. Reflexionad lo que estos deben pensar de vosotros. Estoy seguro de que se compadecen de Demóstenes, tan cruelmente tratado sin ser culpable, y de que os acusan de una injusticia que no podreis reparar, sino que revocando vuestra sentencia.

Pero esta integridad es un mérito insignificante, si se la compara con el resto de mi conducta pública. Nunca el ódio ni el egoismo, nunca una política mezquina han dictado mis palabras. Nunca he perseguido á nadie, ni ateniense ni estranjero; siempre útil á la República, mis talentos no han ocasionado la ruina de ningun ciudadano. Los atenienses viejos pueden decir á sus jóvenes compatriotas lo que han visto y oido. En union de algunos embajadores griegos, Pyton de Bizancio habia venido á Atenas para presentar en la tribuna numerosos cargos contra la República. ¿Qué hice entonces? Me levanté, solo entre vuestros oradores, y confundí al fogoso acusador de mi pátria, obligándole á retirarse avergonzado. Omito todas las embajadas en las cuales os he representado, sin que vuestros intereses se viesen nunca comprometidos. Mi objeto no era asegurar la dominacion de una mitad de los atenienses sobre la otra mitad, ni armar nuestra ciudad contra sí misma, sino adquirir gloria para todos y hacer que nuestra República fuese universalmente respetada y temida. Todos los atenienses, admiradores de esta política generosa, y con especialidad los jóvenes, deben escojer por modelos, no á los tribunos ocupados solo en agradaros y cuyo número será siempre considerable, sino á aquellos cuyo celo brioso se atreva á mostraros vuestras faltas.

Tengo tambien, ¡oh atenienses! otro título á vuestro interés, título que por sí solo debería bastar para que me llamáseis á vuestro lado. Consiste en haber gastado mi fortuna en vuestros juegos, en vuestras fiestas, en vuestra marina y en otros servicios públicos. Entonces mismo,

no solo hice el bien, sino que lo aconsejé con mi ejemplo y mis discursos. Pero no insistiré más sobre esta parte de mi conducta.

Ved, atenienses, qué poco merecen la desgracia que sufro los servicios que he prestado á la pátria. Agoviado de males, ¿de cuál me lamentaré primero? ¿De mi vejez que se consume en un destierro peligroso y tan desusado entre vosotros como inmerecido? ¿De la vergüenza de mi condenacion que no descansa sobre ninguna prueba real? ¿De tantas esperanzas perdidas y reemplazadas por rigores que otros merecen? No, la posteridad más justa no acusará á Demóstenes de ser el amigo de Harpalo; no dirá que Atenas me ha impuesto este castigo por los crímenes de mi administracion, debidamente probados. Muy por el contrario, sabrá que de todos los decretos relativos al tesorero de Alejandro, el mio es el único que ha puesto mi pátria al abrigo de toda censura. De mi condenacion no debe deducirse mi culpabilidad. Solamente el influjo de las circunstancias pudo dictar mi destierro; y el haber sido yo el primero en comparecer ante el tribunal, contribuyó sin duda á irritar un ódio injusto, producido por la simple presuncion del crímen. ¡Oh! ¿No espuse entonces todas las razones que han hecho absolver á los ciudadanos comprendidos más tarde en la misma acusacion? ¿Qué se puede añadir á una defensa tan completa como aquella? ¿Pueden cometerse delitos que jamás han existido?

Pero no quiero detenerme aquí. Harto me ha enseñado la esperiencia que una conciencia limpia no hace más que aumentar el peso de la desgracia. Vosotros que, mejor instruidos, habeis anulado la condenacion de mis coacusados, anulad tambien la mia, ¡oh atenienses! Soy inocente, pongo por testigos á los Dioses y á los héroes que hemos divinizado. Toda mi vida habla en mi favor. ¿Dareis más fuerza á unas imputaciones lanzadas al acaso, que al testimonio de mi conducta? ¿Soy el único entre todos los de-

más que no merezco crédito ni miramiento? ¿Es acaso mi prontitud para dejaros lo que motivó vuestros rigores? ¡Oh! si me apresuré á partir, no fué por desconfianza de vosotros, ni por confianza en un asilo preparado fuera de mi pátria. La idea de una ignominiosa prision me hacía estremecer. En mi avanzada edad temí sucumbir á tan dura prueba. Esperaba tambien que sabríais sin enojo la noticia de una evasion que me salvaba sin perjudicaros. Pero aun al tomar esta precaucion furtiva, á que me reducía la desgracia, no desmentí mi patriotismo. ¿A dónde dirigí mis pasos? ¿Hácia una ciudad en que me esperase una existencia llena de encantos? No; sino á una ciudad pequeña, á la cual sabía yo que se habian retirado vuestros padres cuando la invasion de los persas; á donde había griegos amigos de mi pátria; á Treceno. ¡El cielo recompense á esta poblacion el aprecio que os profesa, y la piedad que ha sentido por mi infortunio! ¡Ojalá yo mismo pueda algun dia, vuelto á mi pátria, probarle altamente mi reconocimiento! Muchos habitantes de dicha poblacion estaban un dia lamentándose de mis males, y llamaron á Atenas ingrata. En seguida los detuve y os escusé con toda la vehemencia de que soy capaz, y admirado el Pueblo por esta accion me concedió honores públicos. Tributados á un proscripto por una débil República, estos testimonios de consideracion no hacían otra cosa que comprometer mi cabeza. Me trasladé, pues, á Kalauria, y fijé mi residencia en el templo de Neptuno. Espero que el respeto por el Dios me servirá de salvaguardia. Pero, sin embargo, ¿quién está seguro de nada? Cuando se vive á merced de los demás no hay hora segura ni puede hablarse de mañana. Desde mi solitario retiro veo por lo menos la ribera en que nací, la tierra querida cuyo recuerdo llevo siempre en mi corazon. ¡Oh! ¡Que los Dioses le inspiren hácia mí una benevolencia tan grande como el amor que la profeso!

Haced, pues, que el infortunio cese de agoviarme: justos con otros acusados, sed tambien justos conmigo. Procurad que no sufra nada indigno de vosotros, y que no me vea obligado, para mengua vuestra, á dirigir mis súplicas á los demás helenos. Prefiero la muerte á veros irritados para siempre contra mí. Este es, no lo dudeis, un grito espontáneo de mi corazon; yo no finjo los buenos sentimientos ni vacilo en poner mi suerte en vuestras manos. No, no temí someterme á vuestro fallo, é incapaz de ofender á la verdad, me abandoné á vuestra decision, persuadido de que aquellos á quienes debía tantos honores y beneficios, podian tener hasta la facultad de cometer conmigo una injusticia. Aparte de esto, puesto que una circunstancia favorable, apartándoos de injustos rigores, os ha conducido á revisar vuestra primera deliberacion, y á suspender una sentencia que no era irrevocable, anulad tambien la que me condena; satisfaced vuestro honor y el mio, y llamadme bajo el cielo de la pátria. En el exámen de mi proceso reconocereis que, lejos de haber cometido faltas en mi carrera política y de merecer la muerte ó la pérdida de mis derechos, no me he dejado aventajar por ninguno de vosotros en amor hácia el Pueblo, y que soy entre todos mis contemporáneos el que más ha trabajado, el que más ha hablado y sufrido por la República.

Aunque en esta carta me lamento de mi suerte, no os apresureis á acusarme de pusilanimidad. Cuanto puede ser causa y disculpa de que estalle un violento dolor, lo estoy sufriendo actualmente. Penas de espíritu, temores, inquietudes, deseo de volver á veros y vivir bajo el cielo de mi querida pátria, reflexiones solitarias sobre todos mis males pasados; hé aquí lo que me hace deplorar mi suerte. No, ¡no es pusilanimidad! ¿Me habeis visto retroceder alguna vez cuando ha sido necesario hablar ó trabajar por vosotros?

Lo que precede se dirige á todos mis conciudadanos;

pero voy á pronunciar todavia algunas palabras para mis enemigos.

En todo lo que habeis hecho abusando de la ignorancia del Pueblo, supongo que vuestra intencion era servirlo, y ningun cargo os dirijo por ello. Pero hoy están los hechos esclarecidos. Acusadores de otros muchos ciudadanos, habeis cesado de perseguirlos: vuestro desistimiento me es debido tambien. Pero si insistís en que yo únicamente quede fuera de la ley; si yo solo continúo siendo el objeto de vuestras persecuciones, sabed que apelaré al Pueblo; al Pueblo, que es más justo, porque está mejor informado. Cuando oiga mi ruego, no sufrirá por más tiempo que vuestro ódio prevalezca sobre su justicia. ¡Sed felices!

Carta tercera, escrita por Demóstenes desde su destierro, en defensa de los hijos del orador Licurgo.

Demóstenes, al Consejo y al Pueblo, salud.

Os he escrito mi última carta para pediros la justicia que creo merecer. Esta peticion espero que me la concedais cuando os parezca oportuno; pero el objeto que hoy me induce á escribiros nuevamente, merece fijar vuestra atencion y encontrar en vosotros oyentes imparciales y serenos. Aun en el destierro en que vivo, la casualidad me hace oir á muchas personas que os vituperan por la suerte que sufren los hijos de Licurgo. Os habría escrito aunque solo fuese para recordaros las acciones de este digno ciudadano, á cuyos beneficios estareis tan reconocidos como yo, si no quereis manifestaros ingratos.

Licurgo, desde un principio, se había dedicado á la administracion de las rentas públicas, y por esta causa se abstenía de proponer decretos sobre los asuntos de la Grecia y de sus aliados.

Pero cuando la mayor parte de los oradores que se llamaban amigos del Pueblo os abandonaron, él continuó fiel á los intereses populares, no por la esperanza de recompensas y pensiones de que disponía la faccion contraria, no porque viese más seguridad en el partido que abrazaba, puesto que este partido se hallaba espuesto á todos los peligros que son evidentes é inevitables á quien se propone el bien de la Nacion como objeto de sus acciones y de sus palabras, sino porque era un hombre del pueblo y porque tenia el corazon de un verdadero patriota. Así fué que aunque vió por sí mismo á los gobernantes leales, despojados de todo crédito por la fuerza de las circunstancias y á sus adversarios vencedores en todos los asuntos, no por esto se consagró ménos al servicio de los intereses públicos, habiendo arreglado sin vacilar su conducta y su lenguaje, aun despues de nuestras desgracias, conforme á lo que evidentemente os era ventajoso. Tambien sabeis todos que no se tardó mucho en pedir su cabeza. Os vuelvo á decir, pues, que os habría escrito de todos modos, aun cuando solo hubiese sido por consideracion á Licurgo; pero persuadido de que os interesa conocer la censura con que los estranjeros condenan vuestra conducta, hallo en esto un nuevo motivo para hacerlo.

Ruego á los que eran enemigos particulares de este ciudadano que se dispongan á escuchar la verdad, y á sufrir tambien el lenguaje de la justicia. No debeis ignorar, atenienses, que el tratamiento de que han sido objeto sus hijos es una mancha para la República. Ni un solo griego ignora que cuando Licurgo vivia fué colmado de honores por vosotros, y que á pesar de las acusaciones sobre él acumuladas por la envidia, jamás lo encontrásteis culpable. Era tal vuestra confianza en su virtud y la opinion que teníais de su amor al Pueblo, que pronunciásteis muchas sentencias fiándoos solo en el crédito de su palabra. Considerábais suficiente esta garantia; ¿pero os habría bastado sin

la alta reputacion de Licurgo? Al saber hoy la prision de los hijos, se recuerdan todos los merecimientos del padre y se hace recaer el aprecio que inspiraba sobre esas víctimas tan indignamente tratadas, vituperándoos con una dureza que no me atrevo á reproducir. Estas inculpaciones las oigo con pena y las refuto con calor; pero veo en ellas una prueba de que la Grecia os condena y de que debo mirar por vosotros poniéndolo en vuestro conocimiento. No os daré más detalles, que serian mortificantes; pero algunos griegos hacen, sin intencion ofensiva, reflexiones que me parece conveniente revelaros.

Nadie cree que vuestra conducta con Licurgo haya nacido de ignorancia. La larga é incorruptible administracion de este ciudadano y la viva inteligencia que todo el mundo os atribuye, hacen tal suposicion inadmisible. Queda, pues, la indiferencia tan poco honrosa para los que dan pruebas de tenerla. ¿Es prudente dirigirnos una mirada mientras vivimos y somos útiles, y abandonarnos al olvido cuando la muerte nos priva de continuar sirviéndoos? ¿Obrareis mejor no cuidándoos de la posteridad ni de la memoria de un gran ciudadano, únicos objetos del postrer pensamiento de un moribundo? ¿Puede fundarse este rigor en un miserable interés? Tal cosa no estaría conforme con vuestra magnanimidad natural ni con las reglas que habeis seguido siempre. Si fuese necesario rescatar los hijos de Licurgo á espensas del tesoro público, estoy seguro de que lo hariais sin vacilar. ¿Por qué, pues, rehusais la exencion de una multa impuesta por el ódio y la calumnia? ¿Habeis resuelto tratar desapiadadamente á vuestros consejeros? ¿Querreis mostraros á un mismo tiempo los más injustos y los más imprudentes de los hombres?

Más temo aun otra consideracion. ¿No comprendeis la vergüenza que recaerá sobre Atenas, que fué siempre refugio de infortunados, si su pueblo, el más sábio de los pueblos, aparece ménos generoso que Filipo? Aunque edu-

cado entre el esplendor del poder supremo y sin recibir lecciones de nadie, este Príncipe, aun despues de ocupar el trono y elevarse por sus victorias al apogeo de su grandeza, se había impuesto como una ley la clemencia. Respetando las virtudes y los antepasados de los mismos que habian combatido contra él para disputarle el imperio, no se permitió aprisionarlos entre cadenas. Muy diferente de algunos de vuestros oradores, no olvidó nunca lo que debía á su dignidad, y creyó que una accion escusable en otro Prínbipe sería una mancha en Filipo. ¡Oh! Y sin embargo, los ciudadanos formados por la educacion más liberal y fecunda, los atenienses, destruyendo los más sanos principios de moral, han puesto en prisiones á los hijos por imputaciones dirigidas contra el padre. ¿Es esta la verdadera igualdad civil? Verificad, verificad de nuevo sériamente el exámen de la administracion de Licurgo; y si entonces reconoceis en él al invariable amïgo de la democrácia, al patriota firme y sincero, lejos de maltratar á su familia, colmadla de favores. Si Licurgo incurrió en desaciertos, si cometió alguna falta, durante su vida debió castigarle, porque toda pena está limitada por la muerte. Pensad tambien que el ser amigo del Pueblo, que á tantos riesgos espone hoy, vá á ofrecer muchos más peligros en adelante. Se dirá que, lejos de reconciliarse con los buenos ciudadanos despues de su muerte, sus perseguidores se encarnizan contra sus hijos. Se dirá además: «Ese Pueblo no se acuerda de los hombres, sino que en los momentos en que le prestan sus servicios.»

Si Merocles responde que estas razones son muy sutiles para él, que es quien ha hecho encerrar á los hijos de Licurgo para asegurarse de sus personas, preguntadle por qué Taureas, Pateco, Aristogiton y él mismo, lejos de ser encadenados cuando se les condenó á prision, pudieron subir á la tribuna, y en qué consiste que entonces tuviesen sobre este punto una opinion mucho menos rígida. Acaso

responda que en aquella época desempeñaba un cargo conferido por la ley; pero aun asimismo no será menos cierto que la tribuna le estaba vedada. Creo, por otra parte, que si el que no podía hablar en público ejercía una magistratura, bien podrán eximirse de ser encadenados los hijos de un patricio ilustre que tanto tiempo os consagró sus servicios. Lo contrario es una anomalía que no comprendo. ¿Quisiérais, por ventura, atenienses, convenceros en vista de un ejemplo escandaloso, de que la maldad, la impudencia y la perversidad calculada, gozan de entero crédito entre vosotros y tienen seguridad de quedar impunes; de que es tan fácil al traidor eludir vuestros golpes, como peligroso al ciudadano honrado el defender la causa popular y cumplir con sus deberes, y de que únicamente para este último es un crímen imperdonable la falta más lijera?

No diré que es injusto pensar de Licurgo muerto de otro modo que de Licurgo vivo, y que debeis tener más consideraciones para los que han dejado de existir, que para los que todavía pueden perjudicaros: suprimo estas reflexiones y otras igualmente incontestables. Hay una clase de gratitud á la cual no habeis faltado nunca, que es la que se tiene por los servicios de los antepasados. Vosotros que recompensais las virtudes de las familias, los méritos hereditarios, ¿por qué desmentís hoy tan noble proceder, con una ingratitud hácia la memoria de un verdadero patriota? En esta reflexion, ¡oh mis conciudadanos! ved ménos una censura que la defensa de vuestros más caros intereses. Poned en libertad á los hijos de Licurgo, y de este modo despertareis el civismo de todos los ciudadanos: ellos verán que si la envidia se encarniza en los vivos y les arrebata los honores que merecen, vosotros los recompensais por lo ménos en sus hijos. Habeis consagrado una especie de culto á la memoria de los servicios muy antiguos, conocidos solo por la historia, y os ha-

llais siempre inclinados á la compasion y á la indulgencia, aun para dispensarlas á los infames que os han hecho daño. Abrigad estos mismos sentimientos, ante la tumba en que descansa, desde hace poco, uno de vuestros más íntegros magistrados; tratad á sus hijos benignamente, y no les negueis una piedad que sentiría por ellos cualquiera de sus enemigos que no estuviese despojado de todo sentimiento humano. ¡Cosa estraña! Parece que se ignora, entre vosotros, cuán funesto es á la pátria el declarar que los hombres de Estado bastante hábiles para procurarse en el esterior amigos poderosos, triunfan doblemente cuando consiguen un buen éxito, y se preservan del peligro con facilidad si fracasan sus planes; mientras que los ciudadanos amantes de su pátria solo sacan de sus triunfos una pequeña ventaja, y de sus desaciertos persecuciones interminables. ¡Cuántos ejemplos se ofrecen en apoyo de mis palabras! ¿Se ignora, acaso, que un tribunal condenó á Laches, hijo de Melanopo, y que por una recomendacion escrita del nuevo Rey de Macedonia se le ha devuelto la multa que había pagado? Menesíbulo de Acarna, que fué condenado por los mismos jueces que han puesto en prisiones á los hijos de Licurgo, ¿no obtuvo en seguida su absolucion? La obtuvo, sí; y la mereció, porque en realidad Menesíbulo era inocente. ¿Dirán, acaso, vuestros declamadores, que el obrar de ese modo es destruir las leyes? No, así no se destruyen unas leyes que ordenan el mantenimiento de la justicia y la proteccion de la virtud; unas leyes que jamás han castigado á ningun ciudadano con perpétuos rigores, y que no hacen un deber de la ingratitud. Pero ademas de conveniros proceder con arreglo á esta alta inteligencia del espíritu de vuestras leyes, no dudeis que en los dos casos que he citado fuísteis dignos intérpretes del legislador, perdonando á Laches por respetos á Alejandro, y á Menesíbulo por sus propias virtudes. Temed, sin embargo, que se crea más

ventajoso adquirir la amistad de los estranjeros, que ponerse bajo la proteccion del Pueblo, ó que es mejor conocer á un personaje ilustre, que adquirirse un nombre por medio del patriotismo. Es imposible que un magistrado, al desempeñar vuestros asuntos, agrade universalmente. Cuando se ama de corazon la democrácia, por esto solo se merecen consideraciones. Lo contrario equivale á decir á todos los ciudadanos que es necesario hacer la córte á los estranjeros más bien que al Pueblo, y que la reputacion de buen demócrata es la peor de todas.

¿Por qué deshonrosa fatalidad la envidia tiene entre vosotros más imperio que el agradecimiento? ¿No es la envidia un vicio repugnante? ¿No ha merecido el agradecimiento que se le consagren altares? No puedo callar aquí el nombre de ese Pyteas que, en la tribuna, se proclamaba el amigo del Pueblo, y que despues vendió sórdidamente sus intereses. Durante su administracion, en apariencia democrática, todos sabeis que fué perseguido como estranjero y aun como esclavo. Vendido á los que sirve hoy, el miserable se puso á hacer ruido contra mí; pero desde que él mismo hace lo que atribuia á los demás, se encuentra repleto de oro; sostiene cortesanas que van á arruinarle, en lo cual harán bien; paga desahogadamente una multa de cinco talentos, cuando en otros tiempos no habría podido encontrar cinco dracmas en su bolsillo. ¡Tal es el hombre que, para vergüenza de Atenas, ha gobernado la República! ¡Tales son las manos impuras que han ofrecido en Delfos, por vosotros, los sacrificios que instituyeron vuestros padres!

De todos estos ejemplos, ¿qué se puede deducir? Que consagrarse al servicio de la causa popular, es tan pronto un peligro, tan pronto una vergüenza. Temo que llegue un momento en que los verdaderos intereses de la República no tengan ni un solo defensor; y lo temo tanto más, cuanto que la vejez, las enfermedades y otros graves ac-

cidentes, han privado á la tribuna de vuestros más leales oradores.

Han desaparecido Nausiclas, Cares, Diotimo, Menesteo, Eudojo, Eudemo, Efialto y Licurgo, á lo cual se añade que Caridemo, Filocles y yo, estamos alejados de vosotros por el destierro. ¿Creeis que no hay ciudadanos tan amantes del bien público como nosotros, ó creeis que hay muchos que nos igualen? Yo concedo esto último sin dificultad, y pienso que si los tratais como debeis, si no participan de mi desgraciada suerte, podrán multiplicarse en el porvenir; pero si continuais dando estos ejemplos, nadie querrá en lo sucesivo dedicarse á mirar por vuestros intereses. No carecereis de hombres que se decoren con el título de escelentes patriotas, porque de estos os han sobrado siempre; más, lo que yo deseo es que sus palabras salgan de su corazon. Penetrados de estas ideas, guardaos de perseguir á vuestros buenos consejeros y de escuchar á esos sicofantas que quieren trasmitir su crueldad á vuestras almas. En las circunstancias actuales, el ódio y el espíritu de partido son más dañosos que nunca; lo que os hace falta es union y una recíproca indulgencia. Algunos se abandonan por completo á las inspiraciones de sus resentimientos y se venden por encontrar medios de venganza. ¡Los Dioses hagan frscasar cuantas empresas favorezcan estos pérfidos!

No desprecieis, atenienses, estas observaciones; sería una locura desatenderlas. ¿Qué seguridades teneis de que no volverá á suceder lo que ya ha sucedido? Tambien otras veces estábais sin temores; tambien entonces los traidores y los malvados os animaban á su gusto, contra los que defendian vuestros derechos. Os comunicaría mis ideas, de viva voz, si estuviese en Atenas; pero esperimento un infortunio que solo merecen mis calumniadores, y me veo reducido á escribiros, consultando ante todo vuestra gloria y vuestros intereses y honrándome de atestiguar á los

hijos de un gran ciudadano, la misma amistad que profesé al padre durante su vida.

Me parece oir decir á algunos: Este desterrado no sabe sin duda en qué pasar el tiempo. No vacilo en responderles que no estoy ménos deseoso de ocuparme de vuestros intereses y de los de vuestros amigos, que de conseguir mi regreso á la pátria. No es por pasatiempo por lo que honro la memoria de Licurgo, y os aseguro que el celo y los principios que me han guiado siempre en la administracion de vuestros asuntos, son los únicos móviles á que obedezco en la actualidad. Respecto á que vivo desocupado, ¡ojalá, atenienses, tengan siempre vuestros enemigos el descanso que yo! Pero pasemos adelante. Mi inalterable afecto hácia vosotros me sugiere hoy algunas quejas que no tardaré en esplanar en una estensa carta, si conservo la vida y si tardais en hacerme justicia. Vosotros sois..... ¿qué diré para no faltar á la verdad ni á las conveniencias? sois tan frívolos, tan lijeros, y respetais tan poco á los demás y á vosotros mismos, que habeis desterrado á Demóstenes por el motivo que os ha hecho absolver á Aristogiton, y que me negais el beneficio de que gozan, sin que vosotros se lo hayais dispensado, muchas gentes que os desprecian. No puedo obtener la gracia de cobrar á mis deudores y pedir prestado á mis amigos, para satisfaceros, y de no mostrar más en mi persona la deshonra de todos aquellos cuya injusticia no me ha dejado, en recompensa de mis trabajos, otra cosa que la vejez y el destierro. Querría deber mi regreso á vuestra generosa benevolencia, y reunir en mi pátria la suma necesaria para satisfacer la inícua multa impuesta por la calumnia: pido, pues, un salvo-conducto solamente, hasta que se cumpla el plazo que me habeis señalado para el pago. Sordos á mi peticion, acaso contestareis: ¿Quién le impide venir y trabajar por libertarse? Me lo impide, ¡oh atenienses! mi vergüenza, y el afrentoso contraste que existe entre mi

posicion actual y mis antiguos servicios; me lo impide el haber sacrificado mi fortuna, por infelices que, temiendo se doblasen las multas que no podian pagar, me comprometieron á que respondiese por ellos al Tesoro. Vuelto á Atenas por vuestro favor, podría realizar una parte de mis préstamos para pagar á mi vez y no morir degradado civilmente. Pero si como suele decirse voy sin que nadie me llame, me veré en la ignominia, en la miseria, y temblando siempre por mi seguridad personal.

Conozco que estas reflexiones os interesan poco en mi favor, y que la justa y humana peticion que os hago no me será concedida: me abandonais y sereis la culpa de que perezca. ¿A quién dirigiré mis súplicas si mis conciudadanos se niegan á escucharme? Os conozco y sé que al fin lamentareis mi suerte; pero vuestro dolor será tardío, y ni á vosotros ni á mí aprovechará. No espereis encontrarme otras riquezas que los pocos bienes que poseo públicamente y que desde luego os abandono: recogeré el resto, si no escuchando vosotros más que la voz de la justicia y la humanidad, me permitís hacerlo al abrigo de toda inquietud. Jamás probareis que he recibido el oro de Harpalo, porque mis manos están limpias de semejante delito. Si un tribunal sin pruebas, si el nombre del Areópago os impone respeto, recordad el juicio de Aristogiton y enrojeceos de vergüenza. No puedo dirigir una censura más templada á mis perseguidores. No llegareis hasta decir que ha obrado con justicia el cuerpo político que, por una misma acusacion y por la misma causa, ha absuelto á Aristogiton y condenado á Demóstenes; ¡esto sería llevar el ódio hasta el delirio! No, yo no merezco la desventura que esperimento, ni soy más culpable que los demás, á los cuales habeis declarado indemnes. Lo que soy es un desgraciado á quien abandonais. Sí, desgraciado y muy desgraciado: ¿puede ser de otro modo cuando sufro la vergüenza de un paralelo con Aristogiton, cuando él goza de

sus derechos en su pátria y yo me encuentro privado de ellos en un destierro? No creais que me anima ningun resentimiento. No puedo irritarme contra vosotros; pero bajo el peso de una cruel injusticia, las quejas alivian como los lamentos que exhala un herido. He estado y estaré siempre consagrado á mi pátria. ¡Oh! ¡Pero de qué modo me recompensa! Al dar mis primeros pasos en la carrera política, me dije: Estoy resuelto á ser para mis conciudadanos lo que un hijo respetuoso para sus padres, quiere que sean justos; pero si le tratan con un rigor inmerecido lo sufre sin revelarse. La resignacion en semejante caso, es á los ojos de la sabiduría una victoria muy moral y honrosa. ¡Sed felices! (1)

(1) Segun la última carta atribuida á Esquines, Demóstenes obtuvo la libertad de los hijos de Licurgo.—*(Stievenart.)*

JUICIOS

DE VARIOS ESCRITORES ANTIGUOS Y MODERNOS,

sobre Demóstenes y sus obras. (1)

CICERON.

Si se busca un orador perfecto, un orador al cual no falte obsolutamente nada, se nombrará á Demóstenes sin vacilar. En las materias que ha tratado, no hay recurso oratorio que no haya puesto en juego con una maestría y sagacidad estraordinarias. ¿Deseaba que su estilo fuese puro y correcto? La delicadeza, la concision y la claridad lo distinguian. ¿Deseaba elevarse? Nada entonces más noble, ni más pomposo, tanto por la dignidad de la espresion, como por la majestad del pensamiento.

Recuerdo haber preferido á Demóstenes entre todos los oradores, por considerar que su elocuencia es la que

(1) Hemos creido oportuno poner á continuacion de las obras escogidas de Demóstenes, las opiniones que han formado sobre ellas los más célebres críticos de la antigüedad y muchos escritores notables ó eminentes de los siglos modernos. En esta coleccion de juicios se encuentran nombres de autores alemanes, ingleses, italianos, franceses y españoles.

más se aproxima á la perfeccion que imagino, y de la cual no encuentro ningun ejemplo. Nadie le ha aventajado en el estilo sublime, en el simple y en el templado.

Lejos de admirar mis obras, soy un juez tan difícil de contentar y tan severo, que ni el mismo Demóstenes me satisface: este hombre, que en todos los géneros merece ser llamado príncipe de los oradores, deja algunas veces algo que desear; mi oido ávido é insaciable vá siempre más lejos y se crea una perfeccion que no ha visto realizada.

Demóstenes no cede á Lisias en la simplicidad, ni á Hipérides en la sutileza y el ingénio, ni á Esquines en la armonía y brillantez de la frase. Tiene discursos en el género simple, como su arenga contra Leptino; los tiene en el género sublime, como muchas de sus filípicas; los tiene tambien que participan de ambos, como su acusacion contra Esquines en el proceso de la *Falsa embajada*, y su defensa en el de la *Corona*. El estilo templado lo emplea cuando le parece oportuno, y generalmente se detiene en él siempre que desciende del sublime. Tambien hay que confesar que nunca arranca tantos aplausos ni produce tan fuerte impresion, como cuando emplea las diferentes partes de este estilo.

Si se buscan modelos, debe elegirse á Demóstenes y leer sin descanso su discurso por Ctesifonte, desde el pasaje en que comienza á hablar de sus acciones, de sus consejos y de los servicios importantes que había prestado á su pátria. Esta magnífica composicion responde tan bien á la idea que me he formado de la elocuencia, que me parece no puede desearse nada más perfecto.—*(Trozos tomados de las obras de Ciceron.)*

QUINTILIANO.

De los diez oradores que á un mismo tiempo llegó á haber en Atenas, Demóstenes fué sin duda el príncipe y el que dió la ley para perorar; tan grande es su energía; todo lo que dice tiene tanta conexion, y como si estuviera con ciertos nervios asegurado, tiene tanta firmeza; tan precisas son todas sus palabras, y tal su modo de decir, que hallarás que ni le falta ni le sobra cosa alguna.

Viniendo á los oradores latinos, pueden igualarse en la elocuencia con los griegos. Y no tengo dificultad en contraponer con toda seguridad á Ciceron á cualquiera de ellos. No se me oculta cuántos adversarios me concilió comparándole al presente con Demóstenes; pero este no es mi intento, y más cuando yo soy de opinion que Demóstenes es el primero que debe ser leido, ó por mejor decir, aprendido de memoria.

En la mayor parte de sus virtudes, creo yo que son parecidos, como tambien en la idea, en el órden, en el modo de dividir, de preparar y proponer las razones, y finalmente en todo lo que pertenece á la invencion. En la locucion se diferencian algun tanto. Demóstenes es más conciso; Ciceron más afluyente; aquel concluye más pronto, este discute con más amplitud; aquel siempre con agudeza, este ademas de agudeza tiene peso en sus palabras; á aquel nada se le puede quitar, á este nada añadir; aquel tiene más arte, este es más natural.

En los chistes y en mover la compasion (que son los dos principales afectos) les sacamos ventaja. Y quizá esto nace de que quitó los epílogos la costumbre de Atenas. Pero el diferente génio de la lengua latina no nos conce-

dió á nosotros aquello que los atenienses miran con admiracion.

Pero nos es preciso ceder en que aquel fué primero y en gran parte hizo á Ciceron tan grande como es. Pues yo creo que Marco Tulio, habiéndose enteramente dedicado á la imitacion de los griegos, imitó la energía de Demóstenes, la afluencia de Platon y la dulzura de Isócrates. Y no solo consiguió con este estudio lo mejor que halló en cada uno de ellos, sino que con felicísima abundancia sacó de ellos muchísimas, ó por mejor decir, todas las virtudes de su ingénio inmortal. Porque no se entretiene en recojer las aguas llovedizas (como dice Píndaro) sino que mana como de una fuente viva, criado por cierto don de la Providencia, para que en él floreciese la elocuencia hasta donde podía llegar.—*(Inst. Oratorias.* L. x, C. i.)

No me parece que Demóstenes fué tan reprensible en sus costumbres, que yo dé crédito á todo el colmo de cosas que contra él han dicho sus enemigos, cuando leo en la historia sus muy bellos dictámenes acerca de la República y el fin esclarecido de su vida.—*(Idem.* L. xii. C. i.)

En fin, ¿no escedió Demóstenes á todos aquellos delicados y circunspectos oradores de su pátria, en sublimidad, nervio, vehemencia, adorno y elegancia? ¿No está lleno su estilo de figuras? ¿No luce con las traslaciones? ¿No parece que hace hablar á las cosas inanimadas? ¿No muestra con bastante claridad que su maestro fué Platon, aquel juramento que hizo por las almas de los defensores valerosos de la pátria, que habian muerto en Maraton y en Salamina?—*(Idem.* L. xii, C. x, *traduccion de los PP. Ignacio Rodriguez y Pedro Sandier, de las Escuelos Pias.)*

DIONISIO DE HALICARNASO.

Demóstenes, nacido en una época en que la elocuencia había ya recibido muchas formas diversas, no creyó conveniente seguir un solo modelo ni un solo género de estilo. Conociendo que á todos faltaba algo, se propuso tomar de cada uno lo que encontrase más bello y útil, y formó una especie de tejido donde todas las cualidades vinieron á juntarse y confundirse, para componer un estilo alternativamente noble y simple, estudiado y natural, estraordinario y comun, austero y festivo, conciso y ámplio, lisonjero y mordaz, y tan pronto apropiado á las emociones agradables como á las pasiones vivas. Se puede decir que se parecía á Proteo, del cual cuentan los antiguos poetas que tomaba sin trabajo todas las formas, ya fuese la de un Dios ó un génio que fascinaba las miradas de los hombres, ya la de un mortal versado en todas las lenguas y muy hábil para agradar y seducir el oido..... Tal es mi opinion sobre el estilo de Demóstenes y sobre el carácter de su elocuencia.

Conviene ver ahora en qué se diferencia este estilo del de Tucidides, á quien el orador griego había tomado por modelo. Tucidides derrama sin medida los primores del arte; más bien que subordinarlos á su voluntad, parece esclavo de ellos; no conoce las circunstancias en que los debe emplear, y frecuentemente elige mal el momento de utilizarlos. El empleo escesivo de una diccion afectada, produce la oscuridad, y la falta de acierto en la eleccion de las circunstancias, hace el estilo desagradable. Demóstenes al contrario, no aparta nunca la vista del punto en que debe detenerse y aprovecha los instantes favorables;

no se limita como el historiador á un estilo pomposo y propio para seducir, sino que busca sobre todo la utilidad. Así es que jamás deja de ser claro, que es la primera de las cualidades en las discusiones del foro, resaltando tambien en todos sus discursos ese vigor á que atribuye tanta importancia. Estos son los rasgos principales que caracterizan su diccion noble, correcta, estraordinaria, cuyo principal mérito consiste en la vehemencia. Demóstenes llegó á alcanzarla siguiendo las huellas de Tucidides, que era el único que ofrecía algunos bellos ejemplos. . . .

Los discursos de Lisias tienen una elegancia y una gracia naturales, que le colocan sobre todos los demás oradores, esceptuando á Demóstenes; pero esta elegancia que se puede comparar al ligero soplo de los céfiros, únicamente le acompaña en el exordio y la narracion, pues apenas llega á la confirmacion se hace débil y casi insensible; y concluye por desvanecerse del todo cuando trata de remover las pasiones, porque carece de vigor y de vida. Demóstenes, por el contrario, se presenta lleno de fuerza y provisto de bastante gracia, de modo que aventaja á Lisias, con una superioridad muy marcada, en la elegancia de la composiciones, y en la energía lo eclipsa por completo. Este es el segundo rasgo característico que le distingue, el cual se puede reconocer cuando se encierra en los límites convenientes; pues si evita las frases estrañas y nuevas, los adornos rebuscados y todos los ornamentos artificiales, no descuida la elevacion ni la fuerza; ambas se manifiestan siempre en su estilo, sea que constituyesen en él una calidad natural, sea que las hubiese adquirido con el trabajo. Sabía desplegarlas unas veces con todo su vuelo y otras sujetarlas con una sábia medida, respetando siempre las conveniencias. . . . . .

¿Quién podrá desconocer la superioridad del estilo de Demóstenes sobre el de Isócrates? Demóstenes revestia sus pensamientos con una diccion más noble y majestuosa,

más concisa y perfecta. Tiene más fuerza y más nervio; evita las figuras frias y pueriles, de las cuales Isócrates adorna su estilo con esceso. Pero en lo que Demóstenes sobresale sin rival es en la vehemencia y el patético. Si no obstante los siglos que nos separan de este orador y ser los asuntos que trata estraños á nuestro interés, se apodera de nuestro ánimo, nos subyuga y nos conmueve, ¿hasta qué punto los atenienses y los demás griegos de su tiempo no deberian sentirse arrastrados por esta elocuencia, en el momento de una deliberacion solemne sobre materias que les afectasen muy de cerca, y cuando Demóstenes les hablase con aquella dignidad que fué su más noble atributo, con un acento apasionado que espresaba toda la energía de su alma, y cuando realzaba sus palabras con una accion sublime, en lo cual, segun todo el mundo confiesa, no podian competir con él los demás oradores? Sus arengas no proporcionan solamente una lectura agradable: nos enseñan tambien cómo debemos hablar en público, y emplear tan pronto la ironía, la cólera, la amenaza, la dulzura, tan pronto los consejos y las exhortaciones, proporcionando siempre la accion al carácter mismo del estilo. Pero si á la simple lectura encontramos aun en sus discursos ese espíritu de vida que nos traslada al lugar mismo de la escena, preciso es reconocer que su elocuencia tenia algo sobrenatural é irresistible.

Entre los oradores que han empleado un estilo sublime, elevado, estraordinario, Demóstenes me parece ser el que más usa una diccion clara y aprobada por la costumbre; jamás se aparta de ella ni en las composiciones más graves, y constituye el distintivo principal de su carácter oratorio, aun cuando se eleva al sublime. Respecto de los escritores que se han ejercitado en un estilo sencillo y desprovisto de adornos, les es superior por la fuerza, la gravedad y el laconismo. Estas cualidades y las que más se les aproximan, caracterizan su manera de decir en este

género. En fin, aventaja á todos los que han cultivado el estilo medio, que prefiero á los otros dos, por la variedad, la mesura, la oportunidad, el patético, la energía, la viveza y la conveniencia: estas virtudes las ha llevado él al más alto grado de perfeccion. *(Tratado sobre la elocucion de Demóstenes.)*

LUCIANO.

Nadie ignora hasta qué punto sobresalió Demóstenes en la elocuencia. ¡Cómo fortalece su estilo con las imájenes y las espresiones! ¡Cómo lleva á su colmo la persuasion por la fuerza con que pinta y mueve las pasiones del alma! Magnífico por la sublimidad de los pensamientos, lleno de vigor por el tono con que sabe manifestarlos, se conduce tambien con una grande maestría en el empleo de las palabras y las sentencias, y ofrece una variedad infinita por la belleza de las figuras; es, en una palabra, como lo ha dicho Leóstenes, el único orador cuya elocuencia, verdaderamente viva, no es una fria recitacion. Seduce y arrastra por la nobleza de su carácter, por el vigor de su génio, por su conducta sábia y prudente, y por la energía de su elocuencia. La firmeza inflexible que hace resaltar en todas sus acciones, el desprecio con que mira los regalos y dádivas más considerables, su justicia, su amor á la humanidad, su desprendimiento, su prudencia, y en fin, cada una de las épocas de su administracion, tan dilatada como brillante, ofrecen ancho campo en que fundar sus alabanzas. Si se consideran á la vez sus decretos, sus embajadas, sus discursos al pueblo, sus leyes, las es-

pediciones que hizo enviar á la Eubea, á Megara, á Beocia, á Chio, á Rodas, al Helesponto y á Bizancio, el ánimo queda indeciso sin saber á qué lado ha de dirigirse primero, y la abundancia misma de la materia lo agita en mil sentidos diversos. . . . . .

Si alguna vez tuve deseos de oir á un orador, fué á Demóstenes. Le he visto dos veces en Atenas; y aunque dispuse de muy poco tiempo, lo que supe por referencias de otros y lo que yo mismo observé durante su administracion, ha contribuido más á que lo admire, que la belleza y el poder de su elocuencia. Los oradores atenienses parece que solo producen puerilidades, cuando se comparan á sus discursos la perfeccion de los de Demóstenes, la precision elegante de sus frases, el giro de sus ideas, el enlace de sus pruebas, y la destreza con que las reune y las hace más eficaces. Pero estas facultades solo obtienen el segundo lugar en mi estimacion, y las considero como instrumentos de otras muy superiores. Lo que yo no cesaba de admirar, era á Demóstenes mismo; su grandeza de alma, su prudencia, la firmeza inalterable de su carácter que, en medio de las tempestades de la fortuna, conservaba la línea que se había trazado, sin ceder ante ningun revés ni contratiempo.—*(Elogio de Demóstenes.)*

LONGINO.

La misma diferencia hay, á mi parecer, entre Demóstenes y Ciceron, por lo que mira á lo grande y lo sublime, segun que nosotros los griegos podemos juzgar de las obras de un autor latino. En efecto, Demóstenes es grande

en lo que tiene de lacónico, y Ciceron, por el contrario, en lo que tiene de difuso. Se puede comparar el primero, á causa de la violencia, la rapidez, la fuerza y la vehemencia con que lo arrasa, por decirlo así, y arrebata todo, á una tempestad ó á un rayo. En cuanto á Ciceron, se puede decir, á mi parecer, que como un grande incendio devora y consume todo cuanto encuentra, y que á medida que se adelanta toma siempre nuevas fuerzas. Mas tú, oh Terenciano, puedes juzgar de esto mejor que yo. Por lo demas, el sublime de Demóstenes vale mucho más en las exajeraciones fuertes y en las violentas pasiones, cuando es necesario, por decirlo así, asombrar al oyente. Por el contrario, es mejor la abundancia, cuando se quiere, si me es permitido usar de esta espresion, derramar en los ánimos un rocío agradable. Y á la verdad, un razonamiento difuso es mucho más apropósito para los lugares comunes, las peroraciones, las digresiones, y generalmente, para todos los discursos que se hacen en el género demostrativo. —(*Tratado del Sublime,* cap. x.)

Demóstenes no se estiende bastante bien á pintar las costumbres, ni es difuso en su estilo. Tiene cierta dureza y carece de pompa y ostentacion..... Si se empeña en ser gracioso, se hace ridículo sin despertar la risa, y se aleja tanto más de este objeto, cuanto más procura acercarse á él. Sin embargo, como todas estas bellezas que se hallan en Hipérides no tienen, á mi parecer, nada de grande; como siempre se vé en él, por decirlo así, un orador ayuno y una languidez de espíritu que no inflama ni mueve el alma, jamás ha entusiasmado ni arrebatado á nadie la lectura de sus obras. Empero Demóstenes, habiendo reunido en sí todas las cualidades de un hombre verdaderamente nacido para el sublime, y perfeccionado con el estudio aquel tono de majestad y de grandeza, aquellos movimientos animados, aquella fertilidad, aquella destreza, aquella prontitud, y sobre todo, lo que más se debe apre-

ciar en él, que es aquella fuerza y vehemencia á que nadie ha podido llegar jamás; por todas estas cualidades divinas, que yo miro en efecto como otros tantos dones raros que había recibido de los Dioses, y que no me es lícito llamar cualidades humanas, ha eclipsado á cuantos oradores célebres ha habido en todos los siglos, dejándolos como abatidos y deslumbrados, por decirlo así, con sus truenos y sus rayos. Pero en las partes en que sobresale es tan superior á estos, que con ellas suple ventajosamente las que le faltan. Y á la verdad, es mas fácil mirar fijamente y con los ojos abiertos los rayos que caen del cielo, que dejar de penetrarse de las violentas pasiones que reinan en tropel en todas sus obras.—*(Id. id.* Cap. XXVIII. *Traduccion de García de Arrieta.)*

LIBANIO.

Sería un acto de injusticia rehusar un tributo de alabanzas á Demóstenes, al cual debe considerarse como el más perfecto de los oradores. Nació de un padre honrado y virtuoso, en Atenas, ciudad antigua y protegida por los Dioses, y comenzó á recibir una educacion esmerada. Huérfano cuando aun no había salido de la infancia, trabajó para instruirse en lugar de abandonarse á la pereza, y con su aplicacion y su celo suplió la falta de los cuidados paternales. En el pleito con sus tutores reclamó una suma inferior á la que le habian usurpado, abandonando el resto generosamente. Consagrado al bien público proporcionaba fondos á la República y armaba galeras, mientras que Filipo, siguiendo una marcha funesta para la

Grecia, sembraba por todas partes el oro y corrompía á los gobernantes de las ciudades, con cuyo medio llegaba á subyugarlas. Demóstenes fué el único que conservó las manos puras; y cuando veía é los demás enriquecerse, se consideraba bastante rico salvando á su pátria. Filipo inquietaba con sus hostilidades á los olintios: Deméstenes escita á los atenienses, en repetidos discursos, á que socorran aquella importante colonia, y de seguro que los esfuerzos del Monarca habrian fracasado ante Olinto, á no haber sido por el traidor Euticrates.

Embajador en la córte de Filipo, sintió redoblarse su ódio contra este tirano, y provocó su enemistad, negándose á recibir las dádivas que le ofrecía y aun los presentes con que se acostumbraba obsequiar á los embajadores estranjeros. El pueblo recibía su actividad de Demóstenes, y la comunicaba á las ciudades libres de Bizancio, Queronea y Perinto, ninguna de las cuales sucumbió por efecto de una dominacion marítima. Demóstenes fomentó la marina por medio de una ley, y proporcionó á los atenienses la libertad de la navegacion y el imperio de los mares. Despues de haber organizado, sobre bases sólidas, las fuerzas navales de la República, los libró de un incendio preparado por Antifon, el cual se había introducido en Atenas para quemar los arsenales: fué detenido por Demóstenes antes de haber realizado su crímen, habiendo sido Demóstenes tambien el que impidió á Filipo aproximarse á los muros de Atenas. Cuando este grande orador hizo que se convirtiese en una repugnancia decidida su aficion al vino y á los desórdenes propios de las costumbres de aquel tiempo, aplicó á los asuntos públicos los recursos de un arte que llevó al más alto grado de perfeccion, logrando conducirlos con una gran superioridad y dominándolos con todo el poder de su génio. Su muerte heróica correspondió á su vida.—*(Elogio de Demóstenes.)*

PLUTARCO.

DEMÓSTENES Y CICERON.

Aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparacion de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes, cuanto talento tuvo recibido de la Naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria, llegando á esceder en energía y vehemencia á todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro, á los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte, á todos los sofistas. Mas Ciceron, hombre muy instruido, y que á fuerza de estudios sobresalió en toda clase de estilos, no solo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela Académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro, se vé claro su deseo de ostentar erudicion. Pueden tambien deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones; porque Deméstenes, aspirando á la vehemencia y la gravedad, fuera de toda brillantez, y lejos de chistes, no olía al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua, de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonía en su conducta; y Ciceron, inclinado á ser gracioso y decidor hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedian diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender á otra cosa que á sacar partido con ellos, solía desentenderse del decoro. . . . . .

Tambien se vé en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tino y sin fastidio, y solo

cuando podía convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Ciceron, de hablar siempre de sí mismo, descubre una insaciable ánsia de gloria. La habilidad para hablar en público é influir por este medio en el Gobierno, fué igual en ambos, hasta el estremo de acudir á valerse de ellos los que eran árbitros de las armas en los ejércitos. . . . .—*(Varones ilustres.—Traduccion de don Antonio Ranz Romanillos.)*

SHERIDAN.

Figurémonos á Demóstenes, hablando ante una Asamblea formada de lo más escogido de la Grecia, sobre una cuestion á la cual vaya unido el destino de uno de los pueblos más ilustres de la antigüedad. ¿Hubo nunca escena más imponente ni asunto más vasto de deliberacion?..... Pero, ¿posee el tribuno un ingénio proporcionado á la importancia de estos grandes intereses? Sí, posee un ingénio, no solamente proporcionado, sino superior. Por el prestigio de su elocuencia, el aparato mismo de la Asamblea desaparece ante el talento del orador, y la importancia del asunto es momentáneamente absorbida por la admiracion que hace esperimentar al auditorio. ¡Con qué fuerza de lógica, con qué superioridad de inteligencia, con qué calor de sentimientos no cautiva y se apodera de todos los espíritus á los cuales se dirige! ¡Cómo gobierna la razon, la imaginacion y las pasiones de la multitud! Tales esfuerzos no se esplican sino que por la perfeccion de los recursos de que dispone la naturaleza humana, y

Demóstenes consagró á este objeto todas las facultades que le fueron concedidas. Sus escitaciones interiores son poderosamente ayudadas por la energía de sus movimientos esteriores: cada músculo, cada nervio se pone en juego obedeciendo el impulso de su pensamiento; no hay ninguna de sus facciones, ni ningun miembro de su cuerpo, que no hable, por decirlo así, al compás de su voz. A despecho de los sentimientos diversos de que está animada la multitud que le escucha, la mágia de su palabra la trasforma en una masa dócil y homogénea, y bajo su impulsion poderosa la convierte en un solo hombre, dominado por una sola idea. Esta idea arranca este grito universal: «Marchemos contra Filipo, combatamos por nuestras libertades, sepamos conservarlas ó morir defendiéndolas.» (*Trozos selectos, etc., Sullivan,* 1841.)

HUGO BLAIR.

Apenas conocemos á Iseo sino por haber sido maestro del gran Demóstenes, en quien debemos confesar que la elocuencia brilló con un esplendor mucho mayor que en cuantos han tenido nombre de oradores. . . . . .

Despreciando Demóstenes la manera afectada y florida de los retóricos de su tiempo, volvió á la vigorosa y varonil elocuencia de Pericles, y así la fuerza y la vehemencia son los principales caractéres de su estilo. Ningun orador tuvo jamás campo más hermoso que Demóstenes en sus Olintianas y Filípicas, que son sus principales oraciones; y no hay duda de que mucha parte de su mérito estriva en la nobleza del asunto y en la integridad y patriotismo

que en su mayor grado respira en ellas. El asunto es despertar la indignacion de sus conciudadanos contra Filipo, rey de Macedonia, enemigo de la libertad de la Grecia, y precaberlos contra las insidiosas medidas con que aquel Príncipe astuto procuraba tenerlos adormecidos en el peligro. Para conseguir este fin, lo vemos valerse del método más propio para animar á un pueblo célebre por su justicia, humanidad y valor; pero que ya degenerado, se dejaba algunos veces corromper. Repréndeles con fuerza su venalidad, su indolencia é indiferencia por la causa pública, y al mismo tiempo, con el mayor arte, les trae á la memoria la gloria de sus antepasados, acordándoles que son aun, aquel Pueblo poderoso y floreciente, protector de la libertad de la Grecia, y que solo les falta querer para hacer temblar á Filipo..... Sus oraciones son muy animadas, y están llenas de impetuosidad, fuego y patriotismo; y son una série contínua de inducciones, consecuencias y demostraciones fundadas en la sana razon. Las figuras de que se vale no parecen estudiadas; nacen siempre del asunto, y usa de ellas con tanta parsimonia, que, lejos de distinguirse sus composiciones por lo espléndido de sus adornos, la particular energía de los pensamientos es lo que forma su carácter y le coloca sobre todos los oradores. Se vé que atendió más á las cosas que á las palabras. Olvidamos al orador, y pensamos en el asunto. No tiene pompa ni ostentacion, ni métodos de insinuarse, ni introducciones estudiadas. . . . . .

La superioridad de Demóstenes se descubre principalmente en competencia de Esquines, en la famosa oracion *por la Corona.* Esquines fué su émulo en los negocios, enemigo personal suyo y uno de los más celebres oradores de su tiempo. Pero sus dos oraciones son débiles en comparacion de las de Demóstenes, y hacen menos impresion en el ánimo. Sus razonamientos sobre las leyes, de que trataban, son á la verdad muy sutiles; pero sus invectivas

contra Demóstenes son vagas y mal sostenidas. Demóstenes es un torrente irresistible. Arrastra con violencia á su antagonista; pinta su carácter con los colores más fuertes, y el mérito peculiar de esta oracion es que todas las descripciones son en gran manera pintorescas. Domina en todas ellas un tono de nobleza y magnanimidad, y el orador habla con aquella dignidad y aquel nervio y concision que únicamente inspiran las grandes acciones y el patriotismo.

Siempre grave, sério y apasionado, dá á todo un tono elevado, y se sostiene sin mezclar gracejo alguno. Si se puede poner alguna tacha á su maravillosa elocuencia, será que á veces es algo dura y árida. Se podrá creer que le faltaron blandura y gracia, lo que Dionisio de Halicarnaso atribuye á su imitacion demasiado servil de Tucídides, á quien tomó por modelo de su estilo, y cuya historia se dice que copió ocho veces de su puño. Pero estos defectos desaparecen á la vista de su admirable y robusta elocuencia, la cual se llevó tras sí á todos cuantos le oyeron, y aun hoy dia no se puede leer sin conmocion. Muerto Demóstenes, la Grecia perdió su libertad; desmayó, por consiguiente, la elocuencia, y volvió á caer en aquella manera débil que introdujeron los retóricos y sofistas.—*(Lecciones de literatura,* XXII. *Traduccion de D. José Luis Munarriz.)*

MIDDLETON.

DEMÓSTENES Y CICERON.

Roma antes de Ciceron tenía pocos oradores que la pudiesen satisfacer, y ninguno que pudiese admirar. Demós-

tenes fué su modelo, y la emulacion le empeñó á seguir sus huellas con éxito tan feliz, que mereció aquel elogio llamado por San Gerónimo hermosísimo: «Si Demóstenes te quitó la gloria de ser el primer orador, tú le privaste de la de ser el único.» El ingénio, la habilidad y el estilo de ambos se parecen mucho. Su elocuencia es de aquel género grande y sublime que hermosea cuanto toca, y le dá toda la fuerza y belleza de que es susceptible. Tienen aquella redondez de frase (segun la espresion de les antiguos) á la cual nada se puede añadir ni quitar. En fin, la perfeccion de uno y otro es tan igual y sostenida en todo género de asuntos, que los críticos no han podido todavía convenirse en quien merece la preferencia. Es verdad que Quintiliano, el más juicioso de todos ellos, la dá enteramente á Ciceron; pues aunque sea cierto lo que otros piensan, que no tiene la fuerza, el nervio, la energía y lo que él mismo llama el rayo de Demóstenes, le lleva ventaja en la abundancia y la dulzura de la diccion, en la variedad de los conceptos, y sobre todo, en la viveza de los dichos agudos; pues Demóstenes nada tiene de agradable y festivo, y si alguna vez quiere ser jocoso, lo ejecuta con bien poca gracia; y como dice Longino, «siempre que se mete á chancear y burlar, se hace ridículo, y si alguna vez acierta á mover la risa, es á costa suya.» Ciceron, al contrario, con su fondo inagotable de ingénio y de gracia, era dueño siempre que quería de agradar, aun cuando no lograse persuadir; y tenía en su mano el inspirar á sus jueces la alegría, luego que comenzaba á temer su severidad. Todos saben que con un chiste aplicado á tiempo, salvó más de una vez sus clientes de ser condenados.— *(Vida de Ciceron,* libro XII. *Traduccion de Azara.)*

BECKER.

Como hombre, como ciudadano y como orador, Demóstenes merece la estimacion general. Es imposible no esperimentar un sentimiento de sorpresa, cuando se compara el espiritu que reina en sus discursos, con los relatos que los antiguos escritores han hecho de algunas circunstancias de su vida. Encuentro en sus arengas un hombre cuyo amor á la justicia y á la verdad se revela constantemente; un hombre para el cual no hay nada preferible á la independencia de su pátria, y que se arma de toda la austeridad de su virtud para inducir á sus conciudadanos á imponerse todos los esfuerzos que el interés público les reclama. Lo veo emplear los recursos de su elocuencia y de su génio para conseguir este noble objeto. Ningun sacrificio es bastante grande, ningun peligro bastante inminente para hacerle retroceder; pero los esfuerzos de su celo y su actividad no logran buenos resultados. Atenas sucumbe á la dominocion estranjera. Una parte de los ciudadanos y de los hombres públicos, cómplices del usurpador, aceptan este yugo humillante. De este modo se formó un partido contrario al orador, partido siempre dispuesto á calumniar como hombre y como ciudadano al generoso defensor de la libertad de sus compatriotas. De este modo se han ido propagando de un siglo á otro siglo, una multitud de relatos mentirosos y de falsas opiniones sobre la elocuencia de Demóstenes. Escitaba el ódio de cuantos abrigaban miras opuestas á las suyas, y de todos los que eran incapaces de comprender su grandeza. Hé aquí lo que esplica á mis ojos la contradiccion sorprendente que descubro entre lo que dicen los historiadores de Demóste-

nes y el espíritu que reina en sus discursos. Tal es tambien la opinion manifestada por M. Heeren en su escelente obra sobre el *comercio* de los antiguos.—*(Demóstenes considerado como hombre de Estado y como orador.)*

JACOBS.

¡Qué satisfaccion y entusiasmo no se sienten al contemplar los caractéres heróicos que se elevan y colocan por cima de una raza degenerada! Demóstenes fué uno de estos caractéres. A su alma generosa estaba siempre presente la imágen de la antigua Atenas, cuyo valor heróico atravesó las tierras y los mares, dejando por todas partes monumentos imperecederos. Y lo mismo que los trofeos de Milcíades no dejaban ningun reposo á Temístocles, lo mismo el recuerdo de los dias gloriosos de su pátria, eran para Demóstenes un aguijon que no daba treguas á su celo y su patriotismo. Animado del noble deseo de despertar la gloria adormecida de sus abuelos, exige de sus conciudadanos el partido más difícil, pero tambien el más honroso, y su indignacion estalla cuando los vé olvidarse de su antigua grandeza y preferir los placeres al honor. Mientras que otros oradores buscaban el favor del pueblo y mientras que le aconsejaban todo lo que podia lisonjear sus gustos y tendencias, Demóstenes combatía de frente las pasiones más arraigadas en su auditorio y juntaba la dulzura á la gravedad con un arte admirable, cuyo resultado era esa magnífica armonía con la cual, segun dice Plutarco, Dios gobierna el mundo. Como su alma, que se parecía tanto al alma de Pericles, su palabra tambien era

grave y prefería una gracia austera al lujo de los adornos. Su modelo era Tucídides, más bien para las ideas que para el estilo: por su boca parecía hablar en el presente un alma de los tiempos pasados; y las ideas, las espresiones y la armonía de sus discursos, respiraban una cierta dignidad antigua. Demóstenes tiene fuerza sin dureza; solemnidad sin ostentacion; elocuencia sin declamaciones; sencillez sin trivialidad..... Con estos recursos, sacados del fondo de su corazon, fué como pudo algunas veces, aun en medio de las circunstancias mas difíciles, inspirar á sus conciudadanos nobles resoluciones, habiendo sido tambien, la alianza de Tebas con Atenas sobre el campo de Queronea, la obra de su victoriosa elocuencia..... Tales fueron la firmeza y la nobleza de opiniones que Demóstenes manifestó en el curso de su vida y en sus arengas. Estuvo hasta la muerte unido á la causa de la libertad y de la pátria, siempre inalterable en sus principios; y segun dice Plutarco, dirigía el gobierno del Estado con un ardor que no se amenguaba jamás, no apartándose nunca de la línea de conducta que se había trazado. Una noble ambicion le inclinó desde su infancia hácia esta carrera seductora y sembrada de espinas que debía conducirle á la muerte; y los esfuerzos de su vida toda, no obedecieron á otro móvil que á su patriotismo y al deseo de sobrepujar á sus conciudadanos en los sacrificios que la pátria exigía. Estos sentimientos están confirmados por la historia y por el testimonio de hechos incontestables, á los cuales no pueden oponerse los vanos reproches de sus adversarios.—*(Prefacio á los discursos políticos de Demóstenes.)*

EL ABATE ANDRÉS.

ESQUINES Y DEMÓSTENES.

Solo Esquines y Demóstenes llaman toda nuestra atencion. Los grandes maestros que elevaron al más alto grado de gloria la elocuencia griega, y los verdaderos modelos para formar oradores forenses no son otros que Esquines y Demóstenes. Ciceron, justo apreciador de las obras de elocuencia, siempre habla con admiracion de las obras de Demóstenes; y Ciceron, que había formado una idea tan sublime de las prendas de un orador, no duda llamar á Demóstenes orador perfecto, á quien no falta parte alguna de tal. Quintiliano lo llama príncipe de los oradores y casi ley del buen modo de perorar. Los griegos Longino, Hermógenes y todos los maestros del arte oratoria, y singularmente Dionisio de Halicarnaso, no cesan de ensalzar con sumos elogios el ímpetu, la fuerza, el ardor y el invencible poder de la elocuencia de Demóstenes, y continuamente citan sus oraciones como verdaderos ejemplos de todas las prendas oratorias. Todos, en suma, griegos y romanos, antiguos y modernos, han dado tales encomios á Demóstenes, que su nombre solo, como ya decía Valerio Máximo, hace nacer en el ánimo de quien lo oye la idea de una perfecta y acabada elocuencia. Y si de este modo hablan de Demóstenes los buenos críticos griegos y romanos, no están ménos acordes en conceder á Esquines el segundo lugar en la profesion oratoria..... Demóstenes habla con tal aire de verdad y con tal peso de convencimiento, introduce tanto calor y fuego en cuanto dice, y mueve

las pasiones con tal ímpetu, que no deja lugar á que se consulte la tranquila y justa razon; su imperioso y seductor estilo sujeta, arrastra y arrebata á donde él quiere, y posee mejor que Esquines y que todos los oradores griegos aquel dominio sobre los oyentes en que consiste la fuerza y el poder de la elocuencia..... Demóstenes se ha hecho el modelo de los oradores, y para hablar con Quintiliano, la ley del modo de perorar. En Demóstenes llegó la elocuencia griega á su mayor esplendor; pero habiendo llegado á tan alto punto, no pudo sostenerse por mucho tiempo, y bien pronto empezó á decaer.—*(Historia de la literatura*, tomo v. *Traduccion de D. Cárlos Andrés.)*

AZARA.

Demóstenes, por ejemplo, que es el héroe que Plutarco opone á Ciceron, puede competir, y aun en mi juicio esceder á este como orador; pero el teatro en que brilló el Romano, la importancia de sus acciones, las grandes cosas y aun el destino del entero género humano, que muchas veces dependieron de él, le hacen tan superior á Demóstenes, que en esto no parecen comparables. Sin embargo, cualquiera que lea ambas vidas, conocerá que Plutarco en su interior preferia á su paisano. Pasa rápidamente por todas las pruebas de la integridad de Ciceron, y proclama á su Demóstenes como el ejemplo del desinterés..... La verdad es que Demóstenes y todos los oradores que en su tiempo manejaban á su arbitrio al populacho ateniense, eran hombres cuyas lenguas, bajamente venales, estaban pensionadas de Filipo, de otros Príncipes ó de alguno de

los partidos de aquella República: en comprobacion de lo cual basta leer las oraciones del mismo Demóstenes, y de su antagonista Esquines. Componía Demóstenes oraciones en pró y en contra de una misma causa; por cien doblones prevaricó en la de Midias; gozaba pension del Rey de Persia, los recibos de lo cual halló Alejandro entre los papeles que sorprendió en Sardia: admitió del ladron Harpalo la famosa taza de oro con veinte talentos porque le defendiese, y luego hizo el entremés de fingir una esquinencia para escusarse de hablar contra él, dando mucho que reir al pueblo de Atenas. (1)—*(Prólogo á la traduccion de la vida de Ciceron, escrita por Middleton.)*

FENELON.

No temo decir que Demóstenes me parece superior á Ciceron. Protesto que nadie admira más que yo á este último: hermosea cuanto toca, dá honor á las palabras y hace de ellas lo que ningun otro sabría hacer. Posee todos los talentos. Es conciso y vehemente siempre que quiere contra Catilina, contra Verres y contra Antonio; pero se nota en sus discursos cierto artificio; el arte es maravilloso, pero se trasluce. Al mismo tiempo que el orador piensa en la salud de la República, no se olvida de sí mismo, ni deja que se olviden de él los demás. Pero Demóstenes parece que sale fuera de sí y no vé sino la pátria. Sin andar en busca de la belleza, la esparce sin cesar en

(1) Los lectores pueden juzgar de la exajeracion de todos estos cargos y de la falsedad de algunos.

sus discursos. Es superior á toda admiracion: se sirve de las palabras, como un hombre modesto del vestido, solamente para cubrirse. Truena, fulmina rayos, y no parece sino que es un torrente que todo lo arrebata. No se le puede criticar porque embarga la imaginacion: se piensa en las cosas que dice, no en las palabras; se le pierde de vista, y solo se ocupa uno de Filipo que todo lo invade. Estoy enamorado de estos dos oradores; pero confieso que me mueve menos el arte infinito y la ostentosa elocuencia de Ciceron que la rápida simplicidad de Demóstenes. El arte manifestándose se desacredita y pierde su efecto. .

. . . . . .

En el orador griego habla la razon sin otro ornamento que su propia fuerza; hace palpable la verdad á todo el pueblo, lo despierta, lo mueve y le manifiesta el abismo abierto. Todo se dirige á la comun felicidad, no hay una palabra que tenga por fin al orador; todo instruye y conmueve, nada brilla.—*(Carta á la Academia francesa. Traduccion anónima.)*

LA HARPE.

Razonamientos y afectos, hé aquí toda la elocuencia de Demóstenes. Jamás hombre alguno ha dado á la razon armas más fuertes é inevitables. La verdad es, en su mano, un dardo penetrante que maneja con tanta agilidad como energía, y con el cual descarga golpes reiterados. Hiere sin dar tiempo de respirar; acomete, acosa, derriba y no es uno de esos hombres que dejan á su adversario abatido, el medio de negar su caida. Su estilo es austero y robusto,

como conviene á un alma franca é impetuosa. Se ocupa rara vez en adornar sus ideas; este cuidado le parece indigno de él, y solo procura hacer que lleguen, por completo, al fondo del corazon de los que le escuchan. Nadie ha empleado ménos las figuras de diccion, y nadie ha desdeñado tanto los ornamentos; pero en su marcha rápida arrastra al auditorio á donde se propone llevarlo, y lo que le distingue de todos los oradores, es que la aprobacion que obtiene es siempre para el asunto que le ocupa y no para su persona. De otro se diría: Habla bien; pero de Demóstenes se dice: Tiene razon. . . . . .

Demóstenes es el más terrible atleta que jamás ha manejado las armas de la palabra. Se sirve del razonamiento como de una maza que descarga sin cesar y sin perder ni uno solo de estos golpes redoblados. Al leer sus discursos he recordado con frecuencia aquel pasaje de la *Eneida* (v. 456 y 460) donde Entello, favorecido por los Dioses hace caer sobre el desventurado Dares una granizada de golpes, y lo lanza de un lado para otro, arrojando sangre por la nariz, por la boca y por los oidos. Encuentro aquí precisamente la imágen de Demóstenes, cuando tiene delante un adversario: ¡desgraciado del que se hallaba al alcance de este rudo justador!—(*Curso de literatura, primera parte*, lib. VII, cap. III.)

VILLEMAIN.

Rousseau dice que *Demóstenes es un orador* y *Ciceron un abogado*. Quitando al calificativo de abogado la acepcion injuriosa que nunca le fué dada con menos motivo,

se puede observar que Demóstenes mismo ofrece la perfeccion del talento del abogado, la exactitud y vivacidad en el debate, la destreza en el razonamiento, y algunas veces en el sofisma, y el arte de conocer y aprovecharse de las circunstancias. La dialéctica parece desde luego su talento natural, y únicamente el entusiasmo de las pasiones ha podido elevarlo hasta el sublime. Lo que hacía la brevedad fácil á Demóstenes, era que no apartaba la vista de la cuestion que se debatía; que la presentaba por todos lados con una inconcebible rapidez; que acumulaba las razones haciendo economía de las frases; que dirigía sus esfuerzos á convencer, y que se callaba despues de haber convencido..... La precision de Demóstenes jamás perjudica nada al desarrollo de las ideas, á las amplificaciones y á los efectos de la elocuencia. De otro modo, ¿habría merecido la reputacion de grande orador? Pero la primera virtud de su estilo es el movimiento y la variedad: esto es lo que le hacía triunfar en la tribuna, y á esto debió que fuese imposible permanecer indiferente sin dejarse arrastrar por el ímpetu de su palabra. A los dos mil años de haber muerto Filipo y la libertad griega, los acentos del orador conmueven todavía. La diccion es escogida y enérgica al mismo tiempo que familiar; las conveniencias nobles y decorosas: los razonamientos, de una fuerza incomparable, y el conjunto de su discurso se halla animado de una vida interior y como movido por un resorte poderoso. En medio de una vehemencia tan apasionada, sorprende el alto juicio y los profundos conocimientos políticos del orador. Sus arengas, llenas de entusiasmo y de fuego, contienen las instrucciones más precisas y saludables sobre todos los detalles del gobierno y de la guerra..... Demóstenes hacía un uso muy frecuente de comparaciones establecidas sobre objetos de la vida comun, y casi siempre saca de ellas inducciones vivas y palpables, que aplica á la situacion y á los intereses de la República.

Se ha dicho, con poquísimo acierto, que la elocuencia de Demóstenes habría sido mejor para Roma, y la de Ciceron para Atenas. Estos dos grandes hombres no ignoraban que el gusto de los oyentes debe ser la regla de los oradores. La elocuencia abundante y perió lica, y las espresiones sábiamente empleadas de Ciceron, que se acomodaban tan fácilmente al elogio de un vencedor ó de un Rey, le fueron siempre necesarios ante el Senado y ante el Pueblo. Se hablaba á los romanos con respeto; la fiereza de su carácter habría acogido mal todo género de reconvenciones. Muy por el contrario, la austera severidad de Demóstenes imponía al génio inconstante y ligero de los atenienses: sus amargas censuras, sus predicciones siniestras fijaban al menos la atencion de su auditorio, y su rápida brevedad satisfacía la inteligencia de aquella multitud, tan pronta para comprender como para cansarse de escuchar. En fin, Demóstenes en sus discursos políticos, dirigiéndose siempre al pueblo, más ilustrado en Atenas que en otras partes, pero pueblo sin embargo, debia buscar principalmente esa energía sencilla y natural que espresa las más grandes cosas con los términos más usuales. El buen sentido es su arma; pero este buen sentido es sublime, porque solo se ejerce en proyectos nobles y máximas generosas, y porque sabe dar al heroismo la forma más simple y vulgar.—(*Biografía universal. Art. Demóstenes.*)

CH. DURAND.

DEMÓSTENES Y CICERON.

El mérito de ambos es inmenso, pero igual; sus derechos á nuestra admiracion son los mismos. Demóstenes

hablando en Roma ante un pueblo más grave y más atento, habría sido menos áspero y severo con su auditorio, y habría permitido á su génio más abundancia y fecundidad. Ciceron, dirigiéndose al pueblo griego, habría reducido sus pensamientos, disminuido sus períodos, suprimido lo que este pueblo inteligente comprendía sin que se lo digesen, y dejado percibir algunas veces los movimientos de impaciencia que escitaba la ligereza de aquella multitud inquieta y veleidosa. El uno en la tribuna de Atenas y el otro en el foro romano, habrian sido lo que debian ser; y puesto que conviene decirlo todo, se mostraron más dignos de sus pueblos que sus pueblos fueron dignos de ellos. Lo que llegaba á ser notable en Roma, se atraía en seguida las miradas del mundo entero: esto induce á escusar, en el orador romano, la sed de gloria que sentía, acaso muy inmoderada. La gloria lo era todo para Roma; y aquellos orgullosos ciudadanos cuyo imperio abrazaba el universo, apenas podian conocer otro patriotismo que un justo orgullo fundado en el honor y en la gloria del nombre romano. Cuando este deseo de reputacion, esta sed de inmortalidad se ligan estrechamente á los intereses de la pátria, el amor á la gloria es un sentimiento noble que se puede confesar altamente; y así era como lo entendía este salvador de la República, este padre inmortal de la pátria.

En Atenas, otras necesidades exigian los mismos sacrificios; pero no se trataba de hacer conquistas ni de adquirir gloria. No era para llevar el nombre griego á las estremidades del mundo, para lo que Demóstenes estimulaba al pueblo á tomar las armas. El suelo pátrio, el hogar doméstico, la familia y los derechos más santos de la libertad, era lo que amenazaban los conquistadores de la Grecia, y lo que era necesario defender legítimamente contra odiosos usurpadores. No nos asombremos, pues, si los mismos sentimientos inspiraban, á génios tan pareci-

dos, un lenguaje diferente, entonces que en una parte había triunfos, poder y conquistas, y en la otra el temor de la servidumbre y la proximidad de la tiranía, sin más estímulo que algunos recuerdos heróicos. Ciceron y Demóstenes cumplieron igualmente su deber. El primero quizá amó más la gloria, y el segundo la pátria; pero ambos poseyeron el mismo talento y la misma virtud. ¡Oradores célebres! vuestra gloria que lleva tantos siglos de existencia, se aumenta á medida que pasan nuevos siglos; es la recompensa del génio que no solo quiso que le admirasen los hombres, sino que tambien se propuso servirlos, defenderlos, ilustrarlos. Muchas veces mi débil pensamiento medita sobre el poder de vuestra elocuencia, y no pudiendo encontrar en el génio del hombre fuerzas suficientes para esplicarlo, se detiene sorprendido y confuso; pero muy pronto, reflexionando en vuestras virtudes cívicas, y descorriendo el velo que ocultaba á mis miradas el interior de vuestras grandes almas, he descubierto en vuestra profunda sensibilidad esa fiebre, esas emociones ardientes que estallan como truenos, en invocacion de la gloria y de la pátria.—*Curso de elocuencia*, L. 2., Cap. 10.)

EL CARDENAL MAURY.

Aun no se ha resuelto por los críticos qué orador merece la preferencia entre Ciceron y Demóstenes: ambos ocupan un puesto más elevado que los demas, y algunos retóricos los colocan en la misma línea. Ciceron tiene una preeminencia incontestable sobre su rival en literatura y en filosofía. Pero no le ha quitado el cetro de la elocuen-

cia; él mismo lo considera como su maestro; lo alaba con todo el entusiasmo de una alta admiracion, y aun se ocupó en traducir sus obras; y si estas traducciones oficiosas hubiesen llegado hasta nosotros, es probable que prestándole un servicio muy generoso, Ciceron se hubiese colocado para siempre en un lugar inferior á Demóstenes. La fuerza irresistible de su lógica, la arrebatadora impetuosidad de los movimientos oratorios, es lo que caracteriza la elocuencia del orador ateniense. Solo escribe para dar nervio, calor y vehemencia á sus pensamientos, que no son otra cosa que vuelos impetuosos de un alma ardiente; habla, no como un escritor elegante que quiere se le admire, sino como un hombre inspirado y lleno de pasiones en cuyo pecho se agita la verdad; como un ciudadano amenazado de la más grande de las desgracias, que no puede contener el fuego de su indignacion contra los enemigos de su pátria. La audácia de su estilo depende de la sencillez atrevida y pintoresca de sus espresiones. Su ascendiente es irresistible: todo cede al dominio de sus palabras y su lengua se enriquece con los tesoros inagotables de su entusiasmo y de su fantasía. Es el atleta de la razon; la defiende con todas sus fuerzas, y convierte en una liza la tribuna donde habla. Subyuga á la vez á sus oyentes, á sus adversarios y á sus jueces; parece que no procura enternecer, y sin embargo conmueve y se apodera de todos lo corazones. Agobia á sus conciudadanos con el peso de sus reproches; pero entonces mismo no es otra cosa que el intérprete de los remordimientos que ellos sienten. Refuta los argumentos y no discute; hace una simple pregunta por toda respuesta, y la objecion desaparece para no volver á presentarse. Cuando quiere alzar á los atenienses contra Filipo, no es un orador el que habla; es un general, es un Rey, es el profeta de la historia, es el ángel tutelar de su pátria; y cuando desea sembrar en torno suyo el espanto que produce la esclavitud, se cree oir á lo

lejos, de distancia en distancia, el ruido de las cadenas que trae el tirano.—*(Ensayo sobre la elocuencia del púlpito.)*

EL CANCILLER D'AGUESSEAU.

En la primera edad de la elocuencia, vió otras veces la Grecia al más grande de los oradores, colocar los fundamentos del imperio de la palabra sobre el conocimiento del hombre y sobre los principios de la moral.

En vano la naturaleza, envidiosa de su gloria, le rehusó las facultades físicas, esa elocuencia muda, esa autoridad visible que sorprende el alma de los oyentes, y que concilia las voluntades y las simpatías antes que el orador haya merecido los sufragios: la sublimidad de su discurso no dejará al auditorio trasportado, tiempo ni atencion para descubrir las faltas; quedarán oscurecidas por el brillo de sus virtudes; se sentirá la impetuosidad de su marcha sin atender á sus pasos; se le seguirá como á un águila en los aires, pero sin concebir cómo ha podido abandonar la tierra.

Censor severo de la conducta de su pueblo, será más popular que los que adulan las tendencias de la muchedumbre; se atreverá á presentar á la vista de esta la triste imágen de la virtud inflexible y penosa, llegando hasta conseguir que se prefiera lo justo y lo bueno, aunque difícil y frecuentemente de éxito desfavorable, al atractivo y á las dulzuras de una indigna prosperidad.

El poder del rey de Macedonia temerá la elocuencia del orador ateniense; el destino de la Grecia quedará suspenso entre Filipo y Demóstenes, y como este no puede

sobrevivir á la libertad de su pátria, la libertad de su pátria subsistirá hasta que baje con él á la tumba.

¿Cuál es el orígen de los efectos sorprendentes de una elocuencia mas que humana? ¿Cuál es la causa de tantos prodigios, cuya simple referencia, despues de veinte siglos, despierta toda nuestra admiracion?

No son armas preparadas en la escuela de un declamador; los relámpagos y los rayos que hacen temblar á los reyes sobre su trono, se forman en una region más elevada. Del seno de la sabiduría tomó su política atrevida y generosa, su libertad intrépida y constante, su invencible amor á la pátria; estudiando la moral había recibido de manos de la razon misma, el imperio absoluto y el poder soberano que ejercía sobre el alma de los oyentes. Fué necesario un Platon para formar un Demóstenes, á fin de que, el más grande de todos los oradores, rindiese el homenaje de su reputacion al más grande de los filósofos.— (*Discurso sobre el conocimtento del hombre.*)

TOURREIL.

Una energía que le es propia caracteriza á Demóstenes y lo coloca sobre todo rival. Sus discursos son un tejido de consejos, de consecuencias y de demostraciones formado por el sentido comun. Sus razonamientos, cuya fuerza vá siempre aumentando, se elevan rápida y gradualmente hasta el punto que le marca su designio. Combate á cara descubierta; estrecha y reduce al fin, hasta no poder retroceder. Pero el auditorio, en lugar de avergonzarse de su derrota se somete con gusto al imperio de la razon.

Isócrates, decia Filipo, *esgrime el florete*; *Demóstenes ataca con la espada.* En él se vé un hombre que no tiene más enemigos que los del Estado, ni más pasiones que el amor al órden y á la justicia; un hombre que no pretende deslumbrar, sino convencer; que no aspira á ser lisonjero y agradable, sino á ser útil á su pátria. No emplea ornamentos que no nazcan del asunto que le ocupa; no ofrece más flores que las que encuentra en su camino. Se podría decir que solo procura hacerse entender y que sin designio de conseguirlo se hace admirar: no quiere decir esto que carezca de gracias; pero siempre tienen cierta austeridad y son compatibles con la buena fé y la franqueza que era la norma de su conducta. La verdad no se encuentra en él recargada, ni la afemina bajo pretesto de embellecerla; nada de ostentacion, nada de hablar de sí mismo; ni se mira ni hace nada porque los demás le miren. Se fija únicamente en su causa, y hácia ella llama toda la atencion del auditorio, y su causa es siempre el bien ó la salvacion de su pátria.—(*Prefacio á los discursos de Demóstenes y de Esquines.*)

ROLLIN.

¿Qué tienen estas arengas de estraordinario para que hayan merecido las alabanzas de todos los siglos? ¿Es Demóstenes un orador que procura únicamente agradar con la entonacion y la armonía de los periodos, ó que seduce el espíritu por medio de un estilo florido y de pensamientos brillantes? Una elocuencia de esta especie puede muy bien agradar y fascinar en el momento de escucharla; pero

la impresion que produce no puede ser muy duradera. Lo que se admira en Demóstenes es el plan, el desarrollo, la estructura del discurso; la fuerza de las pruebas; la solidez del razonamiento; la nobleza de los sentimientos y del estilo; la vivacidad de los giros y de las figuras; y en fin, un arte maravilloso para espresarse con claridad, y para presentar en toda su importancia las materias que trata. Lo que aun caracteriza más á Demóstenes, y en lo cual no ha tenido imitadores, es un olvido tan completo de sí mismo, una exactitud tan escrupulosa en no entretenerse en digresiones, un cuidado tan constante de que el auditorio se fije atentamente en la causa sin acordarse del orador, que jamás se le escapa un pensamiento, ni una frase, ni una sola palabra, que solo tenga por objeto complacer ó brillár. Esta mesura y esta sobriedad en un ingénio tan fecundo como el de Demóstenes, y en materias tan susceptibles de gracias y atractivos, colman la medida de su mérito y le hacen superior á toda alabanza.—(*Tratado de la elocuencia del foro.*)

RAPIN.

Demóstenes descubre en cada razon que se presenta á su espíritu todo lo que hay en ello de real y de sólido, y tiene tambien el arte de esponerlo en toda su fuerza. Ciceron, además de lo sólido, que no se escapa á su vista, vé cuánto hay de agradable é interesante y corre tras ello sin estraviarse nunca. Así, pues, para distinguir por sus verdaderas diferencias el carácter de estos dos oradores, me parece que puede decirse que Demóstenes, por la impe-

tuosidad de su temperamento, por la fuerza de sus razones y por la vehemencia de su gesto y su ademan, arrebataba más que Ciceron, lo mismo que este por sus maneras afables y delicadas, por sus afectos dulces, conmovedores, apasionados, y por todas sus gracias naturales, agradaba y enternecía más que Demóstenes.

El griego se apoderaba del espíritu por la energía de su frase, y por el fuego y la violencia de su declamacion: el romano se insinuaba en el corazon de los oyentes por medio de ciertos encantos y atractivos imperceptibles que le eran naturales, y que él realzaba con todo el artificio de que es capaz la elocuencia. El uno deslumbraba el espíritu con el brillo de sus luces, y producía una fuerte agitacion en el alma despues de haber dominado el entendimiento, y el génio insinuante del otro iba penetrando suave y apaciblemente hasta el fondo del corazon. Tenía el arte de poner en juego los intereses, las inclinaciones, las pasiones y las intenciones de todos los que les escuchaban.—(*Comparacion entre Demóstenes y Ciceron.*)

FIN.

INDICE.

	Páginas.
Prólogo	VII
Primera Filípica	1
Discurso por la libertad de los Rodios	15
Segunda Filípica ó primera Olintiana	25
Tercera Filípica ó segunda Olintiana	34
Cuarta Filípica ó tercera Olintiana	45
Quinta Filípica ó discurso sobre la paz	53
Sesta Filípica	61
Octava Filípica ó discurso sobre el Quersoneso	71
Proceso de la Embajada	89
Discurso por la Corona	185
Elogio fúnebre de los guerreros atenienses muertos en Queronea	273
Segunda carta de Demóstenes, pidiendo el levantamiento de su destierro	286
Carta tercera escrita por Demóstenes desde su destierro, en defensa de los hijos del orador Licurgo	292
Juicios de varios escritores antiguos y modernos, sobre Demóstenes y sus obras	303

ERRATAS QUE SE HAN OBSERVADO.

Página.	Linea.	Dice.	Léase.
21	7	Si	si
36	34	impidan	impiden
52	17	la	el
57	5	preguntareis	preguntaré
58	18	las	la
62	25	parece	parecen
89	5	Jatrocles	Iatrocles
90	2	avidez	aridez
95	15	mundo	recinto
104	6	nacer	hacer
153	16	Filócrates	Filócares
211	9	con	son
211	12	en prueba de lo cual	voy
214	9	imposiciones	las imposiciones
228	25	Damos	Dános
250	9	agrupado	he agrupado
280	17	y	ni
282	24	Eucidas	Eneidas

EXTRACTO

del Catálogo de las obras que se hallan á la venta en la librería de Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, Madrid.—Se remitirá el Catálogo general á todo el que lo desee.

Historia del Derecho penal de España, por Mr. Alberto Du Boys, antiguo magistrado; version al castellano, anotada y adicionada con apéndices, por D. José Vicente y Caravantes, doctor en Derecho civil y canónico; un tomo en 8.° mayor, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

Manual del Derecho romano ó esplicacion de las instituciones de Justiniano, por preguntas y respuestas, precedido de una introduccion histórica al estudio del Derecho romano, y de una biblioteca escogida de este Derecho, por M. E. Lagranje, doctor de la Universidad de París. Obra traducida de la *undécima* edicion francesa, y adicionada con nuevas notas y apéndices, en vista de las principales obras de Derecho romano escritas con posterioridad á la presente y de los programas de esta asignatura de la Universidad de Madrid, por D. José Vicente y Caravantes, doctor en jurisprudencia; un tomo en 8.° mayor, 24 rs. en Madrid y 26 en provincias.

Españoles de Ogaño (los). Coleccion de cuadros dibujados á pluma por 51 literatos de gran fama: esta preciosa obra, se compone de 86 tipos que forman otros tantos cuadros de nuestras costumbres modernas; divididos en 2 tomos en 8.° mayor, de 400 páginas cada uno, letra clara y compacta, de muchísima lectura; su precio, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

Plaza de Vendome (la) y la Roquette. Documentos históricos sobre el principio y fin de la Commune, por el presbítero Mr. Lamazou, vicario de la parroquia de la Magdalena en París; traducida de la cuarta edicion francesa, vá precedida de una carta de Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, é ilustrada con facsímiles de documentos, 6 rs.

Castelar (D. Emilio). Discursos políticos y literarios, segunda edicion; 3 tomos en 8.°, 24 rs.

Id. Civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo, segunda edicion; 3 tomos en 8.° mayor, 64 rs.

Id. Fórmula del progreso; un tomo, 8 rs.

Id. Defensa de la fórmula del progreso; un tomo, 8 rs.

Id. Cuestiones políticas y sociales; 3 tomos, 24 rs.

OBRAS DE D. RAMON DE CAMPOAMOR.

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

Los pequeños poemas; 8 rs. en toda España.

El Drama universal, poema en 8 jornadas; 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Lo absoluto; 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

El Personalismo, apuntes para una filosofía; 20 rs. en Madrid y 22 en provincias.

Colon, poema; 20 rs. en toda España.

Pensamientos, estracto de sus primeras obras; 6 rs. en toda España.

Lamartine (D. Alfonso). Las confidencias, traducidas por A. F. de los Rios; un tomo en 8.°, 10 rs.

Id. Nuevas confidencias, traducidas por id.; un tomo en 8.°, 10 rs.

Id. Últimas confidencias, traducidas por Nombela; un tomo en 8.°, 10 rs.

Id. Historia de la Restauracion; 4 tomos en 8.°, bonita edicion, 40 rs.

Guia del químico práctico ó compendio de análisis química, por D. Ramon Torres Muñoz de Luna, catedrático de ampliacion de la Química inorgánica en la facultad de Filosofía de la Universidad central, doctor en Farmacia, profesor del gabinete de Física de S. M., ex-regente agregado de la facultad de Farmacia de esta córte, regente en Química y miembro corresponsal de la Sociedad de Farmacia de París; un tomo en 4.°, 12 rs.

Nueva Taquigrafía, ó arte de escribir con tanta velocidad como se habla, por D. Francisco Cruces é Izquierdo; con láminas, 5 rs.

Curso teórico y práctico de taquigrafía española, ó sea arte de escribir, etc., etc., por D. José Riva Perez; con láminas, 8 rs.

Bosquejos (varios poemas), por D. Juan M. Sanjuan, con un prólogo de D. Ramon de Campoamor, 4 rs.

Anales de la Inquisicion desde que fué instituido aquel Tribunal hasta su total extincion en el año 1834. Obra escrita con presencia de datos auténticos procedentes del archivo de aquel Tribunal, por D. G. del Valle; un tomo en 4.° con 510 páginas y treinta y tantas magníficas láminas aparte del texto, 32 rs.

Antigüedades romanas, por Alejandro Adan; 4 tomos en 8.° mayor, 60 rs.

Esta obra clásica, de la cual hemos visto diez y siete ediciones diversas, apenas era conocida entre nosotros, y creemos haber hecho un se-

ñalado servicio á las letras, y particularmente á los que se dedican a estudio del foro, publicándola en castellano y traducida por un literato de tan distinguido mérito como el señor Garriga.

Arte de cultivar el olivo. Método teórico y práctico y económicamente rural de dar las labores con la debida inteligencia, por Rojo Payo Vicente; un tomo en 4.°, 12 rs.

Armonías económicas, por Federico Bastiat. Nueva traduccion de esta importantísima obra, indispensable á los jurisconsultos y economistas; un tomo en 4.°, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Cancionero (el) de Juan Alfonso de Baena, con notas y comentarios; un tomo en 4.° de 732 páginas á dos columnas, 80 rs.

Caton político y cuestion pontificia, por Roque Bárcia, con un prólogo de Emilio Castelar; un tomo en 4.°, 15 rs.

Causa del príncipe Bonaparte por muerte dada á Víctor Noir en 10 de Enero de 1870, con las biografías y retratos de Rochefort, Bonaparte y Noir, con varios grabados; un tomo en 8.° mayor, 8 rs.

Cien proverbios (los) ó la sabiduría de las naciones. Obra imitada del francés por D. Francisco F. Villabrille; un tomo en 8.° mayor con 20 láminas, 16 rs.

Códigos españoles (coleccion de): edicion de 1867. Comprenden: Fuero Juzgo, Fuero Viejo, Fuero Real, Leyes nuevas, Leyes para los adelantos, Leyes del Estilo y ordenamiento de las Tafurerías, Leyes de Partida, Espéculo, Ordenanzas reales de Castilla, Ordenamiento de Alcalá y Leyes de Toro; 120 rs. en Madrid y 140 en provincias.

De estos tratados se venden sueltos: Las Siete Partidas, á 30 rs. en Madrid y 36 en provincias, y las Leyes de Toro, á 2 rs. en toda España.

Coleccion legislativa de las aguas, seguida de los elementos de hidronomía pública, por D. Cirilo Franquet y Bertran; dos tomos en 4.°, 60 rs.

Coleccion de Cánones y de todos los Concilios de la Iglesia de España y América (en latin y castellano), con notas é ilustraciones, por don Juan Tejada y Ramiro; 6 tomos en fólio, 440 rs.

Coleccion de las alocuciones consistoriales, encíclicas y demas letras apostólicas; un tomo en 4.°, 30 rs.

Comentarios al Código penal, reformado y planteado provisionalmente por ley de 3 de Junio de 1870, por D. Narciso Buenaventura Selva; un tomo en 4.°, 20 rs.

Complemento á la Enciclopedia moderna; Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de P. Mellado; 3 tomos en 4.°, 50 rs.

Esta obra es de necesidad á todo el que tiene la Enciclopedia, por ser un suplemento á la misma, é indispensable: con el objeto de que el

desembolso no sea tan gravoso, la ponemos á 50 en lugar de 60 que es su primitivo precio:

Conferencias libre-cambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid, por varios individuos más distinguidos de esta asociacion; un tomo en 4.°, 20 rs.

Criterio médico-psicológico para el diagnóstico diferencial de la pasion y la locura, por el Dr. D. Pedro Mata; 2 tomos en 4.°, 50 rs.

Cronología universal, traducida de la segunda edicion francesa y adicionada en la parte española, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo en 8.° mayor, 28 rs.

Cuba en 1858, por Dionisio A. Galiano; un tomo en 4.° 12 rs.

Curso elemental de química con nociones de física, aplicado á las Aduanas de España, por D. Luciano Martinez; un tomo en 4.°, 20 rs.

Curso de instituciones de Hacienda pública de España, con arreglo á los programas de estudios vigentes, por el Dr. D. Eustaquio Toledano; 2 tomos en 4.° que contienen cerca de 900 páginas cada uno, 80 rs.

D. Quijote, por Miguel Cervantes Saavedra; 2 tomos en 4.°, 50 rs.

De la influencia del cristianismo en el derecho civil de los romanos, por M. Troplong; un tomo en 4.°, 14 rs.

De la Propiedad, por Mr. Thiers, traducida al castellano por Perez; un tomo en 4.°, 12 rs.

De los vicios y defectos más notables de la legislacion civil de España, por D. Francisco de Cárdenas; un tomo en 4.°, 8 rs.

Descubrimiento y conquista de la América ó compendio de la historia general del Nuevo Mundo, por D. Juan Corradi; 3 tomos en 8.°, 20 rs.

Diccionario greco-latino-español, hecho con presencia de los mejores Diccionarios conocidos; un tomo en 4.° mayor de cerca de 1.000 páginas, de buen papel y esmerada impresion, en pasta, 60 rs.

Diccionario de la lengua castellana, edicion de 1871: contiene todas las voces de nuestro idioma, las teóricas de ciencias, artes y oficios; las provinciales, las americanas, el dialecto de los gitanos é infinidad de palabras y acepciones que faltan á los Diccionarios publicados hasta el dia, por Marty Caballero; 2 tomos en 4.° prolongado, 68 rs.

Diccionario de historia natural y de los fenómenos de la naturaleza. Obra interesante escrita al alcance de todas las inteligencias; un tomo en 4.° mayor, edicion de lujo con multitud de grabados en el texto, 40 rs.

Diccionario de biografía agronómica de toda clase de escritos relacionado con la agricultura, seguido de un índice de autores y traductores

con algunos apuntes biográficos, por el Excmo. Sr. D. Braulio Anton Ramirez; un tomo en 4.° mayor, con 1.020 páginas, 50 rs.

Diccionario universal francés-español y español-francés, por D. Ramon Joaquin Dominguez. Segunda edicion corregida y aumentada; 2 tomos en 4.° de más de 1.800 páginas cada uno, edicion clara y correcta, á tres columnas, 160 rs.

Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, por D. Pascual Madoz; 16 tomos en 4.° mayor, 320 rs.

Diccionario geográfico-estadístico-histórico y biográfico de la isla de Cuba, por D. Jacobo de la Pezuela; 4 tomos en 4.° mayor, de más de 600 páginas á dos columnas, 200 rs.

Diccionario geográfico universal, redactado de los más recientes y acreditados Diccionarios de Europa, particularmente españoles, franceses, ingleses y alemanes, el más completo de cuantos se publicaron hasta el dia, por una sociedad de literatos; 10 tomos en 4.° y un atlas, pasta, 320 rs.

Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas, por Fr. Manuel Buzeta; 2 tomos en 4.°, holandesa, 42 rs.

Diccionario enciclopédico de la música, por D. Cárlos José Melcior; un tomo en 4.°, 20 rs.

Diccionario estadístico del viajero por todas las poblaciones de España, por D. Manuel Poderon; un tomo en fólio, 40 rs.

Digesto romano español, por D. Juan Sala; 2 tomos en 4.°, 60 rs.

Doctor Lañuela (el). Episodio sacado de las memorias de un tal Joséf, por D. Antonio Ros de Olano; un tomo en 4.°, 16 rs.

El pueblo sufre. Ensayo sobre el génio y carácter de la revolucion social en el siglo XIX, por Rivera Delgado; un tomo en 8.°, 4 rs.

El libro del buen ciudadano. Coleccion completa de todas las Constituciones españolas desde 1812 hasta la de 1869, anotadas y comparadas por D. José María Mañas; un tomo en 4.° de 2.752 páginas: su precio, 100 rs. y se dá en 80.

El Pró y el Contra en la cuestion de la pena de muerte. Consideraciones críticas, por C. F. Gabba, profesor de filosofía del Derecho de la Universidad de Pisa, traduccion del italiano, por D. Federico Melchor y D. Emilio Cano y Cáceres; un tomo en 8.° mayor, 10 rs.

El Gitanismo. Historia, costumbres y dialecto de los gitanos, por D. Francisco de Sales Mayo, con un epítome de gramática gitana y un Diccionario caló-castellano, por D. Francisco Quindalé, 6 rs.

El mundo hasta Jesucristo, por D. Juan Eguilaz; un tomo en 4.°, 16 rs.

Exámen crítico de las doctrinas de Gibbon Strauss y Salvador, sobre Jesucristo, su Evangelio y su Iglesia, por el reverendo señor obispo María Nicolás Silvestre Guillon, traducido al castellano por el presbí-

tero D. Emilio Moreno Cevada; 2 tomos en 4.° encuadernados en un volúmen, 50 rs.

Ensayo histórico-crítico sobre la legislacion y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla, por el doctor D. Francisco Martinez Marina; 2 tomos en 4.°, 26 rs.

Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, por D. Luis Velazquez; un tomo en 4.° con láminas, 20 rs.

España bajo el reinado de la casa de Borbon, desde 1.700 en que subió al trono Felipe V hasta la muerte de Cárlos III, acaecida en 1788, por Guillermo Coxe, y traducida con notas, observaciones y un apéndice, por D. Jacinto de Salas y Quiroga; 4 tomos en 8.°, 30 rs.

Enciclopedia moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias. artes, agricultura, industria y comercio; 34 tomos en 4.°, á dos columnas, 680 rs.

Atlas de la misma que se compone de más de 400 finísimas láminas, grabadas y estampadas en París; 3 tomos, 180 rs.

Enciclopedia (Complemento á la) ó sea adicion á la anterior; 3 tomos de igual tamaño, etc., etc., 50 rs.

Españolas (las) pintadas por los españoles. Coleccion de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas, ideada y dirigida por Roberto Robert, con la colaboracion de los principales literatos de nuestros dias; 2 tomos en 8.° mayor, con láminas, 32 rs. en Madrid y 36 en provincias.

Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos, y verdaderos principios de la ciencia, por D. Patricio de Azcárate; 4 tomos en 4.°, 80 rs.

Estereoscopio social. Coleccion de cuadros contemporáneos, fotografías, acuarelas, dibujos, estampas, caricaturas, grupos, bustos, etcétera, etc., tomadas del natural y puestas en verso satírico-humorístico, por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. B. Perez Galdós; un tomo en 8.°, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Estudios históricos sobre las costumbres españolas, por Escosura; un tomo en 4.°, 16 rs.

Estudios de administracion práctica, por D. Antonio Guerola; 4 tomos en 8.° mayor, 24 rs.: tomos sueltos, á 8 rs.

SUMARIO DE LA OBRA.

1.° *Sanidad*, comprendiendo todos los ramos de ella ó que por ella pueden ser afectados, como la higiene, el ejercicio de la medicina, los cementerios, las epidemias y la sanidad marítima.

2.° *Orden público*, que comprende la policía preventiva y represiva, asociaciones, reuniones y diversiones públicas.

3.° *Beneficencia é incidencias de religion y de moral*, en cuyo tratado se comprende toda la gestion benéfica del poder administrativo y todo lo que este hace para contribuir al mantenimiento de la religion y á la moralidad pública, bajo cuyo último concepto abraza tambien la moderna institucion de los premios á la virtud.

Y 4.° *Instruccion pública*, en todos los ramos de esta vasta materia desde la primera enseñanza hasta la superior, la facultativa y la artística.

Estudio sobre la elocuencia sagrada, por el doctor D. Manuel Muñoz y Garnica, predicador y director del instituto de Jaen; un tomo en 8.° mayor, 16 rs.

Estudios sobre la elocuencia política, jurisprudencia, historia y moral, por D. Salustiano de Olózaga, tercera edicion; un tomo en 8.° mayor, 14 rs.

Exámen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Córtes generales y extraordinarias desde que se instalaron en la isla de Leon en 1810, hasta que se cerraron en Cádiz en 1813, por D. Agustin Argüelles, edicion hecha en Lóndres; 2 tomos en 4.°, 40 rs.

Filosofía elemental (curso de) dedicada á las universidades y colegios de España, por D. Ramon Martí de Eixala. Esta obra comprende la teoría de las ideas ó ideologia y la lógica, segunda edicion; un tomo en 8.°, 10 rs.

Fueros (apuntes históricos sobre los) del antiguo reino de Valencia; un tomo en 4.°, 14 rs.

Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX, por Ossorio y Bernad; dos tomos en 4.°, 50 rs.

Geografía histórico-militar de España y Portugal, por D. José Gomez Arteche; 2 tomos en 8.°, con un mapa de España y Portugal, 38 rs.

Gramática. El idioma francés puesto al alcance de todos, por D. Francisco Piferrer; un tomo en 4.°, 20 rs.

Guia del párroco en la predicacion de la Divina palabra, obra traducida del francés, por E. Emeterio Lorenzana; 2 tomos en 8.° mayor, 34 rs.

Guia notarial y del registro de la propiedad inmueble; libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo en 8.°, 10 rs.

Guia (el) del buen ciudadano: coleccion de artículos políticos escritos para enseñanza del pueblo, por Clarh; un tomo en 8.°, 4 rs.

Historia general del reino de Mallorca, 2.ª edicion, por D. Juan Dameto y D. Vicente Mut, corregida y continuada hasta nuestros dias, por D. Miguel Moraques; 3 tomos en 4.° con retratos, 90 rs.

Historia de Jerusalem, por Poujoulat, traduccion de Ochoa; un tomo en 4.°, 40 rs.

Historia orgánica de las armas de infantería y caballería española, por el conde de Cleonard; 16 tomos en fólio, 400 rs.

Historia del levantamiento de las comunidades de Castilla, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo en 8.° mayor de cerca de 500 páginas, edicion muy esmerada, en buen papel, con los facsímiles de los principales personajes que figuraron en las alteraciones de 1520 al 21, 20 rs.

Historia del reinado de Cárlos III en España, por D. Antonio Ferrer del Rio; 4 tomos en 4.°, 80 rs.

Historia del reinado de Felipe II de España, por Prescott, traducida directamente del inglés, ilustrada con notas y adicionada con documentos importantes, por D. Cayetano Rossell; dos tomos en 4.°, 40 rs.

Historia de la conquista de Méjico (compendio); 2 tomos en 16.°, 8 rs.

Historia de la Revolucion francesa, por Mr. Thiers, traducida del francés; 6 tomos en 8.°, 64 rs.

Historia de Inglaterra, por Oliverio Golsmitd, continuada hasta 1815 por Ch. Coote, y desde esta época hasta el reinado de Vitoria I, con notas sacadas de Thiers y otros varios, vertida al castellano por D. Angel Fernandez de los Rios; 4 tomos en 4.°, pasta, con láminas aparte del texto, 80 rs.

Historia de Cataluña y de la corona de Aragon, grandes hechos de sus ascendientes, patriotismo y armas, por Victor Balaguer, cronista de Barcelona; 5 tomos en 4.° mayor, con láminas en acero, pasta, 380 rs.

Historia política y parlamentaria de España. Amplia y circunstanciada reseña de la revolucion de España desde la muerte de Cárlos III hasta nuestros dias, por D. Juan Rico y Amat, edicion esmerada; 3 tomos en 4.°, 64 rs.

Historia crítica de la literatura española, por D. José Amador de los Rios; 7 tomos en 4.° con facsímiles, 280 rs.

Historia de la revolucion de Inglaterra desde la subida de Cárlos I al trono hasta su muerte, por Mr. Guizot. Traducida de la última edicion francesa, por D. Pedro Barinaga, segunda edicion española; un tomo en 8.°, 10 rs.

Historia de todos los paises y de todos los tiempos, por el conde de Fabraquer; un tomo en 8.° mayor, 24 rs.

Historia de la guerra de Africa, con láminas, por J. C. Beltran; un tomo en 4.°, 12 rs.

Historia de la elocuencia cristiana, su mision en nuestros dias y medios de realizarla, por D. Antonio Bravo y Tudela; 3 tomos en 4.°, 60 rs.

Historia de la civilizacion española, desde la invasion de los árabes hasta la época presente, por D. Eugenio de Tapia; 4 tomos en 8.° mayor, 40 rs.

Historia de la legislacion española, por D. José Maria Antequera; un tomo en 4.°, 12 rs.

Historia de los arcabuceros de Madrid (compendio de) desde su orígen hasta el presente, por D. Isidro Soler. Madrid 1795; un tomo en 4.° con láminas, 10 rs.

Historia monumental del heróico Rey Pelayo y sucesores en el trono cristiano de Astúrias, ilustrada, analizada y documentada, por D. José Escandon. Obra de sumo interés para los historiadores y curiosos; contiene las crónicas oficiales de aquel tiempo, que son muy poco conocidas; un tomo en 4.°, 20 rs.

Historia natural, general y particular, escrita por el conde Buffon, traducida por D. José Clavijo y Faxardo; 24 tomos en 4.° con 523 láminas, 320 rs.

Historia natural médica (elementos de), por Richard; 3 tomos en 4.°, que comprende: tomo 1.°, Mineralogia, 2.° Zoologia, y 3.° Botánica, 40 rs.

Historia de la dominacion de los árabes en España, por D. José Antonio Conde; 3 tomos en 4.°, con láminas, 50 rs.

Historia constitucional de la monarquía española, desde la invasion de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII, por el conde Victor Du-Hamel; 2 tomos en 8.°, 16 rs.

Historia universal desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por D. Salvador Costanzo; 5 tomos en 4.° mayor, á dos columnas, que comprenden toda la historia antigua, con varios cuadros genealógicos, históricos y geográficos, aparte del texto, 150 rs.

Historia universal (manual de) escrita en francés por A. Ott. doctor en Derecho, traducida. Madrid 1841; 2 tomos en 8.° mayor, 20 rs.

Instituciones de Derecho civil, por D. Cirilo Alvarez Martinez; un tomo en 4.°, 16 rs.

La verdad religiosa ante el tribunal de la razon, por D. Eduardo Bather; un tomo en 4.°, 14 rs.

Lecciones de pedagogia, por D. J. M. de Gerando, aumentadas con un apéndice sobre la importancia de la mujer, por R. Gomez Domiguez; un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Lecciones de carreteras, caminos de hierro y navegacion interior y exterior, por D. Cayetano Gonzalez de la Vega, ingeniero jefe de caminos, canales y puertos; 2 tomos en 4.°, con muchas láminas, 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Ley general sobre compañias de ferro-carriles y demás concesionarias

de obras públicas, votada y promulgada por S. A. el Regente en 13 de Diciembre de 1869; un tomo en 4.°, 10 rs.

Libro de los diputados y senadores. Juicios críticos de los oradores más notables desde las Córtes de Cádiz hasta nuestros dias, por D. Juan Rico y Amat; 4 tomos en 4.°, 90 rs.

Libro de la juventud, ó deberes del hombre, por Silvio Pellico, traducido al castellano por D. José Zorrilla y D. Francisco Pareja y Alarcon. Contiene además una introduccion escrita por Mr. A. de Latour, y un discurso crítico-filosófico sobre el verdadero estado de la civilizacion actual, y la parte que toca á la juventud en el porvenir de los pueblos; un tomo en 8.°, 6 rs.

Literatura, historia y política, por D. Joaquin Francisco Pacheco; 2 tomos en 8.° mayor, 28 rs.

Memoria biográfica de los mallorquines que se han distinguido en la antigua y moderna literatura, por D. Joaquin María Bover; un tomo en 4.°, 30 rs.

Manual de cambios, imposiciones, intereses, anualidades y descuentos. Guia del Comercio y de los imponentes en las Cajas de Ahorros y Sociedades de Seguros; un tomo en 4.°, 20 rs.

Manual de historia romana, desde la fundacion de Roma hasta la caida del imperio de Occidente, por Ph. Le Bas, traducido por D. Joaquin Perez Comoto; un tomo en 8.°, 14 rs.

Manual teórico-práctico de conduccion de aguas potables, que comprende el establecimiento, conservacion y eleccion de tubos, con varios datos y tablas, por D. Mariano Riera y Pereda; en Madrid 8 rs. y 10 en provincias.

Mujer (la): apuntes para un libro, por D. Severo Catalina; un tomo en 8.° mayor, 20 rs.

Mujer del siglo XIX (la): hojas de un libro originales de Adolfo Llanos y Alcaráz, precedidas de un prólogo de D. Manuel Cañete, de la Academia española; un tomo en 8.° mayor, 20 rs.

Novísima Ley de Enjuiciamiento civil y mercantíl anotada, cuarta edicion; un volúmen de 784 páginas, 24 rs. en Madrid y 27 en provincias.

Novísima Legislacion hipotecaria, anotada, segunda edicion un volúmen de 636 páginas, 24 rs. en Madrid y 27 en provincias.

Nuevo método para embocar bien todos los caballos, y tratado sucinto de equitacion, por D. Juan Segundo; un tomo en fólio, 30 rs.

Nuevos principios del derecho social: obra póstuma de D. Salvador Costanzo; 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Obras completas de Buffon, con las clasificaciones comparadas de Cuvier, y la continuacion hasta el dia de Mr. Lesson, miembro del ins-

tituto de Francia, traducida al castellano de la última edicion francesa; 35 tomos en 8.° con láminas, 250 rs.

Observaciones sobre el concordato celebrado en 20 de Febrero de 1753, por Mayans y Ciscar; un tomo en 4.°, 12 rs.

Obras completas de Chateaubriand; 30 tomos con láminas, edicion de Cabrerizo, 400 rs.

Origen de los dioses del paganismo, por Bergier; un tomo fólio, 24 rs.

O todo ó nada: obra de interés general, por Fernandez de los Rios; un tomo en 8.° mayor, 14 rs.

Paleografía española (compendio de) ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España, desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII, ilustrada con 32 láminas en fólio, ordenadas en 4 cuadros murales, escritas y autografiadas por el mismo autor. Obra utilísima á cuantos se dedican á la carrera del profesorado, de diplomacia ó del notariado, etc., etc., por D. Antonio Alverá Delgrás; un tomo en fólio, 30 rs.

Poesías de D. Bernardo Lopez García; un tomo en 4.°, 20 rs.

Progreso y vicisitudes del idioma castellano en nuestros cuerpos legales, desde que se romanció el Fuero Juzgo, hasta la sancion del Código penal que rige en España. Memoria escrita por D. Leon Galindo y de Vera, premiada por la Real Academia Española en el concurso público de 1863; un tomo casi fólio, 20 rs.

Práctica y estilo de celebrar Córtes en el reino de Aragon, Cataluña y Valencia, y una noticia de Castilla y Navarra, por Capmani; un tomo en 4.°, 16 rs.

Relatorio á cerca da Bibliotheca nacional de Lisboa é mais estabelecimentos annexos, por José Feliciano de Castilho Barreto é Noronha, Lisboa, 1844; 4 tomos en 4.°, 80 rs.

Recopilacion de las leyes de los reinos de las Indias, mandadas imprimir y publicar por la magestad católica del Rey D. Cáalos II; vá dividida en cuatro tomos con el indice general, y al principio de cada tomo el especial de los títulos que contiene; 4 tomos en fólio, 300 rs.

Recreaciones físicas, por Mr. A. de Castillon, profesor del colegio imperial de Santa Bárbara de París, traducidas por D. José Muñoz y Gaviria, vizconde de San Javier; un tomo en 8.° mayor, con multitud de magníficos grabados, 12 rs.

Recuerdos de un viaje por España, por D. Francisco de Paula Mellado. Segunda edicion de gran lujo, corregida y mejorada; 2 tomos en 4.° con grabados, representando escenas, trages y vistas de las principales poblaciones y monumentos de España, 70 rs.

Reseña histórica de 1820 á 1824, por D. J. Canga Arguelles, con una noticia biliográfica del autor, por D. José Olózaga, y un prólogo

por D. Angel Fernandez de los Rios; un tomo en 8.° mayor, 14 rs.

Revista europea, por D. Modesto Lafuente (Fray Gerundio); 4 tomos en 4.°, 80 rs.

Revista española de Ambos Mundos; 4 tomos en 4.°, redactados por los escritores españoles de mas nota, 120 rs.

Santos Padres (los). Verdadero curso de literatura sagrada, obra de sumo interés para los que quieran estudiar los Santos Padres, por D. Miguel Sanchez; un tomo en 8.° mayor, 20 rs.

Silvio Pellico. Mis prisiones. Contiene ademas los capítulos inéditos, un apéndice por Mr. Latour, con noticias históricas y biográficas de algunos prisioneros de Spielberg, y las notas y esplicaciones históricas estractadas y traducidas de las adiciones de Pedro Maroncelli; un tomo en 4.° de 400 páginas, edicion de lujo, en papel glaseado con grabados en el texto y aparte, 24 rs.

Tribulaciones de la Iglesia de España durante los años de 1834, 55 y 56; publicadas por D. José Canga Argüelles; un tomo en 4.°, 12 rs.

Tratado de los principios é influencia práctica de la imposicion y del sistema de crear fondos, por Mac-Cullonck, segunda edicion, traducida del inglés por D. Andrés García Camba; un tomo en 4.°, 24 rs.

Tratado del contrato de Peño, por Pothier; un tomo en 4.°, 14 rs.

Tabaco (el). Su historia, su estancamiento, males que produce, su cultivo, beneficios y preparaciones de que ha menester. Su elaboracion, sus preparaciones, sus cualidades, sus defectos, medios de corregir estos últimos, compras, ventas y beneficios que de su comercio bien entendido pueden resultar, proyecto de ley para su desestanco, por D. Victoriano Félip; un tomo en 4.°, 16 rs.

Tesoro de autores españoles comprende obras selectas del maestro Fray Luis de Leon.—Relaciones de la vida y aventuras del escudero Márcos de Obregon.—Poesias selectas de D. Luis de Góngora y Argote.—Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma.—Teatro selecto, de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza; 5 tomos en 8.° mayor, 50 rs.

Librería de V. Suarez, calle de Jacometrezo, 72, Madrid.

Se remite el Catálogo á todo el que lo pida.

Esta casa se encarga de remesar cuantos pedidos de obras se la hagan, siempre que estos sean hechos con toda claridad y se acompañe su importe en libranza ó letra de fácil cobro, y en los puntos donde no haya facilidad de giro, en sellos de franqueo, certificando la carta. Los libros se mandarán certificados por el correo.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 083985694